



CARICIAS

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

robadas

NEVA ALTAJ

CARICIAS

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

robadas

NEVA ALTAJ

Notas de licencia

Copyright © 2024 Neva Altaj

<https://www.neva-altaj.com>

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma sin el permiso del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Traducción, edición y corrección al español por: Sirena Audiobooks LLC

Diseño de portada por Deranged Doctor (
<https://www.derangeddoctordesign.com/>)

Orden de lectura y *tropes*

Serie Perfecta Imperfección

([Enlace de la serie en Amazon – Clic aquí](#))

1. Cicatrices Marcadas (Nina & Roman)

Tropes: héroe discapacitado, matrimonio falso, diferencia de edad, polos opuestos se atraen, héroe posesivo y celoso.

2. Susurros Rotos (Bianca & Mikhail)

Tropes: héroe con cicatrices y discapacidad, heroína muda, matrimonio arreglado, diferencia de edad, vibras de la bella y la bestia, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT)

3. Verdades Ocultas (Angelina & Sergei)

Tropes: diferencia de edad, héroe roto, solo ella puede calmarlo, vibras de: ¿quién te hizo esto?

4. Secretos Destruídos (Isabella & Luca)

Tropes: matrimonio arreglado, diferencia de edad, héroe posesivo y celoso, amnesia.

5. Caricias Robadas (Milene & Salvatore)

Tropes: matrimonio arreglado, héroe discapacitado, diferencia de edad, héroe sin emociones, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

6. Almas Destrozadas (Asya & Pavel)

Tropes: él la ayuda a sanar, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y celoso, él cree que no es lo suficientemente bueno para ella.

7. Sueños Quemados (Ravenna & Alessandro)

Tropes: guardaespaldas, amor prohibido, venganza, enemigos a amantes, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y

celoso.

8. Mentiras Silenciosas (Sienna & Drago)

Tropes: héroe sordo, matrimonio arreglado, diferencia de edad, *grumpy-sunshine*, polos opuestos se atraen, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

9. Pecados Oscuros (Nera & Kai)

Tropes: *grumpy-sunshine*, polos opuestos se atraen, diferencia de edad, *stalker hero*, solo ella puede calmarlo.

Nota de la autora

Estimado lector, en el libro se mencionan algunas palabras en italiano, a continuación se incluyen las traducciones y aclaraciones:

Cara - querida; expresión de cariño.

Vita mia - mi vida; expresión de afecto.

Advertencia

Por favor, tenga en cuenta que este libro contiene escenas que pueden ser sensibles para algunos lectores, como situaciones sangrientas, abuso y descripciones gráficas de violencia y tortura.

Índice

[Notas de licencia](#)

[Orden de lectura y *tropes*](#)

[Nota de la autora](#)

[Advertencia](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Escena extra #1 – “Kurt”](#)

[Escena extra #2 – “Señora Ajello”](#)

[Escena extra #3 – “La Noticia del Embarazo”](#)

[Escena extra #4 – “Papi Tore”](#)

[Estimado lector](#)

[Próximo en la serie](#)

[Sobre la Autora](#)

Prólogo

Siete años atrás

Salvatore

Un martillo cae sobre mi mano, su cabeza metálica golpea la carne que es ya un desastre por la hinchazón, y mi sangre salpica la mesa.

Espero a que pase lo peor del dolor, levanto la barbilla y miro fijamente al hombre que se cierne sobre mí.

—No —suelto la palabra.

Marcello, uno de los capos, me observa durante un par de segundos antes de lanzar una mirada por encima del hombro al Don que está apoyado en la pared de la derecha. La habitación está a media luz, sin el zumbido ni el resplandor de los tubos fluorescentes del techo. La única iluminación proviene de una vieja lámpara colocada en la esquina de la mesa, pero cuando el Don enciende su puro, su cara se tiñe de rojo por la llama mientras asiente con la cabeza.

Marcello vuelve hacia mí y me agarra con fuerza por la muñeca.

—Creo que deberías reconsiderarlo —se burla y vuelve a golpear con fuerza mis dedos con el martillo.

Un dolor desgarrador me recorre el brazo, me atraviesa el hombro y me lanza un rayo directo a la nuca. La sensación se apodera de mi cerebro y se instala en mi cráneo. Aprieto los dientes para intentar bloquearla.

—¡Vete a la mierda, Marcello! —reviro con rudeza.

Se ríe y sacude la cabeza.

—Vaya si tienes huevos. —Marcello deja el martillo sobre la mesa y saca una pistola de su funda. Supongo que me pegará un tiro en la cabeza, pero en lugar de eso, me apunta a la pierna—. Creo que ya te destrocé bastante la mano. Probablemente ya ni la sientas. ¿Qué te parece esto?

Suenan dos disparos y rujo de agonía mientras las balas desgarran carne y hueso. Manchas negras me nublan la vista.

—¡Última oportunidad, Salvatore! —brama.

Respiro profundamente, ignoro al despreciable bastardo y miro directamente al Don, que sigue de pie en el mismo lugar en esa esquina sombría. Está demasiado oscuro para ver sus ojos con claridad, pero con la lámpara tan cerca de mi cara, estoy seguro de que puede ver los míos. Mi mano ilesa está atada al brazo de la silla, aun así giro la muñeca lo suficiente para enseñarle el dedo medio, con la cuerda raspándome la piel.

—No cederá, Marcello —dice el Don y se da la vuelta para marcharse—. Mátalo y acaba de una vez.

Marcello espera a que la puerta se cierre, rodea la silla a la que estoy atado y se inclina para susurrarme al oído.

—Siempre te he odiado. No sé en qué estaba pensando el Don cuando te dejó ocupar el lugar de tu padre hace dos años. Hacer capo a un jovencito de veinticuatro años, como si dirigiéramos una puta guardería o algo así.

—Comprendo lo mucho que eso debe inquietarte, Marcello. —Respiro profundamente mientras las manchas oscuras siguen nublándome la vista—. Sobre todo porque yo he ganado más dinero para la *Familia* en mis dos años como capo que tú después de veinte en el mismo puesto.

—Debería dejarte aquí para que te desangres. —Escupe al suelo y me mete otra bala en el pie.

—Eso no —me ahogo—, sería prudente.

—¿Por qué no?

—Porque si yo no muero... tú lo estarás.

Se ríe.

—Sí, no deberíamos arriesgarnos.

Tres disparos rápidos resuenan en la habitación y jadeo cuando un dolor punzante y ardiente estalla en mi espalda. Respiro forzosamente una vez más antes de que todo se desvanezca.

Capítulo 1

Presente

Salvatore

—¡Muévete, idiota!

Levanto la cabeza, me hago a un lado, esquivando un codazo en el riñón, y observo fijamente a la mujer con uniforme que pasa corriendo a mi lado. Corre hacia un coche que se detiene a unos metros de mí, en medio del estacionamiento del hospital.

Un chico adolescente, de no más de quince años, salta del lado del conductor. Está claro que no ha estado antes en un hospital, ya que condujo hasta el estacionamiento y no hasta la entrada de emergencias. Abre la puerta al mismo tiempo que la enfermera llega al vehículo. Durante unos segundos, ambos se quedan mirando el asiento trasero.

—¿Es. . . la cabeza? —tartamudea el chico—. ¿Por qué está...? Mamá, dijiste que teníamos tiempo.

Los gemidos de una mujer llenan el aire mientras el chico, horrorizado y blanco como una hoja de papel, mantiene la vista fija en el asiento trasero.

—¡Chico! ¡Oye! —La enfermera agarra el antebrazo del joven y lo sacude, pero él no responde—. Chico. Concéntrate. —Le da una suave palmada en su cara—. Entra al hospital. Busca un médico y tráelos aquí.

—¿No eres... no eres doctora?

—Solo soy enfermera. La información decía que tu madre tenía contracciones, no que estuviera con trabajo de parto. Ve. ¡Ahora! —exclama, voltea hacia el auto y se arrodilla en el concreto, apoyando las manos en el asiento frente a ella—. Tranquila, mamá. Respira por mí. No pasa nada. Cuando llegue el dolor, necesito que pujes, ¿de acuerdo? ¿Cómo te llamas?

La mujer del coche gime y dice algo que no alcanzo a escuchar, probablemente respondiendo a la pregunta de la enfermera, y luego vuelve

a gritar.

—Soy Milene —dice la enfermera—. Lo estás haciendo muy bien, Jenny. Sí, respira. Una vez más, la cabeza ya está afuera. Solo un empujón más, haz que valga la pena. —La enfermera mira por encima del hombro hacia la entrada del hospital, luego a un lado hasta que su mirada se posa en mí—. ¡Tú, el del traje! —grita—. ¡Ven aquí!

Ladeo la cabeza y la observo. Lo primero que veo son sus ojos, pero no el color. Estoy demasiado lejos para ver ese detalle. En ellos hay una mezcla de pánico y determinación que capta mi mirada. En cualquier otra situación, habría ignorado una petición similar y me habría marchado. La vida de los demás no me interesa en lo más mínimo. Sin embargo, soy incapaz de apartar mi mirada de la chica. Hace falta mucha determinación para mantener la cabeza fría en una situación así. Me acerco lentamente al vehículo, sin apartar los ojos de la enfermera que, una vez más, se concentra en la mujer dentro del coche y le da instrucciones. La asistente tiene el cabello rubio muy claro, recogido en una coleta que cuelga despeinada.

—Dame tu chaqueta —ordena sin mirar en mi dirección, mientras la mujer del coche suelta un profundo gemido—. Eso es, Jenny. Ya está. La tengo.

Su voz tiembla ligeramente, pero es imposible no ver la expresión de pánico en su rostro. Me asombra cómo mantiene la compostura. Y, después de todo lo que he visto y hecho en mi vida, ya no hay muchas cosas que me sorprendan.

De repente, el llanto de un bebé atraviesa el espacio que nos rodea.

Dicen que el primer llanto de un niño debería derretir hasta el más frío de los corazones, pero a mí no me conmueve. No es que esperara que lo hiciera. Acabo de ser testigo de la llegada al mundo de una nueva vida, no obstante, me ha provocado exactamente la misma reacción emocional que el cambio de un semáforo.

Ninguna.

Me quito la chaqueta, con la intención de dejarla sobre la puerta del coche y marcharme, sin embargo, mi mirada se posa en el rostro de la enfermera y se me corta la respiración. Está mirando al bebé que tiene en brazos y sonríe con tal asombro y alegría que su semblante resplandece. Es tan natural y sincera que no puedo apartar los ojos de sus labios. No siento

nada ante el supuesto milagro de la vida, aunque una extraña sensación me aprieta de repente el pecho mientras la observo, y con ella, una extraña sensación de. . . *deseo*. Aprieto la chaqueta con la mano, tratando de descifrar el significado de este impulso involuntario de agarrar la cara de la chica y girarla hacia mi persona para poder reclamar su sonrisa solo para mí. No tengo un buen nombre para lo que me invade. Tal vez... ¿anhelo?

De reojo, veo a dos mujeres con bata blanca que salen del hospital y corren en nuestra dirección. Detrás de ellas, un enfermero empuja una camilla.

—Lo hiciste muy bien, Jenny. Te la pondré en el pecho. Ábrete la camisa—indica la enfermera y después se gira hacia mí con la mano extendida. Le doy mi chaqueta Armani y veo cómo se inclina hacia el interior del coche para cubrir al bebé.

—Jesucristo, Milene. —Una de las doctoras que acaba de llegar jadea—. Nosotras nos encargamos a partir de aquí, cariño. Lo hiciste muy bien.

La enfermera rubia *Milene* asiente y se levanta del asfalto. Su expresión de alegría es sustituida por confusión, como si acabara de darse cuenta de lo que ocurrió. Tengo ganas de agarrar a la persona responsable de apagar su sonrisa y castigarla por ello, pero no hay nadie a quien culpar. Es la situación misma. Aun así, la necesidad de matar a alguien no me abandona.

La joven enfermera se dirige hacia la entrada del hospital, mas se detiene después de unos pasos y se apoya en un automóvil estacionado. Con la cabeza agachada, se mira las manos temblorosas y manchadas de sangre, y empieza a limpiárselas frenéticamente con la parte delantera de su uniforme. Es muy joven. Poco más de veinte años. Quizá veintidós o veintitrés, como mucho. Seguramente fue su primer parto, no obstante, se controló bien y no puedo evitar admirarla por ello. Cuando tiene las manos algo limpias, se aparta del coche y reanuda la marcha, pero tropieza. Se hace a un lado, se apoya en el vehículo de al lado y cierra los ojos.

Debería irme. Simplemente darme la vuelta, ir a mi coche y volver a casa. Sin embargo, no puedo. Es como si todo mi ser estuviera concentrado en la enfermera rubia. Parece tan perdida y vulnerable. Así que, en lugar de hacer lo razonable, cubro la distancia que nos separa y me pongo justo delante de ella. De repente, me invade una loca necesidad de estirar la mano y tocar su rostro, pero reprimo ese ridículo impulso y me limito a observarla. Abre los ojos y me mira. Verde oscuro.

—El tipo de la chaqueta —comenta y vuelve a cerrar los ojos—. Puedes dejar tu nombre y dirección en el mostrador de información. Me aseguraré de que te devuelvan la prenda.

Su voz suena firme, pero sus manos siguen temblando, al igual que el resto de su cuerpo. Un bajón de adrenalina. Miro por encima del hombro. Estamos a unos treinta metros de la entrada del hospital, sin embargo, dudo que pueda recorrer esa distancia en ese estado. Le tiemblan tanto las piernas que casi espero que se le doblen en cualquier momento. Podría tropezar al volver al edificio y hacerse daño. No sé por qué me preocupa esa posibilidad.

Me agacho y tomo su pequeño cuerpo en mis brazos. La chica suelta un grito de sorpresa, aunque no se queja. Me rodea el cuello con sus brazos y me mira con los ojos muy abiertos. Estamos a medio camino de la entrada cuando empieza a retorcerse, casi haciéndome perder el equilibrio.

—Bájame. —Más sacudidas—. Puedo caminar, ¡maldita sea!

Sigo avanzando con ella en brazos mientras sigue golpeándome el pecho con sus pequeños puños, intentando zafarse de mi agarre. Aunque no puede pesar más de cuarenta y cinco kilos, su inquietud hace que la tarea sea molesta. Si no se detiene, podríamos acabar los dos contra el suelo.

Giro la cabeza y nuestras narices se tocan accidentalmente. Me doy cuenta de que tiene pecas.

—¡Detente! —ordeno, y el contoneo cesa.

Abre la boca, como si fuera a discutir conmigo, pero aprieto los brazos a su alrededor en señal de advertencia. Nadie puede desobedecer mis órdenes. La chica cierra la boca y frunce la nariz, pero no dice nada. Muy sabia. Volteo la cabeza hacia la entrada y sigo caminando.

Milene

—¿Era *sexy*? —pregunta Andrea, mi mejor amiga.

Me acomodo el teléfono entre el hombro y la mejilla y saco algunas sobras de la nevera para cenar.

—Supongo —digo y me sirvo la comida en mi plato. No he consumido nada desde el desayuno.

—¿Qué clase de respuesta es esa? ¿Sí o no?

—Sí, lo era. Alto. Traje costoso. Cabello oscuro, algo canoso en algunas partes. Olía bien. —Muy, muy bien. Todavía puedo percibir su colonia en mi camiseta.

—¿Canoso? ¿Cuántos años tenía ese tipo?

—Unos treinta. Probablemente le salieron canas prematuras. —Meto el plato en el microondas y marco un minuto de tiempo. No es suficiente para que la comida se caliente adecuadamente, pero tendrá que serlo. Tengo demasiada hambre para esperar más.

—¿Y no dijo nada? ¿Su nombre?

—*Nop*. Solo me cargó hasta el vestíbulo del hospital, me dejó allí, dio media vuelta y se fue.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda. Siempre has atraído a los tipos raros. —Andrea se ríe—. ¿Ese anesthesiólogo, Randy, sigue acosándote?

—*Síp*.—Me siento en la pequeña mesa del rincón con mi plato y empiezo a comer—. Me volvió a enviar flores ayer. Claveles esta vez, ¿qué carajo? Esos son usados para funerales.

—¿Había otra nota rara?

—Sí. Algo sobre mi piel brillando como la luz de la luna. Vomité un poco en la boca. —Mi gato salta a la mesa, mete la nariz en mi taza y lame mi agua. Le doy unos golpecitos en la cabeza con un trapo de cocina—. ¡Bájate, maldita sea!

—¿Crees que ese tal Randy es peligroso? —pregunta Andrea—. Lleva meses acosándote.

—No lo creo. Pronto encontrará a alguien más a quien molestar, espero. ¿Qué pasa en Chicago? —Me meto otra cucharada de comida en la boca.

—Vi a tu hermano el otro día. Sigue pensando que estás en Illinois.

—Bien. Por favor, asegúrate de no meter la pata delante de él. Angelo enloquecerá si se entera de que estoy en New York.

—Deberías volver a Chicago, Milene. No es seguro. ¿Y si alguien de la Familia de New York se entera de que estás allí? —susurra—. Ajello no permite miembros de otras Familias de la *Cosa Nostra* en su territorio sin aprobación. Lo sabes muy bien.

—Dudo que el famoso Don Ajello se preocupe por mí —murmuro entre bocados—, y de todos modos, tengo que acabar mi residencia. Volveré en cuanto termine. —El gato salta de nuevo a la mesa, me roba un trozo de carne del plato y corre hacia el baño—. Uno de estos días, voy a estrangular a este gato.

—Llevas semanas diciendo eso. —Se ríe Andrea.

—Ayer vino a casa con una puta alita de pollo. Y un trozo de pescado dos días antes. Los vecinos pensarán que lo entrené para que robe comida para mí. —Bostezo—. Te llamaré mañana. No puedo mantener los ojos abiertos.

—De acuerdo. Si vuelves a cruzarte con ese desconocido *sexy*, asegúrate de obtener su número.

—Sí, claro.

Cuelgo la llamada y me arrastro hasta la cama del otro lado de mi apartamento. Es más pequeño que mi habitación en casa, pero está pagado con mi propio dinero y no lo cambiaría por nada del mundo. Aún no se lo he dicho a Andrea ni a nadie, pero no pienso volver a Chicago. *Jamás*.

Ya me cansé de toda la mierda de la *Cosa Nostra*.

Salvatore

Suena un golpe seco en la puerta de mi despacho. Levanto la vista de mi *laptop* y veo entrar a mi jefe de seguridad, que asiente con la cabeza hacia la silla del otro lado del escritorio.

—¿Encontraste a la chica? —inquiero.

—Sí. Y no vas a creer esto. —Nino se sienta y cruza los brazos sobre su pecho—. Es Milene Scardoni. La hermana menor de uno de los capos de Chicago, Angelo Scardoni.

Me reclino en la silla. Qué giro tan inusual de los acontecimientos.

—¿Estás seguro?

—Sí. Es la única Milene que trabaja en St. Mary. También revisé sus redes sociales. —Saca su teléfono, busca en él durante un par de segundos y luego lo desliza por el escritorio hacia mí—. No hay muchas fotos, pero

encontré dos en las que está con su hermana. La que se casó con alguien de la *Bratva*. Se parecen mucho. Y encontré varias fotos con la cuñada de Rossi, Andrea. Es ella, jefe.

Levanto el teléfono del escritorio y miro la pantalla. La foto es de hace un par de años. Su cabello es más corto. Está de pie con otra chica más o menos de la misma edad. Milene sonríe y tiene la palma de la mano completamente extendida delante de su boca, enviando un beso a la cámara. Es hermosa, con labios carnosos y una nariz pequeña. Aunque no son sus rasgos impecables los que llaman mi atención. Son sus ojos. Grandes y luminosos orbes verdes que parecen mirarme directamente a mí, brillando con alegría y picardía. Muevo mi pulgar sobre la pantalla hasta llegar a sus labios y trazo su contorno.

—La hermana de un capo de Chicago. En mi territorio. —Vuelvo a dejar el teléfono sobre el escritorio, pero no puedo dejar de mirar la imagen. Su sonrisa parece tan genuina. ¿Qué se sentiría tener a alguien que me sonriera así?

—¿Quieres que envíe a alguien para que la traiga aquí? —pregunta Nino—. ¿O llamarás a Rossi para que se ocupe él mismo del problema?

Me obligo a apartar los ojos de la pantalla, desconcertado por el hecho de que una mujer cualquiera a la que acabo de conocer haya conseguido invocar un interés tan enfermizo. Me levanto y me dirijo hacia el ventanal con vista a la ciudad. Lo mejor sería llamar a Luca Rossi, el Don de Chicago. Enviaré a alguien a recogerla y la llevará de vuelta a su ciudad.

—No —expreso, mirando fijamente hacia la calle. La lluvia había empezado una hora antes. Empezó lloviznando, pero se convirtió en un auténtico aguacero. Me pregunto qué tan oscuro es su cabello cuando está mojado—. Asigna a alguien para vigilarla. ¿Sabes dónde vive?

—Lo investigué. En un barrio de las afueras de la ciudad.

—¿Sola?

—Tiene un gato.

—Quiero cámaras en su casa —ordeno—. Cocina, sala, habitaciones, pero no en el baño.

Nino no dice nada, así que volteo y lo encuentro mirándome con una expresión ligeramente sorprendida en su rostro. Nos conocemos desde hace dos décadas, así que no es de extrañar que mi petición lo deje atónito. A mí también me desconcierta.

—Eché un vistazo al interior desde la escalera de incendios —explica rápidamente—. Es un estudio de dieciocho metros cuadrados. Y es una sola habitación.

¿Qué demonios hace la hermana de un capo, partiéndose el lomo como enfermera, viviendo en un estudio en las afueras?

—Pon dos cámaras para cubrir todo el espacio —digo—. Quiero que esté listo en las próximas veinticuatro horas, y configura las grabaciones para que se transmitan directamente a mi *laptop*. Nadie más debe tener acceso.

—Considéralo hecho. —Nino se levanta para irse, no obstante, me mira por encima de su hombro—. Si me permites preguntar, ¿dónde la encontraste?

—Delante de St. Mary. Iba a casa después de una revisión semianual. — Me giro de nuevo hacia la ventana—. Me llamó idiota, casi me hace caer y luego asistió un parto en medio del estacionamiento. También me confiscó la chaqueta en el transcurso de esta aventura.

Nino estalla en carcajadas detrás de mí.

—Bueno, ya veo por qué te parece interesante.

Sí, Milene Scardoni me parece *muy* interesante.

Capítulo 2

Salvatore

Me recuesto en la cama, enciendo la *laptop* y hago clic en la transmisión de vigilancia del apartamento de la chica Scardoni, como lo he hecho todas las noches durante la última semana. La primera noche que lo hice, me dije que era un simple interés inocente, convencido de que solo era una fijación pasajera. Echaría un vistazo rápido, apagaría la pantalla y me iría a dormir. Acabé viendo toda la grabación. Y he hecho lo mismo todas las malditas noches desde entonces. La necesidad de verla es demasiado fuerte para ignorarla.

Retrocedo la grabación hasta esta mañana, cuando ella habría vuelto de su turno nocturno, presiono *enter* y reproduzco el vídeo.

El lugar es una puta caja de zapatos, y dos cámaras bastan para cubrir cada centímetro. Veo a Milene entrar, casi tropezar con el gato dormido en medio de la entrada y desaparecer en el baño. Diez minutos después, sale con una camiseta extragrande, se arrastra hasta la cama y se desliza bajo las sábanas, y se acurruca bajo ellas. Ni un minuto después, el idiota de su gato salta al lecho. Es flaco, de un color gris sucio y parece que le falta parte de la cola. ¿Lo habrá recogido de un basurero? El felino merodea hacia la base de la cama y luego da golpecitos y araña los pies de Milene, que asoman por debajo de las sábanas.

No hay audio, así que cuando Milene se levanta bruscamente de la cama, solo puedo ver cómo mueve los labios. Por la expresión de su cara, está gritando. El gato se escabulle bajo la cama. Ella vuelve a recostarse, pero en cuanto levanta la manta, la mascota regresa. Se acerca a la cabeza de Milene, extiende la pata delantera y le golpea la nariz. La chica no reacciona, aunque el felino la toca varias veces más. El maldito es persistente. Milene estira la mano para agarrar al gato por el medio, lo abraza contra su costado y entierra su cara en la almohada.

Aumento el *zoom* del vídeo y observo su figura dormida, iluminada por la luz del sol de mediodía que entra por su ventana. El gato se dio la vuelta en algún momento y tiene la cabeza pegada al cuello de Milene.

¿Por qué demonios vive en esa pocilga? Hice que Nino revisara sus cuentas. Su hermano le deposita una gran cantidad de dinero mensualmente, no obstante, ella no retira nada. Solamente utiliza su otra cuenta, en la que recibe su escaso sueldo mensual. Me pregunto si Scardoni sabe que está en New York. Probablemente no. Debería haber llamado a Rossi en cuanto supe quién era. En vez de eso, seguí espiándola, noche tras noche, y se convirtió en una necesidad. Es ridículo. Sin embargo, no puedo parar.

Intento ignorar el dolor latente de mi pie izquierdo, adelanto la grabación hasta las siete de la tarde, cuando Milene se sobresalta y se sienta en la cama. Se queda un segundo mirando la puerta principal, se envuelve en la manta mientras se levanta de la cama y se dirige hacia la entrada. Está a mitad de camino cuando el estúpido gato corre hacia ella, agarra la esquina de la manta que arrastra por el suelo y se le mete entre las piernas. Milene tropieza. El felino salta sobre la cómoda y empuja una cesta decorativa al suelo, junto con un paquete de papeles y otros objetos. La chica observa el desorden a sus pies, sacude la cabeza y se dirige hacia la puerta.

Aparece un repartidor con un enorme ramo de rosas rojas en los brazos. Intercambian unas palabras, se marcha con las flores y Milene se dirige a la cocina con una nota en la mano. Se detiene junto al bote de basura, la lee y frunce el ceño. Pone los ojos en blanco y la tira a la basura.

Tomo mi teléfono de la mesilla de noche, envío un mensaje a Nino para que averigüe quién envió las malditas flores y continúo observando.

Sigo a Milene mientras cocina unos huevos revueltos en la estufa, mientras tamborileo con los dedos sobre la computadora portátil. ¿Habrá rechazado las flores porque no le gustan las rosas? La idea de que algún otro hombre se las enviara me quema en la boca del estómago. Quizá fue el color. Vuelvo a agarrar el teléfono y llamo a mi secretaria. Cuando contesta, le digo lo que necesito. Hay unos instantes de completo silencio antes de que ella murmure rápidamente que hará que la florista me llame de inmediato. Mi teléfono suena cinco minutos después.

—Señor Ajello. Soy Diana, de la florería. Por favor, dígame lo que necesita y me encargaré de todo —dice.

—Necesito que envíen unas flores mañana por la mañana.

—Por supuesto. ¿Quiere algo en especial? Tenemos unas rosas rojas increíbles de Holanda y...

—Quiero todo lo que tienen, excepto rosas rojas.

—¿Oh? ¿Todas nuestras rosas excepto las rojas? Absolutamente. ¿Dónde...?

—Dije *todo*, Diana —ordeno—. Anota la dirección. Necesito que las entreguen a las seis de la mañana.

Cuando termino la llamada con la florista, coloco el teléfono sobre el teclado que tengo enfrente y lo miro fijamente. Nunca he comprado flores para nadie. Entonces, ¿de dónde diablos ha salido esta loca necesidad de hacerlo ahora?

Milene

—Mierda —murmuro, tanteando la cerradura.

Olvidé poner mi despertador y casi me quedo dormida. La manija gira por fin y abro la puerta, con la intención de correr por el pasillo, pero me detengo en el umbral. No habrá ninguna carrera por el pasillo, eso está claro. Tendré suerte si consigo llegar a la escalera, porque parece que algún repartidor se ha equivocado. A lo grande.

A ambos lados de todo el pasillo, de unos veinticinco metros de largo, hay enormes floreros y jarrones rebosados de flores. Cada arreglo consiste en un tipo diferente de flor: rosas blancas, rosas amarillas, rosas melocotón, margaritas, lirios, tulipanes y un montón de otras que no reconozco. Cada ramo tiene un gran lazo de seda atado alrededor del jarrón del mismo color que las mismas.

—¡Dios! —exclamo por lo bajo, mirando el mar de flores y preguntándome cómo voy a llegar a la escalera sin derribar ninguna.

—¡Milene! —grita una voz femenina y áspera. Giro la cabeza y veo a mi casera en lo alto de la escalera, con las manos en la cadera—. Necesito que saques todo esto del pasillo. La gente tiene que ir a trabajar —continúa.

—No son más —expreso, mirando por encima de la explosión de colores.

—La nota dice que sí lo son.

Mi cabeza gira rápidamente hacia la derecha.

—¿La nota?

Ella levanta una mano que sostiene un sobre rosa.

—Los repartidores me dijeron que te diera esto.

—Debe de ser un error.

—Tiene tu nombre.

Salgo al pasillo, intentando con todas mis fuerzas no derribar nada, y me dirijo hacia ella. Tengo que caminar en *zigzag* alrededor de lo que deben ser al menos cien jarrones.

—Déjame ver —pido, y me inclino sobre un gran arreglo de rosas blancas para tomar el sobre. Tiene razón. Tiene mi nombre. Miro por encima de mi hombro, boquiabierta ante todas las flores, y luego saco la nota del sobre.

Elige las que te gusten.

Regala las demás.

Parpadeo. Vuelvo a leerla. Le doy la vuelta. No hay firma. ¿Quién demonios compra miles de dólares en flores y le dice al destinatario que regale las que no le gusten? ¿Fue Randy? No lo creo. Además, la nota no tiene ninguna frase cursi, y él siempre escribe una. Vuelvo a mirar por el pasillo y hago un cálculo rápido en mi mente. Cada uno de esos jarrones debe haber costado cien dólares. Probablemente más. Así que el total sería... Mi cabeza se gira hacia la casera, con los ojos muy abiertos. Santo. Dios.

—Necesito que las quites del pasillo —refunfuña y se da la vuelta para marcharse—. Tienes treinta minutos.

¿Qué demonios voy a hacer con todo esto? ¿Y quién es el maníaco que compró lo que parece una florería entera? Esto es un nivel especial de locura.

Saco mi teléfono y llamo a Pippa, mi amiga del trabajo.

—¿Puedes conseguirme el número de teléfono de uno de los chicos que trabajan en el servicio de lavandería del hospital? —pregunto.

—¿Servicio de lavandería?

—*Síp*. Necesito un favor. Y un camión —indico mirando las flores—.
Uno grande.

Capítulo 3

Salvatore

Cierro mi *laptop* y miro al hombre arrodillado en la esquina opuesta de mi oficina. Nino lo sujeta por el cabello gritándole a la cara.

—¡Te pregunté!, ¿para quién trabajas, Octavio? —le grita y le da un puñetazo en la cara—. ¿Nos delataste? ¿A la DEA?

—No fui yo, Nino. Te juro que no fui yo.

—¿Quién más está trabajando contigo vendiendo información? —Otro golpe. Dos dientes vuelan por la oficina en un revoltijo de saliva y sangre, dejando manchas rojas en la pared.

—¡Quiero un nombre, Octavio! —Nino sigue gritando.

Tomo el teléfono de mi escritorio y abro la aplicación de vigilancia, mostrando la transmisión del apartamento de Milene. Durante la semana pasada, empecé a mirar periódicamente la grabación en directo a lo largo del día. Por las noches seguía viendo las grabaciones de todo el día, pero eso ya no me proporcionaba una dosis lo suficientemente fuerte. He desarrollado una necesidad inexplicable de saber dónde está y qué está haciendo.

La pantalla se ilumina con la vista del apartamento de Milene. Conservó las rosas blancas y las margaritas, y están sobre la mesa de la cocina. Esperaba encontrarme a Milene viendo la televisión o leyendo, que es lo que suele hacer por las tardes cuando no está trabajando. En cambio, la veo corriendo por la habitación, vestida únicamente con un conjunto a juego de lencería negra de encaje. Con mis codos sobre el escritorio, me inclino hacia adelante y aprieto el teléfono en mi mano.

Milene saca un vestido plateado de un gancho del pequeño armario y un par de zapatos negros de tacón del fondo. Primero se pone el vestido. Es corto, ajustado y brilla como una bola de discoteca. Aprieto aún más fuerte el teléfono en la mano. Las camisetas que se pone para dormir le llegan más abajo que esa prenda. Apenas le cubre el trasero. Milene se pone los tacones

y ahuyenta al felino andrajoso que duerme sobre su abrigo. Recogiendo la chaqueta, sale del apartamento.

—Nino, ¿quién está vigilando a la chica Scardoni? —indago.

Nino levanta la vista, su atención se desvía de su metódica tarea de romperle los dedos a Octavio.

—Es el turno de Pietro.

Busco el número de Pietro y lo llamo.

—¿Dónde está?

—Subiendo a un taxi —informa.

—Síguela. Avísame a dónde va. —Corto la llamada, saco mi arma y me acerco a Octavio, que sigue arrodillado, pero apenas semiconsciente.

—¡El nombre del otro soplón, Octavio! —exijo.

—No lo sé, jefe. Le juro...

Levanto la pistola, le disparo una vez a quemarropa en la cabeza y volteo hacia Nino.

—Llama a mantenimiento. Necesito mi oficina limpia a primera hora. Tengo una reunión a las ocho. ¿Tenía familia?

—Una esposa.

—Envía a alguien con dinero. Unos cien mil deberían bastar. Asegúrate de que sepa lo que pasará si no mantiene la boca cerrada.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Que alguien pinte sobre eso. —Señalo la pared detrás del cuerpo de Octavio—. Sus sesos están por todas partes.

—¿Vas a salir?

—Sí.

—¿Envío refuerzos?

—No —digo y le clavo la mirada—. No envíes a nadie a seguirme. Ya te he dicho que dejes esa costumbre tuya.

—Soy tu jefe de seguridad. ¿Cómo esperas que haga mi trabajo si no me dejas?

—Hasta ahora, he estado fingiendo no darme cuenta de los tipos que pones a seguirme. Esta noche no, Nino.

—De acuerdo, jefe.

Mientras me dirijo hacia el garaje, Pietro me llama y me da la dirección de un bar del centro. Cuando subo al coche, compruebo la ubicación en mi

teléfono. Está a casi una hora. *Joder*. Golpeo el volante con la palma de mi mano y acelero el motor.

Milene

Me apoyo en el bar y levanto el vaso para dar un sorbo a mi bebida cuando veo entrar a un hombre con pantalones azul marino y camisa blanca. Mierda.

—Por el amor de Dios, Pip —gimo—. ¿En serio invitaste a Randy a nuestra noche de chicas?

—Por supuesto que no. —Pippa sigue mi mirada—. Puede que lo haya mencionado en algún momento. Estuvimos juntos en el turno nocturno el miércoles, pero definitivamente no lo invité a venir.

—Genial, demonios. —Doy un gran trago a mi bebida y veo a Randy acercarse, con una gran sonrisa en su cara.

—¡Chicas! ¿Qué les invito?

—Estamos bien, gracias —murmuro.

Le he dicho a Randy muchas veces que no quiero salir con él, sin embargo, no me deja en paz. Si esto continúa, no sé qué voy a hacer. No puedo gritarle por invitarme a salir y enviarme flores. Sería una grosería. Además, él es un doctor que lleva cinco años trabajando en St. Mary, y yo solo soy una enfermera que está terminando su residencia. Si llegamos a tener una confrontación pública, todo el mundo se pondrá de su parte. Los anesthesiólogos son difíciles de encontrar.

—¿Te gustaría ir a ver una película la semana que viene? —pregunta.

—Randy, por favor. Ya te dije que no voy a salir contigo.

—Tengo que ir al baño. —Pippa salta de su silla.

—¿Ahora? —La fulmino con la mirada. No quiero estar sola con Randy.

—De verdad tengo que ir. Vuelvo en cinco minutos.

En cuanto Pippa se va, Randy pone su mano sobre la mía.

—Vamos, Milene. Solo una cita.

—No. —Retiro mi mano—. ¿Puedes irte, por favor?

—¿Por qué estás haciéndote la difícil? Es...

Randy se detiene y mira por encima de mi hombro. Al mismo tiempo, un brazo me rodea la cintura.

—Siento llegar tarde. —Un barítono profundo resuena junto a mi oído.

Mi cuerpo se pone rígido. Reconozco esa voz. Solo dijo una palabra en el estacionamiento, pero es difícil olvidar una voz como la suya. Giro la cabeza y miro hacia arriba. El tipo de la chaqueta. Parpadeo, ligeramente aturdida. Era temprano por la noche cuando nos vimos antes, y no estaba precisamente en mi mejor estado mental, así que no había asimilado del todo su aspecto. Esta vez, mi atención está más centrada y lo veo con claridad. Traje oscuro, con una camisa negra debajo. Ambos seguramente costosos. Su rostro es todo líneas y bordes afilados, como tallados en granito duro. Tiene un aire aristocrático. El tipo de la chaqueta es muy ardiente.

—¿Milene? —cuestiona Randy—. ¿Quién es tu amigo?

Le sonrío a Randy.

—Este es Kurt. Mi novio.

—¿Novio? —pregunta Randy sin dejar de mirar al tipo de la chaqueta que está detrás de mí—. Pippa me dijo que habías roto con él.

—Tuvimos una pelea y me enfadé, pero ahora estamos juntos de nuevo. —Sonrío.

El brazo que me rodea la cintura se tensa y me encuentro pegada al pecho musculoso que tengo a mi espalda.

—Y nos vamos a casar en diciembre —expresa el tipo de la chaqueta mientras me mira—. ¿Verdad, Goldie?

¿Kurt y Goldie? Aprieto los labios, intentando no reírme.

—*Síp*. El primero de diciembre. —¿Cómo puede permanecer tan serio?—. Así que tienes que dejar de invitarme a salir, Randy. Eso no le gusta ni un poco a Kurt.

Randy mira al tipo de la chaqueta, murmura una especie de despedida y se dirige a regañadientes hacia la salida. El brazo que me rodea desaparece y siento una punzada de decepción.

—Gracias por salvarme —agrego, agarrando mi vaso del bar—. El mundo es muy pequeño después de todo.

El tipo de la chaqueta me mira durante un segundo y luego se acerca aún más, apoyándose en el bar junto a mi taburete. Tiene más canas de lo que pensaba, sobre todo en la sien, pero también en la parte superior. Es inusual,

sin embargo, de alguna manera el efecto complementa su cara y esos ojos marrones claros.

—¿Por qué Kurt?

—Ayer volví a ver *Tango y Cash*. Fue el primer nombre que se me ocurrió. —Me encojo de hombros—. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Kurt funciona para mí, Goldie.

—Oh, ¿un hombre misterioso? —Me acerco el vaso a los labios, pero es a él a quien bebo con mi mirada. No recuerdo haber conocido antes a un hombre con una presencia tan poderosa. Atrae la atención solo con estar en la habitación, y su aspecto no parece tener mucho que ver—. Entonces, ¿a qué te dedicas, Kurt?

—Podría decirse que me dedico a la gerencia. —Ladea la cabeza y una mirada extraña ilumina sus ojos, como si intentara descifrarme—. ¿Y tú? ¿Has asistido a más partos recientemente?

—Dios, no. Todavía estoy tratando de procesar el primero. —Doy un sorbo a mi bebida—. Estaba muerta de miedo.

—Sí, me di cuenta.

—¿Te diste cuenta? Mierda. Pensé que lo había disimulado bastante bien.

El cantinero se inclina entre nosotros, preguntando si necesitamos algo. Hago un gesto con la cabeza hacia mi vaso para que me lo rellene mientras Kurt le hace un gesto con la mano izquierda, mostrando un guante de cuero negro. ¿Es uno de esos paranoicos obsesionados con los gérmenes? Tiene la mano derecha apoyada en el bar. No lleva guante. Qué extraño.

—¿Siempre quisiste ser enfermera? —inquire.

—*Síp*. Desde que estaba en tercer grado.

—¿Por qué?

—Es una buena pregunta. —Asiento con la cabeza—. No sé por qué. Es algo que siempre quise. ¿Y tú?

—Continúo con el negocio familiar. Es lo que se esperaba.

—Sí, sé lo que quieres decir. —Bebo de un trago lo que queda en mi vaso.

También era lo que se esperaba de mí. Sin embargo, en mi caso, significaba casarme con un hombre elegido por el Don. Bueno, eso no sucederá. Mi hermana tuvo suerte. Bianca acabó casándose con un hombre

al que adora, pero de ninguna manera voy a volver a casa para arriesgarme a convertirme en un objeto de negociación en los tratos de la *Cosa Nostra*.

—¿Ese tipo es tu ex, o algo así? —me pregunta mi misterioso desconocido, y me estremezco.

—¿Randy? Dios, no. —Pongo cara de asco—. Es solo un tipo raro del trabajo del que no puedo librarme. Lleva meses enviándome flores y notas patéticas.

—¿Qué tipo de notas?

—La última decía que mi cabello le recuerda a los rayos del sol —resoplo.

Su mano cubierta con el guante entra en la zona donde lo veo y me quedo sin aliento cuando toma un mechón de mi pelo y lo enrolla alrededor de su dedo. Es un acto bastante íntimo, tocar el cabello de alguien, y debería molestarme. Pero no es así. Ni siquiera un poco.

—No eres un alma romántica, ¿verdad, Goldie?

—En realidad no, Kurt —expreso, tratando de mantener mi voz firme mientras mi corazón se acelera.

Está tan cerca que puedo oler su colonia. Es el mismo aroma que cuando nos conocimos frente al hospital, muy discreto y con un ligero toque de especias, y no puedo evitar inclinarme un poco hacia adelante. La expresión de su rostro permanece completamente neutra mientras pregunta:

—¿Y tampoco te gustan las flores?

—No tengo nada en contra de las flores. Solo que no me gusta que me las regalen tipos raros —murmuro en mi vaso—. Y parece que de alguna manera conseguí otro más.

—¿Otro tipo raro? —inquire, aún jugueteando con mi cabello.

—*Síp*. A principios de esta semana, alguien decidió comprar toda una florería y dejó más de un centenar de ramos frente a mi puerta.

—¿No fue Randy?

—Estoy bastante segura de que no fue él. No había ninguna frase cursi ni firma en la nota. Randy siempre se asegura de firmar sus tarjetas —digo mirándolo a los ojos—. Mi amiga Pippa dice que siempre atraigo a tipos raros.

Su cabeza se inclina ligeramente.

—¿Crees que tiene razón?

—Quizás. —Contengo la respiración, preguntándome si va a besarme. Mi amiga en cuestión escoge justamente ese momento para volver del baño y sentarse en la silla de mi otro lado. Pippa siempre elige el mejor momento.

—Supongo que es hora de irme —indica el tipo de la chaqueta y se aleja del bar.

No quiero que se vaya, pero en lugar de protestar, simplemente asiento con la cabeza.

—Nos vemos.

Inclina la cabeza hacia un lado, manteniéndome prisionera de su mirada, y me roza la mejilla con el dorso de su mano cubierta por el guante.

—Tal vez. —Suelta mi cabello y se da la vuelta.

Observo cómo se aleja, su cuerpo alto se abre paso entre la multitud, que parece separarse de forma natural para dejarlo pasar. Me doy cuenta de que cojea ligeramente. Es muy sutil. Una mera variación en sus pasos que podría no llamar la atención de los demás. No lo había notado antes.

Me pregunto si se dará la vuelta, pero se marcha sin mirar atrás.

—Vaya. —Pippa suspira a mi lado—. ¿Quién era?

—No tengo la menor idea —susurro.

Salvatore

Entro a la sala escasamente iluminada y miro a mi alrededor. La casa es un desastre: ropa esparcida por el suelo y cajas vacías de comida para llevar apiladas en el mostrador. El aire rancio se adhiere a mis vías respiratorias, denso y vagamente nocivo. Es como si nadie se hubiera molestado en abrir una ventana en meses. El lugar es asqueroso. Me acerco a la mesa del comedor y saco una silla. La pongo de cara a la puerta y me siento a esperar.

Veinte minutos después, la puerta se abre y entra Randy Philips, el tipo raro de Milene. No se da cuenta de mi presencia porque apagué las luces. Sin embargo, cuando enciende el interruptor y me ve sentado en el comedor, se detiene en seco.

—Hola, Randy —saludo.

Sus ojos se abren de par en par y da un paso atrás.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste? Voy a llamar a la policía.

—No te lo recomiendo. —Me reclino en la silla—. Vine a charlar. Eso es todo.

—¿Qué quieres? —Me mira de arriba abajo y se acerca.

—Quiero que te olvides de Milene —exijo—. No le hables. Ni siquiera la mires. Cuando entre a una habitación, te das la vuelta y te vas.

—¿Y si me niego? —Da otro paso hacia mí.

Randy es un tipo grande, un poco más bajo que yo, pero con al menos veintidós kilos de más. Su volumen, sin embargo, proviene principalmente del peso extra que tiene alrededor de la cintura. Parece engreído, como si estuviera seguro de que puede conmigo. Sacar conclusiones infundadas puede hacer que te maten. La mayoría de la gente no lo tiene en cuenta.

Veo el momento preciso en que decide atacarme. Antes de que tenga oportunidad de hacerlo, me levanto, tomo la silla y la estrello contra su cabeza. Randy se desmorona y cae de rodillas, con las manos fuertemente apoyadas en el suelo. Mientras recupera el equilibrio y la compostura, meto mi mano en mi chaqueta, saco mi arma y comienzo a enroscar el silenciador en el cañón. No extinguirá por completo el sonido de los disparos, pero sin duda los silenciará. No quiero que ningún vecino interrumpa nuestra conversación.

—Realmente esperaba no tener que llegar a esto, Randy, pero no me dejas otra opción. —Levanta la vista y, al ver la pistola, se arrastra gateando hacia atrás. Apunto a su izquierda y aprieto el gatillo, enviando una bala al suelo de madera a dos centímetros de su mano—. Detente —ordeno, y se queda inmóvil—. La única razón por la que sigues respirando, Randy, es porque me enteré de que eres médico, y tengo mucho respeto por los profesionales de la salud. Así que te doy una última oportunidad de obedecer.

Asiente rápidamente con la cabeza y se queja, con los ojos muy abiertos y llenos de pánico.

—Bien. Mañana por la mañana, renunciarás a tu puesto en St. Mary. Si alguna vez me entero de que alguien te ve a menos de dieciséis kilómetros del edificio, o de Milene, tu vida habrá terminado. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Perfecto. —Apunto a su pierna y le disparo en el muslo.

Grita y cae de lado, presionando con las manos la herida sangrante. Sus nudillos se ponen blancos por el esfuerzo.

—Solo un pequeño recordatorio de que hablo en serio. Puedes llamar al 911 cuando me haya ido, diles que te topaste con un ladrón. —Desenroscar el silenciador y oculto mi arma, luego me dirijo hacia la puerta principal—. A una distancia de dieciséis kilómetros, Randy.

En cuanto estoy en el auto, saco mi teléfono y abro la aplicación de vigilancia. Milene está sentada en su sofá, comiendo papas fritas, concentrada en un programa de comedia en el televisor. El gato está sentado en su regazo, intentando sacar con la pata uno de los bocadillos del tazón de Milene. Con su agenda diaria tan ajetreada, la chica necesita alimentarse mejor. Desde que la vigilo, solamente ha cocinado un par de veces, y únicamente cuando tiene un día libre. Por lo que he visto, lo hace fatal. Aparte de esos pocos casos, ha estado comiendo comida rápida. A veces, cuando tiene turnos más largos, al llegar a casa se duerme sin comer nada. Si sigue así, se enfermará.

Le envío un mensaje a Ada, mi ama de llaves, con instrucciones sobre lo que necesito que haga, y coloco el teléfono en su soporte junto al volante, para poder mirar y conducir al mismo tiempo.

Capítulo 4

Milene

—¡Jesucristo, maldita sea! —grito y salto por encima del gato que duerme a pierna suelta en el suelo justo delante de la entrada. Casi lo aplasto al pisarlo. Otra vez.

Sacudo la cabeza y me dirijo a la cocina, con la mente en las sobras del día anterior, y luego a dormir. Los turnos nocturnos me están matando. Abro la nevera, subo la mano al estante superior y parpadeo dos veces. Cierro la nevera y me doy la vuelta para asegurarme de que estoy en el apartamento correcto.

Mi cocina.

Mi gato.

La montaña de platos sucios de hace dos días, también míos. No, no me equivoqué de departamento. Vuelvo a abrir la nevera, miro embobada su contenido y saco el teléfono de mi bolsillo trasero para llamar a Pippa.

—¿Estuviste en mi casa mientras yo estaba en el trabajo? —pregunto.

—*Nop*.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. ¿Por qué?

—Creo que alguien se metió anoche.

—¿Qué?! ¿Lo denunciaste? ¿Qué se llevaron?

—*Ejem*. No se llevaron nada —. Me agacho para revisar el contenido de las repisas, parpadeando varias veces para asegurarme de que no me estoy imaginando cosas—. Me surtieron . . . la nevera.

—No comprendo.

—Alguien se metió y me surtió la nevera de verduras, una tonelada de carne, leche, huevos y... —destapo el recipiente de plástico del estante de en medio y levanto la tapa—: sopa casera.

Un silencio se produce al otro lado de la línea y luego se oye una risita.

—Sí, deben ser pequeños duendes hogareños. Eres muy graciosa.

—Hablo en serio. No había visto una nevera tan llena desde que me fui de casa.

—Probablemente la llenaste ayer y se te olvidó. Los refrigeradores no se llenan solos milagrosamente.

—Estoy desvelada, no demente, por el amor de Dios. Recordaría haber ido a una tienda y gastarme la mitad de mi sueldo mensual en comida. —Estiro la mano para tomar un bloque de queso del estante de en medio y lo giro para verlo mejor. Es uno de esos finos y de aspecto mohoso—. Incluso hay un paquete enorme de Gorgonzola ahí. Ladrones refinados.

—¿Hablas en serio?

—Claro que hablo en serio. —Devuelvo el queso a la repisa y cierro la nevera de un portazo—. Voy a llamar a la policía.

—¿Y qué les vas a decir?

Mierda. Tiene razón, simplemente se reirían.

—¿Crees que fue David?

—¿Tu ex? Pensé que se había ido a la India con su grupo de yoga cuando ustedes terminaron. Vaya, ese tipo era súper extraño y estaba obsesionado con la comida. Puedo imaginármelo entrando a hurtadillas en tu casa.

—Jesucristo. Estaba segura de que me había devuelto el juego extra de llaves —suspiro y me aprieto la nuca—. Me voy a dormir, pero le enviaré un mensaje a David cuando me despierte y cambiaré las cerraduras mañana a primera hora.

Cuelgo la llamada y me dirijo a la cama. Mientras me estoy quedando dormida, un pensamiento me ronda la cabeza: ¿David no era vegano?

Salvatore

Ladeo la cabeza y observo a Milene mientras se prepara para ir a trabajar. Se cepilla el cabello frente al espejo y luego se lo recoge cerca de la coronilla en una coleta alta. Lo prefiero cuando se lo deja suelto. Pongo el teléfono boca abajo y me concentro en los dos capos que están frente a

mi escritorio, Cosimo y Rocco, que discuten sobre la contratación de otra empresa de construcción.

—Atticus también trabaja en proyectos gubernamentales —replica Cosimo—. Tienen estrictas auditorías internas y externas. ¿Y si alguien decide revisar todas las empresas para las que trabajan y examinan nuestros documentos?

—Todos nuestros contratos son sólidos. No encontrarán nada sospechoso. —Rocco se encoge de hombros.

—¿Oh? ¿Y si indagan más? —pregunto—. ¿Investigando a nuestros inversionistas, por ejemplo? ¿Pensaste en eso, Rocco?

—Mierda —murmura.

—Exactamente. No haremos ningún negocio con Atticus. —Hago un gesto con la cabeza hacia la puerta de mi oficina—. Hemos terminado por hoy.

Cuando se van, devuelvo mi atención a mi teléfono y cambio a la transmisión de la segunda cámara. Milene está llenando su lonchera con algo de carne que obviamente asó ella misma, porque la mitad parece estar carbonizada. Tendré que decirle a Ada que compre más alimentos y que envíe a Alessandro a llenar nuevamente su nevera la semana que viene. Cambió las cerraduras, pero las puertas cerradas con llave nunca han sido un problema para Alessandro. En cuanto ella sale de su casa, apago mi *laptop* y me dirijo al garaje.

Conduzco cuarenta minutos para llegar al hospital donde trabaja Milene. Después de estacionarme cerca de la entrada, me recuesto en el asiento y espero. Un rato después, ella aparece por la esquina, y la sigo con la mirada hasta que desaparece a través de las amplias puertas corredizas. Enciendo el motor, doy marcha atrás y salgo del estacionamiento.

Esta obsesión que tengo con la chica no ha disminuido como esperaba. De hecho, se ha intensificado. En algún momento en los dos últimos días, he pasado de mirar la grabación de la cámara un par de veces al día a dejarla encendida constantemente, excepto cuando estoy en reuniones. Incluso entonces, si la conversación dura más de tres horas, la abro y echo un vistazo rápido. Apenas es suficiente para aliviar la ansiedad que me produce no saber dónde está durante un largo periodo de tiempo. Por alguna razón, Milene Scardoni se ha convertido en una droga que corre por mis

venas. Cuanto más consigo, más quiero. Necesito volver a verla, en persona. No será hoy, pero sí muy pronto.

Me detengo en un semáforo en rojo a unas calles de casa y miro por el retrovisor. Un coche negro que me resulta familiar lleva quince minutos siguiéndome, manteniéndose en el mismo carril y unos vehículos más atrás. Parece que la esposa del Don de Boston envió a otro de sus perros a seguirme. Tiene que entrenar mejor a sus hombres, porque eliminar a sus espías incompetentes empieza a ser molesto. Después de que el semáforo cambia a verde, giro a la derecha y conduzco durante media hora hasta llegar a un edificio de oficinas a medio construir. Giro de nuevo a la derecha y entro al garaje subterráneo, que debería haber estado terminado la semana pasada. A juzgar por las cajas, los materiales de pintura y los rollos de cables eléctricos esparcidos a lo largo de las paredes, la obra está bastante retrasada.

Una vez estacionado junto a la puerta de servicio que conduce a la escalera, saco mi arma de debajo del asiento y salgo del vehículo. Paso junto a un pilar de concreto de camino a las escaleras y entro al edificio, dejando la puerta entreabierta.

Menos de treinta segundos después, un hombre vestido con *jeans* negros y camiseta negra se escabulle dentro del garaje. Se mantiene de espaldas a la pared y se acerca sigilosamente a la puerta de servicio con una pistola en la mano. Cuando llega al umbral y apoya la palma de la mano que tiene libre en el marco de la puerta, salgo de entre las sombras y le meto un tiro en la sien. La sangre salpica la pared recién pintada y el cuerpo del hombre cae al suelo. Bajo el arma y, sacando mi teléfono, me acerco al cadáver.

—¿Sí? —responde una voz femenina.

—Nera. Encontré algo tuyo.

—*Oh*. Qué desgracia. —Hay un breve silencio al otro lado antes de que ella continúe—: Bueno, supongo que estamos a mano. ¿Deberíamos poner fin a esta situación por ahora? Estoy teniendo algunos problemas aquí en Boston. Necesito concentrarme en eso por el momento y no puedo dedicar precisamente mi tiempo y esfuerzo a cazar a los espías que estás enviando.

—Sí. Eso sería prudente. Por favor, hazle llegar a Don Leone mis mejores deseos para una pronta recuperación.

—Lo haré —replica, y la línea se queda en silencio.

Paso por encima del cadáver a mis pies y llamo a Nino.

—Tengo a otro de los espías de Nera Leone. Envía a alguien a deshacerse del cadáver. Está en el garaje bajo el edificio de oficinas de Brooklyn.

—Enseguida. ¿Deberíamos esperar más?

—No. Nera y yo llegamos a un acuerdo para dejar de espiarnos mutuamente por el momento.

—¿Volveremos a enviar un mensaje? —pregunta.

—Sí. La cabeza es suficiente esta vez. Aunque envuélvela en un papel rojo elegante. Es su color favorito.

—Esa mujer siempre me dio escalofríos.

—Ya sabes lo que opina la *Cosa Nostra* de que las mujeres estén en una posición de poder. Tiene que ser despiadada para aguantar todo eso.

—Crees que mantendrá su promesa.

—Sí. Nera es una víbora, pero no faltará a su palabra. Lástima que pronto estará muerta.

—¿Crees que alguien la matará?

—En cuanto muera su esposo. Conservará el mando hasta entonces, pero en cuanto muera el Don, estará acabada. —Guardo el teléfono y vuelvo a mi coche.

Capítulo 5

Milene

—No veo la hora de llegar a casa —suspiro y cierro mi casillero—. Cambié el turno con Harper mañana. Haré doble turno.

—¿Por qué? —indaga Pippa.

—Dice que su madre está enferma y necesita visitarla. No podía decirle que no.

—A veces eres demasiado blanda. Harper nunca acepta cambiar con nadie. —Ella sacude la cabeza—. ¿Te has vuelto a encontrar con ese desconocido *sexy*? ¿El de hace tres semanas?

—No. —Saludo a la chica de recepción cuando pasamos.

—No puedo creer que no te pidiera tu número.

—A lo mejor no estaba interesado. —Me encojo de hombros—. Vio que Randy me molestaba, decidió ayudarme y eso fue todo.

—Todavía estoy sorprendida de que Randy renunciara. Fue tan repentino.

—Escuché que mencionó una emergencia familiar y se fue de la ciudad —explico mientras pasamos por las puertas de la salida—. Gracias a Dios.

De repente, Pippa ya no camina a mi paso. Me detengo y me giro para encontrarla mirando algo, con los ojos muy abiertos.

—¿Pip? ¿Vienes?

—Um... sobre tu tipo misterioso.

—¿Qué pasa con él?

—Parece que podría estar interesado después de todo. —Sonríe y señala con la cabeza hacia el estacionamiento.

Sigo su mirada y las comisuras de mis labios se tuercen en una sonrisa involuntaria. A menos de quince metros de nosotros, el tipo de la chaqueta está recargado en el cofre de un gran coche plateado, con los brazos cruzados.

—Mierda. ¿Es un Bentley? —susurra Pippa en mi oído mientras me da un codazo con el hombro—. Ve ahora mismo. Haz que se case contigo. No tendrás que volver a trabajar. —Se ríe.

Resoplo. Lo que está sugiriendo es exactamente lo que he intentado evitar con todas mis fuerzas.

—Nos vemos mañana.

El tipo de la chaqueta me mira mientras camino hacia él, y me encuentro deseando tener puesto algo un poco más favorecedor que un uniforme de hospital. La luz del mediodía resalta las canas de su cabello y, una vez más, me sorprende lo atractivo que es. Hoy viste una camisa gris sencilla sin nada encima. Su postura resalta sus hombros anchos y sus bíceps fornidos. Tiene la complexión de un nadador profesional: músculos tonificados, cintura estrecha y pecho ancho. Me acerco a él directamente y sonrío.

—Bueno, hola de nuevo, extraño. Si es que sigues siendo un extraño —digo—. ¿Solo pasabas por aquí?

—Algo así. —Se endereza y mete las manos en sus bolsillos—. Me preguntaba si te gustaría comer conmigo.

—No suelo ir a comer con hombres cuyo nombre no conozco, Kurt.

Espero que sonría ante eso, pero se limita a devolverme la mirada.

—¿Café?

Me pregunto por qué no quiere decirme su nombre. Es decir, podría haberme dado un nombre falso desde el principio. No es como si fuera a pedirle su identificación para confirmarlo. ¿Quizás piensa que así me parecerá más atractivo? Si ese es el caso, no está del todo equivocado.

—Un café estará bien. —Me encojo de hombros y hago un gesto hacia el pequeño establecimiento cercano, donde la mayoría del personal del hospital, incluida yo, acudimos al menos de forma semirregular—. Hay una café al otro lado de la calle.

Asiente con la cabeza y me sigue en silencio mientras cruzamos la calle. Elegimos una de las mesas del patio, cubierta con un colorido mantel de cuadros rojos y blancos. El tipo de la chaqueta saca una silla para mí y se sienta a mi lado.

—Así que, ¿me estás siguiendo, Kurt?

—No —responde—. Tenía unos asuntos que atender por aquí y te vi salir del hospital cuando estaba subiendo a mi vehículo.

—Qué casualidad.

La hija del dueño del café viene a tomar nuestra orden. Un *cappuccino* para mí y un espresso doble, sin azúcar, para él. Siempre me he preguntado cómo la gente puede beber café sin azúcar.

—¿Cómo te trata la vida, Goldie?

Hay algo inusual en la forma en que me mira, esperando una respuesta. Como si de verdad quisiera saberlo y no solo pregunta para entablar conversación. Puede sonar estúpido, ya que solamente he intercambiado un puñado de palabras con él, pero tengo la impresión de que rara vez presta toda su atención a alguien.

—Más o menos igual —contesto—. Gente apuñalada. Sobredosis. Un montón de huesos rotos. Un envenenamiento.

—¿Envenenamiento?

—Una esposa celosa. El marido la estaba engañando. —Sonrío—. No estaba nada contenta.

—¿Sobrevivió?

—Sí. Le hicimos un lavado de estómago cuando llegó.

—¿Qué usó?

—Un cóctel de productos químicos de cocina. —Levanto una ceja—. ¿Y a ti?

—Ningún envenenamiento. Solo reuniones y un montón de correos electrónicos.

Entrecierro los ojos. Aunque parece un hombre de negocios, con su ropa cara y un reloj que probablemente cuesta más que un año de mi alquiler, no me parece el tipo de persona que se ocupe del papeleo. Se comporta de cierta manera, incluso ahora que parece relajado, y eso me hace pensar que no es un gerente cualquiera.

—No estabas por casualidad en la zona, ¿verdad, Kurt? —Tomo el *cappuccino* que la mesera puso frente a mí y le doy un sorbo.

—No. —Se inclina hacia adelante, se acerca y me quita el pasador que me sujeta el cabello en un moño en la nuca, haciendo que caiga en cascada por mi espalda—. Tienes un cabello muy inusual, Goldie.

No hay nada inusual sobre mi cabello. Excepto por el hecho de que mi hermana y yo compartimos el tono claro, pero nadie más en nuestra familia lo tiene. El cabello rubio no es usual en la comunidad italiana. Bianca y yo somos las únicas que nos parecemos a nuestra abuela noruega.

Toma unos mechones entre sus dedos cubiertos por el guante, acariciándolos suavemente.

«¡Dile que se detenga! Está cruzando los límites. ¡No puedes dejar que un desconocido haga eso!».

Ignoro por completo la voz de la razón y miro el mechón que sujeta, notando que solo utiliza los tres primeros dedos, mientras que los otros dos permanecen ligeramente rígidos y doblados. Me pregunto qué le habrá pasado a su mano.

—Así que me estabas esperando —comento—. ¿Por qué?

—¿Hay algo malo en que quisiera invitar a comer a una mujer hermosa?

—Eso suele venir después de las presentaciones pertinentes, Kurt. —Sonrío—. ¿Tienes algo que esconder? ¿Hay alguna razón por la que no quieras decirme tu nombre?

—¿Qué podría tener que ocultar? —Sus dedos cubiertos por el guante sueltan mi cabello y, al hacerlo, rozan la piel de la parte superior de mi brazo, provocando un escalofrío de excitación en todo mi cuerpo.

—No lo sé. ¿Eres un exconvicto? ¿Un político con esposa y tres hijos en casa?

—No tengo ni una multa por exceso de velocidad. Tampoco tengo esposa o hijos.

—¿Por qué no? —Levanto una ceja—. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cuatro. Tener una esposa e hijos nunca estuvo en mis planes.

—¿Y tienes un plan fijo para todo?

—Para la mayoría de las cosas, sí. —Me mira a los ojos—. ¿Te gustaría solicitar el puesto de esposa?

Me echo a reír. No es la pregunta en sí, sino la forma de formularla en un tono completamente en serio.

—Lo siento, Kurt. No estoy precisamente disponible. Tendrás que buscar una candidata adecuada en otra parte.

—¿Tienes algo en contra del matrimonio? ¿Le temes al compromiso?

—*Nop.* —Sacudo la cabeza desconcertada por hablar de matrimonio con un hombre al que acabo de conocer—. Tengo un miedo muy infundado de terminar atada a un hombre al que no amo. Supongo que hay demasiados malos ejemplos en mi familia. En una época, mi hermana Bianca y yo acordamos que nunca nos casaríamos. Planeábamos ser señoras con gatos,

viviendo en casas que olieran a orina. —Tomo mi *cappuccino*—. Eso fue hasta que ella rompió su parte del trato y se casó con un ruso aterrador. Después de eso, cambié mi perspectiva sobre el matrimonio.

—¿En qué sentido?

—Curiosamente, vi lo bueno que podía ser. Esos dos son... como malditas almas gemelas o algo así. Nunca he visto a dos personas tan perdidamente enamoradas. Podrían estar en una tarjeta Hallmark. —Le doy un sorbo a mi café—. No puedo explicarlo. Tendrías que verlo para entenderlo.

—¿También piensas casarte con un ruso aterrador? —pregunta.

—Por supuesto que no. —Me río—. No me gustan los tipos que dan miedo. Lo que digo es que no me conformaré con menos.

—Y dijiste que no eras romántica... —Su dedo se posa en mi antebrazo desnudo y traza una línea hasta las venas azules de mi muñeca. Juro que mi corazón de verdad da un vuelco.

—Puede que lo sea, un poco. —Me encojo de hombros, consciente de que su dedo vuelve a subir y tratando de reprimir la necesidad de simplemente cerrar los ojos y disfrutar de su caricia.

—¿Te ha vuelto a molestar ese hombre? —inquire—. ¿El del bar?

—¿Randy? *Nop*. Escuché que se fue repentinamente de la ciudad, ni siquiera me ha llamado. Gracias a Dios.

—Bien. —Asiente y mueve su dedo hacia el dorso de mi mano—. ¿Alguna novedad más?

—¿Aparte de un montón de cosas raras que están pasando? No.

—¿Qué cosas raras?

—Bueno, podría empezar con que tengo una cita con un hombre cuyo nombre desconozco. —Sonrío.

—Entonces, ¿esto es una cita?

—Tú dime.

—Puede que lo sea. —Toma mi mano, la gira con la palma hacia arriba y vuelve a trazar patrones sobre mi piel—. No tengo muchas citas, así que no sé exactamente cómo clasificar esto.

Levanto una ceja.

—¿No tienes citas?

—No. De hecho, creo que nunca he tenido una cita. Quizás en la escuela. Vuelvo a reírme.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Está mintiendo. Tiene que estarlo. Cuando un hombre tiene su aspecto, debe de haber montones de mujeres haciendo fila para lanzarse a sus brazos. Me mira la mano, que se le ha escapado mientras yo me reía, y me rodea la muñeca con los dedos. Acercándola, sigue trazando las líneas con la punta del dedo. Línea del amor, línea de la vida, nunca estoy segura de cuál es cuál.

—¿Qué otras cosas raras? —pregunta.

Parpadeo y sacudo la cabeza. Su tacto es muy suave, aunque sigue erizándome la piel. Y no solo en mis brazos. Y desde luego no pienso quitar mi mano.

—Bueno, está el incidente de las flores. Aún no tengo idea de quién las envió.

—Sí, recuerdo que lo mencionaste. ¿Qué hiciste con todas las flores?

—Le pedí ayuda a los chicos del departamento de lavandería del hospital para llevarlas a St. Mary. Llevamos las flores a las habitaciones de los pacientes crónicos —respondo—. Me quedé con algunas. No debería haberlo hecho porque no sé quién las envió, pero eran demasiado bonitas.

Su dedo recorre mi antebrazo.

—¿Qué más?

—Mi ex entró a mi apartamento la semana pasada y me surtió la nevera. —Lo miro—. Dice que no lo hizo, sin embargo, no le creo.

David no es exactamente el tipo de chico que le gusten las relaciones. Me parece súper raro que intentara volver conmigo con semejante numerito, pero no se me ocurre nadie más que pudiera haberlo hecho.

—¿Tu ex? —inquire—. ¿Estuvieron juntos mucho tiempo?

—Incluyendo todas las veces que terminamos y volvimos. . . —Lo pienso—. Tal vez un año.

El dedo en mi antebrazo se detiene un instante.

—Un año —dice, y luego continúa con su patrón—. Eso es mucho tiempo. ¿Vive cerca?

—Sí, pero ahora está en la India. En un retiro de yoga o algo así. Probablemente envió a alguien a encargarse de lo de la nevera por él. ¿Por qué lo preguntas?

—He escuchado que la India es bonita. Debería considerar quedarse allí. Sería bueno para su salud.

Entrecierro los ojos.

—¿Por qué? ¿Por el clima tropical?

Sus dedos bajan hasta la palma de mi mano.

—Por el aire.

Dios, me encanta la voz de este hombre. Mis ojos se posan en su reloj y, de mala gana, aparto mi mano de la suya.

—Me tengo que ir. Tengo que llevar a mi gato al veterinario.

—Yo te llevo. —Saca su billetera y deja cincuenta dólares, que es demasiado dinero, y se levanta—. ¿Qué le pasa al gato?

—Ha estado vomitando desde anoche. Creo que se volvió a comer una de mis ligas para el cabello.

Mientras cruzamos la calle, un grupo de chicos adolescentes se abalanzan hacia nosotros desde el otro lado, gritando y jugueteando como hacen a menudo. La mano del tipo de la chaqueta se posa en mi cadera, acercándose a su lado, y me abraza con fuerza mientras los chicos pasan volando en una ráfaga de brazos agitándose y bromas. Maldita sea, me encantan los hombres con una tendencia protectora.

—¿Es normal? —pregunta—. He escuchado que los perros pueden comer cualquier cosa, pero no los gatos.

—No lo creo. Tiene problemas —digo mientras caminamos hacia su auto—. Pero al menos ha dejado de robarle comida a la vecina.

—¿Por qué te quedas con el gato si tiene problemas?

—Se mudó sin pedir permiso. No podía echarlo.

Llegamos a su auto y me doy la vuelta, preguntándome de repente hasta qué punto es prudente subirme a un vehículo con alguien a quien apenas conozco. Cuando me asalta ese pensamiento, él levanta una mano y toma mi barbilla entre sus dedos, levantando mi cara. Un dedo roza ligeramente la piel de mi mejilla y me inclino hacia él. Agacha la cabeza hasta que su boca está junto a mi oreja, y sus labios hacen un contacto leve, pero a la vez electrizante.

—Eres una criatura extremadamente inusual, Goldie —me susurra al oído. Su voz, áspera e hipnotizante, me produce un escalofrío—. Y me gustan muchísimo las cosas inusuales.

Me rodea la cintura con el otro brazo y, en un instante, me encuentro sentada sobre el cofre de su auto, con las piernas a horcajadas sobre su cuerpo.

—No tengo nada de inusual —expreso, observando sus ojos color ámbar. Tiene una pequeña cicatriz en la frente, encima de la ceja, y estiro la mano para tocársela. Nuestros rostros están tan cerca que su aliento roza mis labios. Si me inclinara un poco hacia adelante, mis labios acariciarían los suyos. Deslizo mi dedo desde su ceja por el lateral de su cara y luego lo entierro en el cabello de su nuca. Al mismo tiempo, su dedo se desliza hacia arriba desde mi barbilla hasta mi labio inferior.

—Siento discrepar, Goldie. —Su dedo desaparece de mi boca, sustituido por unos labios firmes.

El beso es lento. Controlado. Como él. Aprieto mi mano en su cuello y me asombra cómo sus labios saborean los míos. Es como si hubiera descubierto una tierra nueva y exótica. Siempre había pensado que los besos duros y enérgicos eran los más intensos. No podía estar más equivocada, porque la forma en que explora mi boca es francamente pecaminosa. ¿Hará el amor de la misma manera? Por alguna razón, creo que no. Su otra mano desciende hasta la parte baja de mi espalda y por debajo de mi *top*, deslizándose hacia arriba por mi espalda, encendiendo fuegos artificiales con cada suave roce.

—Ven a mi casa —musito en su boca, sin poder creer mi atrevimiento. No invito a extraños a mi departamento y solo me he acostado con hombres con los que he estado saliendo, pero aquí estoy, invitando a un hombre sin nombre a mi cama para que haga lo que quiera conmigo. Es imprudente. Una locura. ¿Por qué no me importa?

Ladea la cabeza y me mira intensamente. Su mano aún me sujeta la barbilla y su dedo me acaricia el labio inferior.

—¿Estás segura?

Abro la boca para decir que sí cuando un zumbido atraviesa el aire al romperse el parabrisas detrás de mí. Grito. El brazo que me rodea la cintura se tensa, el capó desaparece de debajo de mí y me encuentro totalmente pegada al costado del coche, con mi cara contra un pecho duro como una roca. Otro disparo resuena en el aire. La bala hace saltar fragmentos de asfalto como chispas a nuestra izquierda. Un vehículo frena en seco en algún lugar cercano, seguido de cerca por otro. El pecho desaparece y, de repente, me meten en el asiento trasero de un auto.

El tipo de la chaqueta habla con el conductor con una voz inquietantemente tranquila.

—Lleva a la chica a su casa. Asegúrate de que no te sigan.

—Jefe. —El conductor señala con la cabeza la parte superior del brazo de mi protector—. Está sangrando.

Mi mirada se dirige a su costado y veo la mancha carmesí que se extiende por su manga.

Lo ignora por completo y se dirige a alguien que ahora está parado detrás de él, fuera de mi vista.

—Encuentra a ese maldito francotirador.

Me lanza una mirada rápida y golpea el techo del coche con la palma de la mano. En una fracción de segundo, el vehículo arranca y yo me quedo pegada al respaldo del asiento, sintiendo por primera vez lo que debe de ser salir disparada al espacio.

Capítulo 6

Salvatore

—Fuiste imprudente, jefe —dice Nino—. Quedarte ahí dos horas, esperando a la chica donde cualquiera podía verte. Y a pleno día. Era de esperarse.

—¿Encontraron al francotirador? —pregunto.

—Nos llevó casi toda la noche, pero sí. Tan solo un matón a sueldo. —Mira el bulto de la venda bajo mi manga—. Y no uno muy bueno.

—¿Dijo quién lo contrató?

—Stefano le dio una buena paliza, sin embargo, no paraba de decir que no sabía quién lo había contratado. ¿Podría haber sido Nera Leone?

—No fue ella —comento. La mujer del Don de Boston es una gran conspiradora, no obstante, cumple sus promesas—. ¿Dónde tienes al tirador?

—En la antigua casa de seguridad.

—Iré más tarde. ¿Y la chica?

—Ella fue a trabajar esta mañana, como de costumbre. Tenemos a dos hombres vigilándola constantemente, pero hasta ahora no ha ocurrido nada sospechoso. No creo que nadie más que el sicario la viera contigo. Debería estar a salvo. —Me mira fijamente—. Si te mantienes alejado.

Tiene razón. No obstante, el problema es que no quiero mantenerme lejos de ella.

* * *

Tardo dos horas en repasar las actualizaciones de los cargamentos de droga con Arturo, mi subjefe. Le dejo la parte operativa del negocio de los narcóticos a él, así que si todo funciona como es debido, basta con que me

ponga al corriente una vez a la semana. Paso la siguiente hora con Cosimo, Rocco y Giancarlo, los capos a cargo de nuestra división de construcción. Ellos se reportan conmigo a diario. Ya ha anochecido cuando me dirijo a la casa de seguridad.

Una hora más tarde, giro mi coche por un camino de tierra que está oculto de miradas indiscretas por un matorral de árboles y sigo la senda cuesta abajo. Pronto llego a una verja oxidada y hago cuatro señales con las luces. Un hombre vestido con ropa de combate negra sale de detrás de un árbol, abre el portón arrastrándolo.

—¿Stefano sigue aquí? —inquiero cuando se acerca a la ventanilla del conductor.

—Sí, jefe. —Asiente con la cabeza—. ¿Cómo está su brazo?

—Solo es una rozadura —expreso y avanzo por el sendero, más allá de los arbustos crecidos que barren el costado del auto. Veo una casa descuidada y me estaciono en la grava de enfrente.

Cuando entro a la casa de seguridad, encuentro a Stefano sentado en un sillón reclinable, vestido únicamente con sus pantalones sastre negros. Tiene el pecho desnudo cubierto de sudor y sangre, la mayor parte de la cual parece haberse secado hasta adquirir un color marrón oscuro. Frente a él, atado a una silla de madera, hay un hombre de poco menos de cincuenta años. Sigue vivo, pero parece que Stefano lo ha llevado hasta el extremo.

—¿Te dejaste llevar, Stefano? —pregunto.

—Jefe. —Salta del sillón reclinable y se acerca a nuestro desafortunado invitado—. Lo siento. Escuché que le disparó, así que puede que haya sido un poco más rudo de lo normal.

A veces, mis hombres son como un grupo de solteronas de la iglesia. Les encanta chismear entre ellos. Me importa un carajo, siempre y cuando mantengan la información dentro de los círculos correctos. Saben que no deben divulgar noticias personales o de negocios si no quieren acabar como Octavio.

Camino hacia el sillón desocupado de Stefano, me siento y miro al tirador. Está consciente, pero no responde. Ocurre cuando te excedes en una paliza, al final el letargo y la disociación se apoderan de ellos y acabas con un muñeco hecho de carne latente e inerte. Stefano debería haber cambiado de táctica hace horas si quería resultados. No obstante, es joven. Ya aprenderá.

Cuando me hice cargo de la Familia de New York, cambié la forma en que funcionan las cosas. Delegué la mayoría de las operaciones, cosas que no requieren mi participación personalmente, a Arturo y los capos. Eso me dejó únicamente con la toma de decisiones de alto nivel en términos de supervisión general del negocio. Sin embargo, sigo muy de cerca los asuntos de la Familia, incluido todo lo relacionado con los ladrones, los soplones y las amenazas externas.

—Córtale la mano —le ordeno a Stefano.

El hombre comienza a hablar en el momento en que la sierra corta la piel de su muñeca, dos minutos después.

—¡Los irlandeses! —confiesa—. Fueron los irlandeses.

—¿Quién, específicamente? —indago.

—Patrick Fitzgerald.

Me reclino en la silla y miro al prisionero. No es nada nuevo, siempre hay alguien intentando matarme, pero los irlandeses se están convirtiendo en un serio problema. Cuando atacaron a la *Bratva* en Chicago hace cuatro años, su intento terminó con la mitad de sus propios hombres muertos, incluyendo al líder. Parece que ahora han puesto sus ojos en mi ciudad. Habrá que ocuparse de ellos, y rápido.

—¿Les dijiste a los irlandeses que iba a ver a una mujer? —pregunto.

El tirador me mira fijamente y niega con la cabeza. Le hago un gesto con la cabeza a Stefano. Él toma un cuchillo y lo clava en el costado del hombre, con suerte esquivando cualquier órgano vital. El prisionero grita.

—Es . . . Es posible que la haya mencionado —dice entre quejidos.

—¿Les diste su descripción?

—Sí.

Cierro los ojos. Si los irlandeses creen que hay algo entre nosotros, podrían ir tras Milene.

—¿Qué más?

—Les informé que trabaja en el hospital.

Abro los ojos y miro fijamente el papel tapiz desprendiéndose detrás de él. No es el hecho de que haya divulgado la información lo que me desconcierta, sino la ansiedad que se acumula en mis entrañas. Cuando pienso en lo fácil que habría sido que la bala de este hombre hubiera herido a Milene, me invade la rabia. Este cabrón falló, pero el próximo podría no

hacerlo. Durante unos minutos miro fijamente a la pared, asegurándome de que mi expresión no revele mi agitación interna.

Me invaden emociones desconocidas. Me siento como un marinero atrapado en un mar tempestuoso. Dejo que los sentimientos se apoderen de mí. Las ganas de destruir suben dentro de mí como la marea. Es ira. Furia. Un torbellino implacable.

Me levanto, camino hacia el prisionero y le quito el cuchillo de la mano a Stefano. Con la navaja en el cuello del francotirador, lo corto con fuerza, rebanándole la garganta de oreja a oreja.

* * *

Cuando salgo de la casa de seguridad, entro a mi coche y, sacando el teléfono, abro el vídeo de vigilancia de la casa de Milene. El gato está colgado de una cortina medio destrozada, evidentemente persiguiendo algún bicho. Milene no está. La ansiedad se apodera inmediatamente de mí.

Llamo a Aldo.

—¿Dónde está?

—Todavía en el trabajo. Estoy estacionado frente al hospital, le avisaré en cuanto se dirija a su casa.

—No la pierdas de vista. —Termino la llamada y miro a lo lejos. No sé por cuánto tiempo. Finalmente, vuelvo a tomar el teléfono y llamo a Luca Rossi, el Don de la Familia de Chicago.

—Señor Rossi. Puede que tengamos un problema.

—¿Algo relacionado con el último proyecto de construcción? —inquire.

—No. Se trata de un asunto personal —replico y me reclino en el asiento—. Hay algo suyo aquí. Algo que no debería de estar en mi ciudad, señor Rossi . . .

Milene

—Dímelo una vez más. —Pippa baja su bolso y me mira fijamente.

—Alguien nos disparó. —Tomo una botella de agua de mi casillero y le doy un sorbo.

—¿A pleno día? ¿Llamaste a la policía? ¿Y por qué estás tan... tranquila? No es mi primera experiencia, pero Pippa no tiene por qué saberlo.

—Mi desconocido misterioso me metió al auto de su amigo y me envió lejos. No sé lo que pasó después. El conductor me dejó y se largó.

—¿Fue un tiroteo al azar?

—No lo sé. Es posible que su objetivo fuera el tipo de la chaqueta.

—¿Por qué querrían dispararle? Dijiste que es un simple hombre de negocios.

Sí, yo también me lo he preguntado.

—Ni siquiera estoy segura de si nos estaban disparando a nosotros o si fue una bala perdida. Todo sucedió tan rápido. Un momento estábamos besándonos, y al siguiente, el parabrisas detrás de mí se hizo añicos, y luego terminé en la parte trasera de otro auto.

—¿Qué? —Ella me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Lo besaste? ¿Fue bueno?

—Técnicamente hablando, él me besó a mí. —Sonrío a mi pesar—. Y sí, estuvo bien.

—¿Volverás a verlo?

—No lo sé. No tuvimos precisamente tiempo de intercambiar números.

—Cierro el casillero y me apoyo contra él—. Hay algo en él. No sé qué es exactamente, pero me atrae como la miel a las abejas. Y créeme, ese hombre no tiene nada de dulce.

—Él es muy guapo.

—No es solo eso. Es... raro, de una manera extrañamente atractiva. Estuvo completamente serio todo el tiempo, como si estuviéramos en una reunión de negocios, discutiendo las fluctuaciones de las acciones. Sin embargo, la forma en que me miraba... —suspiro—. ¿Alguna vez has tenido una cita y has dicho tonterías para romper el hielo? Allí, afuera de la cafetería, yo divagaba sobre el trabajo mientras sus ojos estudiaban los míos. Y, Pippa, me escuchó. No porque estaba siendo cortés, sino como si realmente quisiera saber. —Cierro los ojos y sacudo la cabeza—. Me gusta. Me gusta de verdad. Pero no me agrada que me disparen. Y realmente hubiera apreciado que me dijera su nombre esta vez.

* * *

Deslizo la llave en la cerradura nueva, pero la puerta principal se abre sin que tenga que girarla. ¿Acaso olvidé cerrar esta mañana? Entro a mi apartamento y me quedo paralizada como una figura de cera. Mi hermano está sentado en la mesa de la cocina, con los brazos cruzados, mirándome fijamente.

—¿En qué carajo estabas pensando, Milene? —pregunta entre dientes.

Cruzo el pequeño espacio y me dejo caer pesadamente en el sofá.

—¿Cómo me encontraste?

—¿Cómo? En realidad, es una historia graciosa. Rossi me llamó anoche, furioso. Quería saber qué demonios hacía mi hermana en New York. Le dije que debía ser un error, ya que mi hermana estaba en Illinois.

Mierda. ¿Cómo se enteró nuestro Don de que estoy en New York? Aprieto los ojos un segundo y miro a Angelo.

—Sabía que no me dejarías venir a New York, pero St. Mary es el mejor hospital. Tuve suerte de tener la oportunidad de trabajar allí y no quería desaprovecharla. Lo siento.

—¿Lo sientes? —gruñe—. ¿*Lo sientes*, maldita sea?

—Me quedan tres meses más de residencia y luego me iré, lo prometo. Don Ajello no se enterará nunca.

Angelo me mira con la mandíbula apretada, las venas del cuello palpitándole rápidamente, y niega con la cabeza.

—¿Cómo crees que conseguí tu dirección, Milene?

Un escalofrío me recorre la espalda mientras el pánico se extiende por todo mi cuerpo.

—Ajello le envió tu dirección a Rossi, Milene. ¡Junto con una copia de tus papeles de residencia, que demuestran que llevas aquí nueve putos meses! —grita tan fuerte que mi pobre gato salta del sofá y corre al baño.

Lo único que puedo hacer es mirar fijamente a mi hermano, incapaz de hablar.

—¿Te das cuenta de que casi provocas una maldita guerra?

—Pero... Solo trabajo en un hospital. No es como si estuviera vendiendo drogas en el territorio de Ajello o algo así. ¿Por qué importa?

—Es el maldito Don de la Familia de New York, y tú actuaste en contra de su decreto específico. Envía el mensaje de que no lo reconoces como figura de autoridad en su propia región. Y por extensión, tampoco lo hace la Familia de Chicago. —Deja caer los hombros y se aprieta el puente de la nariz entre dos dedos—. Que seas la hermana de un capo no hace más que empeorar muchísimo más la situación.

—Yo. . . Yo nunca lo pensé de ese modo, Angelo. —Entierro las manos en mi cabello—. Dios.

Suspira y mira al techo.

—¿Te acuerdas de Enzo, Milene?

—¿El primo idiota de Catalina que murió en un accidente el año pasado? ¿Qué tiene que ver Enzo con todo esto?

—No murió en un accidente. Ajello se enteró de que vino a New York a pasar un fin de semana de “vacaciones de hombres”: clubes de *striptease*, borracheras, divertirse. Nada que ver con los negocios de la Familia. Al día siguiente, Rossi recibió el cadáver de Enzo. Venía en varias bolsas, Milene.

—¿Bolsas? —Me quedo boquiabierta.

—Sí. Había tres. La nota decía que era más fácil para FedEx manejar paquetes más pequeños. Salió más barato.

Me envuelvo con mis brazos.

—¿Va a matarme a mí también?

—Tiene todo el derecho a hacerlo, y nadie podría hacer nada al respecto.

—Me mira—. Pero ha exigido otro tipo de compensación. Rossi aceptó.

—¿Qué clase de compensación?

—Un matrimonio.

Levanto bruscamente la cabeza.

—No —susurro.

—Lo siento. Tú te lo buscaste.

—¡No me voy a casar! —exclamo mientras intento con todas mis fuerzas mantener las lágrimas a raya, pero de todos modos salen, nublándome la vista.

—No puedo hacer nada, hermanita. —Angelo se levanta de la silla y camina hacia mí, agachándose a mis pies—. Si fueras solo tú, podría

haberme encargado de sacarte del país o algo así. No obstante, toda la Familia está en juego.

Mi hermano tiene razón, no hay nada que pueda hacer. Decir que *no* significaría declarar la guerra. Gente moriría por mi culpa y mi estupidez. Conocía el riesgo de venir al territorio de Ajello y decidí hacerlo de todos modos.

—La jodí a lo grande, ¿verdad? —resoplo.

—Sí, lo hiciste. Lo siento.

—Entonces, ¿con quién me voy a casar?

Toma mi mano y me observa por unos segundos, luego suspira.

—Con Don Ajello, Milene.

El pánico estalla dentro de mi pecho.

—¿Qué? No voy a casarme con un hombre que descuartiza a la gente y envía por correo las partes de sus cuerpos.

—Si no lo haces, Ajello puede atacar. Y, aunque es probable que la *Bratva* se ponga de nuestro lado por Bianca, de todas formas será una maldita masacre.

Cierro los ojos y respiro profundamente. El esposo de nuestra hermana es el matón de la *Bratva*. Si arrastran a los rusos a esto, lo enviarán al combate. No puedo hacerle eso a Bianca.

—¿Cuándo? —Me atraganto.

—Estará aquí con el encargado de officiar la boda a mediodía.

Mis lágrimas fluyen tan rápido que caen como lluvia sobre el suelo de madera, cada una de ellas salpicando contra la anterior.

* * *

Exactamente a mediodía, tocan con fuerza la puerta, pero yo permanezco sin moverme sentada en el sofá, aún con mi uniforme de trabajo puesto. Angelo abre.

Mi hermano intentó convencerme de que me pusiera algo más apropiado, sin embargo, le dije que se fuera a la mierda y se muera. En las tres horas que he estado en el sofá, he pasado por el *shock* y la incredulidad,

luego por la negación y la autocompasión. ¿Y ahora? *Ahora*, estoy realmente furiosa.

Mi hermano abre la puerta y un enorme hombre calvo de unos cincuenta años entra confiadamente a mi apartamento. No puedo reprimir un escalofrío. «*Podría ser peor. Podría ser mucho peor*». Mi monólogo interno aún está repitiendo ese pensamiento cuando el calvo se mueve hacia un lado, revelando otra figura. Me pongo de pie al instante. Es el tipo de la chaqueta.

Mi enigmático desconocido entra como si hubiera vivido aquí toda su vida, y no puedo decidir si debo reír o llorar. El hijo de puta sabía quién era yo todo este tiempo. Probablemente fue él quien informó a Ajello. ¡Bastardo!

—Milene —dice mi hermano y señala con la cabeza al imbécil misterioso—. Te presento a Don Salvatore Ajello.

Se me cae la mandíbula. ¿Pero qué diablos...?

—Encantado de conocerla por fin, señorita Scardoni —pronuncia en su tono ecuánime. Me quedo mirando. Parpadeo. Luego sigo mirando, sin prestar atención a lo que ocurre a mi alrededor—. Para ser una mujer tan pequeña, has creado un gran alboroto —añade, y sus palabras me sacan de mi estupor.

Aprieto los labios. Qué descaro, fingir que no nos conocemos cuando sabe perfectamente que hace menos de cuarenta y ocho horas su lengua inspeccionaba minuciosamente mi boca. Supongo que está esperando mi respuesta. Pues no la conseguirá.

—¡Milene! —Angelo me da un codazo—. Solo está nerviosa.

Dejo que mis labios se ensanchen en una sonrisa sarcástica. Salvatore Ajello ignora el comentario de mi hermano y me observa. Aunque sigo sonriendo, comunico todo el odio que siento a través de mis ojos. Y es muchísimo.

Salvatore

Mi mirada se enfoca en la carretera, que aparece y desaparece a través del parabrisas mientras los limpiaparabrisas retiran periódicamente la lluvia constante del vidrio.

Milene no ha pronunciado una palabra desde que entré a su apartamento, aparte de responder, sí, a la pregunta del oficiante. Esperaba que se sorprendiera, sin embargo, no esperaba esto. Que me ignoren es una experiencia nueva para mí, y el hecho de que sea ella quien lo haga me hace desear golpear algo. En lugar de eso, agarro el volante con más fuerza. No sirve de nada. Respiro profundamente, tratando de sofocar el fuego que arde en mi interior. Estoy enojado. No, no es el término exacto. Furioso. Estoy jodidamente furioso, aunque no sea una reacción lógica.

Un maullido llega a mis oídos desde el asiento trasero. Se me había olvidado por completo el maldito gato hasta que Milene salió de su edificio, sosteniendo una bolsa transportadora con el tonto animal adentro.

Estaciono el auto en mi lugar en el garaje subterráneo debajo de mi edificio y salgo, con la intención de abrirle la puerta a Milene, pero ella ya está fuera y abriendo la puerta trasera para sacar al gato. Rodeando el coche, abro el maletero y retiro su maleta mientras ella se coloca a mi derecha. Sujeta el asa con la mano que tiene libre, rodeándola con los dedos justo al lado de la mía, y la jala, intentando con todas sus fuerzas quitarme la maleta. La sujeto hasta que suelta el asa y resopla. Mientras caminamos hacia el ascensor, Milene se asegura de ir dos pasos por detrás de mí y no dice ni una palabra.

Cuando llegamos a mi *penthouse*, la guío a través de la sala y el pasillo hasta mi habitación y abro la puerta. Milene se detiene en el umbral y echa un rápido vistazo a la habitación.

—No pasará —expresa y da un paso hacia atrás al pasillo.

—¿Qué, exactamente?

—Dormir en tu habitación.

La miro fijamente.

—¿Cómo sabes que esta es mi habitación?

—Por favor —se mofa—. ¿Muebles enormes de madera oscura? ¿Una cama del tamaño de un campo de fútbol americano? Eso grita “bastardo egocéntrico y egoísta”.

—¿Es así como me ves?

—Sí. ¿Me equivoco?

No, no se equivoca.

—¿Y dónde te gustaría dormir?

—En mi casa.

—Sabes que esa no es una opción.

Levanta el bolso para el gato y lo rodea con sus brazos, creando una barrera entre nosotros.

Tal vez debería darle algo de espacio. Por ahora.

—De acuerdo.

Salgo de mi habitación y me dirijo por el pasillo hacia el segundo dormitorio, dejándola que me siga.

—El almuerzo será en el comedor a las dos —informo cuando entro y volteo para encontrarla mirándome con los ojos entrecerrados—. ¿Pasa algo?

Deja el bolso del gato en el suelo, después cruza los brazos y levanta la barbilla.

—¿Te refieres a otra cosa aparte de haberme arruinado la vida, Salvatore?

Un sentimiento de inmensa satisfacción me recorre al escucharla pronunciar mi nombre. Avanzo dos pasos hasta colocarme frente a ella.

—¿Prefieres que te mate?

—Bueno, no puedo decir que haya mucha diferencia.

—Estás exagerando.

—¿Oh? Mi vida puede haberte parecido pequeña e insignificante, pero era *mi* vida. —Se atraganta al decir las palabras—. ¿Por qué no simplemente me dijiste que me fuera de New York? Sabías quién era desde el principio.

—Tenía pensado hacerlo. Habría facilitado mucho las cosas. —Estiro la mano y tomo un mechón de su cabello entre mis dedos—. Sin embargo, la situación ha cambiado.

—¿Por qué? ¿En qué sentido?

Porque he decidido que no la dejaré ir a ninguna parte.

—No es nada que deba preocuparte ahora —respondo.

—Sí, no abrumemos mi limitado cerebro con cosas que solamente los hombres pueden entender. —Mueve la mirada hacia el mechón que sigo sujetando y me agarra la mano, intentando abrirme los dedos—. Suelta mi cabello.

—Siempre supiste que acabarías casada con alguien de la Familia, Milene. Entonces, ¿cuál es el problema?

—Bueno, ahí está el problema: no lo sabía —murmura mientras sigue jalando mis dedos—. Me fui de Chicago porque de algún modo esperaba evitar ese destino.

Le suelto el cabello, tomo su barbilla y levanto su cabeza. Sus ojos verdes se clavan en los míos mientras su respiración se acelera ligeramente.

—No puedes huir de la *Cosa Nostra*, Milene —señalo y muevo la mano.

—No. Supongo que no puedo —susurra y da un paso hacia atrás, escapando de mi agarre. Tomando de nuevo el bolso, pasa por mi lado en dirección a la cama y deja al gato junto a ella—. Voy a darme una ducha.

La sigo con la mirada hasta que desaparece dentro del baño, preguntándome si habré tomado la decisión correcta. Quizá los irlandeses no habrían ido tras Milene y, al casarme con ella, lo único que he conseguido es convertirla en un objetivo más lucrativo. Sin embargo, ya no me conformaba con observarla desde lejos.

Deseo a Milene Scardoni como nunca he deseado nada antes.

Milene

Saco al gato de su bolsa, me tumbo en la cama y miro al techo. Decir que esto es un desastre sería quedarme corta. ¿Qué voy a hacer? ¿Vivir el resto de mi vida aquí?, ¿con él? No lo conozco. *Él* no me conoce. ¿Quién demonios sigue pensando que los matrimonios arreglados son una buena idea? Es como si hubiéramos olvidado quinientos años de historia y hubiéramos vuelto a la Edad Media, por el amor de Dios. Sí, metí la pata. No tenía que casarse conmigo para probar su punto. Podría haberme dejado volver a Chicago, y todo habría sido como un lecho de rosas. ¿Por qué demonios quiso casarse conmigo?

¿Fue algún tipo de capricho? Ni siquiera intercambiamos anillos. ¿Quizás solo quería darme una lección? No, tiene cosas más importantes que hacer que eso. ¿Sexo? *Nop*, tampoco fue eso porque yo estaba lista para tener sexo con él de todos modos sin este lío. Bueno, no sucederá ahora, eso

es seguro. Tal vez está aburrido y me dejará ir cuando se haya hartado de mí.

Me doy la vuelta en la cama para enterrar mi cara en la almohada y gruño. No lo hizo por aburrimiento, y dudo mucho que me deje ir. Esta mierda va en serio.

Yo. Casada.

Con el maldito Don de New York.

Capítulo 7

Salvatore

Ha habido algunos problemas con uno de los proyectos de construcción, así que cuando vuelvo al *penthouse*, ya son las nueve de la noche. Pensé que me agitaría no saber qué hacía Milene durante el día, pero tenerla en mi casa lo hace más fácil. Al pasar por la cocina, saludo con la cabeza a Ada, que está sacando los platos del lavavajillas, y me dirijo a mi habitación para darme una ducha.

Cuando salgo de mi habitación media hora más tarde, Ada se está poniendo el abrigo, preparándose para irse.

—¿Dónde está? —pregunto.

—En su habitación. No ha salido desde que se fue, señor Ajello.

—¿Le llevaste el almuerzo?

—Sí, pero cuando volví a entrar para llevarle la caja de arena para el gato que me había pedido, el plato estaba sobre su mesita de noche, intacto —continúa Ada—. Le llevé la cena a las siete, pero tampoco la tocó.

—¿Ha comido algo desde esta mañana?

—No. Le ofrecí prepararle otra cosa, no obstante, dijo que no iba a comer nada hecho bajo su techo. Guardé la comida en el refrigerador.

Rechinando los dientes, asiento con la cabeza.

—Puedes retirarte, Ada.

Espero a que se vaya y me dirijo a la habitación de Milene, furioso a más no poder y sin experiencia en cómo afrontarlo. Nunca me enojo. Me enfado, sí. A veces me irrito. Pero cuando se trata de esta mujer, cada emoción se convierte en una sobrecarga. Abro la puerta y la veo sentada en la cama con las piernas cruzadas, escribiendo algo en su teléfono.

—¡Este comportamiento infantil se acaba ahora! —bramo, y ella levanta la cabeza, con los ojos muy abiertos—. Ada dejó la comida en el refrigerador. Si no comes algo, te obligaré a comer, maldita sea.

Milene parpadea, todavía boquiabierta, y entonces me doy cuenta. Mierda. Me enfureció tanto que no comiera que me olvidé por completo. La mirada de Milene recorre mis brazos y las manos que sujetan mis muletas. Luego, baja hasta que sus ojos llegan a mi pierna izquierda... donde mi pantalón deportivo está atado con un nudo justo por debajo de la rodilla. Se me olvidó completamente que nunca le conté lo de mi pierna. Cuando su mirada se cruza con la mía, me preparo para lo que voy a ver, porque si encuentro una pizca de compasión, voy a destrozar la habitación.

Se levanta de la cama y se acerca a mí con la barbilla ligeramente ladeada.

—Me encantaría verte intentarlo, Salvatore. —Levanta las cejas y cierra la puerta de un golpe.

Me quedo de pie, mirando la puerta que casi me golpea en la cara, y siento que la comisura de mis labios se mueve ligeramente hacia arriba.

Milene

Vuelvo a la cama y me siento en el borde, intentando serenarme. Nunca se me ocurrió que podrían haberle amputado parte de la pierna.

Salvatore Ajello siempre está en boca de todos. Aunque muy pocos miembros de nuestra Familia lo han conocido, a la gente le encanta hablar de él. Probablemente porque nunca hay suficiente información sobre el hombre. No acude a eventos públicos y no hay fotos suyas en ninguna parte. Su jefe, Arturo, actúa como la “cara” de la familia del crimen de New York. Cuando alguien necesita contactar a la *Cosa Nostra* de New York, llama a Arturo. Nunca al Don.

Si hubiera habido un accidente reciente con lesiones tan graves, alguien se habría enterado. Los rumores habrían circulado durante meses. Así que debió de ocurrir antes de que se convirtiera en el jefe de la Familia de New York.

—Jesucristo —musito y entierro las manos en mi cabello.

Perder una extremidad debe de ser un infierno. He conocido a algunos pacientes amputados durante mis estudios y residencia, y la mayoría de

ellos tuvieron problemas para adaptarse a sus nuevas realidades. Salvatore no parece tener problemas con eso. ¿Qué clase de enfermera soy para no haber sospechado? Me di cuenta de que cojeaba y de que se había vuelto un poco más marcado cuando llegamos al *penthouse*, pero no hice la conexión. Probablemente controla su forma de caminar cuando hay otras personas alrededor. Supuse que se trataba de una vieja lesión o de algo congénito. Eso sí es que llegué a pensar tanto en ello.

Mi nuevo esposo es un tipo muy peculiar. La forma en que actuó tan tranquilo e impasible aquel día en que alguien nos disparó en el estacionamiento fue realmente aterradora. Tengo la sensación de que no muchas cosas lo estremecerían profundamente. Excepto, aparentemente, que yo no quiera comer.

Agarro el teléfono con fuerza. Debería llamar a Bianca y contarle lo que pasó. Se asustará. Angustiar a una mujer embarazada de seis meses no es prudente, aunque eventualmente tendré que decírselo. *Mañana*. La llamaré mañana porque todavía estoy procesando esta mierda. Mientras recorro mi lista de contactos, preguntándome si debería llamar a Andrea, aparece otro nombre en la pantalla y me detengo. *Nonna* Giulia. La tía de mi difunto padre siempre está enterada de los últimos chismes. Como tiene ciento un años, conoce a todo el mundo de la *Cosa Nostra*. Oprimo llamar.

—¡Milene, *tesoro*! —grita del otro lado.

—Hola, *Nonna*. ¿Cómo estás?

—Tomando el sol en Cancún. No te imaginas los hombres tan *sexys* que hay aquí.

Me río. *Nonna* está un poco chiflada.

—Escucha, quería preguntarte algo. ¿Conoces a Salvatore Ajello? ¿El Don de la Familia de New York?

—Sé quién es Ajello, *tesoro*. Sigo estando en sano juicio. —Se ríe—. ¿Por qué lo preguntas?

Suspiro y le doy un resumen de los últimos acontecimientos de mi vida. Cuando termino, hay una larga pausa al otro lado de la línea antes de que por fin conteste.

—Maldita sea, Milene —susurra. Nunca había escuchado a *Nonna* maldecir.

—¿Entonces? ¿Lo conoces?

—Conocí a su padre. Era *capo*. Salvatore ocupó su lugar cuando su padre fue asesinado. Fue hace nueve o diez años —dice—. Algo pasó en New York unos años después, y toda la organización acabó muerta. El Don, el subjefe, cinco capos. Salvatore tomó el mando. Creo que fue hace seis años.

—¿Nunca lo conociste?

—Una vez, pero fue hace décadas. Hubo una boda y su padre lo llevó. Salvatore tenía ocho años, creo.

Intento imaginarme a Salvatore de niño, aunque no consigo hacerlo.

—¿Cómo era? —inquiero.

—Extraño —expresa *Nonna*—. Hubo un accidente casi al final del día. Una de las lámparas se desprendió del techo y cayó sobre una mesa, atrapando a un hombre debajo. Las mujeres gritaban. Había sangre por todas partes. La gente corrió tratando de ayudar al pobre hombre, pero ya estaba muerto. Fue horrible.

—Dios mío.

—Salvatore estaba sentado en una mesa cercana, comiendo pastel y observando los sucesos, absolutamente indiferente a lo que había ocurrido. Era como si no hubiera un hombre con una barra de metal clavada en el pecho sentado a menos de cinco metros de él. Al principio, pensé que el chico debía de estar en estado de *shock*, pero se levantó y se dirigió despreocupadamente hacia la mesa del bufet para tomar otro pedazo de pastel. Pasó por delante de la escena sangrienta como si no le molestara en absoluto —continúa—. Hay algo *malo* en él, Milene. Por favor, ten cuidado.

Cuando termino la llamada, paso un rato reflexionando sobre lo que dijo *Nonna*. Ya me había dado cuenta de que Salvatore es un poco raro, así que no me dijo nada nuevo. Lo que más me interesa es el hecho de que se convirtiera en Don, a los... ¿cuántos años? ¿Veintiocho? Eso es insólito.

El gato salta de la cama y frota su costado contra mis piernas. Probablemente tenga hambre. Olvidé pedirle a Ada que ordenara comida para gatos. Por ahora, algo de la nevera tendrá que bastar, y mañana compraré comida para él. A mí también me vendría bien comer algo, no obstante, se me ha encogido el estómago y la idea de comer me parece poco apetecible. Sin embargo, estoy bastante segura de que Salvatore hablaba en serio cuando amenazó que me obligaría a comer. Bastardo.

Tomo al gato en mis brazos y me dirijo hacia la puerta.

—Vamos a buscar algo de comer, Kurt.

La primera palabra que me viene a la mente al atravesar el *penthouse*, es “enorme”. El espacio debe tener al menos trescientos metros cuadrados, tal vez más. Considerando su ubicación, este lugar debe valer millones. Me pregunto qué tan forrado de dinero está Salvatore. Mi familia tiene dinero, y me acostumbré a poseer cosas costosas a una edad bastante temprana, pero esto es un nuevo nivel de riqueza. No soy una gran experta en arte, no obstante, las pinturas que cubren las paredes deben haber costado una fortuna. Espero que los muebles no sean tan caros, ya que a mi gato le encanta afilarse las uñas en la tapicería sin importarle nada.

El *penthouse* está dividido en dos secciones. La primera, donde se encuentra mi habitación, parece ser una zona privada con dos habitaciones a cada lado del amplio pasillo. Grandes puertas dobles blancas la separan de la zona común, donde se encuentran la cocina, la sala y el comedor. Todo está inmaculadamente cuidado, y la planta abierta acentúa la inmensidad del espacio.

Encuentro a Salvatore sentado en el bar para desayunar que divide la cocina de la sala, pero lo ignoro a propósito. Abro la puerta del refrigerador de lujo y busco en su interior algo que mi gato pueda comer. Encuentro un recipiente de plástico con carne en la repisa de en medio, así que lo abro, tomo un pedazo y lo pruebo con la lengua para ver si está demasiado picante o salado. No lo está, así que dejo al gato en el suelo y tomo un tazón del mostrador. Coloco unos pedazos de carne dentro, quitando el hueso con mis dedos y camino hacia la esquina de la cocina para colocar el tazón en el suelo. En lugar de ir al plato, el gato salta sobre el mostrador y se sube a la parte superior del refrigerador. Su nariz se mueve una, dos veces, y luego se desparrama encima.

—¡Maldita sea, Kurt! —exclamo.

El gato me mira con altanería desde lo alto del electrodoméstico.

—¿Kurt? —La voz grave de Salvatore resuena detrás de mí.

—*Síp*. He decidido que es hora de ponerle nombre a mi gato, ya que me lo voy a quedar.

Me doy la vuelta y me dirijo al comedor abierto para buscar una silla, evitando a Salvatore, sin ganas de saber si me está mirando o no. Estoy muy enojada con él.

—¿Y tiene que ser “Kurt”?

—Sí. —Elegí ese nombre para que siempre me recuerde lo mentiroso que es mi esposo.

Llevo la silla a la cocina y me subo a ella, con la intención de bajar a Kurt. Sin embargo, en cuanto lo alcanzo, salta al mostrador, lo recorre de arriba a abajo y salta sobre la barra delante de Salvatore. Se observan en una especie de duelo de miradas, el gato lo observa con interés mientras él le frunce el ceño. Abro la boca para decirle a Salvatore que cuide su plato, pero Kurt ya ha agarrado un enorme trozo de comida y huye corriendo.

—¿Eso era... pescado? —pregunto.

—Sí. ¿Por qué?

Me quejo.

—Le hace daño al estómago.

Mientras veo a Kurt masticar el trozo de pescado en un rincón de la cocina y pienso en lo que me esperará mañana en la caja de arena, decido que ya he tenido suficiente por hoy. Tomo el recipiente con el resto de la carne del refrigerador y me dirijo a mi habitación.

Salvatore

Milene sale de la cocina y cruza la sala llevando las sobras del almuerzo, evidentemente planeando comérselas en su habitación. Decido que eso no va a funcionar.

—No se come en las habitaciones.

Se detiene en seco, se gira lentamente y me dirige una mirada firme y agitada.

—Ada me llevó la comida y la cena allí.

—Pero no te la comiste, ¿verdad? —Señalo el taburete de la barra junto al mío—. Come aquí.

—Desde luego que no comeré en la misma mesa que tú.

Agarro el respaldo de la silla y la giro para que quede frente a ella.

—¡Aquí! —reviro. Milene levanta la barbilla, pero hace lo que le pido.

—Eres muy controlador. —Se sienta a mi lado y empieza a comer directamente del recipiente.

Me sorprende lo inesperadamente normal que es. Si no lo supiera, nunca habría adivinado que es una princesa de la mafia, acostumbrada a los lujos. Parece tan normal, viviendo en ese apartamento de mala muerte, trabajando como enfermera y conservando a ese gato idiota. ¿Por qué no gastar el dinero que le enviaba su hermano? Mantiene sus uñas cortas y sin pintar, y se recoge el cabello en la parte superior de la cabeza con una simple liga. Se lo he visto suelto y tiene un corte sencillo, nada extravagante. Luego está su cara. Sin maquillaje. Ni pestañas postizas. Nunca me he cruzado con una mujer de nuestro círculo que no tuviera el cabello perfectamente peinado, un maquillaje impecable y vistiera un atuendo salido de la pasarela. Aun así, la mujer sentada a mi lado con una camiseta holgada y *jeans* es más guapa que cualquiera de las otras. Milene Scardoni es un espécimen raro.

—Mañana tengo que ir de compras —dice entre bocados.

—Llevarás guardaespaldas.

—¿Guardaespaldas? —Me mira—. ¿En plural?

—Sí.

—Iré a un maldito supermercado. Con uno será suficiente.

—Llevarás a los guardaespaldas que te asigne, o puedes hacer el pedido por internet. Tú eliges.

—Perfecto. —Vuelve a su comida—. Voy a comprar tampones y comida para gatos con dos gorilas siguiéndome.

—Cuatro gorilas —indico.

Levanta bruscamente la cabeza.

—¿Cuatro? ¿Hablas en serio?

—No discutas conmigo, Milene. No conseguirás nada con eso. Será a mi manera, o no sucederá.

—Tú. —Me señala con el tenedor a la cara—. Necesitas ayuda profesional.

—Alessandro te estará esperando frente a la puerta a las nueve. Él te acompañará. El resto del equipo te seguirá en un segundo auto.

—Dos vehículos. Jodidamente genial. —Sacude la cabeza y continúa comiendo.

Parece que me está ignorando de nuevo, ya que sigue metiéndose comida en la boca, claramente haciendo todo lo posible por evitar el contacto visual conmigo.

—No me has preguntado qué me pasó en la pierna —menciono y veo que su tenedor se detiene a mitad de su destino.

—¿Qué te pasó en la pierna? —cuestiona justo antes de morder un pedazo de carne.

—Herida de bala. Amputación tibial.

Levanta la cabeza y mira el vendaje visible bajo la manga de mi camiseta.

—Parece que la gente disfruta dispararte.

—Suele pasar.

—¿Cuántas veces hasta ahora?

—¿Que me han disparado? —Levanto la mano para tomar mi vaso de agua—. Dejé de contar. Aunque si te refieres a cuántas veces me han herido... ocho. De hecho, nueve, si cuentas esta última, pero esa fue solamente una rozadura.

Los ojos de Milene se abren de par en par.

—¡Maldita sea! ¿Estás intentando batir un récord Guinness o algo así?

Ignoro su réplica.

—Cuando te casaste conmigo, tú también te convertiste en un blanco —comunico—. ¿Ahora entiendes la necesidad de tener cuatro guardaespaldas?

—*Maravilloso* —resopla y mira mi mano izquierda sobre la superficie de la barra—. ¿También te dispararon?

Así que notó que me quité el guante, como suelo hacer antes de acostarme. Sigo su mirada hacia mi mano, observando las numerosas cicatrices que cubren mis dedos ligeramente deformes.

—Un martillo —confieso—. Los nervios de los dos últimos dedos están dañados irreparablemente. No los siento. El resto están bien en su mayor parte, pero tengo problemas con la motricidad de precisión.

—¿Por qué usas guante?

—No me gusta que me recuerden mis puntos débiles —explico—. Mi mano izquierda es la dominante.

—¿Y tu pierna? ¿También es un punto débil?

—No. Tengo una prótesis de alta gama y me he adaptado bien. Es un caso típico. Y ya han pasado más de siete años. La mayor parte del tiempo, me olvido que la tengo puesta. —Estiro la mano para tomar un mechón de

cabello que le ha caído sobre sus ojos y se lo acomodo detrás de la oreja—. ¿Te molesta? ¿Que me falte parte de la pierna?

—No. —Sonríe—. Pero sí que seas un bastardo mentiroso.

Me inclino hacia adelante y observo el contorno de su cara. Esta sonrisa no se compara con la forma en que se rio en el café hace dos días. La sonrisa de ese día me gustó. Esta no me agrada. Parece... enojada.

Tomo las muletas, me levanto y me inclino para susurrarle al oído.

—Nunca te he mentado, Milene, ¿verdad?

—Ocultar la verdad es lo mismo que mentir.

—No en mi mundo, *Cara*. —Le doy un ligero beso en la parte descubierta de su hombro, donde la camiseta que tiene puesta se deslizó, y me dirijo hacia mi habitación.

—¡Mañana tengo guardia nocturna! —vocifera—. Tengo que estar en el trabajo a las nueve.

—Ya no trabajarás en el hospital, Milene.

—¡Qué! No puedes prohibirme trabajar.

—Acabo de hacerlo.

El ruido de una silla arrastrándose por el suelo es seguido por el rápido golpeteo de unos pies descalzos. Unos segundos después, me rodea y se queda bloqueándome el paso.

—Por favor, no lo hagas —pide apretando los dientes.

—Lo siento, *Cara*, pero no voy a poner en peligro tu seguridad.

Las fosas nasales de Milene se ensanchan y da un paso más para colocarse justo frente a mí, con nuestros cuerpos casi tocándose. Levanta la barbilla y me mira directamente a los ojos.

—¡Me arruinaste la vida! —brama por lo bajo.

Inclino la cabeza hasta que nuestras narices se tocan, como el día en que nos conocimos en el estacionamiento.

—Lo sé.

Ella no dice nada. Nos miramos fijamente durante un buen rato, con las puntas de nuestras narices como único punto de contacto entre nuestros cuerpos. Después de lo que parece una eternidad, Milene se da la vuelta bruscamente y desaparece en la habitación de invitados.

Capítulo 8

Milene

Estoy recorriendo el pasillo de los jabones cuando vibra mi teléfono en el bolsillo, indicando un nuevo mensaje.

09:23 Bianca: Angelo me lo acaba de decir. ¿En qué demonios estabas pensando al irte a New York? No puedo creer que me mintieras. ¿Te encuentras bien?

Suspiro y presiono el icono del micrófono para grabar un mensaje de voz. Bianca y yo solemos enviarnos mensajes de texto, ya que ella no puede hablar, pero me llevaría media hora escribir todo lo que quiero decir.

—*Siento haberte mentado, pies ligeros. Estoy bien, supongo. Aún intento aceptar el hecho de que todo por lo que he trabajado ya no... existe. ¿Sabías que asistí un parto en un estacionamiento a principios de mes? Fue aterrador, Bianca, pero al mismo tiempo fue la mejor sensación. Salvatore dijo que ya no puedo trabajar. Ese hijo de puta controlador... Espera un segundo.* —Volteo a ver a la montaña de hombre que está parado a unos pasos detrás de mí. Pensé que Salvatore era raro, pero este tipo le gana por mucho. No dijo ni una sola palabra en todo el camino.

—Alessandro, ¿verdad? ¿Te importa? —Hago un gesto con la mano para que se aparte—. Estoy tratando de tener una llamada privada aquí.

Mi guardaespaldas da un paso atrás y se cruza de brazos, observándome con una penetrante mirada negra. Pongo los ojos en blanco y continúo.

—*Sobre mi esposo. ¡Estoy muy enfadada con él!* —susurro gritando al teléfono—. *Ya nos habíamos visto. Salvatore y yo. Tres veces. Nunca me dijo quién era, y yo creía que era solo un tipo, ¿sabes? Me di cuenta de quién era cuando vino ayer a mi casa a firmar el acta matrimonial. Me*

gustaba, Bianca. Me gustaba de verdad. Tuvimos una cita, más o menos, y luego acabó siendo el maldito Don de la Familia de New York.

Tomo un gel de baño con aroma a chocolate del estante y lo huelo.

—No estoy segura de lo que pienso de él. Lo odio por obligarme a casarme con él y arruinar todo lo que había planeado. Si pudiera retroceder en el tiempo, nunca habría venido aquí. Pero a una parte de mí todavía le gusta, y eso hace que todo sea mucho más frustrante.

Devuelvo el gel de baño de chocolate, huele demasiado dulce, y tomo uno con aroma a coco.

—Parece que alguien quiere matarlo, así que tengo que lidiar con cuatro guardaespaldas. ¡Cuatro! Estoy en un jodido supermercado con cuatro tipos vestidos con trajes oscuros detrás de mí. ¡Jesucristo! Es como quitarle la vida a alguien y darle un giro de ciento ochenta grados en veinticuatro horas. ¿Cómo está Mikhail? ¿Lena? ¿Cómo estás tú? ¿Te duele la espalda? Te echo de menos, cariño. Siento haberte mentado, pero créeme, lo estoy pagando con intereses.

Envío el mensaje y me dirijo a la caja, con Alessandro siguiéndome y otro guardaespaldas unos metros más atrás. El tercero está de pie en un rincón, observando el lugar. El cuarto se quedó en la entrada. Qué exageración. ¿Y si decido salir a correr? ¿Vendrían los cuatro pisándome los talones?

Esta mañana alcancé a Salvatore cuando se marchaba y le dije que tenía que ir al hospital a presentar mi renuncia. Me dijo que ya estaba hecho. ¡Ya lo había *hecho*! ¡Como si fuera una suscripción a una maldita revista en línea y no el sueño de mi vida! ¿Qué voy a hacer ahora? Tal vez, podría encontrar algún hospital pequeño y privado para terminar mi residencia y trabajar allí. No sería un riesgo tan alto de seguridad como trabajar en un gran hospital como el St. Mary. Sí, eso funcionaría perfectamente.

* * *

—No —ordena Salvatore y continúa comiendo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No permitirían que te acompañaran guardaespaldas en un hospital. En ningún hospital.

—Pueden quedarse fuera.

—No es suficiente.

Dejo el tenedor y respiro profundamente.

—¿Qué esperas que haga durante todo el día?

—Puedes hacer lo que quieras.

—Quiero trabajar.

—*Todo* menos eso.

Tengo unas ganas frenéticas de estrangularlo.

—Me volveré loca sin nada que hacer. No puedo vivir así.

—Te daré algunos fondos. Crea una organización benéfica o algo por el estilo.

—¿Una organización benéfica? —Lo miro boquiabierta—. Coso heridas e inserto catéteres. No tengo idea de cómo funcionan las organizaciones benéficas ni de cómo podría crear una.

—Búscalo en Google.

Búscalo en Google. Genial.

—¿Por qué insististe en casarte conmigo?

—Ya te lo dije. Tengo mis razones.

—¿Compartirás esas razones conmigo?

Me observa, esos penetrantes ojos ámbar que envían rayos láser directamente a los míos. Quiero apartar la mirada, aunque no puedo.

—No —replica y vuelve de nuevo a su cena—. La próxima semana iremos a una subasta. Hay un cuadro que pienso comprar. ¿Tienes un vestido?

—No iré a ninguna parte contigo, Salvatore.

—Sí, lo harás.

—Te dije que no.

—No importa lo que digas, Milene. Quiero que me acompañes, así que lo harás voluntariamente, o te arrastraré. Es tu elección.

Agarro fuertemente el tenedor con la mano y me inclino hacia adelante hasta que mi rostro queda justo delante del suyo.

—¡Jódete! —Hago una mueca.

Me mira un momento, luego su mano sale disparada y me agarra la barbilla antes de que pueda mover un músculo.

—Lo haré, *Cara*.

Me aparto, escapando de su tierno agarre.

—Sigue soñando. No te acercarás a mi coño.

Puede que me equivoque, pero parece que la comisura de sus labios se curva un poco hacia arriba.

—Si no tienes un vestido adecuado, Alessandro te llevará a comprar uno. No quiero que vayas con esa prenda plateada de discoteca que te pusiste cuando fuiste al bar. Necesitas algo que te cubra el trasero esta vez.

—¿*Oh*? ¿Así que me miraste el trasero?

—Claro que sí —contesta, recoge su plato y lo lleva al lavavajillas.

Lo observo mientras se aleja hacia la parte privada del *penthouse*, disfrutando de la vista de su trasero en pantalones de vestir color carbón, a pesar de mis mejores instintos. Ese trasero es tan *sexy*, demonios, y combina a la perfección con su cintura angosta y sus hombros anchos. No recuerdo haber conocido nunca a un hombre que luciera los trajes como Salvatore, como si hubiera nacido en uno. Realmente está buenísimo y... ¡Para, maldita sea! Por muy guapo que sea, no cambia el hecho de que es un imbécil. Será mejor que lo recuerde.

Capítulo 9

Salvatore

Acabo de terminar de prepararme el café cuando Milene aparece por el pasillo y atraviesa la sala arrastrándose hacia la cocina. Está despeinada, descalza y trae ese animal defectuoso bajo el brazo como si fuera un bolso. En la cocina, murmura algo mientras pasa a mi lado, dirigiéndose hacia el refrigerador. Abre la puerta, saca un cartón de leche y se dirige al mostrador. El gato sigue bajo su brazo derecho mientras me fulmina con la mirada.

Después de la comida de ayer, desapareció en su habitación y no volvió a salir. Obviamente, está haciendo todo lo posible por evitarme. Tomo el mechón enredado que ha caído sobre su cara y lo muevo, asegurándome de que mis dedos rocen la piel de su mejilla. Milene me lanza una mirada de reojo, que supongo que pretende ser de enfado, pero su bostezo estropea un poco la expresión.

—¿Qué te pasó? —pregunto.

—Anoche me puse a ver la última temporada de *Stranger Things*. Terminé a las cuatro y no pude dormir.

Mira hacia la cafetera que tiene enfrente, luego desvía la mirada hacia el café que me preparé y se inclina para aspirar su aroma. Tentativamente, estira la mano alrededor de la taza y la arrastra lentamente a lo largo del mostrador. Cuando tiene el café frente a ella, me mira de reojo, probablemente esperando mi reacción. Sin romper el contacto visual, toma la leche y vierte un poco en el café. *Mi café*. Que bebo negro. Cuando termina con la leche, estira el brazo hacia un recipiente de azúcar, pero está fuera de su alcance. Nuestras miradas permanecen fijas. Sin apartar los ojos de los suyos, deslizo el recipiente de azúcar por el mostrador hasta colocarlo frente a ella. La tapa es de rosca, así que tiene que dejar al gato en el suelo.

En lugar de hacerlo, me pone al escuálido animal en los brazos y procede a abrir el envase. De cerca, el gato tiene mucho peor aspecto. Le falta parte de la oreja izquierda y parece que uno de sus ojos mira en la dirección equivocada.

—Este es el gato más feo que he visto en mi vida —expreso.

Milene levanta la cabeza bruscamente con los ojos muy abiertos.

—Eso fue cruel. —Agarra al gato. En ese preciso instante, el maldito se despierta de su letargo y salta sobre el mostrador, arañándome la muñeca con la pata trasera—. No es culpa de Kurt. Lo asustaste —acusa Milene, toma la taza con mi café y se da la vuelta para marcharse. Da dos pasos hacia la sala, pero se detiene de repente, da media vuelta y regresa. Deja el café sobre el mostrador, agarra mi mano derecha y la gira para inspeccionar el interior de mi muñeca.

—¿Crees que viviré? —pregunto. Observando el rasguño de unos siete centímetros.

Milene desliza la punta de su dedo sobre mi piel a lo largo del arañazo y me mira.

—Sí, por desgracia.

La agarro por la cintura con la mano que tengo libre y aprieto su cuerpo contra el mío. Chilla y apoya sus manos contra mi pecho como si quisiera empujarme. Aunque no lo hace. Un pequeño escalofrío recorre su cuerpo cuando deslizo la palma de mi mano por debajo de su camiseta y continuo subiendo por su espalda.

—¿De quién es? —inquiero e inclino la cabeza para hundir mi nariz en su cabello.

—¿Qué? —Exhala.

—Es una camiseta de hombre. —Es una de las camisetas extragrandes con las que le gusta dormir.

—No estoy segura. Probablemente de David.

Mi mano se detiene en medio de su espalda. Tiene puesta la camiseta de otro hombre.

—¿Y las otras? ¿Son de él también?

—Algunas. ¿Por qué?

Agarro el material de su *top* y jalo la maldita cosa sobre su cabeza.

—¡Oye! —Se cubre sus pechos desnudos con los brazos y me mira fijamente—. ¿Qué demonios te pasa? Devuélvemela.

No volverá a ponerse las cosas de otro hombre. Me dirijo al otro lado de la cocina para tirar la prenda a la basura y luego me dirijo a su habitación.

Milene

—¡No puedes tirar mis cosas! —le grito a Salvatore. Me ignora y sigue caminando hasta que llega a la puerta de mi habitación y entra—. ¡Oye! —Me abalanzo sobre él—. ¡No tienes nada que hacer ahí! ¡Salvatore! —Lo encuentro de pie frente a mi armario, mirando su contenido. Agarra la montaña de camisetas dobladas que uso para dormir, cruza la habitación y sale—. ¿Estás loco? Devuélveme mi ropa. ¡Ahora mismo!

Sigo de pie en medio de mi habitación con mis brazos sobre mis pechos cuando vuelve dos minutos después, con otro montón de camisetas bajo el brazo. Sin dar ninguna explicación, vuelve al armario y las deja en el mismo lugar donde estaban las mías.

—¿Qué es esto? —espeto—. ¿Otro de tus jueguitos de poder? ¡No puedes ir por ahí tirando las pertenencias de los demás! Salvatore, ¿me estás escuchando?

—No. —Cierra las puertas del armario y se acerca a mí, con una de las camisetas que traje en la mano.

Estoy a punto de arremeter contra él de nuevo cuando levanta la camiseta y me la pone por encima de la cabeza.

—¡Brazos! —exige sujetándola.

—Necesitas ayuda —reviro apretando los dientes.

Salvatore se inclina hasta que nuestros rostros quedan a la misma altura. Es ridículo lo bonitos que son sus ojos color ámbar. O lo absolutamente excitada que me pone cada vez que me clava su mirada penetrante.

—*Brazos*, Milene.

Aprieto los labios, desenvuelvo los brazos de mi pecho y los deslizo en las mangas que me extiende.

—¿Satisfecho? —bramo.

Me mira de arriba abajo. El dobladillo de su camiseta casi me llega a las rodillas.

—Mucho —dice y sale despreocupadamente de la habitación.

—¡Loco controlador! —grito.

Cuando estoy segura de que se ha ido, agarro un puñado de algodón blanco y me lo llevo en la nariz. Huele a él. De ninguna manera voy a ponerme la ropa de este maníaco. Cierro los ojos e inhalo nuevamente. ¿Qué demonios estoy haciendo? Me quito rápidamente la camiseta, la tiro al suelo y me dirijo al baño para darme una ducha. Me voy a deshacer de todas y cada una de ellas.

Sin embargo, cuando salgo del baño veinte minutos después, recojo la camiseta de Salvatore del suelo y la meto debajo de mi almohada.

Capítulo 10

Milene

Tomo el control remoto, enciendo el televisor y me dejo caer en el gran sofá que hay en el centro de la sala para navegar por los canales. No hay nada que me llame la atención, así que lo dejo en el canal *Food Network*, donde un tipo está haciendo pasta casera. Agarro un cojín para ponerlo bajo mi cabeza y me estiro.

Cuatro días. Llevo cuatro putos días encerrada en el *penthouse* sin absolutamente nada que hacer, y eso me está afectando. Las únicas personas que veo son Ada y Salvatore. Ada no habla mucho. Me dirige la palabra de vez en cuando para preguntarme si necesito algo y luego vuelve al trabajo. Odio cocinar, pero hace un rato estaba tan desesperada por hacer algo que le pregunté si quería ayuda con la comida. Ada me miró como si me hubiera ofrecido a destripar al perro del vecino. Supongo que me vio friendo huevos esta mañana, cuando casi incendio la cocina. ¡Fue un accidente! Dejé el sartén en la estufa y fui a perseguir a Kurt, que estaba arañando con sus garras la alfombra de la sala.

Y luego, está él. Mi querido esposo. *Mi perdición*. Todas esas miradas misteriosas que me dirige. Caricias ocasionales que finjo que no me gustan, no obstante, que disfruto en secreto. La emoción que me embarga cada vez que entra por la puerta en la noche. Me está volviendo loca. No quiero sentir esas cosas por alguien que básicamente ha hecho añicos mi vida.

Bostezando, bajo el volumen de la televisión y cierro los ojos. Anoche soñé que me besaba, luego me desperté bruscamente y no pude volver a dormirme porque no dejaba de pensar en él. Parece que mi destino es pasarme la vida sin dormir. Antes era por el trabajo. Ahora es por mi marido.

—Maldito seas, Salvatore Ajello —murmuro contra la almohada.

Acabo de quedarme dormida cuando siento un ligero roce en la mandíbula, que sube por el costado de mi cara y me recorre la mejilla hasta el labio inferior. Estiro la mano para ahuyentar al gato, que disfruta jugar conmigo mientras duermo, pero en lugar del suave pelaje, mis dedos se enredan en una fuerte mano masculina. Abro los ojos de golpe.

—Eres peleonera, incluso mientras duermes. —Retumba el profundo barítono de Salvatore mientras mira mi mano, que aún sujeta la suya. Lo suelto inmediatamente y salto del sofá con la intención de salir corriendo de la sala. En el momento en que me doy la vuelta, el brazo de Salvatore me agarra por la cintura y me atrae contra su duro pecho.

—Suéltame —murmuro.

El brazo que me rodea por el medio me aprieta aún más. Su aliento es cálido en mi cuello cuando inclina la cabeza para susurrarme al oído:

—No.

Cierro los ojos e inhalo profundamente, intentando ignorar las mariposas que revolotean en la boca de mi estómago. Parece que todo mi cuerpo se ha cargado de electricidad por solo el hecho de estar cerca de él. Cuando abro la boca para decirle que se vaya al infierno, sus labios me besan el cuello y apenas consigo reprimir un suspiro.

—Esta mañana no desayunaste conmigo —gruñe en mi oído—. ¿Me estás evitando, Milene?

—No —miento. Claro que lo estoy evitando. Sentir atracción por un hombre al que odias es una tortura.

—*Oh*, pero yo creo que sí. —Su agarre alrededor de mi cintura se intensifica, mientras su otra mano se mueve para rodear mi cuello—. Dime, *Cara*, ¿te afecta mi presencia?

—Sí —admito apretando los dientes. Me pica toda la piel, como si una corriente de baja intensidad agobiara sin cesar mi sistema nervioso. Mi cuerpo es un cable de alta tensión, mas mi cabeza da vueltas por la confusión mientras me esfuerzo por bloquear la imagen de él desnudo—. Cada vez que te veo, me entran ganas de lanzarte un objeto a la cabeza.

—Tan violenta . . . Pensé que las princesas de la mafia eran dulces por naturaleza. Recatadas...

Los labios de Salvatore siguen rozándome la piel, y me cuesta mucho mantener la compostura mientras su suave tacto cosquillea los vellos delicados de mi cuello.

—Siento decepcionarte. Te tocó una de las peores. Quizá deberías enviarme de vuelta al taller, ya que no estás satisfecho con lo que hay bajo el cofre.

De repente, me da la vuelta para que esté frente a él y, agarrándome de la barbilla, me levanta la cabeza.

—No irás a ninguna parte, Milene. —Sus labios rozan suavemente los míos mientras habla, y cierro los puños para detener el poderoso impulso de atraer su boca con fuerza hacia la mía—. Buenas noches, *Cara*.

Me suelta la barbilla, se da la vuelta y se marcha sin mirar atrás.

Capítulo 11

Salvatore

Apoyo mi hombro en el librero y observo a Milene. Lo he hecho bastante a menudo en la última semana. Está tumbada en el sofá, viendo otro programa de cocina. Mi mirada recorre su cuerpo y se detiene en sus piernas, que cuelgan del reposabrazos. Unas sandalias muy feas con lentejuelas multicolores adornan sus pies ridículamente pequeños. El gato está estirado junto a mi esposa, con la cabeza mirando hacia el televisor. Algo está muy mal con ese animal.

Antes de traer a Milene aquí, iba a la oficina temprano por la mañana y solía volver al *penthouse* muy tarde por la noche. Sin embargo, ahora sigo encontrando razones estúpidas para salir de la oficina y venir a mi casa al menos dos veces al día, solo para verla. Milene hace todo lo posible por ignorar mi presencia cuando me ve observándola, así que empecé a subir a comer todos los días.

—No sabes cocinar —digo—. ¿Por qué ves programas de cocina?

Esta mañana, cuando vine a desayunar, Ada se me acercó y me preguntó si consideraría la posibilidad de instalar extintores adicionales en la cocina. Cuando le cuestioné por qué, me dijo que ayer mi esposa se ofreció a ayudarla a hacer salsa para la pasta y consiguió provocar un incendio en el sartén porque lo dejó calentar demasiado tiempo.

—Bueno, también veo *Animal Planet* y no me ves persiguiendo conejos ni poniendo huevos en la arena, ¿verdad? —replica sin apartar los ojos de la pantalla—. ¿Ahora vas a dictar lo que veo?

—Puede ser. —Me importa una mierda lo que vea, pero disfruto bastante haciéndola enojar.

Milene ladea la cabeza y arquea una ceja.

—¿Es algún tipo de compulsión? ¿Dar órdenes a la gente porque sí y esperar que te obedezcan?

—Así funcionan las cosas por aquí, Milene.

—Entonces, ¿tú dices salta y la gente pregunta qué tan alto?

—Algo así.

Arruga la nariz.

—Tu vida debe ser muy aburrida.

Sí. No me había dado cuenta de cuánto hasta que mi mujer irrumpió en ella y la convirtió en un desastre.

—Toma tu bolso —ordenó.

—No necesito un bolso para holgazanear en el sofá.

—Vamos a echar un vistazo a uno de los lotes que compré.

—No me interesa. Pero gracias por la invitación. —Me sonríe plácidamente y vuelve a centrar su atención en la televisión.

Me enderezo y camino hacia el sofá. Milene finge no darse cuenta cuando me detengo frente a ella. Me agacho, la agarro por la cintura y me la subo al hombro.

—¿Qué demonios?! —grita—. ¡Bájame!

Ignorando sus protestas, me dirijo hacia la puerta principal. Quiero pasar tiempo con Milene, y *ella* no puede opinar al respecto.

—¡Eres un imbécil controlador, bruto y abusivo... —sigue insultándome mientras me golpea la espalda con sus puños. Es bastante divertido. La llevo hacia el ascensor y subo—... no te importa en absoluto lo que quieran los demás... —Presiono el botón para el garaje—... busca un terapeuta que te ayude con tus problemas... —El ascensor suena cuando llegamos a la planta subterránea. Salgo y giro hacia mi automóvil mientras otro vehículo se estaciona junto al mío y Nino se baja. Milene sigue balbuceando—... un maldito neandertal con cero...

Paso junto a mi jefe de seguridad, que nos mira boquiabierto, abro la puerta del pasajero y coloco a mi esposa en el asiento.

—Ponte el cinturón, Milene.

Ella levanta la cara, junta los labios y me enseña el dedo medio. Cierro la puerta y rodeo el coche para sentarme en el asiento del conductor. Milene está cruzada de brazos, mirando el muro de concreto a través del parabrisas.

—Milene —digo.

Mi esposa resopla.

Me acerco a ella, le agarro la barbilla y giro su cabeza. Nos miramos fijamente durante casi un minuto. El desafío en su mirada me excita muchísimo. No quiero quebrantar su espíritu porque disfruto con la forma

en que intenta desafiarme. Pero tiene que entender que hay un líder en cada manada. Y en esta manada en particular, el líder soy yo.

—Cinturón de seguridad —susurro la orden.

Milene exhala por la nariz, busca el cinturón de seguridad y lo intenta tres veces antes de encontrar la hebilla. Sigue observándome, con sus ojos clavados en los míos. Muevo el pulgar para rozar ligeramente la línea de su labio inferior, luego me alejo y arranco el coche.

Milene

Me doy la vuelta y contemplo el verde paisaje hasta donde alcanza mi vista. El enorme campo está rodeado de árboles por tres lados. Es hermoso.

—Pensé que habías dicho que habías comprado un lote —comento—, no la mitad de la zona.

—Compré varios. Aún no he decidido qué quiero construir aquí, así que estoy adquiriendo todos los terrenos disponibles. Por si acaso. —Toma mi mano y me lleva de vuelta al coche—. ¿Tienes hambre?

Esperaba que el terreno que mencionó estuviera en algún lugar de la ciudad, pero condujimos dos horas para llegar.

—Me muero de hambre —musito, mirando nuestros dedos entrelazados. Debería apartar la mano. Sin embargo, no lo hago.

—Hay un restaurante a veinte minutos de aquí —informa mientras me abre la puerta del pasajero—. Yo como allí cuando vengo por esta zona.

—Un sitio elegante, ¿supongo? —indago cuando arranca el coche.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Lo miro boquiabierto.

—Tengo puestos unos malditos *shorts* de mezclilla, Salvatore. Aunque nos dejen entrar, todo el mundo se me quedará viendo.

Me lanza una de sus miradas penetrantes, luego busca su teléfono y llama a alguien.

—Jonathan —habla al teléfono—, iré a comer con mi esposa dentro de quince minutos. No queremos que nos molesten.

No espera a que la persona que está al otro lado le conteste, simplemente termina la llamada y arroja el teléfono al tablero. ¡Qué maleducado! ¿Y qué va a hacer ese tal Jonathan? Supongo que es el gerente.

Sacudo la cabeza y miro a la carretera.

—Tienes una forma muy extraña de atender las llamadas.

—¿Cómo es eso?

—¿Qué pasó con “Hola, qué tal va tu día” o “Cómo estás”? Ya sabes, por educación.

Durante las dos horas de viaje hasta aquí, su teléfono sonó al menos siete veces. En cada una de ellas, dijo exactamente dos palabras: “sí” cuando contestaba, y “sí” o “no” después de escuchar a la persona al otro lado de la línea. Inmediatamente después cortaba la llamada.

—No me importa cómo estén o cómo vaya su día, Milene.

Volteo la cabeza y lo veo fijamente. Suponía que así era, pero no esperaba que fuera tan directo y lo admitiera.

—Eres una persona *excepcionalmente* grosera.

—Soy *desinteresado*.

—Desinteresado. —Asiento con la cabeza. Está completamente loco—. ¿Por la gente que trabaja para ti, o por la gente en general?

—En general. Con una excepción —agrega y me mira con esa mirada desconcertante—. Tú.

Parpadeo confundida y desvío rápidamente la mirada. ¿Debería sentirme halagada o aterrorizada?

Probablemente ambas.

* * *

—Vaya. —Me detengo en seco cuando atravesamos las puertas francesas de la parte trasera del restaurante.

El lugar está situado cerca del borde de un bosque. Es una gran mansión de estilo colonial de una sola planta. Sin embargo, lo que me deja sin palabras es un enorme jardín en el centro, ubicado bajo una enorme cúpula de hierro cubierta de enredaderas y vegetación. Las mesas y sillas son todas de madera blanca, con macetas esparcidas para crear una estética similar a

la de la jungla. Es magnífico. Y completamente vacío de gente, salvo el gerente que nos recibió en la puerta.

Por el tamaño del estacionamiento y el número de mesas, el restaurante tiene capacidad para más de cien personas. Es la hora del almuerzo. ¿Cómo es que no hay ni una mesa ocupada?

Salvatore me pone la mano en la espalda y me guía hacia una mesa en un lado del jardín, junto a un limonero plantado en una maceta de terracota roja. Me acerca la silla y se sienta enfrente.

—¿Pasa algo con su negocio? —pregunto en voz baja.

—No. ¿Por qué?

—Bueno, tengo la impresión de que se necesitan clientes para mantener un restaurante.

—Tienen más clientes de los que pueden atender —indica Salvatore y toma los menús que trajo el mesero—. ¿Qué quieres beber?

—Limonada.

—Una limonada y un agua mineral —le pide al mesero—. Y dile a Jonathan que tomaremos algunos platillos que el chef ya tenga preparados.

El camarero asiente y desaparece.

—¿Agua mineral? —Levanto una ceja.

—No bebo alcohol cuando conduzco. —Se inclina sobre la mesa y toma mi mano.

Me recorre un agradable escalofrío cuando traza las líneas de mi piel de la misma forma en que lo hizo cuando fuimos a nuestra “cita”. Y como en aquella ocasión, no retiro la mano, aunque quiero hacerlo.

—Entonces, si este lugar suele estar lleno, ¿dónde está todo el mundo? —inquiero mirando a mi alrededor.

—Se fueron.

—¿Se fueron? ¿A dónde? ¿Por qué se...? —Echo la cabeza hacia atrás y lo miro atónita—. ¿Hiciste que se fueran todos los comensales del restaurante?

—Dijiste que no te sentirías cómoda si se te quedaban viendo. —Jala mi mano hacia él—. Ahora ya no lo harán.

Mi corazón se acelera. Es la cosa más estúpidamente romántica que un hombre ha hecho por mí.

—Entonces, ¿cien o más personas tuvieron que irse a mitad de su comida por culpa de mis *shorts*?

—No. Tuvieron que irse porque nadie puede hacerte sentir incómoda.

Me apoyo con mis codos, acercándome a su cara con apenas unos centímetros separándonos.

—No me sentía especialmente cómoda con la cabeza colgando boca abajo mientras tú tan amablemente me cargabas hasta el coche como si fuera un saco de papas. De hecho, fue una experiencia bastante incómoda, Salvatore.

—Entonces déjame reformular mi declaración. Nadie, excepto yo.

Ugh. Pongo los ojos en blanco y vuelvo a sentarme en la silla.

—Dime, ¿de verdad descuartizas a la gente por diversión? —pregunto.

Me ha estado molestando desde el principio. Cuando Angelo me dijo que Salvatore había enviado el cadáver de Enzo en tres bolsas, supuse que era un tipo bastante agresivo y violento que hacía ese tipo de cosas en un arrebato de furia. Todo lo contrario al hombre extremadamente sereno que me observa desde el otro lado de la mesa. Tengo la impresión de que ni siquiera se inmutaría si un maldito ovni aterrizara en medio del restaurante.

—No —contesta Salvatore y toma su vaso con agua.

—Lo sabía. —Sonrío. Claro que no. Siempre se me ha dado bien juzgar el carácter de las personas.

—Lo hago porque nada envía un mensaje más fuerte que una cabeza decapitada entregada en la puerta de tu casa, Milene.

Se me cae la mandíbula. Me casaron con un completo *lunático*.

Salvatore ladea la cabeza y me clava la mirada.

—¿Ahora me tienes miedo, *Cara*?

Lo contemplo, su enorme cuerpo se reclina despreocupadamente en la silla y sus ojos color ámbar se clavan en los míos. Después de oír esa declaración, debería levantarme de la silla y salir corriendo y gritando. Pero no lo hago. Algo debe de pasarme, porque, por alguna razón inexplicable, no le tengo miedo.

Dos meseros se acercan a la mesa, llevando enormes platones ovalados en cada mano, salvándome de darle mi respuesta a Salvatore. Mientras los colocan sobre la mesa, me doy cuenta de que ambos se esfuerzan mucho por no encontrarse con la mirada de Salvatore. Supongo que es comprensible. La gente tiende a evitar el contacto visual con alguien que cree que está loco. Sin embargo, lo que me desconcierta es que ni los

camareros ni el encargado que nos recibió cuando llegamos me miraron en ningún momento. ¿Por qué iban a evitar mirarme? Soy una buena persona.

Sacudo la cabeza, doy un sorbo a mi limonada y toso. ¿Cuántos limones le pusieron, medio kilo?

—¿Disculpe? —Llamo al mesero que está cerca.

Se queda quieto mientras coloca los platos en la mesa y luego voltea a ver a Salvatore. ¿Por qué haría eso?

Salvatore le hace un gesto con la cabeza.

El camarero se endereza y por fin me presta atención.

—¿Sí, señora Ajello?

—¿Podría darme un poco de azúcar, por favor? —inquiero y vuelvo a apoyar los codos en la mesa, mirando fijamente a mi esposo, que me ha estado observando todo el tiempo. Espero a que se vayan los camareros y levanto las cejas—. ¿Qué fue eso?

—¿Qué exactamente?

—Ese movimiento de cabeza. Porque parecía que le dabas permiso al mesero para dirigirse a mí.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—¿Lo dices en serio?

—Él no es de la Familia, Milene. Por lo tanto, no le está permitido mirar a mi esposa a menos que yo se lo permita.

No tengo ninguna respuesta, así que me quedo mirándolo.

—¿Qué quieres comer? —Señala con la cabeza los platos y la tonelada de comida que hay en la mesa frente a mí.

—No soy exigente. —Me encojo de hombros y pongo en mi plato algo que parece arroz y hojas verdes, junto con un enorme trozo de pescado.

—¿No quieres saber primero qué es? ¿Y si no te gusta?

—Alguien se tomó su tiempo para hacer estos. . . como quiera que se llamen. Los cocinaron y los trajeron. Yo no tuve que cocinar nada de esto.

—Me meto una cucharada de comida en la boca—. Así que, ¿por qué no habría de gustarme?

—Realmente odias cocinar.

—*Síp*. —En uno de los platos hay algo que parecen aros de cebolla fritos. Estiro la mano, tomo un trozo y pego un grito. Están muy calientes.

—Déjame ver. —Salvatore me agarra la mano y me gira la palma hacia arriba.

Intento zafarme de su agarre, pero me sujeta la mano con fuerza. Se me acelera el corazón y vuelvo a sentir mariposas en el estómago cuando levanta mi mano hacia sus labios y me besa la punta de los dedos. En cuanto afloja su agarre, recojo rápidamente la mano y finjo estar absorta en la comida. ¿Por qué sigue haciendo eso? ¿No debería venir la seducción antes del matrimonio? Ya me obligó a casarme con él, así que no le veo sentido.

Puede seguir intentándolo. No voy a dormir con él. Preferiría morir antes que acostarme con él. Tomo otro bocado y mastico despacio mientras mi demonio interior se burla de mí.

«Mientes, mientes con todos los dientes. Has estado imaginando cómo sería. Preguntándote si también sería controlador en la cama. Llevas días mirándolo a escondidas como si fuera un caramelo, y. . .».

Pongo el tenedor junto al plato y aprieto los dientes. «¡Para!», le grito a mi yo interior. Esa zorra tiene el peor gusto para escoger hombres. «Solo... para, maldición».

—¿Estás bien, Milene?

Levanto rápidamente la cabeza.

—Síp —murmuro y sigo metiéndome la comida en la boca—. ¿Por qué?

—Por un momento tuviste una expresión facial muy interesante. Parecía... *frustración*.

—Bueno, estoy obligada a estar contigo, Salvatore. ¿No te sentirías frustrado si alguien te obligara a pasar tiempo contigo mismo?

Se inclina sobre la mesa y toma mi barbilla, haciendo que lo mire.

—¿De verdad es tan horrible? ¿Pasar tiempo conmigo?

No. Y precisamente por eso estoy tan frustrada.

—Sí —respondo.

Su pulgar traza una línea a lo largo de mi barbilla hasta mi labio inferior. Si hubiera visto su foto en alguna parte, habría dicho que es ridículamente guapo y ya está. Pero la imagen no sería capaz de transmitir la potencia de su presencia en persona. Me aparto rápidamente de su tacto y vuelvo a concentrarme en mi almuerzo, comiendo un poco más de la deliciosa comida. Intento con todas mis fuerzas que mis ojos no se desvíen hacia él.

Pero no sirve de nada, porque, aunque no lo estoy viendo, siento su mirada clavada en mí.

¿Por qué insistió en casarse conmigo? Estoy bastante segura de que no soy su tipo. Es decir, él es como un anuncio andante de Armani o Prada, o de un diseñador de alta costura similar, con su traje gris impecablemente hecho a la medida y su camisa negra. Y ese cabello oscuro peinado hacia atrás, con hebras blancas como la nieve esparcidas aquí y allá, que me tientan a pasar mis dedos por él y contar las canas. No sé por qué me atrae tanto. Me gustan los chicos rubios. Chris Hemsworth. Brad Pitt. Los de aspecto angelical. Echo un vistazo rápido a Salvatore y resoplo. Podría hacerle la competencia a *Satanás*. Solo le faltan los malditos cuernos y un tridente.

De repente, su mano con el guante entra en mi campo de visión y agarra un mechón de mi cabello que se soltó de mi coleta y está colgando junto a mi plato. Lo sujeta entre sus dedos durante unos segundos y luego lo mueve por detrás de mi hombro.

—¿Algo te divierte, Milene?

Dejo el tenedor y levanto la cabeza. Salvatore está inclinado sobre la mesa, con la cara a escasos centímetros de la mía, y sus desconcertantes ojos se clavan en los míos. Se me corta la respiración. Me obligo a sostenerle la mirada mientras mantengo una expresión indiferente. No es fácil.

Es a la vez horrible y excitante cómo alguien es capaz de atrapar a una persona con una simple mirada, como lo hace Salvatore. Temo que si intentara arrastrarme a las profundidades del infierno mientras me mira así, lo seguiría gustosamente. No es bueno. Nada bueno.

—No le veo nada de divertido a esta situación, Salvatore —suspiro—. Escucha, lo entiendo. De verdad que lo entiendo. Cometí un error y quería castigarme por ello. Nadie se mete con el grande y malvado Don de New York, ya entendí. Pero seamos sinceros. Esto —lo señalo con el dedo y luego a mí—, no va a funcionar. Es mejor que nos separemos. Me envías de vuelta a Chicago, diciendo que soy pésima en la cama, o lo que quieras, y anulas el matrimonio. Te dejo en paz y sigo con mi vida. Y tú puedes seguir decapitando gente, enviando sus cuerpos por FedEx, o lo que sea, sin que yo interfiera con tu agenda. ¿Qué me dices?

Salvatore apoya la mano izquierda en el borde de la mesa y ladea la cabeza, mirándome en silencio. ¿Está considerando mi propuesta? Oh, Dios, por favor, haz que diga que sí.

De repente, la mesa que hay entre nosotros vuela hacia un lado, haciéndome tambalear en la silla. Los platos y los cubiertos caen al suelo de piedra. Trozos de comida y cristales rotos se esparcen por todas partes en un espacio de metro y medio. Miro a mi esposo con los ojos muy abiertos mientras se levanta y da dos pasos despreocupados hasta situarse justo delante de mí.

Me reclino en la silla y levanto la cabeza.

—¿Supongo que eso es un *no*?

—Eso es un *no*, Milene —replica con ese tono frío, me agarra por la cintura y me levanta por encima de su hombro.

—¡Salvatore! —grito con la cabeza colgando de nuevo a sus espaldas mientras me carga—. ¡Bájame! ¡Ahora mismo!

Da un par de pasos más y se detiene. Gracias a Dios, después de todo tiene algo de sentido común.

—La comida estuvo excelente, Jonathan. Dile al chef que la disfrutamos y carga los daños a mi cuenta.

—Por supuesto, señor Ajello —responde una voz entrecortada, y Salvatore reanuda su marcha por el restaurante. ¡El maldito hijo de puta sigue caminando!

—Tengo tu hombro encajado en mi estómago —espeto—. Voy a vomitar encima de tu elegante traje si no me bajas, Salvatore.

Suena un pitido al abrirse la puerta del auto. Salvatore me acomoda en el asiento del pasajero, rodea el coche y se pone al volante como si todo estuviera en perfecto orden.

—Si tienes un diagnóstico de salud mental, ahora es el momento de mencionarlo —digo, mirando fijamente su perfil perfecto.

Gira la cabeza y vuelvo a ser prisionera de su intensa mirada. Su mano se levanta y me agarra la barbilla. Respiro y lo miro fijamente mientras se inclina hacia mi cara.

—En realidad no importa, *Cara*. Porque te quedarás conmigo —contesta entre dientes, y luego choca su boca contra la mía.

Su beso es tan furioso. Mi respuesta, es aún más furiosa. Agarro su cuello, con la intención de apretarlo, pero en lugar de eso mis manos se

deslizan hacia arriba, mis dedos enredándose en su cabello. No tengo suficiente aire en los pulmones mientras intento seguirle el ritmo, absorbiendo todo lo que me da. Dios, su boca... tan dura, aunque suave al mismo tiempo. Sus dientes me muerden el labio inferior. Sus dedos siguen sujetándome la barbilla. Es una locura. No puedo pensar. No quiero pensar. Cuando me besó en aquel estacionamiento fue como una brisa marina, pero esto es una tempestad. Le rodeo el cuello con los brazos, intentando acercarme al mar tempestuoso que es Salvatore Ajello. Su otra mano me acaricia la mejilla y luego se mueve hasta mi nuca, apretándola. Sus labios en los míos se quedan inmóviles.

—Parece que no somos incompatibles, Milene —comenta en mis labios, luego me suelta bruscamente y arranca el coche.

Fijo mi mirada en la carretera que tenemos frente a nosotros, preguntándome qué demonios acaba de pasar.

Capítulo 12

Salvatore

El gran terreno donde pienso construir un nuevo almacén está en el distrito industrial. Está lo bastante alejado de la ciudad para tener privacidad, pero al mismo tiempo, lo bastante cerca de las carreteras principales para no ser un problema para nuestras necesidades de distribución.

—Quiero el almacén principal en el centro. Pon ocho o más alrededor y llénalos de mercancías al azar para que sirvan de fachada —ordeno.

—¿Comida? —pregunta Arturo.

—No. Algo que se conserve más tiempo. Repuestos de vehículos. Herramientas. Muebles. Usa tu imaginación. Si alguien viene a husmear, no quiero nada que levante sospechas. Por ejemplo, toneladas de comida descompuesta.

—De acuerdo —asiente—. ¿Cuánto debemos transferir cuando el almacén esté totalmente preparado?

—Cuarenta por ciento, como máximo.

—¿Por qué no todo? —añade Rocco.

Me doy la vuelta y miro a mi capo. Rocco es bueno gestionando la parte operativa de nuestros proyectos de construcción, pero no es muy listo en lo que respecta a los negocios en general. Hace dos años, cuando su padre se retiró, le permití que asumiera el cargo de capo, sin embargo, no estoy seguro de que fuera la mejor decisión.

—Nunca pongas todos tus huevos en la misma canasta, Rocco —digo y miro mi reloj. Tengo que volver o llegaré tarde a la subasta.

—Nino me dijo que asignaste a Alessandro como guardaespaldas de tu esposa —comenta mientras me sigue hacia nuestros autos—. ¿Fue porque no le atraen las mujeres?

Me detengo en seco y giro tan bruscamente que casi choca conmigo.

—Me importa una mierda quién le atraiga, Rocco. Lo asigné porque será un buen guardaespaldas.

Él se echa ligeramente hacia atrás.

—Sí, pero...

—¿Estás cuestionando mi decisión?

Su rostro palidece como un fantasma.

—No, jefe. Claro que no.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Da otro paso hacia atrás—. Lo siento, jefe.

—Bien. —Me subo al coche y salgo del estacionamiento con el chirrido de los neumáticos y el olor a caucho quemado, en dirección a la autopista que lleva de vuelta a la ciudad.

Durante el trayecto, llamo a Ada para preguntarle qué está haciendo Milene, y me confirma que mi esposa está en el *penthouse* persiguiendo al gato. La ansiedad en la boca de mi estómago disminuye ligeramente. Aun así, acelero a fondo.

Las palabras de Rocco cruzan mi mente mientras espero a que cambie la luz del semáforo. Siempre ha sido muy homofóbico y considera homosexual a cualquier hombre que no disfrute de cualquier coño que esté dispuesto. Me pregunto si tendrá razón sobre Alessandro. No recuerdo haberlo visto nunca con una mujer, ni siquiera haber hablado de una. De hecho, en los cinco años que lleva trabajando para mí, no creo haber oído hablar a Alessandro Zanetti más que un puñado de veces.

Cuando se convirtió en parte de la Familia, sospeché. Obviamente había recibido entrenamiento militar, e incluso consideré la posibilidad de que fuera un policía encubierto, así que Nino investigó a fondo sus antecedentes. Todo parecía en orden. Un par de años de servicio militar y una baja honorífica por lesión. No recuerdo la naturaleza de la lesión que Nino mencionó, pero desde luego no ha afectado a las habilidades de Alessandro. Por lo que he visto, el hombre está en perfectas condiciones físicas. A lo largo de los años, lo he puesto a prueba varias veces encargándole que llevara a cabo ejecuciones, simplemente para evaluar su reacción en caso de que fuera, de hecho, un infiltrado. La forma en que se deshizo de sus objetivos, con precisión quirúrgica y sin dudar ni un segundo, confirmó lo que ya sospechaba. Antes de unirse a la *Cosa Nostra*,

Alessandro era un asesino a sueldo profesional. Así que me aseguré de que sus habilidades no se desperdiciaran.

* * *

Cuando Milene atraviesa las puertas dobles y entra a la sala, dejo que mis ojos recorran sus tacones de aguja blancos y el vestido blanco que abraza sus curvas y resalta su figura. Lleva el cabello suelto, con suaves rizos que le caen hasta la mitad de la espalda. Se maquilló y luce devastadoramente hermosa.

—¿Este evento durará toda la noche? Si es así, tendré que cambiar estos zapatos por otro par con tacones más pequeños —señala mientras se acerca, buscando a tientas en su bolso—. Me he acostumbrado demasiado a llevar zapatos deportivos.

—No.

—Gracias a Dios. —Se detiene delante de mí y me mira a los ojos—. ¿Estás bien?

—¿Por qué?

—Tienes una mirada un poco desconcertada en tu rostro. No encaja con tu personalidad controladora, *Tore*, rayito de sol. —Ella sonríe.

—¿Tore?

—Tu nombre es demasiado largo. Me cuesta una eternidad pronunciarlo y para cuando termino, ya se me olvidó lo que quería decir. ¿O prefieres que te siga llamando Kurt? Aunque podría confundir al gato.

Muy gracioso.

—Tore servirá —afirmo—. Dame tu mano.

—Ya me arrebataste mi vida. No te daré nada más.

—La mano, Milene. La izquierda.

Ella levanta la mano. Saco dos anillos de oro gruesos del bolsillo y deslizo el más pequeño en su dedo anular.

Milene levanta las cejas.

—Creí que nos saltaríamos la parte del anillo.

—No nos saltaremos nada, *Cara*. Los anillos se retrasaron.

Y me aseguré de que el joyero supiera cómo me sentí al respecto. Nino dijo que el hombre permanecerá en el hospital al menos dos semanas.

Aún sosteniendo la mano de Milene, me deleito con la visión del anillo que la marca como mía en su delicado dedo. Levanto el segundo anillo y se lo pongo delante de su rostro.

Milene ladea la cabeza.

—No me pareció que fueras del tipo que usa joyas.

No lo soy. Nunca tuve la intención de casarme, y la idea de usar un anillo de bodas nunca me había pasado por la cabeza. Hasta ahora.

Mi esposa toma el anillo.

—¿Mano izquierda o derecha?

—Derecha. —Lo quiero visible en todo momento, no escondido bajo el guante. De todas formas, no me cabría por encima de mi nudillo deforme.

Milene toma mi mano derecha entre las suyas y desliza la sortija en mi dedo. Cuando está a punto de soltarme, le rodeo la mano con mis dedos. Me mira de reojo, pero no se aparta cuando la conduzco a la puerta.

* * *

Cuando entramos a la galería, todas las miradas se vuelven hacia nosotros y siguen nuestros pasos mientras cruzamos el vestíbulo hacia la sala principal donde se celebrará la subasta. El público está formado por las mismas personas que suelen frecuentar estas subastas, y es la primera vez que traigo a una mujer conmigo. Y nunca había traído guardaespaldas. Sin embargo, como Milene está conmigo esta noche, Stefano y otros dos hombres nos acompañan muy de cerca.

No se me escapa cómo reaccionan la mayoría de los hombres ante mi esposa. Hacen todo lo posible por disimularlo, no obstante, veo cómo la observan cuando creen que no estoy mirando, así que le suelto la mano y le rodeo la cintura con el brazo. Milene me mira y aparta un mechón de cabello que le ha caído sobre la cara. Mis ojos captan el brillo del oro en su dedo. El aro de boda que elegí parece absurdamente grande en su delicada mano. Algo sutil habría sido mejor, pero me gusta como está.

—¿Es prudente? —pregunta.

—¿Qué, exactamente?

—¿Salir en público cuando hay gente intentando matarte?

—Siempre hay alguien intentando matarme, Milene. No pretendo esconderme en un agujero por eso. ¿Qué clase de mensaje enviaría?

Ella sacude la cabeza y suspira.

—¡Hombres!

La conduzco a la fila de asientos del fondo, que normalmente está reservada para mí solo, y a los dos últimos asientos del lado más alejado de la puerta. Stefano se coloca detrás de Milene, como le ordené, y los otros dos guardaespaldas ocupan sus puestos a la izquierda y a la derecha de la entrada.

Milene está sentada a mi lado, con la espalda recta y las manos entrelazadas en su regazo, aparentemente desinteresada. Pero sus ojos se mueven de izquierda a derecha, observando a varias personas que entran en la sala en silencio y toman asiento. Enfoca su mirada en un grupo de hombres que acaban de entrar, murmurando algo en voz baja. Inclino la cabeza hacia un lado para escuchar mejor.

—¿A qué se debe el ambiente fúnebre? —murmura—. ¿Están de luto por el montón de dinero que se van a gastar en baratijas?

Me reclino y extendiendo el brazo a lo largo del respaldo del asiento de Milene. Me divierte mucho lo *gruñona* que es a veces.

La gran pantalla de la pared de enfrente se ilumina y observo a mi esposa mientras avanza la subasta. A medida que se venden las pinturas, con la calidad y el precio de cada pieza aumentando constantemente, sus ojos se agrandan. Se estremece cuando los asistentes sacan un gran lienzo con textura en tonos negros, grises y rojos.

—Eso es perturbador —susurra.

Desvío la mirada hacia la pintura, que muestra un ciervo decapitado encima de algo que parece una montaña de ollas de cocina. El precio es de veinte mil dólares.

—¿Alguien comprará eso? —cuestiona.

—Espera y verás.

Nadie puja. No es inesperado. Saben que no tienen ninguna posibilidad de conseguirlo. El hombre que atiende las ofertas telefónicas en su escritorio de la esquina levanta la mano.

—¡Tenemos cien mil! —exclama.

—¿Qué? —expresa Milene—. ¿Quién daría cien mil dólares por tener eso en su casa?

—El *Pakhan* de la *Bratva* de Chicago —respondo—. Su esposa lo pintó. Ella ofrece una obra en cada subasta, y él las compra todas, sin importarle el precio. Todos los demás dejaron de pujar por sus obras hace tiempo.

—La gente es tan extraña a veces. —Milene sacude la cabeza.

La siguiente puja es por la pintura que elegí, un bodegón de un pintor inglés menos conocido del siglo XIX. Cuando hago mi oferta, Milene levanta lentamente una ceja, pero se abstiene de hacer comentarios. Una vez terminada la subasta de obras de arte, continúa, como siempre, la de joyas. Normalmente me voy en este momento, no obstante, hoy decido quedarme y observar la reacción de Milene ante las piezas que se ofrecen.

Casi he llegado a la conclusión de que los metales preciosos y las gemas le resultan totalmente indiferentes hasta el momento en el que se presenta un brazalete de oro antiguo. En cuanto al diseño, no es nada especial. No tiene piedras preciosas ni diamantes de ningún tipo, es solo un brazalete de oro macizo con elementos florales discretos grabados en la superficie. Lo único que tiene de especial es que es del siglo XII. Los ojos de Milene se agrandan y se inclina hacia adelante, mirando la imagen en primer plano que aparece en la pantalla gigante sobre el podio. Ignoró por completo todos los diamantes, rubíes y perlas que habíamos visto hasta ahora, sin embargo, ahora se queda boquiabierta y sin pestañear ante la pieza más ordinaria. La nota bajo la imagen muestra un precio inicial de \$650.000. Me aseguro de que Milene no vea lo que hago y levanto la mano. Mi movimiento apenas es visible, pero los sentidos del subastador están muy afinados.

—Demonios —murmura, sin dejar de mirar el brazalete—. Esta gente está loca.

Alguien de la primera fila sube la puja a \$660.000. Vuelvo a levantar el dedo, \$670.000. El hombre de la primera fila sigue. Podría seguir, pero prefiero irme a casa cuanto antes. Vuelvo a levantar la mano y expresando con la boca le indico la cantidad.

—Tenemos un millón —declara el subastador—. ¿Alguna otra oferta?

— ¡Dios santo! —exclama Milene, mirando fijamente al subastador—. Me gustaría conocer al *lunático* que pagaría un millón de dólares por un brazalete.

El subastador cierra la puja y le envió un mensaje a mi agente bancario. Siempre está a la espera y sabe que debe transferir el dinero inmediatamente y sin preguntar, independientemente de la cantidad.

—Vamos. —Me levanto, tomo a Milene de la mano y la conduzco al mostrador de la entrada.

—Un millón ¿Eso ocurre a menudo? Quiero decir, ¿quién hace eso? Entiendo el arte. Hay gente a la que le gusta tener ese tipo de cosas en sus paredes, tu tipo de locura, sabes, pero vamos.

Continúa parloteando desconcertada en voz baja mientras me acerco al mostrador para firmar los papeles y confirmar que el cuadro se enviará a mi dirección habitual. Cuando el empleado acepta la documentación, señalo la caja rectangular de terciopelo. Cuando me la trae, saco el brazalete.

—¿Y si alguien se lo roba? —continúa Milene—. ¿Ese tipo de cosas están aseguradas? ¡Un millón! En mi opinión, es una barbaridad.

Me doy la vuelta y encuentro a Milene mirando de nuevo hacia la sala de subastas, con la vista fija en la gran pantalla donde se sigue mostrando la imagen del brazalete.

—¿Dónde podría alguien usar algo así? ¿Y si...? —prosigue, de pie frente a mí, con las manos en la cintura.

Le pongo el brazalete en la muñeca derecha y cierro el broche. Es uno de esos cierres de gancho sencillos. No creo que sea capaz de ponerle algo más delicado. Cuando vuelvo a mirar a Milene, se está mirando el brazo con la boca abierta.

—Así que eso es lo que hace falta para que dejes de hablar —digo con una sonrisa—. Lo tendré en cuenta.

* * *

—No puedo aceptarlo —expresa mi esposa en cuanto entramos al *penthouse*.

Sabía lo que iba a pasar. No había pronunciado una sola palabra durante todo el trayecto, ni me había mirado ni una sola vez. Su atención estaba puesta en las luces de neón que pasaban por la ventana del pasajero.

—Es precioso, pero de verdad que no puedo. Quizá si valiera tres ceros menos.

—Lo conservarás —ordeno y me dirijo al pasillo que lleva a mi habitación.

—Yo... ¿qué haría con esto? Debería estar en un maldito museo o algo por el estilo.

—Haz lo que quieras con él.

—¡Tore!

Detrás de mí, sus tacones *golpean* los azulejos del suelo y Milene maldice. Miro por encima de mi hombro y la veo quitándose los zapatos. Dado el corte de su vestido y la forma en que se inclina hacia adelante, consigo una hermosa vista de sus pechos. Inclino la cabeza para ver mejor y me imagino a mi esposa desnuda en mi cama, su piel clara contrastando con las sábanas oscuras y su cabello rubio enredado alrededor de su cabeza.

—Sé razonable, por favor —suspira y se endereza—. Por favor.

—Nunca hago nada sin una razón, Milene. Ya deberías saberlo —replico y cierro la puerta de mi habitación.

Milene

Miro con cautela el brazalete que hay sobre la mesita de noche, como si estuviera a punto de atacarme. Llevo mirándolo fijamente desde que me metí en la cama, preguntándome qué debería hacer con él. ¿Dónde se guarda algo que vale un millón de dólares? ¿Bajo el colchón? ¿Debería intentar levantar una de las tablas del suelo y esconderlo debajo? ¿Por qué demonios lo compró Salvatore? ¿Espera que lo use por toda la casa? Está loco.

Debe haber algún tipo de caja fuerte en el *penthouse*. Tomo el brazalete, salgo de mi recámara y camino por el pasillo para tocar la puerta de Salvatore. Nada. Lo intento una vez más. Otra vez nada. Doy media vuelta y me dirijo a la sala.

Encuentro a Salvatore tumbado en el sofá frente al televisor, viendo un partido y con una botella de cerveza en su mano. Un tipo normal, en pantalones deportivos y camiseta, viendo un partido de fútbol americano. Qué imagen más engañosa.

—¿Tienes una caja fuerte?

—Sí —contesta sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Puedo guardar el brazalete ahí?

—No.

—¿No? —Marcho alrededor del sofá, procurando no golpear sus muletas. Se quita su prótesis por las noches. De pie frente a él, me cruzo de brazos—. ¿Por qué no?

—Porque lo compré para que lo uses. No para que esté guardado en una caja fuerte. —Señala con la botella hacia el televisor que tengo detrás—. Estoy viendo eso.

—¿Por qué me compraste algo así?

—Ya te lo dije.

—Sí, sí, tienes tus razones. ¿Cuáles son *esas* razones? ¿Te sientes mal por hacerme renunciar a mi trabajo?

—No precisamente. —Da un sorbo a su cerveza y me mira—. Eso fue por tu seguridad.

Tiene el cabello mojado y peinado hacia atrás, pero algunos mechones le caen sobre la frente, y me entran unas ganas locas de estirar la mano y apartárselos.

—Entonces, ¿estás intentando seducirme?

Salvatore deja la botella en el suelo y coloca el brazo detrás de su cabeza, observándome. Su camiseta blanca se ciñe sobre su pecho y sus hombros anchos. Parece modelo de un anuncio de perfume para hombres.

—¿Seducirte? —Curioseas—. ¿Para qué?

—¿Para que esté contigo?

—No tengo que seducirte, Milene. Ya estamos casados. ¿O acaso se te olvidó?

—Sabes a lo que me refiero.

—No, creo que no.

—Bueno. Como sea. —Sacudo la cabeza. Cuando me doy la vuelta para irme, su brazo sale disparado y me agarra por la cintura. Me arroja sobre él y mi rostro queda justo encima del suyo.

—¿De verdad crees... —levanta su mano izquierda y me roza la mejilla con el dorso de sus dedos—... que necesito comprarte joyas para seducirte?

Respiro profundamente, tratando de calmar mi cuerpo traidor que ha estado retorciéndose y temblando de excitación desde el momento en que

nos tocamos. No hay forma de que responda a su pregunta, pero me temo que ya sabe la verdad.

—¿Lo crees, Milene? —Inclina la cabeza y me da un ligero beso en la barbilla.

—No. —Cierro los ojos.

Otro beso. Esta vez un poco a la derecha.

—Entonces, ¿por qué te lo compré?

Aprieto un poco el brazalete en mi mano y lo presiono contra su pecho.

—No lo sé.

La mano de Salvatore cubre la mía y me quita los dedos del brazalete de oro. Lo suelto y abro los ojos para ver cómo arroja la antigüedad de un millón de dólares detrás del sofá como si fuera una lata de refresco vacía.

Jadeo.

—¿Estás loco?

—¿Por qué... —entierra sus dedos en mi cabello, jalando mi cabeza hacia abajo hasta que mi boca casi toca sus labios—... compré el brazalete, Milene?

—¿Porque me gustó? —susurro contra sus labios.

—Porque te gustó —confirma mientras aprieta su boca contra la mía.

No hay nada delicado ni ligero en su beso. Es hambriento. Duro. Quizás incluso un poco hostil. Su mano baja por mi espalda y, por debajo de mi camiseta, me aprieta una nalga. Puedo sentir su miembro duro presionando mi centro. Es tan excitante que se me escapa un pequeño gemido mientras la humedad se acumula entre mis piernas. Me muerde el labio inferior con fuerza y vuelve a apretarme el trasero. Muevo mis caderas, rozando su dura longitud con mi sexo. Me viene a la mente una imagen de él dentro de mí, y mis bragas se empapan al instante, suplicando que me las quite.

Algo cae al suelo con un ruido sordo, seguido de un fuerte maullido. Abro los ojos y veo a Salvatore observándome. Me siento tan bien apretada contra su duro cuerpo, con su brazo inmovilizándome contra él. Y me odio por disfrutarlo.

—Será mejor que vaya a buscar al gato antes de que rompa algo —digo, esperando a ver si me echa en cara que aproveche esta oportunidad para huir.

—Está bien. —Él desenvuelve sus brazos de mi cuerpo, e inmediatamente quiero llorar por la pérdida—. No olvides el brazalete.

Asiento con la cabeza y me enderezo para sentarme. Mientras me quito de encima rápidamente de su hermoso cuerpo, siento que mi trasero roza su polla una vez más.

Levanto el brazalete del suelo y corro a la cocina para recoger a Kurt, sin saber si debo besarlo o estrangularlo por interrumpir.

Capítulo 13

Salvatore

Tomo un sorbo de café mientras espero a que Nino y Arturo tomen asiento frente a mi escritorio.

—Bogdan llamó temprano esta mañana.

—No creo que necesitemos más munición por el momento —agrega Nino—. El último cargamento llegó hace dos semanas.

—No fue por los pedidos. Quería hacerme saber que escuchó que Fitzgerald le pidió un montón de armas a Dushku.

—Eso no le gustará a la *Bratva* —comenta Arturo—. No después de lo que pasó hace cuatro años entre ellos y los irlandeses. Si Petrov se entera de que Dushku le está vendiendo a los irlandeses a escondidas, no estará contento.

Me reclino en mi silla, debatiendo si debería llamar a Petrov.

—Lo más importante ahora mismo es qué pueden estar planeando hacer los irlandeses con todas esas armas. Bogdan cree que no son para revenderlas.

—¿Crees que se están preparando para atacarnos? —inquire Arturo—. No tienen suficientes hombres para infligir un daño grave.

—Pues yo no quiero ningún tipo de daño, Arturo —indico y volteo a ver a Nino—. Duplica la seguridad en todas las ubicaciones. Quiero dos soldados adicionales con cada transporte. Dile a los hombres que esperen problemas. Cualquier actividad sospechosa debe ser reportada inmediatamente. Y que sigan a Fitzgerald. Y también a su segundo al mando, Deegan.

—De acuerdo. —Asiente con la cabeza.

—¿Cómo vamos con la localización del segundo soplón?

—Está escondido. No ha habido ninguna filtración desde que nos ocupamos de Octavio.

Mi teléfono vibra en el escritorio con un mensaje de Ada. Le ordené que me informara cada dos horas de lo que está haciendo Milene. El mensaje dice que en este momento, mi esposa está en el baño, intentando bañar al gato porque el muy idiota se pasó la noche durmiendo en una maceta.

—¿Cuánta gente sabía dónde se iba a realizar esa operación cuando apareció la DEA? —pregunto mientras vuelvo a dejar el teléfono sobre el escritorio.

—Unos veinte —señala Nino.

—¿Y cuántos de ellos llevan con nosotros menos de dos años?

Lo piensa un momento.

—Nueve. ¿Por qué?

—No estaban cuando le dimos un escarmiento al último que habló de nuestros asuntos. Si hubieran estado, no se les habría ocurrido acudir a las autoridades —explico—. Divide a esos nueve en dos grupos y envíalos a algún lugar. Avisa que alguien de la *Cosa Nostra* se reunirá con Mendoza en persona, pero proporciona una ubicación diferente para cada grupo. Luego, esperamos a ver dónde aparece la policía.

—¿Qué haremos cuando atrapemos al soplón?

—Haremos una pequeña demostración —respondo.

* * *

Planeaba almorzar con Rocco y el encargado de la obra, pero se canceló en el último momento, así que salgo de mi despacho en el décimo piso y subo en ascensor hasta el *penthouse*. Le dije a Ada que preparara comida solo para Milene hoy, sin embargo, suele cocinar mucho más de lo necesario, y estoy agitado porque no la he visto desde ayer por la tarde. Cuando llego al comedor, encuentro la mesa puesta para uno, pero en lugar de comer allí, Milene está sentada en el desayunador con su teléfono apoyado contra una botella de agua, viendo un vídeo.

—¿Le pasa algo a la mesa? —indago.

—No. —Sacude la cabeza y se mete un bocado de lasaña en la boca sin apartar los ojos del teléfono.

—Entonces, ¿por qué estás almorzando aquí?

—En casa siempre nos obligaban a almorzar en la mesa del comedor, incluso cuando comíamos solos. Y me dejó con un trauma.

Saco un plato de la vitrina, me dirijo a la mesa del comedor, tomo algo de comida de la bandeja y me siento en el taburete que hay enfrente de Milene. Me mira, pero enseguida vuelve a centrar su atención en el teléfono. Por lo visto, vamos a ignorar lo que pasó anoche en el sofá.

—Encontré un vídeo sobre cómo crear una organización benéfica. — Señala el teléfono con su tenedor—. Me parece demasiada burocracia para mi gusto. ¿No hay otra cosa que pueda hacer?

—No tienes que hacer nada.

Baja su tenedor y me lanza una mirada exasperada.

—Ya te dije que no puedo estar aquí sentada todo el día.

—Si te hace sentir mejor, puedo llamar a algunos de mis hombres, para que puedas insertales agujas intravenosas y esas cosas.

—*Ja, ja.* —Pone los ojos en blanco—. Hablo en serio.

—Yo también.

Milene parpadea, sacude la cabeza y murmura algo. No estoy cien por ciento seguro, pero creo que acaba de llamarme *loco de remate*.

—¿Qué tan rápido puedes teclear? —pregunto.

—¿En un teléfono?

—En una *laptop*.

—No lo sé. Nunca me he cronometrado, pero diría que a una velocidad media. ¿Por qué?

—Eso servirá. —Agarro la botella de agua.

Ella levanta su teléfono del lugar donde estaba.

—¿Para qué?

—Si ya terminaste de comer, ve a ponerte algo más apropiado para negocios. —Señalo con la cabeza su camiseta amarilla, con el nombre de alguna banda estampado en la parte delantera—. Vendrás conmigo a la oficina.

—¿Qué haré en tu oficina? ¿Regar las plantas?

—Tienes veinte minutos o me voy sin ti.

Milene

Me pongo un vestido azul marino elegante que no me he puesto en al menos dos años y miro mi reflejo en el espejo.

Salvatore no mencionó el fiasco del sofá. Me alegro. Por lo que a mí respecta, nunca ocurrió. Me tomó por sorpresa. ¿Qué diablos me pasa, frotando mi coño como una animal en celo contra el pene del hombre que destruyó mi vida? ¿Quién hace eso?

Si necesita sexo recreativo, que lo busque en otra parte, porque yo no se lo daré. Ese... episodio fue algo de una sola vez. Tengo que vivir aquí, pero eso es todo lo que haremos: *cohabitar*. Estoy segura de que tiene una larga lista de mujeres, todas haciendo fila esperando a ser llamadas y folladas. Puede hacer lo que le dé la gana. No me molesta en absoluto. Ni siquiera un poco. Probablemente será alguna mujer alta y sofisticada. Pueden hablar de arte y otras estupideces aristocráticas de las que yo no entiendo nada. Tal vez la llevará a sus subastas. Le comprará baratijas de millones de dólares.

Aprieto los dientes y me abrocho el ancho cinturón blanco que va con el vestido. Me da igual. Puede follarse a quien quiera. Tiro tanto del cinturón que casi me lastimo las caderas.

—“Tienes veinte minutos o me voy sin ti” —murmuro, imitando el tono brusco de Salvatore cuando me dio la orden antes. Qué controlador. Si no me estuviera muriendo de aburrimiento, le habría dicho exactamente lo que pensaba de su oferta. No obstante, me estoy volviendo loca en este ridículo *penthouse*, y haré lo que sea para escapar, aunque sea por unas horas.

El vestido me queda un poco holgado alrededor de la cintura, pero me servirá. Me recojo rápidamente el cabello en un moño bajo, me pongo mis zapatos de tacón blanco y tomo mi bolso antes de salir corriendo de la habitación. No pueden haber pasado veinte minutos, sin embargo, cuando llego a la sala Salvatore ya se está yendo.

—¡Espera, maldita sea! —Se voltea y me mira acercarme, examinándome de pies a cabeza—. ¿Su alteza de los negocios lo aprueba? —Hago un gesto con la mano a lo largo de mi atuendo.

—Lo apruebo —dice y sale por la puerta principal, dejándome para que lo siga.

Suponía que tenía una oficina en algún lugar del centro, pero cuando entramos al ascensor, presiona el botón para bajar dos pisos. Las puertas se

abren y dejan ver un amplio vestíbulo decorado con mármol blanco y madera oscura. Justo delante de nosotros, pegado a la pared, hay un escritorio con una computadora y un montón de carpetas. Una mujer sentada en el escritorio se levanta de un salto al vernos salir del ascensor.

—Señor Ajello. —Asiente con la cabeza y permanece de pie, mirándome con los ojos muy abiertos. Es bonita, tiene casi treinta años y está vestida de forma impecable con un pantalón de vestir de color coral y una blusa blanca tan perfectamente planchada que podrías cortarte un dedo con la solapa.

A la izquierda hay un largo pasillo con varias puertas a cada lado, pero Salvatore se dirige en dirección contraria hacia la gran puerta de madera ornamentada, saludando con la cabeza a la mujer del mostrador de recepción al pasar. Me abre la puerta y entro a la oficina, donde domina un enorme escritorio de madera junto a unos impresionantes ventanales que van del suelo al techo. La pared de la derecha está totalmente compuesta por libreros, mientras que en la otra hay un lujoso sofá de cuero y dos sillones que hacen juego. Una pintura de una puesta de sol cuelga de la pared sobre el sofá.

Salvatore camina alrededor del escritorio para encender la *laptop*, luego se sienta en su silla de oficina y me hace señas para que me acerque. Me aproximo al escritorio, con la intención de tomar una de las dos sillas colocadas enfrente, pero él niega con la cabeza.

—Ven aquí.

Levanto las cejas y rodeo el escritorio. Cuando me dispongo a pararme a su lado, me agarra por la cintura y me jala hacia abajo sentándome sobre su muslo derecho. Pego un grito y lo miro sorprendida, aunque se limita a acercar la silla al escritorio sin dejar de sujetarme con el brazo y desliza la *laptop* frente a mí.

—Abre la aplicación de correo electrónico —ordena.

Tomo el *mouse* y me inclino hacia adelante para buscar entre decenas de íconos desparramados por la pantalla el que abrirá su correo electrónico. La pantalla es un caos y no encaja en absoluto con la personalidad de Salvatore. Levanta su mano derecha de mi cintura y cubre la mía, moviendo el *mouse* hacia la esquina superior izquierda de la pantalla.

Hace clic en el ícono del sobre para abrir la ventana de la bandeja de entrada.

—Empecemos con los correos que llegaron hoy.

Me resulta difícil fingir indiferencia mientras estoy sentada en su regazo con su brazo rodeándome la cintura, pero, de algún modo, consigo mantener la calma y abro el primer correo sin leer de la lista.

—Es la documentación de otro lote que pienso comprar —me explica junto al oído—. Reenvíaselo a mi abogado. Greg Atkinson. Dile que se asegure de comprobar que todo esté en regla. No quiero que se repita la situación de febrero.

—¿Qué pasó en febrero? —pregunto mientras tecleo.

—Apareció el hijo ilegítimo del propietario anterior, reclamando la propiedad.

Termino el correo, lo envío y abro el siguiente.

—Supongo que no tienes un tío en Sudáfrica que necesita dinero para una neurocirugía.

El brazo que me rodea la cintura me aprieta.

—No —responde, y sus labios rozan ligeramente el lóbulo de mi oreja.

Necesito que deje de tocarme. Me está volviendo loca.

«Entonces, ¿por qué no le dices que pare? Te diré por qué. Porque eres una hipócrita, Milene. Te gusta, admítelo».

No lo admitiré, ni siquiera a mí misma. «¡Cállate!», le digo a mi voz interior, marco el correo como *spam* y paso al siguiente.

—Ese es de mi agente bancario —señala Salvatore—. Reenvíaselo también a Greg. Dile que se asegure de leer el contrato nuevo y compruebe si ofrecen mejores tasas de conversión, como pedimos. Si no lo hicieron, que les diga que cerraremos todas nuestras cuentas a finales de mes.

Mientras tecleo, echo un vistazo rápido a su mano izquierda cubierta por el guante que descansa junto a la *laptop*. Probablemente no puede teclear con ella o, si puede, tarda una eternidad. ¿Cómo acabó en una situación en la que alguien le destrozó los dedos con un martillo? Dios, debió de dolerle muchísimo.

Abro el siguiente correo y ojeo la lista de materiales de renovación y los precios que figuran junto a cada artículo.

—¿Piensas redecorar?

No tiene pinta de ser un tipo aficionado a los trabajos de “hágalo usted mismo”, sin embargo, ¿por qué otra razón iba a necesitar azulejos, pinturas y el resto de cosas que aparecen en la lista?

—No exactamente. —Ladea la cabeza y su nariz acaba apretándose contra mi cuello—. Diles que queremos la misma cantidad del mes pasado, excepto por los azulejos blancos. Necesito el triple y quiero un mejor precio. Mándale una copia del correo a Arturo.

Dejo de teclear a mitad de la frase y volteo a verlo, con los ojos muy abiertos.

—¿Estás haciendo un pedido de drogas por correo electrónico? ¿Estás demente?

Salvatore me inclina suavemente la cabeza con su dedo bajo mi barbilla. Los latidos de mi corazón se aceleran cuando sus ojos se posan sobre mis labios.

—Tal vez —expresa, luego baja su mano y se enfoca de nuevo en la *laptop*. —Sigamos.

Pasamos casi cuatro horas revisando sus correos electrónicos antes de que él aparte mis manos del teclado y cierra la *laptop*.

—Es suficiente por hoy.

Me levanto y recojo mi bolso del escritorio, intentando ignorar la sensación de pérdida por romper el contacto.

—Bueno, volveré arriba —indico.

—De acuerdo. —Se reclina en su silla—. Tengo que hacer un par de llamadas, y luego yo también subiré.

—*Síp*. Te veo luego. —Salgo rápidamente de la oficina, como si alejarme de él me ayudara a reprimir las ganas locas de volver a saltar sobre su regazo y apretar mis labios contra los suyos. No puedo sacrificar mi integridad en aras de esta atracción enfermiza. Quiero odiarlo, demonios, no imaginármelo follándome sin parar cada noche.

Maldita sea.

* * *

Después de un largo baño de burbujas, paso una hora revisando mi ropa, dejando a un lado los trajes de negocios que me parecen apropiados. Si Salvatore decide que siga ayudándole con sus correos electrónicos, tendré que ir de compras, porque mi colección de ropa de negocios consiste en dos vestidos, cuatro blusas y un par de pantalones negros. No he tenido la

oportunidad de ponerme trajes o faldas en los últimos dos años, y la mayor parte de mi guardarropa son *jeans*, *shorts* y *tops* informales. Tengo algunos vestidos que compré por capricho y que me puse una vez cuando salí, pero tampoco son adecuados.

Vuelvo a guardar la ropa en el armario, quito a Kurt de mi almohada, donde lleva una hora durmiendo, y me dirijo a la cocina para comer algo. Con suerte, Salvatore ya habrá comido y no me lo encontrará. Sí, me estoy acobardando, pero es más fácil evitarlo que resistir la loca atracción que siento cada vez que está cerca. Lo que más me frustra es que él sabe exactamente cómo me afecta su proximidad. Lleva días jugando conmigo, con todas esas miradas de “quiero follarte” y sus *caricias robadas*, seguidas de una indiferencia fingida. Y ya no estoy segura de las reglas de este juego.

Por suerte, la cocina está vacía, así que inspecciono el contenido del refrigerador. Hay sobras del almuerzo, pero decido comer algo más ligero y tomo la caja de fresas de la repisa superior. Casi he terminado de lavarlas cuando siento a Salvatore detrás de mí. Ni siquiera tengo que voltear para saber que es él. Y no tiene nada que ver con el hecho de que solamente estemos nosotros dos en el *penthouse*. Siento un cosquilleo en la nuca cada vez que está cerca. La fuerte reacción de mi cuerpo ante él es desconcertante.

—Se ven dulces. —La aterciopelada voz de Salvatore resuena junto a mi oído—. ¿Me das una?

Respiro profundamente y me doy la vuelta lentamente. Mis ojos se posan en la forma esculpida de su pecho desnudo, a escasos centímetros de mi cara, ya que únicamente tiene puestos unos pantalones deportivos. Levanto la cabeza y lo sorprendo mirándome. Debe de haberse duchado, porque huele a gel de ducha con aroma amaderado. Tiene el cabello mojado y completamente despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él un par de veces y lo considerara peinado. Me cuesta creerlo, pero es aún más *sexy* así que vestido de traje y bien arreglado. Me aclaro la garganta y levanto el tazón de fresas lavadas que hay entre nosotros.

Salvatore ladea la cabeza, me clava la mirada y parpadea lentamente. Se me acelera el corazón y apenas puedo reprimir un suspiro. Es ridículo que un acto tan insignificante pueda hacer que me tiemblen las rodillas. Mira el tazón que tengo en las manos, da un paso adelante y me aprisiona contra el mostrador con los brazos. Aprieto los labios, saco una fresa del tazón y la

llevo a su boca. Sus ojos nunca se apartan de los míos mientras rodea la fresa con los labios succionando al mismo tiempo las puntas de mis dedos.

—¿Cuál es tu plan, Tore? —pregunto.

—¿Mi plan?

—No me acostaré contigo, así que puedes dejar de intentar seducirme. Jugando conmigo, caminando por ahí sin camisa. No funcionará.

—Esta es mi casa, puedo hacer lo que me plazca. —Se inclina hacia adelante y baja la cabeza—. Y, si no va a funcionar, ¿importa si ando sin camisa o no?

Sus ojos me recuerdan a los de un halcón, afilados y enfocados, con su presa en la mira y preparándose para matar. Lo hace a propósito.

—No. —Me encojo de hombros—. Me eres absolutamente indiferente.

Una comisura de su labio se curva un poco hacia arriba. Ni siquiera lo habría notado si no estuviera tan acostumbrada a verlo con una cara constantemente sombría.

—Me muero de ganas de tenerte en mi cama, Milene —gruñe, y un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Eso nunca ocurrirá. Ni siquiera me gustas. —Le doy la espalda, dejo el tazón de fresas sobre el mostrador y me meto una en la boca, fingiendo estar concentrada en el paisaje urbano que se ve a través de la ventana.

Su cuerpo se inclina sobre el mío y su mano se acerca a mi cintura. Unos labios duros se posan en un lado de mi cuello y luego sus dientes muerden suavemente la piel sensible.

—¿Estás segura de que te soy indiferente, *Cara*? —susurra y vuelve a mordirme el cuello.

Me agarro del borde del mostrador y cierro los ojos. Su boca está ahora en mi nuca, besándome y mordisqueándome. Maldita sea, tengo que apartarme de él, aunque no puedo hacerlo.

—Completamente. —Me atraganto, esforzándome por abrir los ojos.

—Pongamos a prueba tu convicción. ¿Te parece?

Baja la mano por mi vientre hasta el interior de mis *shorts*. Respiro profundamente y me concentro en el recorrido de su mano. La sensación es tan agradable que casi me desmorono.

Su mano baja hasta situarse entre mis piernas y presiona mi coño. Inhalo con fuerza y luego exhalo lentamente mientras sus dedos siguen

acariciándome por encima de la tela empapada de mis bragas. *Dios mío*. Vuelvo a cerrar los ojos, preguntándome a dónde se ha ido mi compostura.

—Mentirosa —me murmura al oído mientras captura suavemente el lóbulo de mi oreja entre sus dientes—. Buenas noches, Milene.

Retira suavemente la mano de mis *shorts* y, unos segundos después, lo escucho salir de la cocina. Cuando estoy segura de que se ha ido, abro los ojos y salgo disparada hacia mi habitación.

Capítulo 14

Salvatore

Apoyo mi hombro en la columna que delimita la zona de la cocina y cruzo los brazos sobre mi pecho, observando a Milene mientras revuelve lo que sea que esté cocinando en la estufa. ¿Por qué sigue intentándolo si quema todo o incendia algo cada vez que trata de cocinar?

—Si mal no recuerdo, tienes prohibido acercarte a la estufa —comento.

Me lanza una mirada irritada por encima del hombro y continúa revolviendo.

—Kurt tiene diarrea. El artículo que leí decía que le diera de comer pollo hervido.

—¿Por qué no le pediste a Ada que lo preparara?

—Soy capaz de cocer dos trozos de pollo yo misma.

—¿Hay algún problema médico que no tenga tu gato?

—Ha tenido una vida difícil, Tore. El estrés puede provocar muchos problemas de salud. Es obvio que fue maltratado.

—¿Maltratado?

—Por supuesto. ¿No viste su cola?

—Sí. —Y su ojo. Y la oreja. Y también le falta algo de pelo en el lomo. Ese gato parece haber sobrevivido a una catástrofe nuclear.

Milene toma un plato, saca dos trozos de carne de la olla, suficiente como para alimentar por lo menos a cinco gatos, y los corta en cubitos. Cuando termina, sopla sobre la carne durante casi un minuto y deja el plato en el suelo, en un rincón. Mientras tanto, la olla sigue sobre la estufa con el quemador encendido. Sacudiendo la cabeza, me acerco y lo apago.

—¿Por qué no estás en el trabajo? —indaga pausadamente mientras se lava las manos. Con demasiada tranquilidad. Parece que también vamos a ignorar lo que pasó anoche en la cocina. Me divierte su insistencia en que no hay ninguna atracción entre nosotros. Como si pensara que desaparecerá si fingimos que no existe.

—Necesitaba algo de aquí —digo.

No es mentira, porque sí necesito algo, mi dosis habitual de su presencia. No podía esperar dos horas más a que bajara a trabajar en mis correos electrónicos. Tenía que verla.

Ahora mismo.

—¿Y cómo va tu imperio negro estos días?

—Mejor que nunca —replico—. ¿Por qué?

Se encoge de hombros y salta para sentarse sobre el mostrador.

—Me estaba preguntando. ¿Por qué sigues traficando drogas? Tienes un enorme negocio inmobiliario. ¿Por qué correr el riesgo?

Tras echar un vistazo a la estufa para asegurarme de que Milene no ha dejado nada más sobre el quemador, atravieso la cocina a grandes pasos hasta colocarme justo frente a ella. Pongo las manos a ambos lados y la aprisiono contra el mostrador. Los rayos de sol que entran por la ventana le dan directamente en la cara, haciendo aún más visibles sus pecas.

—¿Estás preocupada por mí, Milene?

—Te disparan muy a menudo —contesta—. Tal vez sería prudente dedicarte a otras cosas. Minimizar el riesgo y todo eso.

Levanto una mano para colocarla bajo su barbilla y elevando un poco su cabeza.

—No has respondido a mi pregunta.

—No.

—¿No? —Me inclino hacia adelante hasta que nuestros rostros están apenas a unos centímetros de distancia.

Sus labios se agrandan en una sonrisa de satisfacción.

Oh, cómo le gusta provocarme. Deslizo la mano hacia abajo y rodeo su esbelto cuello con mis dedos; el color negro de mi guante de cuero contrasta con su piel blanca y su cabello rubio.

—Dime, Milene —le susurro al oído—. ¿No te preocupa que decida dejar esta... seducción, como tú la llamas, y tomar lo que quiero?

Su respiración se acelera. Ojalá no tuviera puesto el guante, para poder sentir su pulso bajo mi piel. ¿Sería ligeramente más rápido de lo normal? ¿O sería errático?

—No. Eso no me asusta —contesta, rozando con sus labios el lóbulo de mi oreja—. Como todo depredador que existe, te deleitas con la emoción de

la cacería. Sin embargo, debes saber una cosa, Salvatore. Esta presa no caerá en tus garras voluntariamente. *Jamás*.

Cierro los ojos e inhalo su aroma.

—No debiste decir eso, *Cara* —Inclino la cabeza hacia un lado y aprieto mis labios sobre la suave piel de su cuello—. Realmente... no debiste decirlo.

—¿Por qué? —Exhala.

—Porque esa declaración, Milene... es el sueño húmedo de cualquier depredador —gruño a su oído, luego le suelto el cuello y me doy la vuelta para marcharme—. Te espero en la oficina dentro de dos horas.

Capítulo 15

Salvatore

Atormentar a Milene ha sido tan satisfactorio como frustrante. Aunque disfruto jugando con ella preguntándome cuándo sucumbirá por fin, todo el asunto se ha vuelto contra mí porque no puedo sacármela de la cabeza. No dejo que nada se interponga en los negocios, pero últimamente pienso más en Milene que en las inversiones y los problemas que deberían preocuparme.

Hace una semana que le pedí que me acompañara a la oficina, y desde entonces viene todas las tardes. Ha insistido en sentarse en una de las sillas para responder los correos electrónicos. Dije que no. Intentó discutir, pero como no lo consiguió, cedió y ahora se sienta automáticamente en mi regazo en cuanto entra por la puerta. Como en este momento.

La observo mientras se acerca, con una expresión perfectamente neutra en el rostro. Baja su firme trasero sobre mi muslo y acerca la *laptop*.

—Otro contrato —informa—. ¿Algún comentario, o se lo reenvío a Greg?

—Solo reenvíalo.

Milene asiente con la cabeza, envía el correo y abre el siguiente.

—Una escuela local pide una donación. ¿Qué les digo?

—Ignóralo.

Gira la cabeza y me mira por encima del hombro.

—Tienes mucho dinero.

—¿Y?

—Y puedes permitirte una pequeña donación.

—Sí, puedo. Pero no veo por qué debería empezar a regalar dinero. —

Dejo que mi mirada descienda de sus ojos a su pecho. Viste una blusa de seda blanca. Los dos primeros botones están desabrochados y, por debajo se ve la silueta de un sostén rosa pálido que me está provocando.

—¿Porque quieres ser una mejor persona?

—No necesito ser una mejor persona, Milene. Estoy bastante satisfecho con lo que soy.

—¿Y qué eres?

Aparto mi mirada de su escote y me enfoco en su rostro. Hoy tiene el cabello suelto. Aparto los mechones rubios para revelar la delicada piel de su cuello.

—Pura maldad. —La agarro por la cintura y disfruto viendo cómo se pone tensa. Para inquietarla aún más, le planto un ligero beso en la nuca, rozando con mis labios su suave piel. Lo que dije aquel día en la cocina era en serio. Aún no lo sabe, pero pronto acabará en mi cama—. Diles que recibirán *laptops* para los estudiantes sobresalientes, aunque enviaré a alguien para que se asegure de que los equipos lleguen a las manos de esos estudiantes. Si descubro que un solo aparato se está utilizando en otro lugar, no volverán a ver un centavo mío nunca más.

Asiente con la cabeza y empieza a teclear, pero le tiemblan un poco los dedos. Vuelvo a besarle el cuello, esta vez un poco más arriba, debajo de la oreja, y disfruto cuando se estremece.

—Me estás distraendo, Salvatore.

—Tienes que mejorar tu concentración —indico y muevo mi mano derecha por su muslo hasta llegar al dobladillo de su falda—. Vamos a practicar.

Abre la boca para decir algo, no obstante, cuando mi mano se desliza entre sus piernas y aprieta su centro, jadea. Rozo con la punta de mis dedos el material de encaje y vuelvo a presionar ligeramente.

—¿Qué haces? —susurra.

—Te ayudo.

—¿Con qué?

—A mejorar tu concentración. —Aparto sus bragas, noto su humedad y froto suavemente su clítoris con movimientos circulares, aumentando la presión en los momentos adecuados.

Milene no se mueve durante un rato. Simplemente se queda completamente quieta sentada en mi regazo, respira profundamente y vuelve a poner las manos sobre el teclado. La observo respirar de nuevo, presiona la tecla *enter* y reanuda su tecleo silencioso.

Es bastante rápida. Mucho más rápida de lo que esperaba. Por primera vez desde que tengo uso de razón, estoy al día con mi correspondencia.

Puedo teclear, pero con una sola mano, es mero picoteo, y me lleva demasiado tiempo. Suelo concentrarme únicamente en los asuntos más urgentes y ocuparme del resto por teléfono. Una vez intenté teclear con ambas manos, la izquierda y la derecha, sin embargo, el resultado fue un desastre. Tardé más en corregir los errores que en teclear con una sola mano.

—¿Qué quieres que haga con los documentos que envió Greg? —El tono de Milene es ecuánime cuando pregunta, pero detecto un ligero temblor en su voz. Se está esforzando mucho por fingir indiferencia y pretender que mis dedos exploradores no la afectan en lo más mínimo.

Hundo mi nariz en su cabello e inhalo.

—Déjalos. Los revisaré mañana —digo pasándole el pulgar por el clítoris.

Un gemido sale de los labios de Milene.

—Para, por favor.

—¿Por qué? —Con la punta de mi dedo rozo los labios húmedos de su coño—. ¿No te gusta?

Se gira en mi regazo y se muerde el labio inferior.

—No me gusta.

—Está bien. —Empiezo a retirar la mano, pero sus piernas se cierran y me atrapan. La mezcla de rabia y confusión en su rostro no tiene precio. Me pregunto si es consciente de que su ira está mal dirigida. No está enfadada conmigo. Está furiosa consigo misma porque está disfrutando esto. Sus ojos bajan y se posan en mis labios.

En cuanto me suelta la mano, la deslizo dentro de sus bragas y vuelvo a acariciarla. Un grito ahogado sale de sus labios cuando deslizo un dedo en su interior. Abre las piernas y su respiración se acelera. Su cálido aliento me acaricia el rostro mientras meto y saco mi dedo. Un pequeño maullido sale de su boca y mi polla se hincha al escucharla.

—Estoy ansioso por follarte sin parar, *Cara* —gruño mirándola a los ojos.

—Sigue soñando. —Se atraganta, y gime cuando añado otro dedo.

—Ya lo hago. Me imagino penetrándote, destrozando tu dulce coño cada maldita noche. —Introduzco mis dedos hasta el fondo, disfrutando de sus jadeos erráticos—. Aunque solo consigo terminar frustrado porque eres muy testaruda.

—¡No me gustas! —revira entre dientes.

—¿No? Pues parece que a tu coño le gusta bastante mi mano. Pero quizás me equivoco. —Saco mis dedos y levanto mi mano de su sexo.

Milene me mira con los dientes apretados y los ojos muy abiertos. Parece que va a estallar.

Alguien toca la puerta. Milene voltea rápidamente la cabeza y vuelve a mirar la pantalla de la *laptop*.

—Entra —llamo y saco mi mano de debajo de su falda.

Nino entra, pero titubea al ver a Milene sentada en mi regazo. Le hago un gesto para que se acerque y toma una silla en el lado opuesto del escritorio.

—Tenemos novedades sobre el soplón —informa—. Filtrar la información funcionó.

—¿Sabes quién es?

—No. Pero estaba en el grupo de cinco hombres.

—¿Sus teléfonos están limpios? —pregunto.

—*Síp*. No hay manera de descubrir quién fue a menos que alguien confiese.

—Lleva a los cinco a la vieja casa de seguridad y enciérralos en una habitación bajo videovigilancia. A todos juntos. Sin guardias dentro. Sin comida ni agua. —Me reclino en mi silla, jalando a Milene conmigo—. Pero antes de hacerlo, llévate al que menos probabilidades tenga de ser el soplón y cuéntale lo que está pasando. Que sepa que si nadie confiesa por la mañana, los cinco estarán muertos en una zanja.

El cuerpo de Milene se tensa. Quizá no debería hablar de esas cosas delante de ella.

—Continuaremos mañana, Milene.

Mira a Nino y luego a mí antes de levantarse y salir de la oficina, y no puedo evitar fijarme en lo pálido que tiene el rostro. Cuando cierra la puerta, me dirijo a Nino.

—Al menos uno de ellos habrá visto a la rata usando el teléfono equivocado o actuando de forma extraña, pero necesitarán el incentivo para acordarse. Pon a dos de tus hombres a monitorear la transmisión. Veamos si empiezan a acusarse unos a otros. El culpable podría salir a la superficie.

—¿Y si no lo hace?

—Como dije, mata a los cinco. No habrá ratas en este barco.

—Considéralo hecho.

—Háblame de Fitzgerald. ¿Alguna novedad al respecto?

Nino me está informando sobre el paradero de Fitzgerald cuando el teléfono de mi escritorio suena ruidosamente. Miro el identificador de llamadas y veo que es el departamento de seguridad de abajo. Por un momento considero la posibilidad de ignorar la llamada, no obstante, decido contestar.

—Señor Ajello, quería informarle que su esposa acaba de salir del edificio.

—¿Qué? —Me levanto de la silla—. ¿Sola?

—Sí. Yo... ¿debí detenerla?

Aprieto el auricular en mi mano.

—¿Sigue abajo?

—No, tomó un taxi y se fue.

—Si sigues ahí para cuando baje —bramo entre dientes—. Te pegaré un puto tiro en la cabeza, Steven.

Tomo mi teléfono y las llaves del coche del escritorio y me dirijo a la puerta.

—¿Jefe? —llama Nino, corriendo detrás de mí—. ¿Qué pasó?

—Mi esposa, ¡eso pasó! —espeto, entro al ascensor con Nino pisándome los talones y llamo a Milene.

—¿Sí?

—¿A dónde carajo fuiste sin una escolta de seguridad?! —grito.

—Dijiste que tenías trabajo que hacer. Voy a casa de Pippa a tomar un café. Estaré de regreso en casa en dos horas.

—Dile al conductor que dé la vuelta y vuelve con tus guardaespaldas. ¡Ahora, Milene!

—No voy a llevar a cuatro guardaespaldas a la pequeña casa de mi amiga. El taxi me dejará frente al edificio de Pippa, y volveré directamente después.

Aprieto el botón del garaje.

—¡Dile al conductor que haga esa maldita vuelta en U!

—No me grites, Salvatore. No voy a ningún lugar peligroso, y volveré pronto. Si crees que la próxima vez tengo que llevar protección, podemos discutirlo más tarde y encontrar algún tipo de acuerdo.

Oh, le daré un acuerdo.

—¿La dirección?
—¿Por qué?
—Voy a recogerte. No salgas del taxi hasta que yo esté allí.
—Deja de exagerar. Hablaremos cuando vuelva. —Corta la llamada. Vuelvo a marcar su número, pero la llamada se va directamente a su buzón de voz.
Me colgó. Nadie me cuelga, mierda. Cierro los ojos, respiro profundamente y me dirijo al coche.
—¿Jefe? —Nino habla detrás de mí.
—¿Encuétrame la dirección de Pippa no sé qué! —Me subo al vehículo, dejando la puerta abierta mientras continúo mi conversación—. Trabaja en el hospital St. Mary como enfermera.
—La tendré en cinco minutos —afirma y se me queda mirando—. Jefe, ¿te encuentras bien?
Meto la llave en el arranque.
—¿Por qué no iba a estarlo?
—Estuviste gritando todo el camino hasta aquí. Tú *nunca* gritas. — Señala mis manos en el volante—. Y te tiemblan las manos.
Por supuesto que me tiemblan las manos, estoy tan lleno de rabia que parece que voy a explotar, y no tengo idea de cómo procesar esa mierda.
—Encuétrame esa dirección. ¡Ahora! —Cierro la puerta de golpe, arranco el coche y piso el acelerador con todo.
Ignoro el semáforo en rojo mientras salgo del garaje, pisando el acelerador a fondo. Mi forma de actuar es completamente irracional, mas me importa un carajo. No soporto la idea de no saber dónde está. Me corroe por dentro, como a una fiera enjaulada. Aprieto el volante con todas mis fuerzas y respiro profundamente, intentando calmarme. No lo consigo. ¡¿Dónde demonios está?!

Milene

—¿Qué diablos pasó? —Pippa se lanza a hacerme preguntas incluso antes de que esté dentro de su apartamento—. ¿Por qué renunciaste?

¿Dónde has estado las últimas semanas? Fui a tu casa dos veces. Pensé que te habían secuestrado.

—Lo siento, es que no quería hablar de esto por teléfono. Es una larga historia. —Me tumbo en el sofá y, apoyándome en los cojines suaves, cierro los ojos. Echo de menos esto. El mundo común y corriente. Una vida *normal*. Pasé quince minutos frente al edificio, respirando profundamente para poder calmarme lo suficiente como para subir.

Cuando salí de la oficina de Salvatore, me pareció que las paredes de repente se cerraban sobre mí, y no podía respirar. No fui capaz de subir al *penthouse*. Tenía que salir e ir a alguna parte, a cualquier lugar que no fuera allí, así que llamé a Pippa. Supongo que pasar cuatro años intentando evitar todo lo relacionado con la *Cosa Nostra* me ha ablandado. He olvidado cómo se manejan muchos problemas. Matar a cinco hombres, cuatro de ellos inocentes, es normal en nuestro mundo.

—¡Habla! —exige Pippa y se sienta en el sofá a mi lado.

—¿Recuerdas al tipo misterioso?

—Sí.

—Bueno, nos gustamos —narro, consciente de lo completamente estúpida que sonará el resto de la explicación—. Y decidí seguir tu consejo.

—¿Qué? ¿Te casaste con el tipo? —Me mira fijamente—. ¡Pero si apenas hace un mes que lo conoces!

—Nos gustamos *muchísimo*. —Me encojo de hombros.

—Vaya, Milene. Eso es... es una locura.

Sí. Ni se imagina el resto.

—Entonces, ¿has estado con él todo este tiempo? ¿Quién es él? ¿Por eso renunciaste? Yo... *wow*. Todavía no puedo creerlo. Nunca me pareciste una persona muy impulsiva.

—Me di cuenta de que mi vida se había vuelto demasiado aburrida, y que debería. . . ya sabes, añadirle un poco de sazón.

Pippa se ríe y sacude la cabeza.

—*Oh*, definitivamente le pusiste sazón, nena. ¿Al menos averiguaste su nombre antes de casarte con él?

—Sí. Se llama Salvatore.

—¿Italiano? Qué bien. No puedo esperar para contárselo a las chicas del trabajo.

Un fuerte golpe resuena en la puerta principal, que se abre de golpe y muestra a Salvatore de pie en el umbral. Sus labios están apretados en una delgada línea pálida, y la oscuridad de sus ojos muestra que está realmente furioso. Es como si de sus pupilas salieran pequeñas dagas dirigidas a mí. ¿Cómo demonios me encontró tan rápido?

—Milene —dice con una calma forzada.

Sin embargo, lo veo en su expresión. Está dispuesto a arrastrarme de vuelta, de los cabellos si es necesario. Suelto un suspiro. No debería haberme marchado sin seguridad, pero estaba histérica. Ahora estamos aquí, y él va a montar una escena.

—Tengo que irme, querida —le comento a Pippa y me levanto del sofá—. Solo quería pasar a saludar, pero te llamaré e iremos a tomar un café una tarde. ¿Trato hecho?

Mira a Salvatore, que proyecta una larga sombra en el suelo del apartamento de Pippa, y de nuevo a mí.

—¿Está todo bien? Puedes quedarte aquí si quieres.

—Todo está bien. —Me inclino para besarla en la mejilla—. Te llamaré la próxima semana.

Camino hacia la puerta y levanto la barbilla para ver a los ojos a mi esposo. Sigue esperando para abalanzarse como un león con su presa a la vista, pero yo no me acobardo.

—Más tarde —le digo en voz baja.

Mi marido no dice nada, se limita a tomar mi mano y llevarme hacia el ascensor.

Cuando subimos al coche, apoya sus antebrazos en el volante y se queda mirando a lo lejos. Con los dos observando al frente, guardamos un silencio inquietante durante al menos cinco minutos antes de que por fin él lo rompa.

—Nunca volverás a hacer eso —exige y golpea el volante con la palma de la mano—. ¡Nunca, Milene!

Me reclino en el asiento y cierro los ojos.

—Me asusté, Tore. Tenía que salir de ese edificio.

Unos dedos fuertes me rodean la nuca y abro los ojos para encontrarme con la cara de Salvatore a un par de centímetros de la mía.

—¿Por qué? —indaga entre dientes y me aprieta ligeramente el cuello.

—Escuchar a alguien afirmar que está dispuesto a ejecutar a cinco personas como si hablara de tirar fruta podrida, bueno, eso puede preocupar a una persona. Supongo que puedes entenderlo un poco.

—Sabes muy bien cómo funcionan las cosas en la Familia, Milene.

—Sí. Por eso me fui. O al menos lo intenté.

Maldice y luego presiona su boca contra la mía en un beso duro y furioso. Jadeo, sorprendida y a la vez confundida.

—Nunca. *Jamás* —gruñe contra mis labios y vuelve a apretarme la nuca —. ¿Entendido?

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza.

Me mira con los ojos entrecerrados y me pregunto si volverá a besarme. No obstante, simplemente asiente con la cabeza, y luego me suelta y arranca el motor.

Capítulo 16

Milene

—¡Milene!

Me levanto de golpe de la cama y parpadeo para deshacerme del sueño. Salvatore se encuentra en la puerta de mi habitación, con el cabello despeinado y la camisa desabrochada. Está completamente oscuro afuera.

—Vístete —dice, empezando a abrocharse la camisa—. Te necesitamos en el piso once.

—¿Qué hay ahí? —pregunto mientras me apresuro a encender una lámpara, luego me dirijo al armario para sacar un par de *leggings* y una camiseta y ponérmelos.

—La enfermería. Los irlandeses atacaron a mis hombres mientras cargaban la droga. Llegarán en diez minutos.

—¿Tienen una enfermería aquí? ¿Cuántos pisos son tuyos? —Voy corriendo al baño a lavarme los dientes.

—Soy el dueño del edificio —responde.

Cuando regreso, Salvatore sigue tratando de abrocharse los botones. En los cuatro minutos que llevo en el baño, apenas consiguió abrocharse los dos primeros. Veo cómo intenta abrocharse el tercero, pero se le resbala entre los dedos de la mano izquierda y maldice.

Me acerco y le quito las manos de en medio. Se queda quieto como una estatua mientras yo sigo avanzando por la hilera hasta terminar con todos los botones.

—Ya está. Todo listo —anuncio y levanto la vista.

Me mira fijamente durante varios segundos. Luego, espeta bruscamente:

—¡Vamos!

Cuando salimos del ascensor en el piso de abajo, sigo a Salvatore a través de la puerta y entro en una gran sala con azulejos blancos del suelo al techo. La vista me deja boquiabierta. A la izquierda hay tres camillas con equipos médicos de alta gama. Al fondo, el espacio está separado por una

pared de cristal en cuyo interior se ve una mesa de quirófano. La pared de la derecha está forrada de enormes estanterías blancas repletas de suministros médicos.

Esperaba una habitación pequeña con un carrito con vendas y otros artículos de primeros auxilios, quizás un soporte para sueros, no un hospital miniatura. Cuando volteo hacia Salvatore, sorprendida por todo lo que veo, se abren las puertas de un enorme elevador de servicio situado en el lado opuesto de la sala, distinto al que Salvatore y yo usamos, y sale un grupo de personas, más de la mitad de ellas cubiertas de sangre.

—¿Dónde *carajo* está Ilaria?! —brama Salvatore a Nino, que medio arrastra a Alessandro mientras sale del ascensor. El grandulón tiene una mano apretada contra su estómago ensangrentado. ¿Una herida de bala?

—Aquí estoy —pronuncia una voz femenina desde algún lugar. Me volteo y veo a una mujer alta y elegante de unos cincuenta años que sale del ascensor principal. Su cabello, perfectamente peinado, es de color rubio arenoso. Tiene puestos unos pantalones de vestir azul oscuro, una blusa de seda y un abrigo blanco de cachemira. Cuando llega hasta nosotros, me observa y suspira—. Supongo que esta es la esposa. Nos presentaremos más tarde —señala la mujer, quitándose el abrigo. Se dirige al lavabo para asearse las manos, saca una bata de doctor de plástico de uno de los cajones, se pone un par de guantes y se dirige rápidamente hacia el grupo de hombres heridos.

—¿Quién es? —Miro a Salvatore y me dirijo al lavabo para limpiarme las manos.

—Mi madre —responde.

Me quedo mirando fijamente su espalda, atónita por un momento, mientras se aleja para unirse al grupo amontonado alrededor de Alessandro. Lo único que puedo hacer es parpadear rápidamente mientras sacudo un poco la cabeza para recuperarme de esa pequeña bomba.

¿Su madre?

Termino de prepararme y corro hacia el caos al otro extremo de la sala, donde la madre de Salvatore ya está dándole instrucciones a Nino para que se lleve a Alessandro al pequeño quirófano.

Salvatore

—Sostén esto. —Milene me agarra la mano, jalando mi palma sobre la gasa doblada comprimida sobre la herida en el hombro de Carmelo—. Maldita sea, Tore. Tienes que presionar más fuerte.

Carmelo la mira a ella y luego a mí, con los ojos muy abiertos. Ignoro su mirada y observo cómo Milene se acerca a Filippo y le levanta la camisa para inspeccionar la laceración que tiene en un costado.

—Es superficial. ¿Quieres que yo te suture o que lo haga Ilaria? —pregunta.

Filippo me mira y yo niego con la cabeza. No permitiré que mi esposa toque a otro hombre a menos que sea absolutamente necesario.

—La doc puede hacerlo, señora Ajello. —Se apresura a decir Filippo.

—Bien, iré a ver si me necesitan en el quirófano.

Se detiene a revisar la intravenosa junto a la cama de Alessandro, va a cambiarse los guantes y la bata estéril, y luego se dirige a la pequeña habitación donde Ilaria está intentando sacar la bala del muslo de Pasquale. Siguen trabajando con su herida durante veinte minutos más. Milene le venda la pierna mientras Ilaria tira los guantes a la basura, se pone un par nuevo y abre la puerta corrediza.

—¡Siguiente! —grita Ilaria y luego mira a Carmelo—. Cuánto tiempo sin verte, Carmelo. ¿Qué tienes para mí hoy?

Ilaria y Milene tardan dos horas más en ocuparse de los heridos, y para cuando todos han sido atendidos, ya son las ocho de la mañana. Debido a su herida en el estómago, Alessandro tendrá que permanecer en la enfermería un par de días. Las heridas de Carmelo y Pasquale son menos graves, así que serán dados de alta mañana. Los otros cuatro hombres fueron enviados a casa en cuanto fueron atendidos. Siete heridos en total. Me muero de ganas de ponerle las manos encima a Fitzgerald.

Se abre el ascensor de servicio y sale Nino, seguido de dos de las enfermeras que tengo en la nómina solo para este tipo de situaciones. Cuidarán de Alessandro, Carmelo y Pasquale hasta mañana por la tarde, cuando otro par se hará cargo.

—Vamos arriba. Le pedí a Ada que nos preparara algo de comer. —Le paso su abrigo a Ilaria—. Puedes dormir en una de las habitaciones para huéspedes, o puedo hacer que alguien te lleve.

—No hace falta. Cosimo me recogerá a las nueve. Quiero revisar a Alessandro una vez más antes de irme.

—¿Necesita ser trasladado a un hospital? —inquiero.

—No. Tuvo suerte. La bala no dañó ningún órgano. Vendré a verlo dos veces al día hasta el lunes. Para entonces deberá estar bien para irse.

Asiento con la cabeza.

—Voy a buscar a Milene y subiremos.

Ilaria me mira como si quisiera decir algo, no obstante, se marcha sin pronunciar palabra. Me doy la vuelta en busca de mi esposa y la encuentro cambiando la intravenosa de Pasquale, charlando mientras él la mira como si fuera un ángel. Tardo cinco segundos en llegar hasta ella, cogerla en brazos y cargarla hacia el ascensor, haciéndole una señal a otra enfermera para que se haga cargo.

—¿Tore? ¿Qué haces?

—Te llevo a casa.

—Estaba en medio de una conversación.

—Me di cuenta —expreso y uso mi codo para presionar el botón del doceavo piso—. No hablarás con mis hombres a menos que sea necesario. De hecho, no hablarás con ningún hombre.

—¿Qué?

—Ya me escuchaste.

—No seas ridículo.

El ascensor suena al llegar al último piso y las puertas se abren. Bajo a Milene, pero en lugar de dejarla salir, presiono el botón para detener el elevador y doy un paso hacia ella, enjaulándola dentro de la cabina con las palmas de las manos contra las paredes a ambos lados de su cabeza.

—No hablarás con mis hombres, Milene.

—Jesucristo, ¿qué se te ha metido tan de repente? —Intenta escaparse, no obstante, la agarro por la cintura y atraigo su cuerpo hacia el mío.

—No. Me. Provoques —susurro, poniendo mi mano en su nuca y atrayendo su cara hacia la mía—. Porque si veo a alguien más mirándote como lo acaba de hacer Pasquale, lo mataré.

—Por el amor de Dios, Salvatore. Eso es absolutamente...

Presiono mi boca contra la suya, me trago sus palabras y deslizo mi mano izquierda bajo su camiseta. Milene jadea y se pone rígida por un segundo, pero entonces sus manos se mueven alrededor de mi cuello, atrayéndome.

Mis labios rozan los suyos antes de apartarme un poco para mirarla a los ojos.

—Lo mataré, Milene. Sea quien sea —advierdo y deslizo mis manos por los costados de su cuerpo hasta sus muslos. La agarro y la levanto, presionándola contra la pared del fondo—. ¿Entendido?

Milene asiente y me rodea la cintura con sus piernas, luego gime cuando mi polla dura presiona su sexo. No recuerdo haber deseado nunca a una mujer con tanta locura como para que ocupe todos mis pensamientos.

—¿Por qué hay un gato en tu sala afilándose las garras en la alfombra persa? —señala mi madre desde algún lugar detrás de mí.

—Estamos ocupados, Ilaria —replico y sigo atacando los labios de Milene.

—Ya veo.

Milene se retuerce en mis brazos, así que la suelto de mala gana y mis ojos la siguen mientras sale del ascensor y corre por el pasillo, pasa junto a Ilaria y entra al *penthouse*. Maldito gato.

—¿La dejaste traer un gato aquí? —pregunta Ilaria.

Paso a su lado y me dirijo a la sala.

—No es un gato. Es el *engendro* del diablo. Y, ¿no se suponía que Cosimo iba a venir a recogerte?

—Está en camino —responde.

Ada preparó la mesa del comedor para desayunar, así que elijo una silla que me permita ver la sala sin obstrucciones. Milene está de pie frente al librero con las manos en la cintura, tratando de convencer a Kurt de que se baje de encima del librero. Tiene algo que parece un pedazo de salchicha en la boca.

—¿Cuántos años tiene? —cuestiona Ilaria sentándose a mi lado.

—Veintidós.

—Es joven. Lo hizo bien ahí abajo. ¿Es estudiante de medicina?

El gato salta del librero y se escabulle bajo el sofá. Milene se agacha para mirar bajo el mueble.

—De enfermería. —Tomo mi café y le doy un sorbo.

—¿Por qué te casaste con ella, Salvatore? Cosimo dijo que fue por un acuerdo con la Familia de Chicago, pero ambos sabemos que nadie puede *obligarte* a hacer nada.

—No estoy muy seguro, Ilaria. —Inclino la cabeza, observando lascivamente el firme trasero de Milene mientras sigue mirando por debajo del sofá—. Me ha jodido completamente el cerebro. He empezado a actuar de manera irracional.

—¿Cómo es eso?

—Fue a ver a una amiga hace unos días. *Sola*. Enloquecí. Le grité a Nino todo el camino desde la oficina hasta el estacionamiento.

—Eso no suena como algo que tu harías.

—Lo sé.

Milene finalmente agarra al gato y lo lleva a la cocina.

—¡Tú comes ahí! —Señala al tazón de la esquina.

El gato la mira, salta al mostrador y luego encima del refrigerador, donde vuelve a masticar la salchicha. Milene lanza las manos al aire, deja al gato sentado sobre el refrigerador y viene a sentarse a mi lado.

—Así que, nunca me dijiste que tu mamá es cirujana. —Toma un pastelito de la bandeja que hay en el centro de la mesa—. Fue increíble ver eso, señora Ajello. ¿Usted es la que siempre está curando a los hombres de Tore?

Las cejas de mi madre se disparan al escuchar el apodo.

—Salvatore tiene un médico de cabecera para las cosas cotidianas. A mí solamente me llaman cuando hay heridas graves —dice y me lanza una mirada de reojo—. No me molesta, siempre y cuando las balas que esté sacando no sean del interior de mi hijo.

—Sí, he escuchado que eso pasa muy a menudo. —Milene se mete el resto del pastelito en la boca y se levanta de la mesa—. Me voy a dormir. ¿Me necesitas en la oficina esta tarde?

—No. Tengo una reunión con Arturo dentro de una hora que me llevará casi todo el día —contesto.

—¿Y qué hay de dormir? Llevamos despiertos desde las dos.

—¿Me estás invitando a dormir contigo, *Cara*?

Sus ojos se abren de par en par y frunce la nariz.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta. —Voltea hacia Ilaria—. Encantada de conocerla, señora Ajello. Espero que la próxima vez que nos

veamos sea en circunstancias menos dramáticas.

En cuanto Milene desaparece de su vista, mi madre se cruza de brazos y me clava la mirada.

—¿*Cara*?

—Sí. ¿Por qué?

—Nunca te he escuchado usar un apodo de cariño para nadie.

—Hay una primera vez para todo.

Los ojos de Ilaria se entrecierran.

—¿Y ustedes dos no se están *acostando* juntos?

—No veo por qué eso es de tu incumbencia.

—Entonces, *no* lo hacen.

—No. Todavía no.

—Tú no tienes relaciones, Salvatore. Dudo mucho que sepas cómo comportarte en una. Por lo que sé, solo usas a las mujeres para follar, así que ¿qué tiene de diferente esta chica? Ustedes dos ya están casados. ¿Por qué jugar a ser compañeros de habitación?

—Ya le quité todas sus decisiones en la vida —confieso—. Cuando, finalmente, nos acostemos, será porque ella ha decidido dar ese paso.

—Lo que vi que pasó en ese ascensor no es acción de primera base. —Ella sacude la cabeza—. El aire a su alrededor está prácticamente zumbando con energía sexual. Tengo ganas de encerrarlos en una habitación y marcharme.

—Todavía está enfadada conmigo.

—¿Por casarte con ella?

—No creo que el matrimonio en sí le moleste tanto. Es todo lo que conlleva. —Me sirvo otro café—. La hice renunciar al hospital donde trabajaba.

—¿No quería dejar de trabajar?

—No. Quizá si la situación fuera diferente, podríamos haber encontrado una solución, pero con los irlandeses en plena matanza, no puedo arriesgarme.

—Entonces, ¿la habrías dejado trabajar si los irlandeses estuvieran fuera de la ecuación?

—Tal vez. Si hubiera aceptado trasladarse a ginecología o pediatría. Algún lugar sin pacientes adultos masculinos.

—¿Me estás diciendo que estás celoso?

—No estoy celoso. —Tomo un sorbo de café—. Simplemente tengo unas ganas incontrolables de matar a cualquier hombre que siquiera voltee a ver a mi esposa.

Mi madre me observa durante unos segundos, luego apoya las manos en la mesa y se inclina hacia adelante.

—De verdad espero que esto sea un enamoramiento pasajero —comenta—. Que Dios la ayude, si realmente estás obsesionado.

—Eso suena siniestro.

—Porque lo es. Siempre has tenido problemas para relacionarte con la gente, desde que eras un niño. Ella es demasiado joven para lidiar con alguien como *tú*.

—Ilaria, por favor, haces que parezca que soy un psicópata.

Mi madre suspira y desvía la mirada hacia algo que hay detrás de mí. Sus ojos permanecen clavados en ese lugar durante un par de minutos y parece sumida en sus pensamientos.

—Eres mi hijo, Salvatore. Te quiero tal y como eres —explica, y luego me mira directamente a los ojos—. Sin embargo, ambos sabemos que no eres lo que la mayoría de la gente considera normal. Si tengo razón, y si sientes algo por esta chica, harás que su vida sea muy difícil. Sabes que te vuelves irracional cuando te obsesionas con algo. Tendrás que controlarte o explicarle ciertas cosas. De lo contrario, acabará huyendo.

—¿Qué es lo que piensas que haré?

Suena el teléfono en su abrigo.

—Ojalá lo supiera. Tu cerebro está programado de una forma distinta, hijo. Recuérdalo. —Saca el teléfono y mira la pantalla—. Cosimo está aquí. Iré a ver a Alessandro y luego me marcharé.

—Es interesante que asegures odiar a la *Cosa Nostra* y, sin embargo, tienes una relación con uno de mis capos.

—Por supuesto que la odio. Casi mueres por culpa de esta maldita Familia —sisea, su apariencia civilizada se desvanece un poco—. Todavía no sé cómo sobreviviste. No tienes la menor idea de lo que me causó la espera en el pasillo del hospital, rezando para que saliera el cirujano y me dijera que vivirías.

—Viví, Ilaria. Y eso fue hace siete años.

—Lo hiciste, a duras penas, y no sin consecuencias —suelta, observando mi pierna izquierda, aunque apartando rápidamente la mirada.

Perder parte de mi pierna afectó más a Ilaria que a mí. Aún no lo ha superado. Siempre me aseguro de tener la prótesis puesta cuando ella está presente, porque las últimas veces que me vio sin ella, se marchó con lágrimas en sus ojos. Se resistía a llorar, pero igual me di cuenta.

Ilaria toma su abrigo y me aprieta el hombro.

—Lámame si necesitas hablar. Vendré esta tarde para ver cómo sigue Alessandro.

Capítulo 17

Milene

Me despierto con una sensación de hormigueo en la base del cráneo, y al instante me doy cuenta de que alguien me observa. Ni siquiera necesito abrir los ojos para saber que es Salvatore.

—¿Qué hora es? —murmuro.

—Las tres de la tarde.

Dios mío, su voz tiene un impacto aún más devastador en mi cerebro medio dormido. Profunda y *sexy*, me dan ganas de enterrarme bajo la manta y simplemente absorber el sonido de su barítono. No las palabras, sino el timbre. Me pregunto si su tono baja aún más cuando está teniendo sexo. No, no voy a caer en esa trampa.

Parpadeo varias veces antes de abrir del todo los ojos y me encuentro a Salvatore apoyando su hombro en el marco de la puerta, con las mangas de su camisa negra dobladas hasta los codos y los dos botones de arriba desabrochados.

—¿Has visto cómo están los chicos?

—Sí. Están bien. —Mira a Kurt, que está acurrucado en la almohada sobre mi cabeza—. ¿Sabes que el gato duerme con su cola sobre tu cara?

—Lo ha hecho desde el principio. Intenté que durmiera al pie de la cama, pero no funcionó.

—Deberías volver a intentarlo.

—¿Por qué?

—Porque cuando te mudes a mi habitación, no quiero al gato en mi cama.

—No planeo mudarme a tu habitación.

—Pero yo sí, Milene.

Se marcha y aprieto fuertemente mis muslos, odiándome por querer pasar todas las noches en su cama.

Recuerdo el episodio del ascensor y lo bien que se sintió estar aplastada contra su cuerpo, con su miembro apretado contra mi sexo. Solamente pensar en el gemido que tuve que reprimir me excita. Hago todo lo posible por ignorar el impulso de correr tras él y lanzarme a sus brazos. En lugar de eso, me dirijo al baño para lavarme el cabello.

Levanto el mango de la ducha, lo bajo hasta que el chorro de agua me golpea el coño y deslizo un dedo de la mano que tengo libre dentro de mi núcleo sensible. Dejo que me invadan oleadas de placer, estremeciéndome por la excitación mientras imagino a Salvatore frente a mí, con su dedo dentro de mí en lugar del mío. Me corro gimiendo.

* * *

Mientras almuerzo tarde, le envío un mensaje a Bianca, preguntándole qué hay de nuevo con ella. También intento llamar a Andrea, pero no contesta. Salvatore no está por ninguna parte. Probablemente esté durmiendo o en su oficina, planeando vengarse de los irlandeses. Termino de comer y me dirijo a la enfermería para ver cómo están los heridos.

Saludo con la cabeza a la enfermera de guardia que organiza el botiquín y me acerco a Alessandro, que descansa en la cama, en la parte más alejada de la habitación. Está mirando su teléfono, pero cuando me acerco, baja el dispositivo.

La forma en que sus ojos se clavan en los míos es muy inquietante. Es como si estuviera analizando cada una de mis acciones y reacciones. Su mirada indica que está preparado para cualquier cosa y me he dado cuenta de que lo hace con todo el mundo. La forma en que observa a la gente con tanta intensidad es desconcertante.

Una vez conocí a otro hombre, un veterano de guerra que regresaba de su quinta misión en Afganistán, con casi la misma mirada. Actuaba como si siguiera en territorio enemigo, dispuesto a luchar contra los rebeldes que se escondían en cada esquina.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto, revisando su intravenosa. No responde, sino que se limita a mirar cómo cambio la bolsa del suero y escribo una nota en la historia clínica a los pies de la cama.

—Bien —dice por fin.

—Oh. —Frunzo el ceño de forma teatral—. Él habla.

Alessandro me regala otra de sus miradas sombrías, luego toma su teléfono y continúa navegando. Pongo los ojos en blanco y me dirijo a la cama de al lado.

Estoy a punto de cambiar el vendaje del muslo de Pasquale cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo trasero. Probablemente sea Andrea, así que dejo que suene y sigo vendando la herida. Tan pronto como deja de sonar, vuelve a sonar. Aseguro el vendaje y saco el teléfono. El nombre de Salvatore se ilumina en la pantalla.

—¿Dónde. Estás? —suelta en cuanto contesto la llamada, con la voz extremadamente baja.

—En el onceavo piso. ¿Por qué?

Cuelga. ¿Habrá pasado algo? Recojo los suministros médicos y los llevo al otro lado de la habitación. Mientras devuelvo las vendas sin usar al armario, la puerta a mi derecha se abre de golpe y Salvatore entra. Nunca lo he visto salir del *penthouse* con otra ropa que no sea un traje impecable o sin su prótesis, pero ahora solamente tiene puesto su pantalón deportivo y se apoya en sus muletas. A juzgar por la expresión de sorpresa de Pasquale, no se trata de algo normal. En cuanto Salvatore me ve, se dirige hacia mí. No se detiene, ni siquiera cuando está casi frente a mí, y me encuentro retrocediendo hasta chocar contra la pared.

—¿Salvatore? —Miro su rostro.

Sus ojos se entrecierran, su respiración se acelera y su nariz se ensancha.

—Te estaba buscando y no estabas —gruñe entre dientes—. No saldrás del *penthouse* sin avisarme antes.

—Pero estoy en el piso de abajo.

—Eso no importa.

—¿Soy una prisionera aquí?

—*Nop*. —En sus ojos hay un tipo de locura controlada—. Necesito saber dónde estás en todo momento.

Es una tontería. ¿Espera que le avise cada vez que quiera salir del apartamento? Por un momento, creo que me está tomando el pelo, pero

entonces veo su expresión. Lo dice completamente en serio.

—¿Por qué? —inquiero.

—Porque sí. ¿Ya terminaste aquí?

—También quiero ver cómo está Carmelo.

—Ilaria vendrá más tarde. Ella se asegurará de que está bien. Vámonos.

Sacudo la cabeza y lo sigo hasta el ascensor. Cuando llegamos al *penthouse*, no dice nada. No hay explicación para su extraño comportamiento. Camino detrás de él mientras se dirige a su habitación y me detengo en el umbral.

Salvatore se sienta en la cama y desata el nudo de la pierna izquierda de su pantalón deportivo. Sube la tela y agarra la prótesis que está apoyada contra la pared. Tarda mucho en ponérsela. Mucho más de lo que debería. Enrollar la manga del forro es toda una hazaña con una sola mano, porque la tela se le resbala de los dedos. Me preguntaba por qué no usaba la prótesis por la noche, después de ducharse. Probablemente sea demasiado complicado ponérsela dos veces al día.

—¿Pasa algo? —pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—Insistes en que te avise cada vez que salgo del *penthouse*. ¿Acaso piensas que los irlandeses pueden intentar entrar al edificio?

—Esto no tiene nada que ver con los irlandeses. —Maldice cuando el forro vuelve a resbalarse de sus dedos—. Y nadie puede entrar en este edificio.

—Entonces ¿por qué? ¿Crees que voy a huir o algo así?

No contesta, aunque sigue intentando colocarse la prótesis. Cuando se la pone, se levanta y se acerca a mí, poniéndome una mano en la nuca.

—Puedes intentar escapar —agrega y me levanta la cabeza—, pero siempre te atraparé, Milene.

Sigue sin camiseta y estar tan cerca de él trastorna mi ya de por sí desconcertada mente. El tipo tiene un maldito abdomen marcado. ¿Cómo puedo seguir fingiendo indiferencia cuando mis ojos quieren vagar hasta su estómago y volver a contar cada uno de sus abdominales para asegurarme de que son ocho? Pensé que esa mierda era un mito.

—¿Puedes ponerte una camiseta, por favor?

—No. —Da otro paso adelante, haciéndome retroceder. La mano que me sujeta la nuca se desliza hacia abajo hasta detenerse en la parte baja de mi

espalda. Se me eriza el vello de la piel mientras un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—¿Tore?

—¿Sí? —Otro paso, seguido de uno más, hasta que acabo con la espalda contra la pared del pasillo.

—¿Por qué siempre me acorralas? —indago, intentando distraerme de mis pensamientos de poner mis manos contra su pecho—. ¿Te excita o algo así?

—Puede ser. ¿Por qué no lo compruebas? —Toma mi mano y la presiona contra su entrepierna, y yo trago aire. Está duro como piedra.

—Déjate de intimidaciones sexuales, Salvatore. —Me ahogo.

—No veo que intentes escapar. —Agacha la cabeza, observándome, y luego me pasa el dedo por la mejilla—. O que sueltes mi polla. —Jadeo y retiro rápidamente la mano—. Dime, Milene, si te metiera la mano en las bragas ahora mismo. —Desliza su mano derecha por mi cadera hacia adelante, trazando con su dedo una línea desde mi ombligo hasta la cinturilla de mis *shorts*—. ¿Qué tan mojada te encontraría?

Debería decirle que estoy seca, o darme la vuelta e irme. O decirle que se detenga. En lugar de eso, me muerdo el labio inferior y le sostengo la mirada sin pestañear.

Desabrocho lentamente el primer botón de mis *shorts* de mezclilla. Salvatore inclina la cabeza y aprieta sus labios contra los míos, pero solo por un segundo.

—El siguiente, *Cara* —expresa contra mis labios, y me desabrocho otro botón. Esta vez, me coge el labio inferior entre sus dientes y lo chupa suavemente, volviéndome loca de deseo.

—El siguiente.

Me desabrocho los últimos dos botones y respiro profundamente, esperando a ver qué hará. Su dedo baja por debajo del borde superior de mi ropa interior y presiona contra la humedad.

—Estás empapada. Deberías haberme dicho que estaba así de mal, Milene. —Frota sus dedos rápidamente sobre mi clítoris, y mi respiración se acelera—. ¿Por qué eres tan testaruda?

—No soy testaruda —susurro—. Estoy enfadada contigo.

—Puedes seguir enfadada conmigo. No me importa. —Pone su mano izquierda junto a mi cabeza—. Date la vuelta y pon las palmas de tus manos

contra la pared.

«¡No! *Quita su mano y aléjate*», grita mi cerebro. Por desgracia, mi mente ha perdido el control sobre mi cuerpo, porque hago exactamente lo que me ordena. En cuanto me doy la vuelta, aprieta su cuerpo contra el mío, su mano vuelve a deslizarse dentro de mis bragas y apenas consigo evitar que se me escape un gemido. O tal vez no, ya que un pequeño quejido se escapa a través de mis labios apenas entreabiertos.

—Me gusta este jueguito que hemos estado jugando. —Su dedo empuja, presiona y hace círculos, haciendo que mi ya húmeda entrada se empape aún más.

Cuando ejerce un poco más de presión, aprieto los dientes y cedo, aunque intento aferrarme a lo que me queda de resistencia antes de que desaparezca. ¿Grité un poco? Tal vez, sin embargo, la experiencia extracorporal que estoy viviendo gracias a sus dedos hábiles me impide pensar. Esta vez me rodea lentamente el clítoris, ejerciendo presión en todos los puntos correctos. Soy como una marioneta manejada por él. Mi respiración se acelera y el corazón me late con fuerza.

—Pero como en todos estos juegos, al final solamente puede haber un ganador. —Me presiona el clítoris solo un poco más, sus movimientos son más rápidos y, bajo su caricia controlada y metódica, pierdo rápidamente lo que me quedaba de resistencia.

—¿Crees que ganarás? —Vuelvo a morderme el labio y apoyo la frente contra la pared. Más. Necesito más, pero prefiero morir antes que confesárselo. Un *demonio*. Sí, es un demonio enviado para atormentarme y tocarme como un instrumento con sus dedos infernales. Con cada presión de sus dedos, pierdo otra parte de mi mente.

—Bueno, esa es la cuestión, Milene —me susurra al oído y mueve lentamente su dedo hacia mi entrada—. Ya gané. Lo único que falta es que lo aceptes.

—No has ganado nada, Salvatore.

—¿Estás segura de eso, *Cara*? —curioseas y deslizas dos dedos dentro de mí.

Respiro y gimo mientras mis ojos ruedan detrás de mi cabeza. Me mete aún más los dedos y con la otra mano me frota el clítoris con rapidez. Sus dedos se enroscan para masajear mi pared interna, encontrando mi punto G.

Esta vez, un gemido muy fuerte llena el aire mientras el placer me invade por completo.

Cuando Salvatore me pellizca el clítoris un poco más fuerte y frota más deprisa con ambas manos, alcanzo un orgasmo como nunca antes había experimentado. Oleada tras oleada de espasmos sacuden mi cuerpo, ahogando todos mis pensamientos racionales. Siento como si mi mente se desintegrara por completo en ese momento.

Sus labios me rozan el cuello. Ligeros besos recorren la columna de mi garganta hasta el lóbulo de mi oreja. Me susurra suavemente:

—Eso fue con mis dedos, Milene. Esta noche, cuando intentes dormir, imagina cómo se sentiría tener mi polla dentro de ti.

Desliza los dedos suavemente, su mano desaparece y, entre jadeos, él también se va, dejándome sin aliento en medio del pasillo, con la frente y las manos apretadas contra la pared.

* * *

—Maldito sea —murmuro y tomo el teléfono de mi mesita de noche, mirando la hora. Cuatro de la madrugada. Gruño, vuelvo a dejar el teléfono en su sitio y entierro mi cara en la almohada, intentando sacarme de la cabeza el recuerdo de haber estado presionada contra la pared. Ninguna gimnasia mental tiene éxito.

Salgo de la cama y voy a la cocina. Quizá debería emborracharme hasta quedarme dormida en el sofá. No me costaría mucho, ya que no suelo beber. Tres copas de vino bastarían.

Saco una botella abierta de vino blanco de la nevera y me dirijo a la encimera que hay junto al fregadero para buscar una copa. Mientras la busco, escucho a Salvatore entrar a la cocina y mi mano se detiene en su viaje hacia mi santo grial. Unos instantes después, siento un ligero roce en mi espalda.

—¿No puedes dormir? —susurra detrás de mi oreja, seguido de un ligero beso que hace que los vellos de mi nuca se ericen en un instante.

—No.

—Yo tampoco. —Me da otro ligero beso en el cuello—. Agarra dos copas. Y trae el vino.

—¿Traerlo a dónde? —pronuncio.

—A mi habitación —sugiere y acerca sus labios a mi hombro, mordiéndolo ligeramente—. Me comportaré.

—¿Oh? ¿Como te estás comportando ahora?

—Eres tan testaruda. —Me besa la piel de un lado del cuello—. Podemos hablar. Si eso es lo que quieres.

—Sí. —Agarro el tallo de dos copas entre mis dedos y levanto la botella fría del lugar donde está. Cuando me volteo, lo encuentro mirándome, con un brillo curioso en sus ojos—. *Solo* hablaremos, Tore.

—Solo hablaremos, Milene.

Asiento con la cabeza y avanzo junto a él hacia el pasillo, que ha adquirido un nuevo aspecto desde los acontecimientos anteriores. Soy consciente de su mirada mientras me sigue unos pasos por detrás. La puerta de su habitación está cerrada, así que me inclino para presionar la manija con el codo y siento que se me levanta la camiseta. Me doy la vuelta y veo a Salvatore justo detrás de mí, con un dedo bajo el dobladillo de la misma, mirándome el trasero.

—¡Tore! Teníamos un trato.

—Pero si no te he puesto un dedo encima, Milene —indica sin apartar los ojos de mi trasero—. El rojo te queda bien, *Cara*. En especial me gustan los flecos.

—Me alegro de que apruebes mi elección de ropa interior. Ahora, para.

Abro la puerta y entro a su habitación, sabiendo muy bien que no he venido aquí a hablar. En algún momento de la noche, entre vueltas y vueltas mientras intentaba dormir, por fin admití que ya no puedo resistir más. Al diablo mi integridad. No puedo seguir así porque, si lo hago, voy a volverme completamente loca.

Salvatore

Paso junto a Milene, que deja las copas en la cómoda junto a la puerta, me siento en el borde de la cama y apoyo las muletas en la pared antes de tumbarme sobre las sábanas de seda. Milene sirve el vino y, contoneando

sus caderas, se acerca a la mesa de noche que está a mi lado y deja mi copa. Camina por la habitación, sorbe el *sauvignon blanc* mientras observa el espacio. Espero que le guste, porque a partir de ahora pasará todas las noches aquí conmigo.

—Te gusta mucho el arte —comenta frente a una gran pintura de un paisaje en la pared frente a la cama.

—Sí.

—Es un pasatiempo costoso. —Da un sorbo a su vino y sigue contemplando el resto de los cuadros.

Me pregunto cuánto tiempo seguirá fingiendo que solo vamos a charlar. Ambos sabemos cómo acabará esto. Me he dado cuenta de que mi esposa tiene una necesidad casi patológica de cumplir sus decisiones, incluso cuando sabe que están equivocadas. Por la información que Nino descubrió, el padre de Milene era un tirano que hizo todo lo posible por imponer su voluntad a sus hijos. Probablemente se siente obligada a hacer cualquier cosa, incluso luchar contra sí misma, para mantener una sensación de control sobre su vida. Me desea, pero teme que eso signifique que ha fracasado. He sido paciente con ella, dejándola eludir esta situación durante mucho tiempo, pero eso se acaba esta noche.

—Ven aquí, Milene.

Se da la vuelta, bebe otro sorbo y levanta una ceja.

—¿A tu cama?

—Sí. Ven aquí o te perseguiré por todo el *penthouse* hasta que lo hagas.

—Estoy segura de que puedo correr más que tú. —Sonríe.

—¿Te burlas de una discapacidad, *Cara*? Eso no es propio de una enfermera. —Cruzo los brazos detrás de mi cabeza, notando cómo sus ojos se clavan en mis bíceps.

—En lo único que eres discapacitado es en que no puedes entender el significado de la palabra *no*, Salvatore.

Me fijo en la curva de sus labios unos instantes y pregunto:

—¿Qué tal si jugamos un pequeño juego?

—No me interesan tus juegos.

—¿Tienes miedo de perder, *Cara*?

Sus ojos se clavan en los míos mientras cubre su boca con la copa.

—No te tengo miedo ni a ti ni a tus juegos —replica—. ¿Qué tienes en mente?

No, no parece tenerme miedo.

—Te diré algo sobre ti. Si acierto, te quitas una prenda.

Milene se ríe y una sensación de calidez se extiende por mi pecho al escucharla.

—¿Y si te equivocas? —pregunta.

—Me quito una de las mías.

—No me conoces. Acabarás desnudo en menos de cinco minutos.

—Entonces no tienes de qué preocuparte.

Apoya la espalda contra la pared y bebe otro sorbo de vino, sonriendo.

—De acuerdo.

La camisa gris que tiene puesta es una de las mías. Me preguntaba si se pondría mis camisetas después de que tiré la mierda que pertenecía a su ex. Apenas me contuve para no quemar todo el armario aquel día. La pura idea de que Milene se pusiera algo que perteneció a otro hombre casi me lanza a un frenesí homicida. Sin embargo, verla con mi ropa me complace enormemente.

Recorro su cuerpo con la mirada hasta llegar a su boca. Sigue sonriendo.

—Mentiste cuando me dijiste que no sabías por qué querías ser enfermera —comento y espero su reacción.

El cuerpo de Milene se pone rígido, su mano sosteniendo la copa se detiene a medio camino de su boca.

—Te equivocas.

—Ah, ¿sí? —Ladeo la cabeza—. ¿Por qué no una doctora? ¿Una neurocirujana? ¿Una cardióloga?

—No lo sé. —Se encoge de hombros y mira su copa.

—Si mientes quedarás descalificada del juego, *Cara* —adviento—. ¿Qué viste que te hizo querer ser enfermera?

Milene cierra los ojos y apoya la cabeza contra la pared.

—Bianca, mi hermana, tuvo un accidente de auto cuando tenía once años. Casi muere porque el paramédico que llegó a ayudarla no tenía idea de lo que estaba haciendo. —Sacude la cabeza—. Un idiota lo grabó todo con un teléfono y lo posteó en Internet. Yo estaba en casa de una amiga cuando ocurrió. Su hermano me enseñó el vídeo. Vi cómo el tipo intentó intubar a mi hermana sin éxito mientras yacía en medio de la acera. Hasta que llegaron los demás paramédicos lograron reanimarla. —Respira

profundamente y abre los ojos, pero sigue mirando al techo—. Mi padre conducía el vehículo cuando chocaron. Estaba ebrio.

Sí, Bruno Scardoni fue un grandísimo hijo de puta.

—Entonces, ¿qué quieres que me quite? —pregunta Milene y baja la mirada para encontrarse con la mía.

—Tú eliges. —Se agacha, mete una mano bajo la camiseta y se quita lentamente las bragas. Cuando se endereza, señalo con la cabeza la pieza de encaje rojo que sostiene y extendiendo la mano—. Ahora son mías.

Milene arquea una ceja mientras me lanza las bragas a la cara.

—Tuviste suerte con esa. La que sigue.

El encaje rojo cae sobre mi pecho, así que lo levanto deliberadamente hasta mi nariz e inhalo, disfrutando de la expresión de sorpresa en la cara de Milene.

—Eres alérgica al pescado —digo y luego añado—: Y al maní.

Sus labios se agrandan en una sonrisa arrogante.

—Fallaste dos veces, Tore. Me como medio bote de mantequilla de maní a la semana, y comimos pescado en aquel restaurante donde hiciste que se marcharan todos los demás comensales. Esperaba que fueras más atento para alguien que... —Se detiene a mitad de la frase y un destello de sorpresa aparece en sus ojos al darse cuenta.

—Sí, supongo que debería ser más atento —afirmo y me quito mi pantalón deportivo por el pescado. Por la mantequilla de maní, me quito la camiseta. A ella solo le queda la camiseta, y yo estoy en bóxer—. Parece que estamos empatados por el momento.

Los ojos de Milene recorren mi pecho y mi estómago y se detienen en mi entrepierna, o más específicamente, en el bulto que hay allí.

—¿Te excita jugar a esto conmigo?

—No son los juegos, Milene —confieso—. Solo tú. —Su mirada se posa inmediatamente en mi rostro, con esos ojos verdes clavados en los míos y los labios fuertemente apretados—. Dime, Milene, ¿por qué tenías tanto miedo de tener una relación con alguien de la *Cosa Nostra*?

Parpadea y rápidamente desvía la mirada hacia la pintura que hay sobre la cama.

—No sé a qué te refieres.

—No sabes mentir, *Cara*. Miente otra vez y te quitarás la camiseta como castigo. —Tomo el vino de la mesa de noche—. Me di cuenta de algo muy

interesante cuando revisé la información que Nino recopiló para mí. El último chico con el que estuviste, David, era instructor de yoga.

—¿Y?

—Antes de él, fue un repostero. Antes de ese, un florista. Incluso cuando estabas en la escuela siempre elegías a los chicos más... dóciles. Nunca tuviste ni siquiera una cita con alguien de nuestro círculo.

—¿Hiciste que tu jefe de seguridad investigara a mis novios de la escuela? —Me mira boquiabierta.

—Sí.

Milene deja su copa vacía en la cómoda detrás de ella y agarra la madera que hay a los pies de la cama.

—¿No tenías derecho! —revira.

—¿Tenías miedo de que todos en la *Cosa Nostra* fueran como tu padre? ¿Aterrorizando a la gente por culpa de su propio complejo de inferioridad? —continúo—. ¿O era porque no te sentías a salvo?

—¿Y estoy a salvo contigo? —Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba. Es preocupante lo mucho que me excita esa sonrisita. La miro mientras se sube a la cama y luego se arrastra sobre mi cuerpo para sentarse a horcajadas sobre mi cintura hasta que su cara queda a escasos centímetros de la mía—. ¿Crees que eres mejor que los demás hombres de la *Cosa Nostra*?, ¿así que no tengo nada que temer? ¿Es eso?

—*Estás* a salvo conmigo, Milene. —Doy un sorbo a mi vino y dejo la copa en la mesa de noche—. Pero no porque yo sea mejor que los demás. Sino todo lo contrario.

—¿Oh?

Le agarro la barbilla y la miro fijamente.

—Estás a salvo conmigo porque soy lo peor que existe, *Cara*. Y nadie se atreverá a tocar lo que es mío.

—Fallaste de nuevo. —Engancha sus dedos en el dobladillo de mis bóxers—. Nunca tuve miedo de que me lastimaran si terminaba con alguien de la Familia.

—Entonces ¿por qué? —inquiero y la miro mientras desciende por mi cuerpo, bajándose el bóxer por las piernas. No se inmuta cuando llega al muñón a mitad de mi pantorrilla, solo sigue deslizándolos por mi pierna derecha y luego arroja la ropa interior por encima de su hombro.

—Me aterrorizaba la posibilidad de enamorarme de alguien de la *Cosa Nostra* —agrega y sube por mi cuerpo, evitando mi polla, ahora completamente erecta, hasta sentarse sobre mi estómago con su coño desnudo y completamente empapado presionando mi piel.

Estoy tan excitado que parece que me va a estallar la verga.

—¿Y por qué sería eso un problema? —cuestiono y levanto mi mano para trazar la línea de sus labios con el dedo.

—Porque no creo poder sobrevivir si veo morir a un hombre al que amo, Tore —susurra, mirándome a los ojos.

—Bueno, menos mal que me odias, *Cara*. Así que supongo que estás a salvo de sufrir ese dolor.

—Claro que te odio —gruñe Milene entre dientes.

La contemplo sentada sobre mí, con su cabello rubio cayendo por su cara y sobre sus pechos. Mi hermosa y obstinada mentirosa. Respira profundamente y cierra los ojos, y cuando exhala, suena como un suspiro de derrota. Un segundo después, esos traviesos ojos verdes se abren. Sin dejar de mirarme, agarra el dobladillo de su camiseta y se la quita.

—Parece que se acabó el juego para ambos, *Cara* —indico y muevo mi mano hasta su nuca, jalándola hacia abajo.

—Jódete, Salvatore —susurra y choca su boca contra la mía.

La tumbo boca arriba, mi cuerpo se cierne sobre el suyo, y me deleito contemplándola. Por fin, mi fierecilla se ha rendido. Rara vez siento satisfacción o algún tipo de entusiasmo, pero esto, tener a mi mujer debajo de mí, no se puede comparar con ninguna otra sensación que haya experimentado. Milene rodea mi torso con sus piernas, presionando su cálido y ansioso sexo contra mi polla. Pensé que podría hacer esto lentamente, saborear el momento y atormentarla un poco haciéndola esperar. Mi intención era alargarlo durante una hora o más antes de deslizar a propósito mi miembro en su calor hasta llenarla por completo. Un plan bastante extraño, porque nunca antes había querido tomarme mi tiempo con una mujer.

Para mí, el sexo siempre ha sido una válvula de escape. Sin embargo, no con ella. Todo es diferente con mi Milene.

Comienzo deslizando mi mano por su frente hasta presionar los dedos sobre su coño. Está tan mojada, suplicándome en silencio que la folle hasta llevarla a la estratósfera.

Mi pene ya está a punto de estallar, con sus venas palpitantes. Cuando Milene me clava las uñas en la espalda, pierdo totalmente la compostura. Quiero que gima, que grite, que jadee. Quiero escucharla exclamar mi nombre... Lo quiero todo, ¡y lo quiero ahora! Retiro mi mano y le meto la polla de una sola embestida. Perfecto. Milene jadea y aprieta sus piernas a mi alrededor. Me deslizo hasta el fondo, maravillado por la sensación de mi longitud llenándola.

Inclino la cabeza y le agarro la nuca con la mano.

—Mírame.

Milene abre los ojos y me observa fijamente, su respiración profunda y pesada me abanica la cara.

—¿A quién le perteneces, Milene? —Aprieta los labios y entrecierra un poco los ojos. Retiro mi polla hasta sacarla casi por completo de su coño tembloroso. Las piernas de Milene se aprietan a mi alrededor, intentando mantenerme dentro, aunque sin conseguirlo—. Te pregunté... —Enredo mis manos en el cabello de su nuca—. ¿A quién le perteneces?

Jadea, rodea mi cuello con sus manos y me atrae hacia ella, pero no dice nada. La necesidad de volver a meterme hasta el fondo me enfurece, mas no me muevo ni un milímetro, disfrutando de cómo me suplica con los ojos y su cuerpo.

Aprieto un poco más sus mechones rubios.

—¿A quién, Milene?

—¡A ti! —grita.

—A mí. —La penetro de golpe—. Jamás lo olvides.

Sus manos suben por mi cuello, me jalan por la nuca e inclina su barbilla para mirarme a los ojos.

—Sigo enfadada contigo, Salvatore.

Salgo y vuelvo a penetrarla, luego me inclino para susurrarle al oído:

—No te creo.

Me agarra con más fuerza. Muevo mi mano entre nuestros cuerpos, encuentro su clítoris y lo acaricio. La respiración de Milene se acelera. Saco un poco mi miembro y después la embisto hasta el fondo, masajeándola por dentro y por fuera.

—Más rápido. —Jadea.

Coloco mis labios en la curva de su hombro, besando su piel suave.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—¡Sí!

Saco mi verga por completo y la sustituyo por un solo dedo. Me rodea los brazos con las manos y me entierra las uñas en la piel.

—¿Qué pasa, *Cara*? —pregunto y añado otro dedo—. ¿Hay algo que te moleste?

Oh, la mirada que me lanza. Frustración en estado puro. Sin embargo, no me responde. *Testaruda*. Tan jodidamente testaruda. Enrosco el dedo dentro de ella y presiono su clítoris con mi pulgar.

Milene gime y me aprieta el brazo.

—Quiero tu polla —dice por fin.

Retiro mis dedos del interior de su coño y me inclino para morder suavemente ese labio inferior que tanto le gusta mordisquear.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—No, ¡maldito seas! —exclama, y vuelvo a penetrarla hasta los huevos.

Empujo dentro de ella, despacio al principio, con la mirada clavada en su rostro. Luego más deprisa, hasta que la cama cruje debajo de nosotros y la cabecera choca contra la pared mientras nuestros cuerpos se mueven.

Milene grita y presiona con las palmas de las manos la tabla sobre su cabeza mientras abre las piernas, jadeando. Mi mano sube por su cuerpo hasta rodear su garganta, y la penetro con más fuerza y profundidad que antes. Es mía. Salgo y vuelvo a penetrarla. Solo mía. La miro fijamente, a sus ojos entrecerrados, a su boca que está roja de tanto mordérsela. Esa boca que tanto me fascina.

—Sonríeme —gruño mientras me balanceo contra ella. Sus ojos se clavan en los míos, pero sus labios permanecen fruncidos. Aprieto ligeramente los dedos alrededor de su cuello e inclino la cabeza hasta que estamos cara a cara—. —Son-rí-eme. —La embisto una, dos, tres veces. Su sonrisa es como el aire para mí. Necesito verla. Si no lo hago, voy a volverme loco—. Sonríe, mujer testaruda.

Milene entrecierra los ojos y entonces sonrío. Es como el primer rayo de luz después de mil horas de una larga noche, que atraviesa la oscuridad dentro de mi pecho y me llena de calidez. Beso esa boca obstinada y disfruto de la sensación de mi polla mientras estira sus paredes internas hasta que su coño se estremece alrededor de mi longitud.

Grita cuando le meto la polla aún más profundo, y eso me vuelve aún más loco. Salgo y vuelvo a penetrarla, sintiendo cómo su cuerpo se

estremece. Le muerdo la barbilla y le rozo el cuello con los dientes.

—Quiero que me sonrías todos los días —expreso junto a su oído y vuelvo a penetrarla de golpe—. Todos. —Embestida—. Los. —Embestida—. Días. —Embestida—. Maldición.

—¿Por qué? —Exhala, luego gime mientras se corre.

Porque lo necesito. Porque cada vez que lo hace, algo pasa dentro de mi pecho. Porque me llena de aire los pulmones y me acelera el corazón.

—Porque te lo ordeno —reviro, mirándola fijamente.

Me observa durante unos segundos, luego aprieta las piernas a mi alrededor y comienza a reírse.

Respiro profundamente y la penetro por última vez, incapaz de contener mi orgasmo mientras bombeo semanas de frustración dentro de ella. No aparto la mirada de su sonrisa ni un segundo.

Milene

—¿Estás bien, *Cara*? —Salvatore estira la mano y recorre con el dorso la línea de mi mandíbula.

Nop, no estoy bien. Aún me tiemblan ligeramente las piernas, mi coño está sensible y me duele todo el cuerpo. Es la mejor sensación del mundo.

—Espero poder caminar mañana —confieso y levanto la cabeza del pecho de Salvatore para encontrarlo observándome.

Coloco la punta de mi dedo en la comisura de sus labios y empujo ligeramente hacia arriba. Creo que nunca he visto sonreír a Salvatore, así que no entiendo por qué parece estar obsesionado con que yo lo haga. Hace un rato casi me “sextruye” por ello.

Salvatore me muerde la punta del dedo y luego lo besa.

—Te cargaré si es necesario.

—¿De caballito?

—Si insistes.

Imagino cómo reaccionarán sus hombres y me río.

—Eres toda una contradicción, Tore.

—¿Es eso un problema?

—No. Me gusta tu extraña forma de ser. —Muevo la mano hacia arriba y le acaricio el cabello—. ¿Cuándo te empezaron a salir canas?

—Hace unos años. Es herencia de familia.

—¿Por el lado de tu padre?

—No. Lo heredé de Ilaria. —Inclina la cabeza hacia un lado, dándome más acceso a su cuello—. Aún recuerdo el día en que descubrió su primera cana. La encontré llorando en el baño. Estaba seguro de que alguien había muerto. Ella tenía veintinueve años, creo.

Levanto las cejas.

—Por lo que he visto, parece una persona muy serena.

—Es una fachada —agrega—. Sabe fingir muy bien, ya que lleva años haciéndolo. Mi padre y ella hacían una mala pareja. Me alegro de que ahora tenga a Cosimo. La hace feliz, lo que significa que no puedo matarlo si mete la pata.

Lo dice como si estuviera leyendo el informe del clima en voz alta. Hechos. Conclusiones. Cero emociones. Por un segundo, creo que está bromeando, sin embargo, me mira y veo en sus ojos que habla muy en serio.

—¿Qué le pasó a tu padre? —inquiero.

—Lo mataron durante una disputa de la Familia.

Suspiro y vuelvo a apoyar mi cabeza sobre su pecho.

—A mi padre también lo mataron. Hace cuatro años.

—Lo sé. Fue por el lío con la *Bratva*.

—Sí. Casi mata al esposo de Bianca. —Me estremezco—. Odio a la *Cosa Nostra*.

—Ilaria y tú pueden formar un club. —Su mano se posa en mi brazo y traza patrones aleatorios en mi piel—. Pero si a alguien le ha jodido la vida la *Cosa Nostra*, es a Arturo.

—¿El jefe?

—Sí. Sus padres, junto con otras cuatro personas, murieron en una redada de la policía en uno de los casinos. El antiguo Don estaba muy metido en el negocio de las apuestas ilegales. —Su mano baja hasta mi trasero y luego vuelve a subir—. Arturo terminó criando a sus hermanas. Tenía veinte años.

—Jesucristo. ¿Qué edad tenían?

—Cinco años, gemelas.

—Vaya. —Parpadeo—. ¿Tuvo ayuda con eso, o . . . algo?

—Una tía que venía de vez en cuando, pero nada más.

Permanecemos en silencio durante un largo rato, yo mirando fijamente hacia la pared, y Salvatore todavía trazando líneas en mi espalda.

—Ojalá hubiera nacido en otra familia —susurro—. Una normal.

—Me alegro de que no fuera así. —Me aprieta el trasero y me mira con sus ojos calculadores—. Porque nuestros caminos nunca se habrían cruzado.

Pongo la palma de mi mano sobre su pecho y la deslizo hacia arriba para rodear su cuello.

—Eso es extremadamente egoísta.

—Lo sé. Aunque es la verdad. —Su otra mano toma mi barbilla y me inclina la cabeza—. ¿Preferirías que te mintiera?

—No, claro que no. —Paso mi pierna por encima de su cintura y subo hasta tumbarme encima de él, sintiendo cómo su miembro se hincha rápidamente contra mi estómago—. ¿Es en serio?

—Me lo negaste durante semanas. —Su mano se posa en mi cabello—. Pienso cobrar todo lo que me debes, Milene.

—¿Y crees que te las arreglarás para conseguirlo todo esta noche? —Me enderezo, a horcajadas sobre su cintura.

—En este momento estás pagando con intereses, *Cara*.

—¿Oh? ¿Y cuánto te debo en total? —Levanto una ceja y me deslizo por su cuerpo. Mi sexo está sensible, pero en realidad no me importa porque tener su longitud dura llenándome, forzando las partes de mi cuerpo que ya están sensibles, vale la pena. Está a un paso de ser doloroso, lo que lo hace aún mejor.

—Pude haberte matado cuando te encontré en mi ciudad. —Su mano izquierda se acerca a mi cintura y la desliza por mi vientre y mis pechos hasta rodear de nuevo mi garganta—. No lo hice, así que diría que me lo debes todo.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar sus palabras, y me inclino ligeramente hacia adelante, con mi garganta presionando su mano. Hay algo inquietantemente sensual en tener su mano alrededor de mi cuello, sabiendo que puede sentir cada respiración y, si quisiera, podría cortarme el suministro de aire por completo.

Debería asustarme. No me gusta darle a un hombre, a ningún hombre, la impresión de tener el control sobre mí, nunca. Sin embargo, por alguna razón, esto no me molesta. Tal vez sea porque su toque es suave como una pluma, sus dedos apenas presionan mi piel, como si realmente no quisiera asustarme y como si esto fuera un juego. Sí, mi esposo es una gran contradicción. Ordenar la ejecución de cuatro hombres inocentes y luego ofrecerse a cargarme por el apartamento porque estoy adolorida.

Apoyo mis manos en el pecho de Salvatore y giro lentamente las caderas. Es mi turno de provocarlo, así que me elevo ligeramente y vuelvo a deslizarme hacia abajo, con fuerza, observándolo con el mismo interés que él a mí. Cambio de ritmo y me muevo hacia adelante para poder meterlo aún más, y él arquea las caderas para penetrarme desde abajo. Gimo, mientras clavo mis uñas en su pecho y lo cabalgo más deprisa, invadida por una mezcla de satisfacción y excitación. Salvatore Ajello, el hombre más temido de toda la *Cosa Nostra*, se está derrumbando debajo de mí.

Me rodea la espalda con los brazos y me atrae hacia él. Nos hace rodar hasta que vuelve a estar encima, embistiéndome, con los músculos de su cuello tensos por el esfuerzo. Es tan hermoso, como lo son los animales exóticos y peligrosos. Cuanto más me acerque, más probable es que me coma viva.

La mano de Salvatore se desliza entre nuestros cuerpos y encuentra mi coño tembloroso. Ya estoy cerca, así que cuando me pellizca el clítoris y me penetra con fuerza, grito mientras temblores sacuden mi cuerpo.

—Me encanta cuando gritas, *Cara* —alardea, y de repente lo saca.

Lo miro fijamente. ¡No acaba de hacer eso!

—No tienes que preocuparte por los asesinos a sueldo, Salvatore —siseo, rodeándole la cintura con las piernas y agarrándole la garganta con la mano—. Porque voy a ser *yo* quien te mate si no vuelves a meterme la polla.

Salvatore inclina la cabeza hasta que nuestras narices se tocan.

—Tu lado siniestro es jodidamente *sexy* —señala y vuelve a penetrarme con tanta fuerza que, sin querer, le aprieto el cuello. Sus ojos se encienden y un gruñido sale de sus labios. Lo aprieto un poco más y sonrío. Sus ojos de halcón me observan desde arriba mientras se retira, para volver a embestirme con más fuerza, haciéndome gemir.

Le suelto el cuello y dejo que mis manos recorran sus hombros, rodeando sus enormes bíceps con los dedos. Salvatore me penetra de nuevo. Clavo mis uñas en la piel de sus brazos. Otro gruñido y unos labios duros presionan los míos. Sonríó contra la boca de Salvatore y aprieto más fuerte, hundiendo más las uñas en su piel. Cuando vuelvo a respirar, le muerdo el labio inferior.

Se vuelve completamente loco. Su mano se desliza entre mis pechos y me rodea el cuello, luego enreda sus dedos en mi cabello y lo jala. Jadeo en busca de aire mientras una cascada de placer me inunda y él continúa con sus potentes embestidas, haciendo que la cabecera choque contra la pared de nuevo. Las estrellas estallan tras mis párpados y me corro al mismo tiempo que él.

Mientras las oleadas de placer me atraviesan, volvemos a besarnos, con la respiración agitada y el aire impregnado del aroma a sexo.

Abro los ojos y veo a Salvatore observándome. Sus dedos siguen enredados en mis hebras. Levanto la mano y muevo uno de los mechones negros que han caído sobre su frente.

—Eso fue mucha agresividad reprimida, Salvatore —declaro y le rozo la mejilla con el dorso de la palma de mi mano—. ¿En qué punto estoy ahora con mi deuda?

—Justo donde estabas hace dos horas.

—Eso no suena muy justo.

Baja la cabeza, inclinándose hacia mi cara.

—Me importa un carajo.

Suspiro y lo atraigo hacia mí hasta que nuestros labios se tocan.

—Entonces, ¿todavía te debo todo?

—*Todo*, Milene —susurra sin despegar su boca de la mía.

Capítulo 18

Salvatore

Me detengo en el umbral al salir del baño, mirando fijamente mi cama. Está vacía. Milene seguía durmiendo cuando fui a ducharme, así que probablemente fue a su habitación a hacer lo mismo. Debería estar aquí. Aprieto los dientes y me dirijo al armario.

Tengo una reunión con Arturo y Nino dentro de quince minutos, y lo que más odio es llegar tarde. Una vez que me coloco la prótesis y me visto, avanzo rápidamente por el pasillo, hasta que me detengo frente a la puerta de Milene. Al otro lado escucho el ruido de una secadora de pelo. Sacudo la cabeza y sigo hacia el ascensor, pero me detengo a los pocos metros. Con las manos apretadas, doy otro paso y vuelvo a detenerme. ¡Mierda! Me doy la vuelta y me dirijo a la habitación de Milene.

—Hola. —Apaga la secadora cuando me ve entrar—. ¿Necesitas algo?

Sí. A ella en mi recámara. En mi cama. El hecho de que no esté allí me provoca una sensación de inquietud en la nuca que no puedo quitarme de encima.

—No —respondo—. Tengo una reunión, así que hoy no desayunaré.

—De acuerdo. —Deja el aparato en el tocador y se acerca—. ¿Hay algo que te moleste?

—No. ¿Por qué?

—Pareces... enojado. —Me pone la mano en el antebrazo y lo roza ligeramente.

—Yo no me enojo, Milene.

Arquea las cejas.

—Podrías haberme engañado.

La agarro por la cintura y la atraigo hacia mí. Ella sonríe. Es una de las sonrisas que me gustan, esa en la que sus ojos brillan.

La gente rara vez me sonríe, y en realidad no quiero que lo hagan. Solo necesito que hagan lo que les ordeno.

La agarro con más fuerza y la beso agresivamente robándole esa sonrisa. Es mía. Ella es mía. Junto con todo lo que tiene que ofrecer. Cada sonrisa, cada beso, cada gemido. Todo me pertenece.

—No puedo... respirar —murmura Milene contra mis labios.

Aflojo un poco mi abrazo.

Sus ojos se apagan un poco y parece desconcertada. Incluso preocupada. Me pasa el dorso de su mano por la mejilla.

—¿Seguro que estás bien?

—Claro que lo estoy.

Milene asiente, me besa la barbilla y entra a su armario.

—Tengo que llevar a Kurt al veterinario. Lleva tres días rascándose la pata trasera como un loco.

—Si esa cosa trajo pulgas a mi casa, voy a estrangularlo.

—No tiene pulgas —contradice por encima del hombro—. Parece algún tipo de alergia. Hay una veterinaria a dos calles de aquí. La encontré en internet. Llamaré para ver si tienen cupo hoy.

—Llama a Nino cuando sepas la hora. Tendrá a los guardaespaldas esperándote abajo.

—¿Cuatro?

—Sí.

—Jesucristo —suspira y sacude la cabeza.

—Lláname antes de irte y cuando vuelvas.

—Sí, *mamá*.

Aprieto los dientes. No lo entiende. Yo tampoco lo entiendo, maldición. Lo único que sé es que necesito que me llame.

—Estaré en la oficina.

—Iré en cuanto termine con Kurt —agrega.

Arturo y Nino llegarán dentro de unos minutos, aunque en lugar de dirigirme a mi oficina, me coloco detrás de Milene. Sigue buscando en el armario y refunfuña algo sobre una camiseta amarilla. Inclino mi cabeza para hundir mi nariz en su cabello recién lavado y secado.

—¿Chocolate? —pregunto.

Me mira por encima de su hombro y sonrío.

—*Nop*. Coco.

—*Hmmm*. —Le rodeo la cintura con el brazo y la acerco a mí—. ¿Estás adolorida?

—Un poco. —Jadea cuando deslizo mi mano dentro de sus bragas—. Anoche me destrozaste el coño.

Le rodeo el clítoris con la punta del dedo, acariciándolo con movimientos rápidos hasta que noto que se moja. Su respiración se acelera, bajo lentamente el dedo y lo deslizo en su interior. Milene se agarra de la repisa que tiene enfrente y abre más las piernas, dejando escapar un dulce gemido.

—¿Te duele? —indago y deslizo mi dedo un poco más adentro.

—No —suspira y me agarra la muñeca—. Más.

—¿Me llamarás como acordamos?

—¡Sí!

—Buena chica. —Saco mi dígito, rodeo su clítoris unas cuantas veces más y le meto dos dedos de un solo empujón. Milene jadea y se estremece al correrse.

—¿Ves qué agradable es cuando acordamos las cosas? —Le beso el cuello y le saco los dedos del coño. Cuando salgo de la habitación, sigue agarrada a la repisa mientras respira rápida y entrecortadamente.

* * *

—Entonces, ¿sabemos quién es el soplón? —le pregunto a Nino, que está sentado en una silla junto a Arturo.

—Es Tomaso —informa—. Los chicos lo acorralaron y después de dos horas, confesó.

—Envía a alguien a interrogarlo. Quiero saber quiénes son sus contactos, cómo se comunicaron con él y qué les dijo. Tienes —miro mi reloj—, nueve horas.

—De acuerdo. —Nino asiente con la cabeza—. Y luego ¿qué?

Miro a Arturo.

—Quiero a todos los capos y jefes de equipo en la vieja casa de seguridad a las diez de la noche.

—De acuerdo. ¿Qué les digo? ¿Cuál es la ocasión?

—Una especie de demostración.

—¿Sin detalles?

—No, dejémoslo así —respondo—. ¿Dónde estamos con Fitzgerald?

—No ha salido de su guarida. —Nino sacude la cabeza—. Tengo a dos hombres vigilando afuera de su casa en todo momento, pero hasta ahora no ha habido actividad.

Me reclino en mi silla, sopesando nuestras opciones.

—Quiero que captures a uno de los hombres de Fitzgerald y me lo traigas. Alguien cercano a él. Ileso. Asegúrate de que nadie se dé cuenta cuando lo agarres, quiero mantener este encuentro únicamente para quien necesite saberlo.

—¿A dónde lo llevamos?

—A la casa de seguridad en el centro. ¿Tenemos algún otro asunto urgente?

—¿Planeas ir a la inauguración del Museo de la Ciudad la próxima semana? —cuestiona Nino—. Si es así, tendré que organizar al equipo de seguridad.

—No.

—¿Y qué hay de la boda de Rocco? Todo el mundo esperará verte allí.

No estoy de humor para socializar con la Familia, pero los rumores sobre mi boda ya han aumentado, así que supongo que debo llevar a Milene a conocerlos.

—Iremos.

—¿Cuántos guardaespaldas?

Si fuera solo yo, no llevaría a ninguno, especialmente a una boda de la Familia.

—Stefano y Aldo.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No. Eso es todo.

Cuando Nino y Arturo se van, tomo el teléfono para llamar a Milene. Me envió un mensaje de texto hace dos horas, después de volver del veterinario. Apenas una hora después, me siento con los nervios de punta. Es una idiotez. Sé que está dos pisos más arriba, en el *penthouse*, porque llamé a Ada para asegurarme de que estaba allí, y aun así siento una poderosa compulsión por ver cómo está otra vez.

—Estaba a punto de llamarte —contesta en cuanto se conecta la línea—. ¿Por qué está Ada moviendo todas mis cosas a tu habitación?

—Porque yo se lo ordené.
—¿Y no se te ocurrió que tal vez deberías hablar conmigo primero?
No.
—Quiero que te mudes a mi habitación, Milene.
—Careces seriamente de habilidades sociales. Lo sabes, ¿verdad?
—Sí.
Ella suspira.
—Solo para que lo sepas, Kurt vendrá también.
—No voy a dormir en la misma cama con un gato. Especialmente uno con pulgas.
—No tiene pulgas. El veterinario dice que está deprimido.
Un gato deprimido.
—¿Deberíamos llevarlo a terapia de grupo? —pregunto.
—*Ja, ja.*
—¿Qué se hace con un gato deprimido?
—Sugirió adoptar a otro, para que puedan jugar.
—No.
—¡Está sufriendo, Tore!
—Dije que no, Milene. —Otro gato y yo seré el que sufra.
—Hay un refugio de animales muy cerca. Podemos ir a echar un vistazo después del almuerzo.
—No. Más. Gatos.
—*Eres una mala persona.*
—Sí.
—¿Por favor? Solo uno. Tú mismo lo puedes escoger.
—No vamos a adoptar otro gato, Milene —digo y corto la llamada.

Milene

—¡Oh, mira al de pelo anaranjado! —Tomo la mano de Salvatore y lo jalo hacia la última jaula de la fila—. Parece un pequeño Garfield.
—Ese es un poco problemático —indica la señora que dirige el refugio, observando a Salvatore con preocupación. Mi esposo no es el tipo de cliente

que suele tener: allí de pie, taciturno, con su traje Armani color carbón y el ceño fruncido mientras observa al gato en cuestión. Supongo que ella tiene razón. Ciertamente no da la impresión de ser alguien a quien le gusten los gatos.

—¿Problemático? —pregunto—. ¿En qué sentido?

—No más animales con defectos mentales, Milene —refunfuña Salvatore—. Con uno es más que suficiente.

—Bueno, es un poco gruñón —informa la señora—. No es muy bueno con la gente.

—Suenan exactamente como tú, Tore. —Le pongo una mano en el brazo—. ¿Podemos llevárnoslo?

—No.

—¡Pero míralo! ¿No es una monada?

—No.

—¡Tore!

Mira al gato y luego desvía la mirada para fulminarme con ella.

—Dijiste que vendríamos aquí solo a mirar.

Levanto una ceja y sonrío.

—Mentí.

Salvatore me observa, sus ojos pegados a mis labios. Lo hace a menudo. Siempre estudia mi boca cuando sonrío.

—Tan solo toma al maldito gato y vámonos a casa —reniega.

* * *

—¡Tore! —grito desde el baño de huéspedes—. No quiere salir de la ducha.

Empujo el tazón de comida hacia el gato y le hago gorgoritos, pero sigue sentado obstinadamente en un rincón.

Kurt vino a ver al nuevo inquilino en cuanto llegamos, le siseó y volvió a mi antigua habitación. Decir que las cosas no van como esperaba sería decir poco. Suspiro, dejo al gato en el baño y me dirijo al comedor, donde Salvatore ya está comiendo.

—Tenemos que ponerle nombre —expongo mientras me siento en la silla junto a él—. ¿Qué tal Riggs? Como el personaje de Mel Gibson en *Arma letal*.

—Me da igual el nombre que le pongas a tus animales.

—Me alegro de que te *guste*. —Saco una cucharada de puré de papas de un tazón que hay sobre la mesa y lo dejo caer en mi plato.

—¿Por qué estás obsesionada con las películas de los ochenta?

—En esa época se hicieron las mejores películas. ¿Quieres volver a ver *Escape de Los Ángeles* conmigo?

—Yo no veo películas, Milene.

Bajo mi tenedor y lo miro fijamente.

—¿No ves películas? ¿Qué haces en tu tiempo libre?

—Ir al gimnasio del tercer piso. Ver algún partido de vez en cuando. Dormir.

—¿Y . . . eso es todo?

—Sí.

—No me extraña que estés arisco todo el tiempo.

Su mano sale disparada y me agarra la barbilla, inclinando mi cabeza hacia un lado hasta que nuestras miradas se encuentran.

—¿Soy arisco?

—Extremadamente.

—¿Y ver películas de acción de los ochenta lo arreglará?

—¿Quizás? —Sonrío—. ¿Quieres intentarlo?

Su mirada sombría se dirige a mis labios.

—Podemos ver una película este fin de semana —dice y suelta mi barbilla para volver a su comida.

—¿Vamos trabajar en correos electrónicos después de comer? —pregunto.

—Sí.

—De acuerdo. Primero iré a ver cómo está Alessandro.

—Iré contigo.

—No hace falta —respondo con la boca llena—. Solo tardaré un minuto, y después iré directamente a la oficina.

—He dicho que iré.

Bajo los cubiertos y suspiro.

—¿Crees que voy a coquetear con Alessandro o algo así?

—No. No me gusta la idea de que estés a solas con otro hombre.

—¿No crees que estás exagerando?

—Probablemente. De todas formas, no quiero que estés a solas con él.

Suspiro.

—A veces me cuesta mucho trabajo entenderte, Salvatore.

—Lo sé. —Toma su vaso de agua y se reclina en la silla, mirándome fijamente—. Tengo que atender unos asuntos esta noche y no llegaré a casa antes de las dos de la madrugada. Necesito que me llames para decirme que todo está bien.

—De acuerdo. Te llamaré antes de irme a dormir.

Asiente, aunque noto que tiene la mandíbula rígida, como si no le gustara mi respuesta.

—¿Pasa algo?

—No —replica, apretando el vaso que tiene en la mano como si intentara romperlo.

—¿Tore?

Deja el vaso sobre la mesa, se gira hacia mí y se aprieta la nariz. No sé qué pasa, pero de repente parece inusualmente agitado. No logro entender por qué.

—Me iré alrededor de las ocho. —Me mira a los ojos—. Me llamarás a cada hora mientras no esté aquí.

—¿Para qué?

—Para ver cómo estás —suelta—. Así sabré que todo está bien.

Me quedo boquiabierta.

—¿Quieres que me reporte cada hora? ¿Mientras estoy descansando en la sala viendo un programa de cocina?

—Sí.

—¿Esperas que alguien ataque el edificio? ¿Anunciaron un terremoto inminente? —cuestiono.

—No.

—Entonces ¿por qué?

—Porque yo te lo pido.

—¿Bastaría con un mensaje de texto en vez de eso?

—No. Necesito escuchar tu voz.

Bueno. Tenemos que hablar de esto. Me levanto y pongo mis manos sobre sus mejillas, observándolo a los ojos.

—¿Me lo puedes explicar? Por favor.

Su penetrante mirada café claro se clava en mí.

—No sé si lo entenderás, Milene.

—Haz la prueba.

La mano de Salvatore se acerca a la cintura de mis *jeans*. Engancha un dedo en la hebilla del cinturón y me baja para sentarme sobre su muslo. Levanto una ceja a modo de pregunta, esperando que me explique, sin embargo, se limita a observarme durante unos segundos, con los labios apretados.

—Tengo... un problema —admite entre dientes. Sabía que Salvatore no toleraba la debilidad, y parece que le cuesta mucho confesar una ahora.

—¿Piensas que te estoy engañando cuando no estás cerca?

—No. No tiene nada que ver con eso. —Coloca la punta de su dedo sobre mi antebrazo, acariciando suavemente mi piel—. Hoy, cuando estaba en la oficina, aun sabiendo que estabas aquí, me sentí con la necesidad de llamar y confirmarlo. No puedo controlarlo, Milene. Lo he intentado.

—¿Es como una especie de ansiedad?

—Sí, pero diez veces peor.

—¿Sientes esta... necesidad con alguien más? ¿Con tus empleados?

—Solo contigo.

Parpadeo, confundida.

—¿Por qué? ¿Y por qué tan repentinamente? ¿Hice algo para provocar esto?

—No es repentino, Milene. Apenas he logrado controlarlo estas últimas semanas. —Estira la otra mano y me acaricia la mejilla—. Me llamarás a cada hora. *Por favor*.

—¿Se te quitará? —curioso—. Esta compulsión.

—No lo creo. —Su rostro es sombrío, y veo que no disfruta pidiéndome esto. Tiene razón, no lo entiendo.

Salvatore da la impresión de ser un individuo muy sereno, pero cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que muchas de sus reacciones no han sido precisamente normales. Como en el estacionamiento cuando alguien nos disparó. Nadie debería estar tan tranquilo y controlado cuando le disparan, pero luego enloquece cuando voy al piso de abajo sin avisarle de antemano. Además, nunca lo he visto sonreír. Es un poco raro, lo supe desde el principio, mas esto no parece ser una manía absurda. Creo que en

realidad tiene un problema, y no estoy segura de que me lo esté contando todo.

—Bueno, espero que no empeore, porque no te dejaré entrar al baño conmigo cuando tenga que orinar. —Me inclino hacia adelante y rozo mi nariz con la suya—. ¿Con qué frecuencia necesitas que te llame?

Cierra los ojos y roza su nariz con la mía. Es un gesto tan inesperado y tierno, tan completamente opuesto a su carácter, que me invade el corazón de ternura, como un cálido abrazo que me reconforta desde el interior.

—Cada dos horas cuando esté en la oficina —agrega y me mira—. Sin embargo, cuando no esté en el edificio, cada hora, a la hora en punto.

—¿Y qué quieres que te diga cuando te llame?

—Lo que quieras. Da igual.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza y le acaricio el cabello—. ¿Qué haremos cuando tenga que ir a algún lugar?

—De ahora en adelante te acompañaré.

—No puedes acompañarme siempre, Salvatore. ¿Y si tengo que ir a la peluquería? ¿O ir a hacerme un *manicure*? Tengo amigas. Me gusta ir a tomar café con ellas de vez en cuando.

Su cuerpo se pone rígido.

—¿Qué tan seguido?

—Cosas del salón de belleza, una vez al mes. Salir con amigas, dos veces al mes.

—De acuerdo. Me las arreglaré de alguna manera. —Aprieta sus manos alrededor de mi cintura—. Pero esta noche... cada hora, Milene.

—Te llamaré —susurro—. ¿Adónde irás esta noche?

—A una de nuestras casas de seguridad. Tengo una situación que resolver.

—¿Quiero saber los detalles?

—No. —Me da un beso rápido en los labios—. Vamos a trabajar en esos correos electrónicos.

* * *

El sonido del timbre me llega mientras intento sacar a Kurt de la alacena de la cocina. Lleva veinte minutos escondido en una olla grande de acero

inoxidable y, cada vez que he intentado sacarlo, sisea y me enseña los colmillos. También tengo dos arañazos largos en el antebrazo de cuando intenté sacarlo.

—Ada, ¿puedes abrir? —grito por encima de mi hombro, luego volteo hacia los ojos del *diablo* que tengo ante mí. ¡No admitiré la derrota ante este gato! Agarrando la tapa del estante de abajo, la pongo sobre la olla y, con el felino aún adentro, tomo el recipiente por las asas. Cargaré a Kurt hasta la habitación y lo depositaré sobre la cama para evitar que me vuelva a lastimar.

Olla en mano, me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con la madre de Salvatore.

—Ilaria. —Trago saliva y sonrío—. Me alegro de verte. ¿Gustas un café?

—Claro —afirma y se quita el abrigo.

—Perfecto, yo solo... me llevaré esto. —Señalo con la cabeza la olla que tengo en las manos. Kurt elige precisamente ese momento para soltar un maullido de dolor. Gruño, bajo la olla al suelo y quito la tapa con cuidado. Kurt salta de la olla, me sisea de nuevo en señal de protesta y sale corriendo hacia el pasillo. Cuando me levanto, Ilaria me mira con los ojos muy abiertos. Supongo que no está acostumbrada a ver a gente llevando gatos en ollas.

—Medidas desesperadas —musito, dejo la olla en el fregadero y me dirijo a la cafetera—. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Ambos. —Toma asiento en el desayunador.

—Salvatore no está aquí —menciono por encima del hombro—. Tenía algunos asuntos que atender.

—Lo sé. Vine a ver cómo estaba Alessandro, pero primero quería hablar contigo.

—¿Oh? —Llevo el café y tomo asiento frente a ella—. ¿Sobre algo en particular?

—¿Cómo va este asunto entre ustedes dos?

—¿Por “asunto” te refieres al matrimonio?

—Sí. Que te obliguen a casarte con alguien a quien no conoces no es el sueño de cualquier mujer —dice y baja la vista hacia su taza—. Créeme, lo digo por experiencia.

—¿No conocías al padre de Salvatore hasta que te casaste con él?

—No. Así que, como ves, te entiendo a ti y a tu situación.

—*Hmmm*. —Doy un sorbo a mi café—. Salvatore y yo nos conocíamos desde antes de que él decidiera atraparme en este matrimonio.

La mano de Ilaria que sujeta su taza de café se detiene a medio camino de su boca.

—¿Qué?

—*Oh*, ¿no te lo contó?

—No —susurra.

—Nos vimos un puñado de veces. Estoy bastante segura de que me estaba acosando. Incluso tuvimos una cita. Bueno, una especie de cita.

Me mira fijamente.

—Salvatore no tiene citas.

—Me lo dijo —resoplo—. Además, no estoy cien por ciento segura, pero creo que se metió en mi casa y me llenó el refrigerador de comida.

Me di cuenta hace un par de días, cuando encontré a Ada preparando sopa. Le pregunté por qué necesitábamos sopa si nadie estaba enfermo, y me dijo que era porque Salvatore le había dicho que me había gustado la última vez. La única sopa que he comido en los últimos dos años fue la que encontré en mi refrigerador abastecido milagrosamente. Todavía no sé qué pensar de esa revelación. Es adorable de una manera muy extraña.

Ilaria se queda mirándome unos instantes y luego baja lentamente la taza.

—¿Él ha estado actuando... de forma extraña?

—Bueno, tu hijo es una persona muy peculiar, Ilaria, y no lo conozco lo suficiente como para determinar qué comportamiento es “normal-extraño” o “extraño-extraño”. —Me encojo de hombros—. Quiere que lo llame para ver cómo estoy cada dos horas. ¿Eso se consideraría “extraño-extraño”?

—Sí. Te dijo ¿por qué?

—Por alguna necesidad de saber dónde estoy en todo momento. ¿Cree que es algún tipo de TOC? Como cuando necesitas tocar tu billetera cada ciertos minutos para asegurarte de que está ahí, ¿sabes?

Ilaria cierra los ojos y respira profundamente.

—No es un TOC —declara y me mira con una expresión muy seria en su rostro—. Creo que... le gustas.

Suelto una carcajada.

—Me obligó a casarme con él, así que sí, supongo que le gusto.

—A Salvatore no le agradan las personas, Milene. Las respeta, o no. Pero no le agradan.

Frunzo el ceño, confundida.

—Eso es una locura. Le agradan sus hombres. Vi lo preocupado que estaba cuando los irlandeses los atacaron y algunos de ellos resultaron heridos.

—Los hombres de Salvatore le son extremadamente leales. Él respeta su lealtad. Tal vez incluso se preocupa por ellos a su manera. —Se inclina hacia adelante y toma mi mano—. Sin embargo, *él* no siente nada por nadie.

—Claro que sí. —Parpadeo—. No es una maldita estatua. Sí, a veces tiene reacciones raras, pero... él te quiere. Eres su mamá.

—Salvatore se preocupa por mí, sí. —Sus ojos se arrugan en una sonrisa triste—. ¿Lo llamarás, como te pidió?

—En realidad no me lo pidió. Más bien me lo exigió. —Sonríó—. Pero dijo por favor, así que sí.

—Dijo por favor... —murmura, luego aprieta mi mano—. Iré a ver cómo está Alessandro.

Mientras toma su abrigo y su bolso, me pregunto si esta podría ser la interacción más extraña que he experimentado en mi vida.

Capítulo 19

Salvatore

Hay cuatro guardias en frente de la casa de seguridad esta noche, lo cual es de esperarse, considerando la cantidad de gente que vendrá.

—Jefe. —Asienten con la cabeza al unísono cuando paso junto a ellos, y el que está más cerca de mí abre la puerta.

Nino espera junto a la ventana de la primera habitación, tomando una copa, mientras que Aldo y Stefano están sentados en la mesa del rincón, pero se levantan en cuanto me ven.

—¿Habló Tomaso? —pregunto.

—Nos dijo todo en menos de una hora. —Aldo hace un gesto con la mano hacia la puerta de la derecha—. ¿Quiere hablar con él, jefe?

—No. ¿Qué tan grave fue la paliza que le diste?

—Le faltan tres dedos. Algunos golpes. Fue relativamente fácil doblegarlo.

Asiento con la cabeza y observo a mi alrededor.

—Ponme una silla en medio de la habitación. ¿Tienes pinzas y tijeras de punta gruesa?

Aldo me ve con confusión en su mirada, pero luego se repone.

—¿Servirían unas tijeras de jardinería?

—Sí.

El teléfono en mi bolsillo vibra. Al sacarlo, parte de la ansiedad que había estado acumulando empieza a disminuir.

—Milene.

—Riggs vomitó por toda la alfombra.

—¿Qué?

—¿Cómo diablos voy a saberlo, Salvatore? Parece pelo y comida de gato medio digerida.

—Estaba expresando mi irritación. No pidiendo el análisis del vómito del gato.

—Necesitas trabajar en expresar el significado a través de tu voz. Tu entonación apesta. Tengo que ir a limpiar esto. —Corta la llamada. Al parecer, tomó literalmente el hecho de que le dije que no importaba de qué hablara.

Guardo nuevamente el teléfono en mi bolsillo y encuentro a Aldo y Stefano mirándome boquiabiertos.

—Adoptamos un gato. Está defectuoso —digo y volteo hacia la puerta justo cuando entran Cosimo y Arturo—. Traigan esa silla y a Tomaso. Átenlo bien apretado.

* * *

Tardan quince minutos en llegar todos. Nino les indica que se coloquen a lo largo de la pared opuesta a la silla donde está sentado Tomaso, atado y amordazado. Después de que Arturo asiente, indicando que las doce personas que esperábamos están presentes, me acerco a Tomaso y volteo hacia el grupo de capos y jefes de equipo de nuestras tropas.

—Tomaso, aquí presente, pensó que era una buena idea acercarse a las autoridades y filtrar información sobre nuestros cargamentos de droga —vocifero, mirando a los hombres que están de pie alrededor en absoluto silencio. Me quito la chaqueta, la pongo sobre el respaldo de la silla que hay detrás de mí y me doblo las mangas de la camisa—. Nino, quítale la mordaza y ábrele la boca. Y mantenla abierta.

Tomaso se queja y mueve la cabeza de izquierda a derecha, intentando sin éxito esquivar las manos de Nino. Una vez que Nino consigue abrirle la boca, tomo las pinzas y las tijeras de la mesa y me coloco frente al soplón.

—La gente tiende a olvidar las cosas, así que pensé que sería un buen momento para recordarles a todos lo que hacemos con los soplones —continúo.

Me cuesta unos cuantos intentos atrapar la lengua de Tomaso con las pinzas. Cuando la tengo agarrada, la saco de un tirón y se la corto de su boca traicionera con las tijeras de jardinería. La sangre salpica toda la parte delantera de mi camisa blanca mientras Tomaso grita. Me doy la vuelta para mirar al grupo, todos los hombres miran fijamente al traidor, mientras grita,

y arrojo las pinzas, con el trozo de carne rosada aún pegado, al suelo, delante de ellos.

—¡No tolero a los traidores! —siseo. Rodeando la silla hasta ponerme detrás de Tomaso, coloco mi mano derecha bajo su barbilla y la izquierda sobre su cabeza—. No lo olviden.

Con esas palabras, obligo a Tomaso a cerrar la boca y la mantengo así. Se agita, ahogándose en su propia sangre, y espero a que su cuerpo se quede inmóvil antes de soltarlo.

Agarro un trapo de la mesa para limpiarme las manos. Me limpio fácilmente la mano derecha, pero el guante de la izquierda está completamente empapado. Me lo quito y lo tiro al suelo, justo en el charco de sangre que se acumula bajo el hombre muerto.

—Pueden irse —ordeno y tomo mi chaqueta.

* * *

Cuando llego a casa, Milene ya está dormida. Apoyo mi hombro en el marco de la puerta y me quedo observándola durante lo que parecen horas. ¿Me miraría de otra manera si me viera haciendo todas esas cosas sangrientas para poder mantener en pie esta organización? ¿Me dejaría tocarla con las manos que hace apenas dos horas estaban empapadas de sangre? Sé que es consciente de cómo se manejan las cosas en la *Cosa Nostra*, sin embargo, no creo que pueda arriesgarme a que lo presencie. Debería preocuparme el hecho de que su opinión me importe tanto. Me importa un carajo que la gente me llame monstruo a mis espaldas; es parte de mi trabajo. Pero ella no. Me agarro al marco de la puerta con todas mis fuerzas, ignorando el dolor que me recorre desde la mano izquierda hasta la cabeza. Ella, jamás.

Milene

Siento un ligero roce en la barbilla, seguido de un dedo que traza la línea de mi mandíbula. Unos labios firmes no tardan en encontrar los míos. Sonrío somnolienta y giro mi cabeza hacia el calor que siento a mi lado. Al abrir los ojos, descubro a Salvatore observándome tumbado en la cama.

—Hablas dormida —comenta.

—Lo sé. —Estiro la mano para acariciar su cabello—. Espero no haber revelado ningún secreto.

—No puedes tener secretos conmigo, Milene. —Su dedo se mueve por mi cuello, cada vez más abajo—. Ya te dije que me debes todo. —Su palma se desliza entre mis piernas—. Y eso incluye cualquier secreto que puedas tener.

Sonrío y jadeo cuando su dedo entra en mí.

—No puedes exigirme eso.

—Claro que puedo. —Me mete otro dedo—. Me perteneces. Tu cuerpo. Tu mente. —Su pulgar presiona mi clítoris y me provoca con sus hábiles dedos—. Tu sonrisa. Y tus secretos.

—No puedes adueñarte de una persona. —Me agarro de sus hombros y cabalgo su mano. Las cosas que puede hacer con sus dedos desafían toda lógica y razón.

—¿No? —Me mete los dedos tan profundo que me ahogo y gimo cuando los enrosca dentro de mí. Golpea el punto sensible de mi pared superior y me corro violentamente en un instante.

Sigo jadeando, intentando recuperar el aliento, cuando me cubre con su cuerpo, apretándome contra la cama.

—Pesas una tonelada, Salvatore. —Jadeo cuando sus dedos son sustituidos por su polla dura como el acero.

—¿A quién...? —desliza la punta adentro, pero tan lentamente que me dan ganas de gemir de frustración—, ¿le perteneces, *Cara*?

Me encuentro con su mirada de halcón, sonrío y muevo la mano hacia su cuello. Cuando aprieto con fuerza, Salvatore suelta un gruñido y empuja su longitud hasta el fondo, llenándome tan completamente que la conciencia abandona mi cuerpo. Siento como si volara.

—A ti —musito y deslizo mis manos por su espalda hasta llegar a su duro trasero—. ¿Y tú me perteneces, *Tore*?

No contesta inmediatamente, sigue penetrándome hasta que mis paredes se cierran en torno a su miembro y vuelvo a correrme por su intenso ritmo.

Baja la cabeza, me besa el hombro y me susurra al oído:

—Me temo que sí, Milene. —Me besa con fuerza y me penetra al mismo tiempo, llenándome de su semen caliente.

* * *

Me siento en la cama y miro a Salvatore mientras se dirige al armario del otro lado de la habitación, saca una camisa y se la pone. Tiene cuatro cicatrices de bala en la espalda. Una cerca del hombro, dos en el lado izquierdo y otra a unos centímetros a la derecha de su columna vertebral. Con la de la pierna y la rozadura en el bíceps derecho, el total asciende a seis.

—¿Dónde están las otras? —pregunto.

—¿Qué?

—Las heridas de bala.

Se gira e intenta abrocharse los botones de la camisa.

—Muslo derecho y pierna izquierda.

—Demonios, Salvatore. ¿Cuándo recibiste todas estas heridas de bala?

—Me levanto de la cama y me encargo de abotonarle la camisa.

—La del hombro es de hace unos años. La del muslo fue el año pasado.

—Lo dice como si recitara una lista del supermercado—. La de la pierna izquierda, y las tres de la espalda me las hicieron durante el mismo incidente. Hace siete años.

Mis dedos se quedan quietos sobre el botón de en medio. Tres balas en la espalda no provienen de un tiroteo ordinario. Fue una ejecución.

—¿Quién lo hizo?

—El antiguo Don dio la orden —contesta—. Pero fue uno de los capos quien la llevó a cabo.

—¿Por qué?

—La antigua administración se volvió codiciosa. Decidieron quedarse con la mayor parte del dinero para ellos mismos.

Eso es una locura. No pude haber entendido bien.

—¿Estaban robándole a la Familia?

Las Familias de la *Cosa Nostra* tienen una forma muy estricta de operar, y se basa en la confianza por encima de todo. El Don y los capos se encargan de organizar los negocios, sin embargo, solamente tienen derecho a una parte de las ganancias. El resto del dinero se reparte entre todos los demás miembros, hasta los soldados. El porcentaje depende de la posición de cada persona en la organización, aunque el Don y los capos nunca se llevan más del 40% de los ingresos totales. No sé cuántas personas hay en la Familia de New York, pero en Chicago había al menos cien.

—Sí —dice—. Y yo lo descubrí.

—Entonces, ¿decidieron matarte?

—Al final, sí. —Inclina la cabeza y roza su mejilla con la mía—. Primero intentaron meterme en su pequeño plan. En aquel entonces yo era un capo y ya había empezado a montar mi propio negocio de construcción. Ganaba mucho dinero.

—¿Qué pasó?

—Dije que no. Intentaron darme un incentivo para que cambiara de opinión. —Estira la mano y traza una línea a lo largo de mi mandíbula con su dedo—. Fueron muy entusiastas en sus esfuerzos.

—¿Tu mano? —inquiero y pongo mi mano sobre la que me acaricia la barbilla.

—Y mi pierna.

—Dios, Tore. —Parpadeo para contener las lágrimas—. ¿Cómo sobrevive alguien a algo así?

—Nino me encontró en el almacén al que me habían invitado para una *reunión*. Tiene la costumbre de seguirme, incluso cuando le he dicho que no lo haga. Cuando me dieron de alta del hospital, Arturo me ayudó a mantenerme oculto hasta que estuve lo suficientemente bien como para volver a discutir el asunto con el Don y los capos.

—¿Qué les dijiste?

—Nada en particular. Solamente les demostré en qué se habían equivocado. —Aprieta sus labios contra mis dedos—. Cuando realmente quieres matar a alguien, le disparas en la cabeza.

—¿Mataste al Don?

—Y a los seis capos.

Me recorre un escalofrío. El hecho de que me guste un hombre que representa todo aquello de lo que quería huir, es difícil de aceptar.

—¿Tore?

—¿Sí?

—¿A cuánta gente has matado? —susurro—. Personalmente.

Su dedo se mueve bajo mi barbilla y levanta mi cabeza. Nuestras miradas se clavan.

—¿De verdad quieres que responda a esa pregunta, *Cara*?

Observo fijamente esas profundidades de color ámbar y, sintiéndome la mayor hipócrita del mundo, niego lentamente con la cabeza. No, no quiero saberlo. Pero no porque tema que me guste menos. Es porque temo que me guste igual, sea cual sea la respuesta.

Capítulo 20

Milene

—Esto es muy gracioso —comenta Pippa, mirando por encima del hombro a Stefano y Vincenzo, que nos siguen a unos pasos. Otros dos guardaespaldas nos siguen un poco más atrás.

—Sí, dímelo a mí —suspiro y me doy la vuelta para entrar en la siguiente *boutique*.

—Siento que debería haber un equipo de grabación siguiéndonos también. —Suelta una risita—. ¿Por qué necesitaría alguien cuatro guardaespaldas? Dijiste que tu esposo era un hombre de negocios, no el presidente.

—Es un poco extremista. —Me acerco al perchero y saco el teléfono de mi bolso para llamar a Salvatore.

—Milene.

—Sobre el vestido para la boda de Rocco. ¿Qué te parece gris? —indago, mirando un vestido largo con vuelo—. ¿O debería ir con algo más colorido?

—Puedes ponerte lo que quieras, siempre y cuando te cubra el trasero.

—Bueno, gracias, *pastelito*, eso fue de gran ayuda —resoplo y corto la llamada.

—Te gusta mucho —afirma Pippa, mirando el vestido delante de mí—. ¿Qué es, la tercera vez que lo llamas desde que empezamos a comprar?

En realidad, era la cuarta. También lo llamé mientras ella estaba en el baño.

Hace dos semanas que Salvatore me pidió que lo llamara siempre que no estuviéramos juntos. Al principio, no era precisamente puntual. Nunca lo comentó ni me reprendió por atrasarme con mis *reportes*. Creo que se sentía mal por haberme pedido que lo hiciera en primer lugar, pero, cada vez que me tardaba en llamar, notaba una ligera tensión en su voz, como si estuviera nervioso. Después de eso, decidí ser más aplicada con mis llamadas.

—*Síp.* —Asiento con la cabeza—. Realmente me gusta.

Es la verdad. Raro o no, disfruto pasar tiempo con Salvatore. Ni siquiera me molestan sus rarezas. Si no fuera por su continua insistencia en que no trabaje, no albergaría ningún resentimiento persistente hacia el matrimonio, arreglado o no.

—Mierda —digo mientras llevo el vestido a la caja registradora. Creo que me estoy enamorando de mi esposo.

Después de tomar rápidamente un café en el centro comercial, dejamos a Pippa en su apartamento y nos dirigimos a casa. El coche entra en el garaje y, mientras estoy sacando mi teléfono para llamar a Salvatore y decirle que estoy de regreso, se abren las puertas del ascensor y él sale. Cuando estoy tratando de recoger las bolsas de las compras que están amontonadas a mi lado, la puerta se abre y Salvatore se desliza a mi lado.

—¡Largo! —les brama al conductor y a Stefano en el asiento de enfrente.

En cuanto salen del vehículo, me agarra por la cintura, me sube a su regazo y me hunde la nariz en el cabello. Intento girar la cabeza, pero él me agarra más fuerte apretándome contra su cuerpo.

—Cuatro horas, Milene —me susurra al oído.

—Te llamé a cada hora.

—Lo sé. —Presiona su cara contra mi cuello e inhala—. ¿Crees que estoy loco?

—¿Un poquito? —resoplo, rodeando su cuello con mis brazos y apretando mis labios contra los suyos.

—¿Eso es un problema?

—La verdad no. —Me encojo de hombros y lo beso. Debería preocuparme. La cuestión es que no me molesta el trastorno obsesivo-compulsivo de Salvatore ni su necesidad de saber dónde estoy. Tampoco me importa llamarlo, incluso más de una vez cada hora si eso es lo que necesita para calmar su ansiedad. De hecho, como que... me gusta—. ¿Sabes?, se me ocurrió algo cuando Pippa y yo pasamos hace un rato por una florería.

—¿Qué? —cuestiona mientras me da un mordisco en el costado de la mandíbula.

—Tú eras el segundo bicho raro. El que me envió un montón de flores.

—Sí.

Me aparto y le clavo la mirada.

—¿Cien floreros?

—Noventa y seis. Es todo lo que tenían.

—Con uno habría sido más que suficiente.

Salvatore me observa un momento, luego se inclina hacia adelante y acerca su nariz a la mía.

—Conmigo es todo o nada, Milene. Ya deberías haberte dado cuenta.

Sí, supongo que sí.

* * *

Peino el cabello de Salvatore con mis dedos, observándolo desde mi posición montada sobre su cintura mientras se estira para recoger su botella de cerveza del suelo. Aún me sorprende verlo tan relajado.

Llevamos casi una hora tumbados en el sofá de la sala, él viendo el partido y yo recostada sobre su pecho, enviándole mensajes a Bianca. Dejó de responder mis textos hace unos diez minutos, lo que significa que Mikhail probablemente llegó a casa. Dios sabe que esos dos no pueden quitarse las manos de encima.

—No puedo creer que te guste la cerveza —comento.

—¿Por qué?

—No lo sé. Siempre me has parecido más del tipo que prefiere el buen vino. —Trazo la línea de su mandíbula con el dorso de un dedo—. Son los trajes.

—No tengo nada en contra del vino. Pero combina mejor con el queso que con el fútbol americano. —Inclina la cabeza y me besa el dedo—. ¿Qué dijo tu hermana? ¿Alguna noticia de casa?

—Lo mismo. Aún estoy esperando a que responda al último mensaje.

Salvatore levanta su mano y me pasa el pulgar por el labio inferior.

—Pídele que le dé un mensaje a Petrov de mi parte.

—¿Al *Pakhan* ruso?

—Sí. Debería saber que los albaneses han empezado a hacer negocios con los irlandeses.

Escribo un mensaje rápido y se lo envío a Bianca.

—¿Algo más?

—*Nop.* —Me quita el teléfono de la mano, lo coloca sobre la mesita de centro y quita los cojines del sofá, tirándolos al suelo.

—¿Los pobres cojines hicieron algo para ofenderte?

—Sí. —Tira el último por encima del respaldo—. Ocupan demasiado espacio.

—Quizá deberíamos comprar un sofá más grande. —Inclino la cabeza y le planto un beso en la mandíbula.

—No podría estar más de acuerdo.

Me rodea la cintura con el brazo y me jala hacia abajo para que me acueste de lado, apretada entre su cuerpo y el respaldo del sofá. Me quito mis *leggings* antes de retirarle a Salvatore el pantalón deportivo y el bóxer. Hago lo mismo con mis bragas y las tiro al suelo junto a la ropa de Salvatore.

Toma mi mano, acerca mis dedos a sus labios, los besa suavemente uno por uno y luego procede a mover sus labios por mi muñeca y a lo largo de mi brazo, provocando estremecimientos en todo mi cuerpo. Lo hace muy lentamente, manteniendo sus labios sobre el lugar durante unos segundos antes de continuar, como si cada beso fuera una declaración. Es cautivadora la forma en que acaricia mi piel, porque Salvatore nunca me ha parecido un amante paciente. La atracción entre nosotros siempre ha sido una fuerza explosiva, dura e intensa.

—No tienes idea de lo que me haces, Milene —susurra cuando llega a mi hombro, y me estremezco—. Ni puta idea.

Sus labios se encuentran con los míos y le rodeo el cuello con los brazos, apretándolo contra mí con todas mis fuerzas. No creo que se dé cuenta de lo mucho que me ha confundido. Me da miedo. Ya ni siquiera sé lo que siento. ¿Estoy enamorada de él? ¿De este hombre controlador, gruñón y cerrado? ¿De alguien a quien ni siquiera he visto sonreír una vez en todo el tiempo que lo conozco? Me temo que sí.

Mis manos bajan por su cuello y pasan por sus hombros hasta posarse en su pecho esculpido y, sin interrumpir el beso, paso una pierna por encima de su cintura y me coloco encima de él.

—Quiero hacerte el amor —expreso en sus labios y siento que se queda quieto debajo de mí—. ¿Me dejas?

Cuando abro los ojos, me mira fijamente.

—Sí.

Sonrí y rozo sus labios con mis dedos. Ilaria tenía razón. No sabe manejar bien los sentimientos. Es como si fuera incapaz de comprender el significado de las distintas emociones y le costara procesarlas. Desciendo por su cuerpo hasta que su miembro presiona la humedad de mi sexo. Poco a poco, lo meto dentro de mí, disfrutando de cómo me llena cada vez más. Su polla es grande. Al tenerlo todo en mi interior, siento como si mis paredes fueran a estallar. Me encanta.

Cuando está completamente dentro, me inclino para posar mis labios en el centro de su pecho y subo para seguir besándole el cuello hasta llegar a su fuerte mandíbula. Giro mis caderas metódica y continuamente, pero con toda la delicadeza y lentitud que puedo, para mantenerlo excitado. Cuando mi boca llega a la suya, levanto las caderas hasta que únicamente queda dentro la punta de su longitud. Salvatore me observa con sus ojos clavados en los míos y sus manos agarrando mis caderas, pero no se mueve. Sonrí, luego desciendo sobre su polla y al mismo tiempo le muerdo el labio. Inhala bruscamente y apoya ligeramente la palma de su mano izquierda en mi mejilla, mientras su otra mano se desplaza hasta donde nuestros cuerpos están unidos.

—Me lo he estado preguntando, *Cara* —me dice y me presiona el clítoris con el pulgar, haciéndome gemir.

—¿Qué? —Me inclino hacia atrás y sigo girando mis caderas.

Sus dedos me pellizcan ligeramente el clítoris y me estremezco, pero resisto la necesidad de moverme más deprisa. En vez de eso, mantengo el ritmo lento, disfrutando de la forma en que sus ojos brumosos e impregnados de lujuria se posan en los míos.

Las manos de Salvatore se mueven hacia mi trasero y lo aprieta, haciéndome gemir. En el siguiente instante, me penetra desde abajo con tanta fuerza que jadeo.

—Nunca me has tenido miedo —agrega—. ¿Por qué? —Sonrí mientras sigue penetrándome a un ritmo cada vez más acelerado—. Contéstame, Milene.

—¡Estaba demasiado enfadada contigo para tener miedo!

—¡Esa! —Me vuelve a embestir con tanta fuerza que exploto en un instante como fuegos artificiales y truenos—... Es la respuesta más ridícula que he escuchado jamás.

Capítulo 21

Salvatore

Arturo lleva una hora poniéndome al día sobre nuestros negocios de drogas, pero mi mente ha estado divagando. Milene fue a arreglarse las uñas con su amiga y llamó hace menos de una hora desde el salón, sin embargo, yo me inquieté apenas veinte minutos después. Aunque tiene cuatro guardaespaldas para protegerla, me cuesta concentrarme.

Mi teléfono recibe un mensaje. Es de una joyería a la que le hice un pedido especial hace dos días para informarme que mi orden está lista para ser recogida.

Me las arreglo para aguantar toda la reunión y le digo a Arturo que puede irse. En cuanto se marcha, salgo de la oficina y me dirijo a mi vehículo.

La tienda está cerca, así que tardo menos de media hora en llegar y recoger mi compra. Cuando vuelvo al coche, pongo la caja de terciopelo rojo en el tablero frente a mí. Con solo mirarla disminuye mi ansiedad. No sé cómo reaccionará Milene cuando le diga lo que es. Puede que ya la esté presionando demasiado. Aún me sorprende que esté dispuesta a lidiar con mi mierda. Pero aún así... esa cajita en el tablero podría ser demasiado para ella.

Mis ojos miran el reloj en el tablero. Pasan dos minutos de las seis. Ya debería haber llamado. La ansiedad vuelve a asomar su fea cabeza.

Aprieto el volante, cierro los ojos y respiro profundamente. Otra vez. Y una vez más. Si hubiera pasado algo, Stefano me habría informado. Probablemente perdió la noción del tiempo. Mi teléfono suena. Abro los ojos y tomo el aparato.

—¿Tore?

—¿Sí?

—¿Recuerdas el jarrón de cristal del pasillo? —Milene dice en voz baja

—. ¿Cuánto valía esa cosa?

Un par de miles de dólares.

—No mucho. ¿Por qué?

Ella suspira.

—Gracias a Dios. Cuando llegué a casa, Kurt estaba persiguiendo a Riggs, y como que... lo rompieron. Tuve que limpiar los cristales rotos, y algunos eran muy pequeños, así que asegúrate de no andar descalzo por ahí. No estoy segura de haber recogido todos los pedazos. ¿Dónde estás? ¿Te espero para cenar?

—Tenía que hacer unas diligencias, pero llegaré pronto.

—De acuerdo, yo... ¡Bájate, bastardo! —El sonido de algo rompiéndose viaja por la línea—. ¡No, las cortinas no! Me tengo que ir.

Dejo el teléfono junto a la caja de terciopelo y pongo el auto en marcha.

* * *

Al entrar al *penthouse*, me detengo en el umbral para observar el caos en la sala de estar. Hay varios rollos de papel higiénico desenrollados esparcidos por el suelo y pequeños trozos tirados por los muebles. Parece como si hubiera pasado un tornado. Una gran maceta, que contenía una higuera, está tirada de lado en un rincón de la habitación, con tierra esparcida alrededor de la base. Un extremo del soporte de la cortina cuelga a medio camino del suelo, y las cortinas de satén se desprenden de él. También hay marcas de garras visibles a lo largo de su longitud.

Un ruido metálico procede de algún lugar de la cocina, y volteo a tiempo para ver a Kurt saltando del mostrador a la barra del desayunador y luego a la mesa del comedor. Milene aparece un momento después, persiguiéndolo.

—¡Ven aquí, maldita sea! —grita e intenta agarrar al gato, no obstante, este salta y corre hacia el pasillo.

Milene deja caer los hombros y me mira.

—¡Voy a limpiar todo, te lo prometo! No sé qué le pasa a Kurt. Se volvió loco. Lleva casi una hora corriendo como un demonio. —Viene hacia mí, sacudiendo la cabeza—. Estoy tratando de atraparlo. Tal vez se calme si lo llevo un rato a la habitación.

Cuando se detiene delante de mí, observo detenidamente a mi esposa. Su camiseta blanca está rota por un lado. Su cola de caballo cuelga torcida, con

varios mechones de cabello sueltos. Tiene marcas de garras en la mano derecha y manchas de origen desconocido en la parte delantera. Realmente parece algo que el gato arrastró.

—¿Tore?

Levanto mi mano y tomo su barbilla entre mis dedos, mirándola fijamente a los ojos.

—Eres tan hermosa.

Parpadea, luciendo un poco confundida.

—Um... ¿gracias?

El sofá está a nueve metros, pero la mesa del comedor está más cerca. Servirá. La agarro por la cintura y la levanto, llevándola hacia ella.

—¿Qué haces? —me pregunta al oído, sonando realmente desconcertada.

Cuando llego a la mesa, la pongo de pie. Agarro el mantel y lo quito, haciendo que los platos y los cubiertos se estrellen estrepitosamente contra el suelo.

—Tus *jeans* —digo mirándola.

Milene levanta las cejas, se desabrocha el pantalón y se lo quita. En cuanto se retira las bragas, la tomo por la cintura y la siento en la mesa.

—Acuéstate. —Presiono mi mano contra su pecho hasta que queda tumbada sobre la superficie, con las piernas colgando por el borde. Con la mano que me queda libre, acerco una silla, me siento y levanto sus piernas por encima de mis hombros—. Cierra los ojos —ordeno antes de agarrar su trasero y jalarla hacia mí para que pueda lamer su coño perfecto.

Milene gime. Vuelvo a lamerla despacio, la beso suavemente y le chupo el clítoris hasta que empieza a jadear. Abre más sus piernas, así que deslizo un dedo en su interior mientras continúo provocándola con mi lengua. Está empapada. Arquea la espalda y lanza un grito de placer. Sin retirar mi dedo, lamo su punto más sensible, presionando un poco más con la lengua. Su cuerpo se estremece y vuelvo a meterme su clítoris en la boca.

Nunca le había hecho sexo oral a una mujer y nunca había tenido el deseo de hacerlo, pero con Milene lo *deseo* todo. Me deleito con la reacción de su cuerpo a cada caricia y movimiento. Acaricio su sexo con la lengua durante unos minutos más y, cuando estoy seguro de que está a punto, vuelvo a acercar la boca a su clítoris y chupo con fuerza, metiéndole un dedo dentro al mismo tiempo. Se corre con otro grito en aumento y sus

piernas se agitan violentamente alrededor de mis hombros. Le beso una vez más los labios del coño y veo cómo se recupera. Milene está acostada, con los ojos cerrados, su pecho sube y baja a un ritmo acelerado, como si intentara tomar suficiente aire.

—¿Milene? —inquiero y rozo con la palma de mi mano su muslo desnudo—. ¿Estás viva, *Cara Mia*?

—No —susurra, incorporándose lentamente y mirándome fijamente—. Muévete hacia atrás.

Echo la silla hacia atrás y veo cómo se baja de la mesa, se arrodilla entre mis piernas y empieza a desabrocharme los pantalones.

—No tienes que hacer lo mismo, Milene. —Le rozo la mejilla con el dorso de la mano.

Me saca la polla, que está dolorosamente dura desde que le metí la boca en el coño, y me mira.

—Intenta detenerme.—Sonríe—. Y verás lo que pasa.

Con esas palabras, rodea con sus labios la cabeza de mi verga, agarrando el tronco con sus delicados dedos. Empieza despacio, lamiendo la sensible parte inferior, chupando la punta y tragándose más de mí con su boca caliente. Su ritmo se acelera poco a poco y la agarro por detrás del cabello mientras se mueve con más frenesí, observando sus labios mientras me succiona. Intento contenerme, pero me doy cuenta de que no puedo. La sola visión de Milene arrodillada entre mis piernas con mi polla en la boca es más que suficiente para que me corra, así que cuando me aprieta y hunde las mejillas, exploto en su boca.

Sin soltarle su melena enmarañada, le levanto la cabeza hasta que nuestras miradas se cruzan.

—Traga —ordeno.

Ella sonríe y obedece. Joder, es lo más *sexy* que he visto en mi vida.

Milene

Trazo una línea sobre el pecho de Salvatore, recorro con un dedo su estómago duro como una roca y luego ladeo la cabeza para darle un beso en

el hombro. Su brazo me rodea por la cintura, apretándome más contra su cuerpo.

—Bianca me envió un mensaje hoy. —Vuelvo a pasar mi dedo por su pecho—. Petrov te da las gracias por la información sobre los albaneses.

—No me gustaría estar en los zapatos de Dushku en estos momentos. — Con la mano izquierda mueve el cabello que me ha caído sobre la cara detrás de mi oreja y luego coloca la mano sobre su estómago.

—¿Todavía te duele? —pregunto y muevo mi dedo a su mano, trazando una línea sobre una de las cicatrices prominentes allí.

—A veces.

—¿Cuántas fracturas?

—No pudieron determinarlas. —Gira su mano y entrelaza sus dedos con los míos—. Logré entrenarme para disparar con la derecha. Ahora soy incluso mejor que con la izquierda. Aunque mi letra es pésima. —Me mira—. Igual que mi manera de teclear, de lo cual ya te habrás dado cuenta.

—¿Y la pierna? Una herida de bala en la pantorrilla rara vez requiere amputación.

—Me dispararon en el tobillo y dos veces en la pantorrilla, a corta distancia —responde—. No había ninguna posibilidad de salvarla.

Cierro los ojos y entierro mi cara en el pliegue de su cuello.

—Prométeme algo.

—¿Qué?

—No dejes que te vuelvan a disparar, por favor.

—No es como si fuera corriendo por ahí con un blanco dibujado en la espalda, Milene. —Me da un beso en la cabeza.

—Sí, lo haces —murmuro en su cuello—. Le pregunté a Nino por qué no tienes ningún equipo de seguridad. Dijo que tú no lo permites.

—Si alguien es lo suficientemente insistente como para intentar matarme, lo hará. Con seguridad o sin ella.

Levanto la cabeza.

—Entonces, ¿qué?, ¿harás como hasta ahora y esperarás a que ocurra?

—No. Intentaré todo lo posible para matarlos primero.

—¿Entonces, esfuérzate más, maldita sea!

Él inclina la cabeza, mirándome con interés.

—¿Te importaría si me mataran?

—¡Demonios, Salvatore! —me quejo—. ¿Que si me importaría? ¿Lo dices en serio?

—Sí. Quiero saberlo.

—Quieres saberlo. —Parpadeo, sin creer lo que estoy oyendo—. ¡Él quiere saber si me importaría que lo mataran!

—Es una simple pregunta, *Cara*.

Necesita que le revisen la cabeza.

—Sí, me importaría. —Sacudo la cabeza con frustración—. ¿A ti te importaría que me mataran?

El cuerpo de Salvatore se pone rígido.

—No. Vuelvas. A preguntar eso. Nunca. Jamás.

—Tú empezaste esto con las interrogantes absurdas. —Tomo su cara entre mis manos—. No más heridas de bala. Prométemelo.

—Lo intentaré.

Suspiro y cierro los ojos. Lo intentará. *Perfecto*.

—¿Eso significa que empezarás a tener personal de seguridad?

—No.

Por supuesto que no.

—Entonces ocúpate de los irlandeses —añado entre dientes y aprieto mis labios contra los suyos—. Los quiero muertos.

—Ya estoy trabajando en ello. —Toma un mechón de mi cabello y lo enrolla alrededor de su dedo—. ¿Por qué estás tan sedienta de sangre tan de repente?

Lo observo fijamente, asombrada por su ignorancia. Tiene un problema para darse cuenta y procesar ciertas cosas si no puede ver que estoy enamorada de él.

—Debe ser el síndrome premenstrual —suspiro, esperando que acepte mi respuesta y no me pregunte más, y apoyo la cabeza en su pecho.

La mano de Salvatore se posa en mi nuca y se desliza hacia abajo, rozando ligeramente mi piel con la punta de sus dedos. Cierro los ojos y disfruto de la sensación. Estoy medio dormida cuando su mano se detiene en mi cuello.

—Te compré algo —dice en un tono serio—. Pero si no te gusta, lo devolveré.

—Eres *malísimo* para dar regalos —musito contra su pecho.

—Lo sé. —Hunde sus dedos en mi cabello—. ¿Quieres verlo?

—¿Costó un millón de dólares? Te daré una pista: si la respuesta es sí, puedes devolverlo ahora mismo.

—No.

—Muy bien.

—Está en mi chaqueta. Ahora vuelvo.

Veo cómo toma las muletas, se levanta y se dirige a la puerta. Aprovecho la oportunidad para contemplar su trasero firme, envuelto en su bóxer negro. Muy bonito. Salvatore duerme solamente en ropa interior, algo que apruebo completamente. Regresa unos minutos después, arroja la chaqueta sobre la cama y se sienta. Saca una caja de terciopelo rojo y la coloca a mi lado, sobre la almohada. Me siento y abro la caja para encontrar una pulsera de oro sencilla. Es gruesa, aunque a la vez delicada.

—Es preciosa, pero no hace falta que me compres joyas. Sabes que casi nunca me las pongo. Ni siquiera he tenido la oportunidad de ponerme ese brazalete ridículamente exuberante que me compraste —replico.

Se pone tenso a mi lado.

—Necesito que uses esta —indica—. Todo el tiempo.

—De acuerdo. —Me encojo de hombros y abro el cierre para ponérmela.

—Tiene un chip GPS en el interior —informa, y levanto bruscamente la cabeza.

Salvatore

Al principio, Milene permanece en silencio y luego su mirada se desvía entre la pulsera que tiene en la mano y yo.

—¿Por qué?

—Las llamadas ya no son suficientes. Hoy casi enloquezco mientras estabas con Pippa. Apenas conseguí aguantar durante una reunión porque me preguntaba dónde estabas. Necesito saber dónde te encuentras, Milene. En todo momento.

—Sabías dónde estaba. Te llamé a cada hora —señala—. Había cuatro guardaespaldas conmigo. Podrías haberles llamado para comprobarlo.

Llamé a Stefano dos veces. No sirvió de nada. Me puse ansioso menos de quince minutos después.

—De acuerdo. Encontraré la forma de lidiar con mis problemas de otra manera.

La dejé en *shock*. Se nota por la forma en que me mira a mí y a la pulsera.

—¿Puedes explicarme esos problemas más claramente? Por favor.

Tomo su mano entre las mías y trazo un círculo en el centro de su palma.

—Empieza como un ligero malestar, nada especial, una pequeña molestia, pero rápidamente se transforma en una inquietud difícil de controlar —explico—. Entonces, me distraigo. Me pongo nervioso. No consigo concentrarme. Mi cerebro crea diferentes escenarios, cada uno peor que el anterior, y no puedo pensar en otra cosa. No puedo bloquearlo.

—¿Qué escenarios, Tore? —Sus ojos buscan los míos.

Sin dejar de mirarla, aprieto los labios.

—Tú —digo apretando los dientes—. Herida. O secuestrada.

—Entiendes que tu miedo es infundado, ¿verdad? Sobre todo cuando estamos en el mismo edificio.

—Eso no importa. —Estiro mi mano y tomo su barbilla—. Necesito verte, para asegurarme de que realmente estás bien. Si eso no es posible, necesito saber dónde estás. A cada maldito segundo.

No menciono que también tengo esta loca necesidad de tocarla todo el tiempo. No soporto estar en la misma habitación que ella sin poner mi mano sobre la suya o rodear su cintura con mi brazo. Si está sentada cerca, tiene que ser sobre mi regazo. No puedo procesar la idea de tenerla a mi lado y no tener su piel contra la mía. Es como balancear una botella de agua delante de un hombre que se muere de sed. Una necesidad fisiológica que tengo que satisfacer o me volveré loco. Hasta ahora he resistido esa compulsión, y solamente cedo cuando estoy a punto de perder la cabeza. Por ahora, claro.

Milene observa la pulsera y luego me mira.

—¿Así que si la uso te ayudará?

—Sí.

Suspira y me la acerca, extendiendo su mano izquierda.

—De acuerdo.

Tomo el brazalete y se lo coloco en la muñeca. En cuanto lo abrocho, la sensación de inquietud que me invade se disipa casi por completo.

—La usarás todo el tiempo, incluso cuando estés en la ducha o durmiendo. Y seguirás llamándome, como acordamos.

—Lo haré.

Asiento con la cabeza y, rodeando su cintura con los brazos, la atraigo hacia mí.

—Bien.

Capítulo 22

Milene

—La novia no parece muy entusiasmada —comento mirando a la mujer de cabello oscuro de unos veinte años que está sentada junto a Rocco. En lugar de parecer feliz, está sentada con la cabeza agachada y sus ojos enfocados en sus manos, que están cruzadas sobre su regazo—. ¿Matrimonio arreglado?

—Algo así —dice Salvatore a mi lado—. Su hermano tiene problemas con las apuestas. Se gastó todo lo que tenían y luego le pidió dinero prestado a Rocco. También se lo gastó.

Inhalo bruscamente.

—¿Rocco la tomó como pago por un préstamo?

Salvatore asiente una vez.

—Sí.

El novio está sentado junto a su mujer, hablando con un hombre al otro lado de la mesa y riendo como si el matrimonio fuera a ser la mejor experiencia de la vida de ambos. Su brazo está apoyado en el respaldo de la silla de su esposa. No pasa desapercibida la forma en que ella se inclina hacia adelante, como si intentara alejarse de él lo más posible.

—Eso es enfermizo —agrego.

Rocco es guapo, así que ¿por qué obligar a casarse a una mujer que obviamente no quiere estar cerca de él? Debe haber una razón por la que parece tan... asustada.

Aparto mi mirada de los recién casados y observo la sala. *Síp*, la gente sigue observándome. Desde que llegamos, me sentí como un animal exótico en un zoológico con la gente viéndonos constantemente. Esperaba algunas miradas, ya que era la primera vez que conocía a miembros de la Familia de New York, pero no esperaba encontrar miedo en sus ojos. La mayoría se han mantenido alejados de donde estamos Salvatore y yo, pero no nos han quitado los ojos de encima boquiabiertos. O, más específicamente, al brazo

de Salvatore, que ha mantenido alrededor de mi cintura durante todo el evento. Nadie se nos ha acercado, excepto por Arturo. Y únicamente lo hizo para compartir información confidencial con Salvatore.

—Me gusta el vestido —elogia Salvatore y deposita un beso en mi hombro desnudo—. Combina bien con el brazalete.

—Me pareció lamentable dejarlo olvidado en una caja de zapatos debajo de la cama.

—¿Guardas el brazalete en una caja de zapatos? ¿Debajo de nuestra cama?

—¿Dónde demonios debería meter una cosa que vale un millón de dólares? —susurro—. No me dejas usar la caja fuerte.

—Solo hay un lugar donde merece estar, Milene. —Me pasa la punta del dedo por el cuello y baja por el brazo hasta la muñeca.

La intensidad con la que me mira a los ojos parece tener vida propia, y me recorre un ligero escalofrío.

He visto a Salvatore interactuar con sus hombres. No habla mucho. Y, aunque escucha atentamente mientras hablan, también parece no perder de vista al resto de la sala. Esto, la forma en que me mira ahora, es diferente. Es a la vez seductor y aterrador ser el único centro de atención de un hombre como Salvatore Ajello.

—¡Es la hora de los fuegos artificiales! —grita alguien desde el otro extremo de la habitación.

Una ovación colectiva llena la sala y, de reojo, veo a los invitados dirigirse hacia la salida. Salvatore no se mueve de su lugar, pero sigue recorriéndome el antebrazo con la punta del dedo. Su mano izquierda toma mi mejilla y me acaricia con el pulgar la piel debajo de mi ojo.

—Olvidaste ponerte el guante —señalo, sin apartar los ojos de los suyos, y levanto mi mano para cubrir la suya. Al principio, solamente se lo quitaba cuando volvía a casa por las tardes, sin embargo, ahora no recuerdo la última vez que se lo vi puesto.

—No olvido las cosas, Milene.

La primera explosión retumba en el exterior mientras luces de colores destellan contra las paredes del interior, la más brillante de ellas acentuando las líneas marcadas del rostro de Salvatore.

Ladeo la cabeza hacia un lado, inclinándome más hacia su tacto.

—Pensé que ver tu mano te molestaba.

—Me molesta. —Agacha la cabeza y me besa en el cuello, debajo de la oreja.

El estruendo de los fuegos artificiales continúa, pero mi corazón late con más fuerza. Entierro mis manos en el cabello de Salvatore y aprieto mis labios contra los suyos. Da un paso adelante, y luego otro, obligándome a retroceder hasta que me aprisiona contra la fría superficie del ventanal del suelo al techo que da al jardín.

—¿Por qué no se nos ha acercado nadie en toda la noche? —pregunto, y me estremezco cuando siento su mano en el interior de mi muslo, subiendo.

—Porque me aseguré de que todos supieran que no quería que nadie se acercara a ti.

Su mano llega hasta mi ropa interior y sus dedos hábiles la apartan hacia un lado, dejándome al descubierto.

—¿Por qué?

—No estaba de humor. —Su dedo me acaricia el clítoris y se acerca a mi entrada, mientras sus ojos color ámbar me miran con la intensidad de un ave de presa que busca su próxima comida—. Para compartir tu atención con nadie.

—Eres increíblemente egoísta. —Sonrío y luego aspiro cuando me penetra con su dedo.

—Sí, lo soy. —Me mete otro dedo.

Miro rápidamente por encima del hombro de Salvatore y veo a Aldo y Stefano de pie en la esquina opuesta de la habitación, que está vacía. Ambos miran al techo, ofreciéndonos su discreción.

Los fuegos artificiales siguen iluminando el cielo, y todo el mundo está en el patio de enfrente, a cierta distancia más allá de la ventana. Está oscuro afuera, y con las luces brillantes de la habitación, cualquiera que mire en nuestra dirección tendrá una tremenda vista.

—La gente nos verá —susurro, y suelto un gemido suave cuando el pulgar de Salvatore presiona mi clítoris.

—No me importa la gente. —Me muerde el labio inferior y se acerca a mi barbilla. Los dedos dentro de mí siguen moviéndose, estirando mis paredes internas.

—Yo también soy gente, Tore. —Respiro y jadeo cuando vuelve a morderme el labio.

—Tú no eres gente.

—¿Oh? —Un estremecimiento me sacude el cuerpo con tanta fuerza que apenas puedo hablar—. ¿Y qué soy?

Su boca se detiene. Lentamente, levanta la cabeza y me mira a los ojos.

—Mía —declara y mete sus dedos hasta el fondo, golpeando ese punto que solamente él ha encontrado—. Eres mía, Milene.

Me estremezco al correrme y me apoyo en su pecho.

Salvatore retira su mano, me agarra por debajo de los muslos y me levanta. Le rodeo la cintura con las piernas y me abalanzo sobre sus labios pecaminosos, sintiendo su polla dura tras la tela de su pantalón de vestir mientras se clava en mi centro.

El sonido de neumáticos rechinando en algún lugar del exterior nos llega. Salvatore levanta bruscamente la cabeza y mira por encima de mi hombro hacia el patio delantero, visible más allá de la ventana.

—¡Stefano! ¡Aldo! —exclama, se da la vuelta bruscamente y cruza la habitación, aún sujetándome con fuerza—. Vayan por la cocina. Aldo primero.

Mientras Salvatore brama las órdenes, miro por encima de su hombro hacia el patio a través de la ventana. Dos coches negros se han estacionado en el borde del césped y unos hombres armados salen de ellos. Un segundo después suenan disparos.

Salvatore me baja al suelo y toma mi barbilla entre sus dedos.

—Te irás con Stefano.

Parpadeo, aterrorizada y confundida. Un instante después, la mano de Stefano me agarra del brazo y me aparta.

—¿Qué...? ¡Tore! —Jalo mi brazo con fuerza, tratando de zafarme del agarre de Stefano. No iré a ninguna parte sin mi esposo.

Salvatore me mira, luego dirige su mirada a Stefano y le hace un gesto con la cabeza.

—Con tu vida, Stefano.

—Con mi vida, jefe —afirma Stefano a mi lado, me agarra por la cintura y corre.

Salvatore permanece de pie en el mismo sitio, observándonos unos segundos mientras nos alejamos, y luego mete la mano en su chaqueta. Miro horrorizada cómo saca un arma y voltea en dirección a las puertas dobles de cristal del lado opuesto de la habitación. Las puertas que dan al

patio delantero, donde, a juzgar por los gritos y los disparos, se ha desatado un infierno.

Salvatore

Es un caos.

Algunos de los invitados corren en busca de refugio dentro de la casa. Más de una docena de cuerpos están esparcidos por el jardín. He visto al menos once tiradores. Dos están tirados en el césped, probablemente ya muertos. Seis están usando los autos como protección, disparando al equipo de seguridad de Rocco. El resto están dispersos, disparando al azar.

Arturo está de pie en el borde del jardín, eliminando a los tiradores con sus armas. Es el único hombre que conozco que dispara igual de bien con ambas manos. Aprender a apuntar y disparar con la mano no dominante requiere una inmensa determinación y práctica, algo que sé por experiencia propia.

Uno de los matones se separa del grupo detrás de los vehículos y se dirige hacia la casa, hiriendo en el camino al hombre de Rocco con una bala certera. Levanto mi arma y disparo dos veces en su dirección. La primera bala falla, pero la segunda le da en el pecho. Se tambalea. Vuelvo a disparar, esta vez al estómago, y acaba boca abajo sobre el césped. Una bala pasa zumbando junto a mi cabeza y retrocedo rápidamente, cubriéndome tras una gruesa columna de piedra a mi derecha. Cinco hombres más de Rocco salen corriendo de la casa y se lanzan contra los tiradores del jardín, acabando primero con ellos antes de concentrarse en el grupo que está detrás de los coches.

El teléfono en mi bolsillo vibra una vez. Es la señal de Stefano de que tiene a Milene a salvo en el vehículo. La presión en mi pecho disminuye.

Cuando salgo del porche y me dirijo hacia los autos de los atacantes, la mayoría de los tiradores ya están muertos. Puede que Rocco sea un poco lento en lo que a negocios se refiere, pero sabe elegir a sus hombres de seguridad.

Los dos últimos agresores están en cuclillas detrás de uno de los vehículos, escondiéndose de los hombres de Rocco, que los acribillan a

balazos con armas de alto calibre en algún lugar a mi derecha. Los matones no se dan cuenta de que me acerco, ya que están demasiado concentrados en mantener la cabeza abajo y devolver el fuego. Apunto a la cabeza del tirador que tengo más cerca y disparo. Su cabeza se inclina hacia un lado y cae desplomado al instante. El otro tirador mira a su compañero caído y levanta el arma para apuntarme. Le disparo dos veces en el pecho antes de que tenga tiempo de apretar el gatillo. El tiroteo cesa. Los hombres de Rocco se dispersan para comprobar si hay vida entre los caídos.

—¿Irlandés? —indago mientras me acerco a Arturo, que está mirando a uno de los tiradores muertos.

—Es lo más probable —expresa—. ¿Cómo quieres que se maneje esto?

—Con derramamiento de sangre. —Tomo mi teléfono y llamo a Nino.

—Necesito veinte hombres armados —ordeno en cuanto contesta la llamada—. Me reuniré con ellos en una hora en la gasolinera que está cerca de la casa de Fitzgerald.

—Allí estarán.

—Bien.

—¿Jefe? —añade—. ¿Te encuentras bien? Stefano me llamó para decirme lo que pasó.

—Sí —respondo—. Rocco perdió a tres de sus hombres. Una docena de invitados están heridos. Algunos de ellos de gravedad. Al menos dos muertos.

—¿Debo llamar a Ilaria?

—No. Esto es un desastre demasiado grande para ser cubierto. Probablemente alguien ya llamó al 911. Me voy. Rocco tendrá que lidiar con las autoridades. Llama a Greg. Van a necesitar un abogado aquí enseguida, antes de que llegue la policía. —Corto la llamada y me dirijo a Arturo—. Vete. No quiero que estés aquí cuando lleguen las autoridades.

—¿Crees que Rocco podrá encargarse de esto?

—Me importa un carajo. Es desechable. Tú no lo eres —indico y me dirijo hacia mi coche. Es hora de ocuparse de Patrick Fitzgerald.

Enciendo el motor cuando suena mi teléfono. El número de Stefano.

—Estamos entrando al garaje —informa.

Me recuesto en el asiento y cierro los ojos. Ella está a salvo.

El sonido de empujones viene del otro lado de la línea.

—¡Dame ese maldito teléfono! —Escucho gritar a Milene—. ¡Por Dios, Salvatore! ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Estoy bien, Milene. Hay algo de lo que me tengo que encargar. Estaré en casa en un par de horas.

Transcurren unos instantes de silencio antes de que vuelva a hablar. Noto que le tiembla la voz.

—Me diste un susto tremendo. No te atrevas a volver a hacerme esto —susurra—. La próxima vez, tú vendrás conmigo.

Aprieto los dientes. Ella no tiene idea de lo difícil que fue confiar su seguridad a Stefano en vez de sacarla yo mismo del peligro.

—Stefano es más rápido que yo, *Cara*.

—¡No me importa, maldita sea! —suelta, y la línea se corta.

Bajo el teléfono y lo miro fijamente. Nadie se atreve nunca a colgarme y, sin embargo, ella lo hace todo el tiempo. Es extraño.

* * *

Estaciono mi auto en la entrada de Fitzgerald y me dirijo hacia la puerta principal, donde me espera Nino.

—Fitzgerald no está aquí —indica.

—¿Deegan?

—Pasquale lo tiene en la cocina.

—Vamos a charlar con él —señalo y entro a la casa, evitando el montón de cuerpos bajo las tenues luces del porche.

Llevamos semanas con gente vigilando la casa de Fitzgerald, así que entrar no resultó un problema. Ya conocían las rutas de los guardias y Alessandro desarmó el anticuado sistema de seguridad en menos de cinco minutos.

Cuando camino hacia el interior paso junto al personal de la casa, reunido en un rincón y de cara a la pared, algunos de ellos temblando visiblemente. Dos de mis hombres los vigilan. Sigo a Nino hacia la parte trasera de la casa.

El segundo al mando de Fitzgerald está sentado en la mesa del comedor con el cañón de la pistola de Pasquale apretado contra su sien izquierda. El irlandés levanta la vista y me sigue con la mirada cuando me acerco a la mesa y tomo asiento frente a él.

—¿Dónde está Patrick? —inquiero y me reclino en la silla.

—No lo sé —contesta.

Le hago un gesto con la cabeza a Pasquale. Él baja el arma y le dispara a Deegan en el muslo. El irlandés grita.

—¿Dónde está Patrick, Deegan? —repito.

—¡No lo sé! —Se atraganta—. Cuando se enteró de que la redada había sido un fracaso, se subió a su auto y desapareció. Probablemente esté en una de sus casas de seguridad.

—Me lo imaginé. —Nunca entenderé cómo un cobarde como Fitzgerald acabó como jefe de una gran organización criminal. Probablemente los irlandeses estaban desorganizados cuando la *Bratva* mató a la mayoría de sus líderes hace cuatro años, y él aprovechó una oportunidad abierta para ascender rápidamente entre sus rangos—. ¿Conoces la ubicación de las casas de seguridad?

—No. Patrick nunca las compartió conmigo.

—Lástima. —Miro a Pasquale. Otro disparo atraviesa el aire. Deegan se sacude una vez y luego se desploma hacia adelante, con sangre brotando del agujero recién hecho en un lado de su cabeza.

—¿Qué hacemos con el personal, jefe? —pregunta Nino.

—Dejaré que tú decidas. Si crees que alguno podría hablar, deshazte de ellos. —Me pongo en pie—. Dile a Alessandro que queme la casa. No quiero ninguna evidencia de que estuvimos aquí.

Fue por accidente que descubrí las habilidades de Alessandro Zanetti con el fuego. Hace un tiempo lo envié a deshacerse de unos rivales, suponiendo que les dispararía. En lugar de eso, los ató dentro de una cabaña abandonada y le prendió fuego. Se quemó tan completamente y tan rápido que los cuerpos no pudieron ser identificados.

Estoy a medio camino de mi auto, con Nino a mi lado, cuando el sonido de disparos rasga el aire. Viene del garaje situado a nuestra izquierda. Nino saca su arma y corre hacia uno de nuestros soldados, que ya está devolviendo el fuego junto a la puerta superior. Parece que algunos de los hombres de Fitzgerald decidieron esconderse en los vehículos. Nino se

escabulle dentro mientras yo saco mi arma de la funda y me dirijo al otro lado de la puerta del edificio para cubrirlo.

Un hombre, con pistola en mano, sale corriendo del garaje y se voltea para apuntar a uno de mis hombres cambiando su cargador junto a la puerta. Lanzo una bala. El irlandés cae, con sangre brotando de su cuello. Hay otro cuerpo tendido en el suelo unos metros más atrás.

Dentro del garaje, Nino está en cuclillas detrás de un vehículo, intentando neutralizar a los dos últimos tiradores, que le están disparando desde detrás de otro coche. Disparo unas cuantas balas en esa dirección, pero ambos se agachan. Nino se endereza y corre hacia el otro auto mientras uno de nuestros soldados y yo lo cubrimos. Mata a uno de los enemigos inmediatamente, pero el último sale disparando al azar hacia la salida. Las balas lo atraviesan desde todas las direcciones, cae de rodillas y luego se desploma.

Tiro mi arma al suelo y me quito la chaqueta, presionándola sobre la herida sangrante de mi costado izquierdo.

Milene

Miro la hora en mi teléfono. Las dos y media de la mañana. ¿Dónde está Salvatore? Me dijo que tenía que ocuparse de algo. Eso fue hace horas. Abro el registro de llamadas y vuelvo a pasar el dedo por su nombre. No contestó a las dos últimas llamadas. Eso nunca pasa. Casi espero que tampoco conteste esta, y se me escapa un suspiro de alivio cuando escucho su voz al otro lado.

—¿Tore? ¿Está todo bien?

—Sí —responde en tono cortante.

—¿Dónde estás? ¿Pasó algo?

—No. Estaré allí en diez minutos. —Cuelga la llamada.

Agarro el teléfono con más fuerza y mi mano tiembla por un momento. Respirando profundamente, abro la lista de contactos, busco el número de Nino y presiono el botón verde de llamada.

—¿Señora Ajello?

—¿Dónde está? —grito al teléfono.

—¿Quién?

—No me jodas, Nino. ¿Dónde está Salvatore y qué fue lo que pasó?
Un silencio breve invade la línea antes de que responda.

—Estamos abajo.

—¿En la oficina?

—No. En la enfermería.

—¿Por qué? ¿Le dispararon a alguien?

—Sí.

—¡Jesucristo! ¿A quién esta vez? ¿Por qué nadie me llamó, maldita sea?

—Me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta principal—. Voy a bajar.

—No creo que sea una buena idea, señora Ajello. El jefe dijo que no la quiere aquí.

Me quedo quieta cuando estoy a punto de girar la manija.

—¿Por qué demonios no?

—Porque es a él a quien le dispararon.

—¿Qué?

—La doc le está sacando la bala.

El teléfono se me cae de la mano y salgo corriendo del *penthouse*. No espero al ascensor. Salgo corriendo por las escaleras y atravieso el pasillo en dirección a Stefano, que está en la entrada de la enfermería. Cuando me ve llegar, me cierra el paso y levanta la mano como para detenerme.

—Señora Ajello, el jefe me ordenó que no dejara entrar a nadie.

—¡Muévete, maldición! —Le doy un manotazo, agarro la puerta y entro, aunque me detengo en el umbral.

Salvatore está sentado en una de las camillas. Ilaria está a su lado, cosiéndole una herida en el costado. Un montón de gasas ensangrentadas están esparcidas por el suelo alrededor de sus pies. Tomo aire y, al exhalar, algo parecido a un gemido sale de mi boca. Salvatore me mira y maldice.

—¿Qué diablos sucede contigo? —grito, quitándome las lágrimas de la cara y marchando hacia él—. ¿No pueden dispararle a otro para variar? ¿O es *tu* derecho exclusivo?

—Milene, cálmate —indica mientras Ilaria anuda la última puntada.

—No te atrevas a decirme que me calme, ¡idiota imprudente y negligente! —Agarro sus hombros y sigo gritando, sin prestar atención a Ilaria y Nino, que están de pie a mi izquierda y me observan con

expresiones de asombro en sus rostros—. ¡Ya me cansé de contar las heridas de bala en tu cuerpo! ¿Entendiste?

—Milene...

—¡Esta es la última! —reviro en su cara y luego estallo en llanto—. ¡Prométemelo!

—Probablemente fue un rebote. Apenas entró.

—¡Me importa un pepino si es una maldita bala de *paintball*, Salvatore! —resoplo y aprieto los dientes—. La próxima vez que te disparen, me largo.

Su mano izquierda me agarra por la nuca y me mira fijamente con la nariz dilatada.

—No volverás a decir eso, ¿me oyes, Milene?

—¡Me. Iré! —Se me escapan las palabras mientras las lágrimas siguen rodando por mis mejillas. Lo agarro, acerco su cara a la mía y pego mis labios a los suyos—. Maldita sea, Tore.

Alguien se aclara la garganta y, al girar la cabeza, veo a Ilaria a mi lado, con una mano en la cadera y la otra sujetando un rollo de vendas.

—Si ustedes dos ya terminaron, me gustaría continuar —exige, y luego mira a Salvatore—. Y me gustaría unirme al club de la “última vez” por si acaso. Ya me cansé de parcharte. La próxima vez, busca a alguien más. Milene, tendrá que tomar antibióticos durante los próximos diez días, ¿puedes revisar si tenemos algunos en el botiquín?

—No. —Salvatore me agarra por la cintura de mis *shorts*, manteniéndome en mi sitio—. Nino, ve a revisar el botiquín.

Nino asiente con la cabeza y va a buscar en los cajones mientras Ilaria venda la herida de Salvatore. Le eché un vistazo antes de que empezara, y no parecía demasiado grave. Aun así, no puedo dejar de temblar. Cuando Nino me dijo que le habían disparado a Salvatore, el peor de los escenarios pasó ante mis ojos. Incluso ver que está bien no ayuda a calmar la sensación de terror.

—Iré a buscarte una camisa —señalo y volteo hacia el ascensor, sin embargo, el agarre de Salvatore sobre mis *shorts* se hace más fuerte.

—Nino, que alguien suba a buscarme una camisa.

Nino le lanza a Ilaria la caja de antibióticos y saca su teléfono.

—Podría haberte traído la camisa —refunfuño.

Salvatore aprieta los labios y se inclina para susurrarme al oído:

—Dijiste que ibas a dejarme. Hasta que no consiga olvidarlo, Milene, no te dejaré fuera de mi alcance.

—Nada de actividad física durante al menos un mes, Salvatore —afirma Ilaria.

—No seas ridícula. —Se baja lentamente de la camilla—. Sanará en unos días.

—Oh, ¡por todos los santos! —Ella sacude la cabeza y se dirige hacia mí—. Por favor, intenta razonar con él.

Stefano entra corriendo, con una camisa blanca de vestir en la mano, y se la ofrece a Salvatore. De mala gana, mi esposo finalmente me suelta. Se pone la camisa, pero cuando intenta abrocharse los botones, aparto sus manos y me hago cargo.

—No se puede razonar con él, Ilaria. Es terco como una mula —murmuro mientras bajo por los botones.

Cuando llego al último, me doy cuenta de que en la habitación reina un silencio inquietante. Nino y Stefano están inmóviles a unos metros, con los ojos clavados en mis manos y en la parte delantera de la camisa de Salvatore. Al otro lado, Ilaria agarra con fuerza la caja de antibióticos y observa mis manos del mismo modo. Recorro con el dedo la hilera de botones de la camisa de Salvatore, preguntándome si me habré saltado algún agujero por accidente. No lo hice. Sacudo la cabeza y termino con el último.

Un beso se posa en mi frente.

—Vamos arriba.

—Claro. —Asiento con la cabeza y volteo hacia Ilaria—. ¿Quieres venir?

Ella no responde enseguida. Parece estar demasiado concentrada en mi mano entrelazada con la de Salvatore.

—No... Tengo cosas que hacer. —Me mira, luego se voltea rápidamente y se dirige hacia una silla para tomar su abrigo y su bolso. ¿Tiene cosas que hacer a las tres de la mañana?—. Te llamaré mañana. Que no se te abran las puntadas —ordena por encima del hombro, y se va. No estoy muy segura, pero creo haber visto lágrimas en sus ojos antes de que saliera corriendo de la enfermería y entrara en el ascensor, cuyas puertas se cerraron enseguida.

Cuando llegamos al *penthouse*, me dirijo a la cocina.

—¿Quieres comer algo? —pregunto.

—Sí.

—Bien, voy a ver si Ada dejó algo en la nevera. ¿Quieres algo en particular?

—Sí. —Salvatore jala mi mano y me gira hacia él—. A ti. Súbete al mostrador. —Levanto las cejas. Da un paso hacia mí—. Ahora, Milene.

Como no me muevo, da otro paso hacia adelante, obligándome a retroceder dos. Y otro más. Mi espalda toca el mueble.

—Arriba.

Me agarro del borde del mostrador y me levanto para sentarme.

—Te abrirás las puntadas —agrego.

—No lo haré. Levántate.

Preguntándome qué tiene en mente, hago lo que me dice, observándolo todo el tiempo con los ojos entrecerrados. Se acerca un poco más, apoya las manos en el mostrador, una a cada lado de mis pies, y levanta la vista hacia mí.

—Quítate los *shorts* y las bragas.

No puede hablar en serio.

Mientras miro, Salvatore me agarra los tobillos y se inclina hacia adelante.

—¡Ahora! —exige y muerde la tela de mezclilla que cubre mi coño.

Me tiemblan ligeramente las manos mientras me desabrocho los *shorts* apresuradamente y me los quito de una patada, junto con mi ropa interior. En cuanto me enderezo, Salvatore hunde su cara entre mis piernas. Esperaba que empezara despacio. Me equivoqué. Me chupa el clítoris con tal vigor que grito y enredo mis manos en su cabello, apretando las hebras oscuras mientras me chupa y lame con su lengua. Su mano derecha sube por la parte interior de mi muslo, cada vez más.

—Las puntadas —adviento con un carraspeo, y gimo cuando su lengua vuelve a lamerme los pliegues.

—Están en mi lado izquierdo —añade mientras desliza un dedo dentro de mí.

Se me ponen los ojos en blanco y me tiemblan las piernas. Me introduce otro dedo. Jadeo y me agarro del estante de la derecha. Salvatore sigue lamiendo mi sexo mientras sus dedos se mueven dentro de mí, estirando mis paredes, una vez más, llevándome a un estado de éxtasis total.

—¡Oh, Dios mío! —gimo y echo la cabeza hacia atrás. Cuando siento el más leve de los mordiscos contra mi clítoris, me corro tan repentinamente que casi me caigo del maldito mostrador.

—Te tiemblan las piernas —expresa Salvatore y desliza sus dedos hacia afuera lentamente.

No son solamente mis piernas. Mi maldito cerebro tiembla junto con el resto de mi cuerpo. Suelto el estante al que me he estado agarrando y bajo para sentarme en el mostrador.

—Podríamos haber acabado los dos en el suelo —señalo cuando consigo recuperar el aliento—. Estás loco.

Ladea la cabeza y coloca sus manos sobre mis mejillas, observándome con ojos llenos de lujuria.

—Creí que era *Dios mío* —dice.

Resoplo exasperada.

—Y encima modesto. —Entonces, sacudo la cabeza y aprieto mi boca contra la suya, saboreándome en él.

—No, en realidad no. —Sus manos aprietan un poco—. Y nunca te dejaría caer, Milene.

—Lo sé —susurro.

Salvatore

Milene está de pie frente al botiquín, al otro lado de la habitación, revisando el contenido y tomando notas en una libreta. Probablemente haciendo inventario. Necesito una gran fuerza de voluntad para permanecer sentado en lugar de ir hacia ella y traerla conmigo, para que esté a mi lado.

—Dejaste que te abrochara la camisa —comenta Ilaria mientras me cambia la venda.

—Lo hice —respondo.

Mi madre se queda callada unos instantes, jugueteando con la venda, no obstante, sé que no dejará pasar el tema.

—¿Fue algo de una sola vez? ¿No querías angustiarla aún más ayer? —pregunta, con un tono forzado de despreocupación.

—No. Lleva tiempo haciéndolo.

Las manos de mi madre se detienen momentáneamente mientras venda la herida. Levanta la vista, con una expresión de asombro en el rostro cuando nuestras miradas se cruzan. Con dos dedos inservibles y daños en los nervios de los otros tres, hacer cosas que requieren delicadeza ha sido un problema para mí durante años. Una debilidad. Dejar que alguien me abotone la camisa es algo que nunca habría permitido. Especialmente delante de testigos. Y ella lo sabe.

Los ojos de Ilaria bajan y se detienen en mi mano izquierda, que está agarrada al borde de la camilla. Estira su mano y me roza el dorso con la punta de los dedos.

—Había olvidado lo mal que está —indica.

Intento enderezar los dedos, aunque no puedo. Solo en esa mano me operaron seis veces. Y aun así, no fue suficiente. Mis nervios están demasiado dañados. Lo odio. Tan solo mirar las cicatrices, y recordar lo que representan, me dan ganas de matar a alguien. Nunca tolero las debilidades en los demás, pero especialmente en mí.

Hay una pregunta en los ojos de Ilaria mientras espera a que responda.

—Quiero sentir su piel cuando la toque —confieso—. Y no puedo hacerlo si me pongo el guante.

Me observa unos instantes y luego susurra:

—¿Estás enamorado de ella, Salvatore?

No tengo respuesta para esa pregunta. Sin embargo, no puedo apartar mi atención del otro lado de la habitación, donde Milene sigue estudiando atentamente el material médico. Viste *jeans* y una horrible camiseta amarilla que no soporto. Tiene el cabello recogido en un moño en lo alto de la cabeza sujetado con dos lápices.

—No lo sé, Ilaria —admito—. Sabes que no se me dan muy bien las mierdas emocionales.

—Sí que lo sé.

Me estoy levantando de la camilla, con intención de irme, cuando Ilaria vuelve a hablar.

—¿Qué harías si alguien la lastimara, Salvatore?

Giro la cabeza rápidamente para mirarla fijamente. Ella da un paso hacia atrás, pero sé que lo hizo inconscientemente. Todo el mundo lo hace. Excepto Milene. Mi esposa normalmente levanta la barbilla. O sonríe.

—Si en la mente de alguien se formara la más mínima idea de hacerle daño a mi mujer, le partiría la cabeza a ese alguien, con mis propias manos como si fuera una jodida sandía —escupo—. Después, le sacaría el cerebro enfermizo y se lo estrujaría tan fuerte que lo único que quedaría sería papilla.

Mi madre sonríe y se dirige al botiquín, mientras tararea para sí misma.

Capítulo 23

Milene

—Iré a ver a Pippa más tarde —informo por encima del hombro y enciendo la cafetera—. Le prometí que iría a comprar un vestido con ella después. Van a dar un banquete para el personal del hospital el sábado. — No volveré al programa de residencia, no después de que la Familia me cambiara la vida hace un par de meses. Y desde el atentado de hace un mes, las razones de Salvatore para no dejarme trabajar como enfermera en un hospital público son más comprensibles.

—¿Lo echas de menos? ¿El trabajo? —cuestiona Salvatore desde su lugar en la mesa del comedor.

—Sabes que sí. —Me encojo de hombros.

—Nino sigue intentando localizar dónde se esconden los irlandeses para que podamos acabar con ellos. Cuando acabe con Fitzgerald, pensaremos en algo.

La taza que sostengo casi se me resbala de los dedos. Volteo y lo miro fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Si significa tanto para ti, podemos intentar encontrar un hospital cercano que quizá permita guardaespaldas —agrega mientras me observa con una expresión sombría—. O puedes encargarte de la enfermería de abajo.

Aprieto los labios y sonrío.

—Gracias.

Salvatore asiente con la cabeza.

—Sobre lo de ir de compras. ¿Cuánto tiempo?

—Tres horas. Quizá cuatro.

Me observa durante unos instantes, con los labios apretados en una delgada línea, y luego asiente. Llevo mi taza de café a la mesa, me siento

sobre el muslo derecho de Salvatore y tomo la canasta de panecillos para el desayuno. Su brazo derecho me rodea la cintura y continúa comiendo.

Al principio me resultaba un poco extraño sentarme en el regazo de Salvatore durante las comidas, sin embargo, me he acostumbrado. Empezó hace un mes, justo después de la revuelta con los irlandeses. Al principio, insistía en que me sentara en su regazo cuando estábamos desayunando. Luego también en la cena. Ahora, es en todas las comidas. Cuando le pregunté por qué, me dijo que aún no había olvidado que le dije que me iría si volvían a dispararle, y que este era mi castigo. No me parece un castigo. De hecho, me gusta estar tan cerca de él de esta manera. Su explicación fue una mentira evidente, por supuesto. Salvatore tiene problemas para reconocer sus propios sentimientos, así que no es de extrañar que tenga la misma dificultad para expresarlos.

—Me llamarás a cada hora —ordena y me aprieta la cintura.

—Sabes que lo haré. —Le doy un beso en la comisura de sus labios apretados.

—No lo olvides, Milene.

Suspiro, tomo su cara entre mis manos e inclino su cabeza.

—¿Qué tal si lo hacemos cada treinta minutos? ¿Te parece mejor?

Me mira de esa forma suya tan poco usual, como si quisiera absorberme en sí mismo a través de sus ojos.

—Treinta minutos entonces. —Sonrío y lo beso—. Tienes que empezar a hablar de estas cosas, Tore. No siempre puedo adivinar cuando algo te molesta.

—Hasta ahora lo has hecho bien.

Se escucha el ruido de algo que cae al suelo, seguido de un maullido de enfado cuando Riggs sale corriendo de la cocina y se escapa por la sala. Un segundo después, Kurt se lanza tras Riggs a una velocidad endiablada, pero pierde tracción en el suelo pulido y acaba deslizándose de costado por el pasillo, golpeando la pared del fondo con el trasero.

—¡Ese gato necesita un trasplante de cerebro! —exclama Salvatore, y yo suelto una carcajada.

—Si ese fue tu intento de hacer un chiste, necesitas trabajar en cómo lo cuentas.

—Te estás riendo, ¿no?

—Sí —resoplo—, pero solo porque eres mío y no quiero desanimarte. — Levanta una ceja—. No puedes soltar un chiste con la misma entonación con la que amenazas a alguien de muerte, Salvatore. —Le doy otro beso en la boca, tomo otro panecillo de la canasta y me levanto—. Te llamaré. Te lo prometo.

* * *

—Realmente no veo por qué esto es necesario —refunfuña Pippa cuando llegamos a la perfumería—. Fue divertido las primeras veces, pero ahora me parece raro.

Miro por encima de mi hombro. Alessandro camina unos pasos detrás de nosotras, con un aspecto amenazante con su traje oscuro y su auricular a la vista. Me pregunto dónde encontrará trajes de su talla. El tipo mide al menos dos metros y medio y tiene la masa muscular de una montaña de tamaño mediano. Vincenzo está de pie cerca de la caja registradora, en la esquina opuesta de la tienda, con sus manos entrelazadas a la espalda. Hay dos guardaespaldas más en la entrada, uno enfrente y otro adentro.

—Ignóralos. —Me encojo de hombros.

—Tengo que ir al baño —comunica Pippa—. Ahora te alcanzo.

—¿Otra vez? Tu vejiga es del tamaño de un cacahuete.

—Estoy en un programa de desintoxicación. Comida líquida durante los próximos siete días. Es un asco. —Se apresura hacia la salida.

Me dirijo a la sección de caballeros y paso por delante de un anaquel con el letrero “Novedades” cerca del centro de la tienda. Tomo un frasco de colonia y lo huelo. No, demasiado fuerte. A Salvatore no le gustaría. Estoy devolviendo el frasco a su lugar cuando el sonido de un disparo penetra en el aire.

El frasco se me escapa de las manos y cae al suelo, mientras miro fijamente al guardaespaldas que estaba en la entrada. Está tendido en el suelo, en un charco de sangre a su alrededor. Un enorme cuerpo masculino se materializa frente a mí en el mismo momento en que suena otro disparo. Me quedo clavada en mi sitio, observo fijamente la espalda de Alessandro, que me impide ver la entrada, e intento con todas mis fuerzas que me entre

suficiente aire en los pulmones. No lo consigo. Lo único que consigo son respiraciones entrecortadas y rápidas. No puedo ver nada, pero por la proximidad de los estruendos, sé que es el arma de Alessandro la que está disparando. Una, dos... siete veces. El sonido se mezcla con el ruido de otros disparos y parece como si los disparos se extendieran a nuestro alrededor. La gente grita. Los latidos de mi corazón se aceleran y miro frenéticamente a mi alrededor en busca de Pippa. ¿Dónde está?

—¡Vincenzo! —exclama Alessandro—. ¡La puerta! ¡Cúbrenos!

Vincenzo deja su sitio detrás de la repisa a nuestra izquierda, corre hacia la entrada y sigue disparando.

—Quítate los zapatos —ordena la voz grave de Alessandro mientras cambia el cargador de su pistola y reanuda el tiroteo.

En cuanto me quito los tacones, sus dedos me rodean la muñeca y mueven mi mano hasta la cinturilla de sus pantalones, a su espalda.

—Agárrate. Camina detrás de mí —exige con voz firme—. Nos vamos.

La manga de su chaqueta se ha subido, revelando una pulsera de cuero alrededor de su muñeca. En el nudo donde está atado el cordón de cuero, hay un pequeño dije de plata en forma de osito de peluche con un moño rosa sobre la cabeza.

—Milene.

Le agarro firmemente el cinturón y su mano desaparece de mi vista.

Alessandro camina hacia la salida. Un paso. Lo sigo, agarrándome con fuerza y manteniéndome lo más cerca posible de él. Varios disparos más. Me estremezco con cada estruendo. Otro paso. Otra ronda de disparos. Vuelve a cambiar el cargador. Dos pasos más. Nos detenemos en la puerta y mis ojos se posan en el cuerpo tendido en el suelo a mi derecha. El guardaespaldas tiene los ojos abiertos, pero vidriosos. Por primera vez me doy cuenta de lo joven que parece. Tiene un agujero en el cuello que supura sangre, y algunos más en el pecho. Aprieto los labios para evitar que se me escapen las lágrimas.

—¡Vincenzo! —La voz de Alessandro—. Ponte detrás de Milene. Cúbrenos las espaldas.

Salimos de la tienda, Alessandro primero y yo después. Vincenzo sale detrás de nosotros, con la espalda pegada a la mía y su arma lista para disparar.

Suena un disparo que rompe el escaparate de la tienda a nuestra izquierda. Le sigue otro. Alessandro continúa caminando por el pasillo, disparando balas delante de nosotros. Su manga izquierda está mojada. Cuando bajo la mirada, veo que la sangre le gotea por la mano y cae sobre el suelo de losetas blancas. Hay cadáveres esparcidos a nuestro alrededor. Debe de haber al menos veinte. Mis ojos se posan sobre cada uno de ellos, temiendo encontrar a Pippa entre ellos. Sin embargo, solo son hombres, y algunos de ellos aún tienen sus armas en la mano. Las sirenas de la policía suenan en la calle, no obstante, parecen lejanas y de alguna manera ajenas a este mundo.

—Esos son todos —declara Alessandro como si estuviera hablando del clima—. Vamos al auto.

De pronto, el brazo de Vincenzo me rodea la cintura y me jala hacia él. Jadeo cuando mi mano se suelta del cinturón de Alessandro. Él se da la vuelta y Vincenzo levanta su arma y le dispara cinco balas en el pecho. Grito cuando Alessandro cae al suelo.

—¡Muévete! —Vincenzo me agarra dolorosamente del brazo y me arrastra hacia atrás, hacia una salida de emergencia, mientras mis ojos se clavan en la forma inerte de Alessandro.

* * *

—¡Pedazo de mierda! —grito mientras Vincenzo sigue arrastrándome. Estamos en el estacionamiento subterráneo y nos dirigimos a una furgoneta negra estacionada en el extremo opuesto del garaje escasamente iluminado.

—¡Cállate de una puta vez o haré que te calles con mi puño! —Me aprieta el brazo con más fuerza y me empuja.

La puerta lateral de la furgoneta se abre y aparecen dos hombres.

—¿Dónde están los demás? —pregunta el enorme tipo calvo junto a la puerta.

—Muertos —informa Vincenzo, me agarra del cabello y me empuja hacia adentro.

—¿Cómo que muertos? ¡Teníamos veinticinco personas!

—Zanetti los mató a todos.

—¿Por qué carajos no mataste al bastardo?

—Tuve que hacerlo al final —suelta Vincenzo—. Me pagaron para sacar a la mujer. No para ayudar a un puñado de idiotas incapaces de acabar con un solo hombre.

—¡Maldito cobarde! —escupe el calvo, levanta una pistola y le dispara a Vincenzo en la cara.

La puerta corrediza se cierra con un firme clic mientras el motor se enciende.

Salvatore

Suena el teléfono sobre mi escritorio mientras estoy en una reunión con Cosimo. En cuanto veo el nombre de Alessandro, un sentimiento de pavor se forma en la boca de mi estómago. Podría estar llamándome para que autorice un cambio de ruta porque Milene decidió ir a otro lugar después del centro comercial, pero de algún modo sé que no es eso.

—¿Qué pasó? —bramo al teléfono.

—Los irlandeses nos atacaron mientras estábamos en el centro comercial —informa Alessandro. Su respiración es agitada, jadeante—. Conseguí neutralizarlos, pero antes de llegar al coche, Vincenzo agarró a tu esposa y me metió medio cargador.

Aprieto con fuerza el teléfono en mi mano.

—¿A dónde se la llevó?

—No lo sé. —Alessandro tose—. Tenía puesto un chaleco antibalas, sin embargo, me desmayé por el impacto. Se han ido.

—Sal de ahí y llama a alguien para que te recoja. —Cuelgo la llamada y miro a Cosimo—. Vete. Manda a Nino aquí. Ahora mismo.

Abro el software de rastreo GPS en mi *laptop* y miro fijamente el punto rojo que muestra la ubicación de Milene. La señal se desplaza por la autopista. La están sacando de la ciudad.

* * *

—No la tocarán, jefe —asegura Nino—. Es a ti a quien quieren.

—Lo sé —afirmo y continuo mirando el punto rojo que parpadea en la pantalla. No he dejado de observarlo desde que abrí la aplicación de rastreo, como si fuera a desaparecer si pestañeo. Algo oscuro y hambriento de destrucción despertó dentro de mi pecho cuando Alessandro me llamó. Un abismo de oscuridad crece con cada segundo que pasa, anhelando una masacre. Un agujero negro listo para tragarse el universo entero. Se atrevieron a llevarse a mi Milene. *Oh*, cómo lo pagarán.

El punto parpadeante se detiene. El corazón me da un vuelco. Un minuto después, suena el teléfono en mi escritorio. Tomo el auricular y contesto la llamada.

—Ajello —dice la voz al otro lado—. Me enteré de que perdiste algo.

—¿Dónde está mi esposa, Patrick?

Se ríe.

—*Oh*, ¿no te encantaría saberlo?

—¿Dónde. Está. Ella?

—Sube a tu auto y conduce hacia el sur. Alguien te llamará con más instrucciones. Cuando llegues al destino, haremos un intercambio. Tú por ella —explica—. Si no estás solo, les diré a mis hombres que le rompan el cuello.

La llamada se desconecta.

—Llévate a treinta hombres —le ordeno a Nino—. Tienen secuestrada a Milene en algún lugar al oeste de la ciudad, probablemente en la zona industrial. Puedes obtener las coordenadas exactas con esto. Llévatela. —Hago un gesto con la cabeza hacia la *laptop*.

—Puedo tenerlos listos para ir contigo en diez minutos.

—Desde luego que no vendrán conmigo. Llevarás a los hombres directamente a donde sea que esté Milene y buscarás un escondite cerca. Te llamaré cuando llegue. Patrick probablemente me guiará en círculos durante un rato para asegurarse de que nadie está detrás de mí, así que estarás allí antes de que yo llegue. —Le clavo la mirada—. Que ni se te ocurra enviar a alguien a seguirme —reviro.

—Pero, jefe...

—¡No te atrevas, maldita sea! —gruño y golpeo el escritorio que tengo frente a mí con la palma de la mano—. ¡Mataré a cualquiera que me siga, y acabaré contigo también por desobedecer órdenes! ¿Lo has entendido?

Nino aprieta los dientes.

—Es una trampa.

—Claro que es una trampa. —Me meto el teléfono en el bolsillo y agarro las llaves del coche del escritorio—. Cuando llegue, espera veinte minutos, y entonces tú y tus hombres podrán entrar disparando. Ni un segundo antes, Nino.

—Te matarán.

—No lo harán. Al menos no inmediatamente. Quiero que se enfoquen en mí, no en Milene, mientras tú atacas el lugar. —Me levanto y camino alrededor del escritorio hasta que estoy justo delante de Nino—. Sea lo que sea que encuentres cuando entres, primero sacarás a Milene. Solamente cuando ella esté a salvo podrás volver por mí. Asiente si lo entiendes.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—¡Asiente, joder! —Le grito a la cara.

Nino cierra los ojos y asiente con la cabeza.

—Bien. —Me doy la vuelta y salgo de la oficina.

Capítulo 24

Milene

La puerta de la furgoneta se abre y aparece la luz del día. Una mano me rodea el brazo y me arrastra hacia el exterior. Entrecierro los ojos ante el sol, ya que me acostumbré a la penumbra de la furgoneta. Intento ver el lugar al que me han traído. Una gran edificación de metal que parece una especie de almacén se cierne a unos metros delante de mí. Podría ser cualquier sitio. No consigo ver más porque uno de los hombres, el calvo corpulento, me empuja hacia la fábrica. Las piedras y otros escombros me pinchan la piel de las plantas de los pies.

¿Qué me van a hacer? Si hubieran planeado matarme, ya lo habrían hecho. Echo un vistazo a mis manos atadas y a la banda de oro que me rodea la muñeca izquierda. El TOC de Salvatore me salvará la vida. Enviaré a alguien para rescatarme. Solo necesito seguir con vida hasta que lleguen.

El interior del almacén está casi vacío, con unos cuantos muebles esparcidos. En la esquina derecha hay unas cuantas sillas dispuestas junto a una larga mesa de centro de formica. Ocho hombres están sentados a su alrededor, bebiendo y riendo. Agacho rápidamente la cabeza para mantener la mirada fija en el duro suelo que hay bajo mis pies. El tipo que me sujeta me arrastra hacia la pared de la izquierda y me empuja al piso. Con las manos atadas, no consigo amortiguar la caída y me desplomo con fuerza sobre mi hombro, con la nariz contra la superficie húmeda y sucia.

—¡No te muevas, joder! —revira el calvo y cruza los brazos delante del pecho, mirando en dirección a las enormes puertas corredizas que dejaron abiertas.

Parece que estamos esperando a alguien. Probablemente al jefe del clan irlandés. Me siento y apoyo la espalda contra la pared, girándome para ver la entrada.

* * *

Deben de haber pasado dos o tres horas desde que me trajeron al almacén. No estoy segura, porque no tengo reloj. He pasado la mayor parte de ese tiempo en el piso frío, mirando a mi alrededor, buscando una salida. No he conseguido nada. El calvo que me vigila no ha dicho ni una palabra.

Cuando no estaba buscando una oportunidad para escapar, pensaba en los tres hombres que murieron hoy por mí. No conocía muy bien a los dos guardaespaldas que se quedaron en la puerta de la tienda. Ni siquiera recuerdo sus nombres, y eso me carcome por dentro. ¿Cómo es posible que no recuerde sus nombres? Pienso en Alessandro. Puede que fuera un gruñón huraño, no obstante, hoy salvó mi vida, probablemente varias veces, solo para acabar muerto por ello. Ojalá el calvo no le hubiera disparado a Vincenzo. Ese maldito traidor merecía una muerte mucho más dolorosa.

¿Qué piensan hacer conmigo? ¿Pedirán un rescate? ¿Por qué no han hecho algo ya? Aparte de algunos mechones de cabello que me faltan, algunas cortadas en los pies y moretones en los brazos por haber sido ajetreada, estoy bastante ilesa, al menos por fuera. Hubo un momento en que pensé que me violarían en grupo sobre una lata de aceite oxidada, pero aparte de los chistes obscenos que he escuchado de los hombres sentados en la mesa, me han ignorado casi por completo. Obviamente, soy un peón en un juego mucho más grande. ¿Será eso algo bueno? ¿Conseguirán más dinero de Salvatore si estoy ilesa?

Suena un teléfono en el bolsillo del calvo. Lo saca y escucha a la persona al otro lado durante un rato. Luego, mira a los hombres que están reunidos alrededor de la mesa de centro, viendo algunos vídeos en el teléfono de alguien y riéndose.

—¡Ya llegó! —exclama el calvo. Los hombres saltan de sus sillas y se apresuran a recoger sus armas, que descansan contra una pared cercana.

Un gran automóvil plateado entra por las puertas abiertas. Uno de los hombres corre y cierra la puerta del almacén que hay detrás del vehículo, mientras los otros siete permanecen de pie frente al coche, apuntándole con sus armas. La puerta del conductor se abre y sale Salvatore. Me levanto a tientas del suelo con la intención de correr hacia él, sin embargo, el calvo me rodea el brazo con su mano gruesa y me sujeta firmemente.

Salvatore cierra la puerta del vehículo y mira a su alrededor, sin preocuparse de los hombres que le apuntan directamente con sus armas. Es como si hubiera entrado a un 7-Eleven para comprar un maldito cartón de leche. Contengo la respiración, esperando a que sus hombres hagan acto de presencia. No pasa nada. ¿Qué demonios? ¿Por qué no hay nadie con él?

Su mirada llega hasta mí y se detiene. Sus ojos recorren mi cuerpo. Me imagino lo que debe de estar pensando al ver mi cabello enredado y los arañazos que me hice en la mejilla izquierda cuando el calvo irlandés me empujó bruscamente al suelo. Sus ojos recorren mi vestido azul empolvado y manchado hasta llegar a mis pies descalzos. Los hombres que lo rodean le gritan a Salvatore que levante las manos, sin embargo, él los ignora. Su mirada vuelve a subir por mi cuerpo hasta llegar a mis ojos, donde permanece fija. Tres de los irlandeses lo rodean por detrás, con sus armas apuntando a la espalda de Salvatore. Siguen gritando.

Dos de los hombres agarran los bíceps de Salvatore y lo arrastran hasta la silla situada en el centro del enorme espacio. Y él los deja. ¿Qué diablos está pasando? ¿Dónde carajo están sus refuerzos? Tienen las coordenadas GPS de mi pulsera, así que ¿por qué habrá venido Salvatore solo, maldita sea? Veo con horror cómo lo sientan a empujones en la silla y un hombre de baja estatura y robusto procede a atarle las manos en la espalda.

Salvatore no intenta resistirse y no dice nada. Solamente se sienta en la silla y me mira fijamente.

* * *

El tipo robusto echa el puño hacia atrás y vuelve a golpear a Salvatore en el estómago. Ahogo un lloriqueo y cierro los ojos un instante cuando su puño hace contacto.

—Creo que deberíamos mantenerlo vivo al menos unos días —sugiere uno de los hombres que están junto a la pared y se ríe—. Hasta que todos tengan su turno.

Cuando el tipo robusto vuelve a lanzar el puño, jalo mi brazo en un esfuerzo por alejarme, pero el irlandés calvo que me sujeta aprieta con más

fuerza. Me movió para que estuviera a la vista de Salvatore. Lo único que puedo hacer es ver cómo le dan otro golpe.

Desde el momento en que Salvatore entró hace diez minutos, los irlandeses han enfocado toda su atención en él, dejándome al margen con el calvo corpulento. Yo fui la carnada, utilizada para traer a Salvatore aquí.

No ha dicho ni una palabra desde que llegó. Ni cuando lo arrastraron a la silla en medio de la habitación y lo ataron a ella, ni mientras lo han estado golpeando. Solo se sienta en silencio y me mira, sin apartar sus penetrantes ojos de los míos.

El tipo robusto vuelve a golpearlo, esta vez en la barbilla, y la cabeza de Salvatore se mueve bruscamente hacia un lado. Intento apartar las lágrimas, pero caen de todos modos. Algunas resbalan por mis mejillas y aterrizan sobre mi vestido estropeado. Van a matarlo, y él lo sabía desde el momento en que entró al almacén. Aun así, vino. Salvatore respira profundamente, levanta la cabeza y vuelve a clavar sus ojos en los míos. Resoplo y vuelvo a forcejear con el brazo, intentando avanzar, aunque la mano que me sujeta solo me aprieta más. Me siento impotente ante su agarre.

Las enormes puertas metálicas de la derecha se abren y entra un coche, que se detiene cerca de la silla donde está atado Salvatore. El conductor sale y abre una de las puertas traseras. Sale un hombre vestido con un traje azul marino. Me lanza una mirada y luego desvía la vista hacia Salvatore mientras una sonrisa malvada se dibuja en sus labios.

—¿Sabes? —dice mientras camina hacia Salvatore—. Si alguien me hubiera dicho que una mujer sería tu perdición, los habría echado a carcajadas de la habitación. Me pregunto qué tiene ella de especial.

Los ojos de Salvatore abandonan los míos y se enfocan en el hombre del traje.

—Patrick —suelta con voz tranquila—. Qué amable de tu parte el acompañarnos. Esperaba que te encerraras en tu agujero y dejaras que los demás hicieran el trabajo por ti, como es tu estilo de siempre.

¿Qué diablos está haciendo? ¿Por qué está provocando al líder irlandés?

—Siempre tan sereno. —Patrick sacude la cabeza y me mira por encima del hombro—. ¿Mantendrás la compostura cuando empiece a jugar con tu esposa? Es muy guapa, lo reconozco.

—Tuve una charla interesante con uno de tus hombres —continúa Salvatore—. No sabía que tenías problemas con las apuestas, Patrick. ¿Sabe

tu gente que te estás gastando el dinero de la organización como si fuera agua?

La cabeza de Patrick se voltea rápidamente hacia Salvatore, y le da un golpe en la cara.

—¡Cierra la puta boca!

Salvatore escupe sangre al suelo y levanta la vista.

—Dos millones es mucho dinero para perder, Patrick.

Trago saliva y se me escapan las lágrimas al darme cuenta de lo que está haciendo. Maldito seas, Salvatore. Está intentando que Patrick se concentre en él y no en mí.

—Planeaba jugar contigo un rato antes de matarte —agrega Patrick—. Pero tal vez cambie de opinión.

Cuando mete la mano en su chaqueta, se escuchan disparos en el exterior. Las puertas corredizas se abren y hombres armados se precipitan al interior, disparando con precisión contra los irlandeses. Reconozco a Carmelo y Aldo entre ellos. Las ventanas del otro lado del almacén se rompen bajo los disparos, y la mafia irlandesa se dispersa de repente, corriendo de un lado a otro, aparentemente sin estar preparados para semejante intrusión. Mi captor desaparece de mi vista, su calva cabeza se mueve hacia las puertas abiertas, pistola en mano. Volteo hacia Salvatore, que sigue atado a la silla, directamente en medio del fuego, y corro hacia él.

—¿Qué haces? ¡Al suelo! —grita cuando llego hasta él. Ignoro sus gritos y me acerco al respaldo de la silla. Tengo las manos atadas por delante, así que debería poder soltarlo, pero cuando busco sus muñecas, un frío pánico se apodera de mí. No usaron cuerda como lo hicieron conmigo. Las dos manos de Salvatore están esposadas al respaldo de la silla. Una silla de metal. Atornillada al suelo.

—¡Milene! ¡Agáchate de una maldita vez!

A nuestro alrededor se escuchan gritos y disparos, pero parece que la mayoría de los disparos se producen alrededor de las puertas. Respiro profundamente, me pongo frente a Salvatore y coloco mis manos atadas alrededor de su cuello. Me subo a su regazo, a horcajadas sobre él, de espaldas a las puertas y a los disparos que se producen a nuestro alrededor.

—¡Milene! ¿Qué carajo? ¡Tírate al suelo! —gruñe, sacudiendo el cuerpo, tratando de tirarme, sin embargo, me pego a él y aprieto mis brazos alrededor de su cabeza, apretándola contra mi pecho.

—¡Maldita sea, Milene, te voy a matar, joder! ¡Suéltame y tumbate en el suelo! —grita a todo pulmón—. ¡Ahora mismo!

—Eres un maldito imán para las balas, Salvatore. —Beso su cabello y aprieto mi agarre—. Y estoy bastante segura de que ya usaste tus nueve vidas, así que no te volverán a disparar hoy.

Su pecho sube y baja. Varias balas pasan cerca de mi cabeza e impactan en la mesa que hay más atrás en la habitación, haciéndola caer al suelo de cemento. El cuerpo de Salvatore comienza a temblar en mi abrazo.

—*Vita Mia* —susurra—. Por favor. *Abajo*.

Otra bala rebota en el suelo a nuestra derecha y me aprieto más a él. Su cuerpo tiembla como si tuviera fiebre.

—Te amo, Tore —le digo al oído.

—Milene. —Tiene los ojos enrojecidos—. Voy a morderte. Con todas mis fuerzas. —El tiroteo sigue, pero ahora escucho cómo le tiembla la voz—. Te dolerá, Milene. Muchísimo. Quítate. De. Encima.

Sonrío.

—Hazlo. No me moveré.

Las balas golpean algo sobre nuestras cabezas y parte de la construcción de metal se derrumba detrás de nosotros, lanzando polvo y fragmentos de escombros al aire. La respiración de Salvatore se vuelve errática, su pecho sube y baja a una velocidad frenética. Mientras lo observo, una lágrima rueda por su mejilla.

—Por favor —musita.

—No —replico, y aprieto mis brazos alrededor de él, metiendo su cabeza en el pliegue de mi cuello. Vuelve a sacudirse y a duras penas consigo no caerme de su regazo.

Más gritos y disparos llegan hasta mis oídos, los sonidos duran un par de segundos más antes de que la acción se calme. Poco después, únicamente se escuchan voces y pisadas rápidas. Nino salta al suelo del almacén por una gran ventana rota del fondo y corre hacia nosotros, seguido de Pasquale y otro hombre. Mientras los observo por encima de la cabeza de Salvatore, Nino y Pasquale se detienen bruscamente y levantan sus armas en nuestra dirección. Mis ojos se abren de par en par porque, por un instante, pienso que realmente van a dispararnos. Antes de que puedan apretar el gatillo, un disparo estalla en algún lugar detrás de mí, y un dolor me recorre el brazo.

Ahogo un grito y casi me desmayo allí mismo al contemplar el gran agujero rojo en mi brazo que supura sangre. Es diferente ver una herida en mi propio cuerpo, y por mucha experiencia que tuviera no podría haberme preparado para ello.

—¡Nino! —grita Salvatore, mirándome el brazo y la sangre que brota de la herida. Respira con dificultad y, cuando levanta su mirada hacia mí, sus ojos parecen desquiciados.

Nino viene corriendo, me pone en el brazo un bulto de tela que parece la camisa de alguien y yo grito.

—¡A un hospital! —brama Salvatore—. ¡Ahora, Nino!

—¿Y usted, jefe? —pregunta Nino mientras me levanta en brazos.

—¡Si no llevas a mi mujer a un hospital en menos de cinco minutos, Nino, te mataré, maldita sea! ¡Carmelo, ve con ellos y llévate a Pasquale! ¡Ahora mismo, joder! —grita.

Nino asiente con la cabeza y me saca corriendo hacia una camioneta estacionada afuera.

Salvatore

Stefano tarda cuarenta minutos en encontrar las llaves de las esposas y soltarme. Cuarenta jodidos minutos sentado mientras Milene pierde sangre. Herida. Por *mi* culpa.

El sonido de un teléfono sonando viene de mi izquierda.

—Es Nino —dice Stefano y me pasa su teléfono.

Me tiembla la mano cuando tomo el aparato y miro la pantalla. Es una herida en el brazo. No debería ser grave, a menos que la bala haya tocado una arteria. El temblor de mi mano se intensifica y no consigo presionar el botón para contestar hasta el tercer intento. Acercó el auricular a mi oído y cierro los ojos.

—¿Nino?

—Ella se pondrá bien.

Me agarro del respaldo de la silla y exhalo.

—¿Qué tan grave es?

—Un poco de daño muscular que sanará bien.

—¿Se espera que se recupere por completo? ¿Sin secuelas?

—La darán de alta mañana. Tu esposa está bien, jefe.

Termino la llamada y volteo a ver los cuerpos de los irlandeses esparcidos alrededor. La mayoría están muertos, pero hay otros aún vivos, quejándose o jadeando. Al girar la cabeza hacia un lado, fijo mi mirada en el hombre que Aldo mantiene sujeto contra el cofre de un coche. ¡El maldito Patrick Fitzgerald! Estaba escondido en su auto mientras arreciaba el tiroteo, y luego trató de dispararme cuando todos bajaron la guardia. No obstante, la bala hirió a mi mujer.

—Un cuchillo —exijo sin apartar los ojos del líder de la mafia irlandesa al que apenas le quedan unos cientos de latidos en su patética vida.

Alguien presiona el mango de un cuchillo sobre mi mano extendida. Doy un paso adelante, me agacho y agarro por el cabello al primer irlandés que gime. Fitzgerald me mira fijamente, con los ojos muy abiertos, y yo no le quito la vista de encima mientras presiono el cuchillo contra el cuello del hombre y le atravieso la garganta con la navaja. La sangre caliente fluye sobre mi mano. El almacén, que rebosaba de gritos y ruidos, se queda en silencio.

Dejo que el cuerpo caiga a mis pies, paso por encima de él y me dirijo hacia el siguiente hombre. Este está desmayado, pero aún respira. También lo agarro por el cabello y aprieto la navaja contra su manzana de Adán.

Un sonido ahogado sale de los labios de Patrick, que sigue mi mano con la mirada y ve cómo la sangre me salpica el brazo y el frente de mi camisa. Cuando dejo caer el cuerpo y doy otro paso hacia él, Patrick levanta la vista. Doy un paso más y sigo creando un camino de irlandeses muertos, sin apartar mis ojos de los suyos. El terror en su rostro es delicioso. Sabe que estoy dejando lo mejor para el final. Sonrío y doy otro paso. *Oh*, cómo disfrutaré despellejando al hombre que hirió a lo único que amo en este mundo.

* * *

Entro al pequeño hospital privado que atiende a mis hombres cuando Ilaria no puede atenderlos en la enfermería, y giro hacia el pasillo de la izquierda. Dos enfermeras de la recepción se levantan bruscamente, pero como no las volteo a ver, vuelven a sentarse. Siento un dolor punzante en el costado izquierdo. Probablemente, el matón de Patrick me rompió una costilla, aunque lo ignoro y sigo caminando, con Stefano siguiéndome unos pasos más atrás.

No recuerdo haber estado nunca tan asustado como cuando vi la sangre brotando del brazo de Milene. Fue como si alguien me hubiera clavado un cuchillo en el estómago y lo hubiera arrastrado hacia arriba, abriéndome el pecho.

La gente que me ve pasar se aparta, mirando la sangre que aún cubre mis brazos y manos. Menos mal que me puse una camisa negra para la ocasión. Así no pueden ver también la sangre que la empapa.

El médico que suele atender a mis hombres levanta la vista del historial que tiene en la mano y se dirige apresuradamente hacia mí.

—¡Señor Ajello! ¿Qué...?

—¡Aléjate! —ordeno bruscamente, doblo la esquina y me dirijo rápidamente por el largo pasillo hacia la puerta del fondo, donde Carmelo y Nino montan guardia.

—Abre la puerta —indico.

—Jefe. Quizá deberías lavarte primero la sangre. —Nino asiente hacia mis manos—. Puede que se asuste si te ve así.

No había pensado en eso.

—Búscame una camisa.

Tardo cinco minutos en limpiarme las manos y los brazos. La camisa negra que me trajo Nino oculta las manchas en mi pecho, que no me molesté en limpiar. Cuando abro la puerta de la habitación de Milene, estoy en un estado semipresentable. Al menos, por fuera.

—¡Tore! —Milene se sienta en la cama y mueve las piernas hacia un lado.

Agarro el carrito de metal que hay a los pies de la cama y aprieto el borde con todas mis fuerzas.

—No te atrevas a bajarte de esa cama —siseo, con los ojos fijos en el vendaje que rodea la parte superior de su brazo y en el soporte para el suero

junto a la cama. Pudo haber muerto. Cierro los ojos y respiro profundamente, intentando calmarme. No funciona.

Me agarro con más fuerza a la estructura del carrito. Hay un montón de algo inexplicable acumulándose dentro de mí, y siento como si fuera a explotar como una jodida supernova.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —pregunto en voz baja, y luego me pongo a gritar—. ¡Cómo carajos pudiste hacerlo! ¡Quería morir en esa silla, sabiendo que estabas directamente en la línea de fuego, esperando a que te alcanzara una bala! ¡Por mi culpa! —Aprieto el carro y lanzo la cosa contra la pared que tengo detrás—. ¡No. Puedes. Hacer. Eso!

—Tore...

—¡No! —gruño—. ¡Nunca! ¡Nunca, Milene! No puedo. . . ¡No puedo ni siquiera soportar la idea de lo que pudo haber pasado! ¿Cómo demonios esperas que maneje esto? Tú, resultando herida, ¿por mí? Jamás volverás a hacer algo así. —Entierro mis manos en mi cabello y lo jalo—. ¡Carajo!

Milene ladea la cabeza y me observa. Aparentemente llegando a una misteriosa conclusión, se baja de la cama y agarra el tubo del suero con la mano. Con él a su lado, se para junto a mí.

Respiro profundamente, exhalo y la agarro por la nuca.

—Nunca, *Vita Mia* —susurro.

—¿Ya te revisó un doctor? —pregunta.

—No.

Su ceja derecha se alza en un arco perfecto.

—¿Por qué?

—Estaba ocupado.

—¿Ocupado con qué?

Matando a los irlandeses y volviéndome loco. No es que piense contárselo.

—No importa.

Ella suspira.

—Te ves terrible, amor.

—Lo sé.

Me pone la palma de su mano sobre mi mejilla y me atrae hacia ella para darme un beso.

—Vamos a buscar a alguien que te revise el labio. Y el ojo. Tienes la cara hecha un desastre.

—A la mierda con mi cara.

—¿Me das un abrazo?

—No.

Milene parpadea confundida.

—¿Por qué diablos no?

—Tengo miedo de lastimarte el brazo. —Mi mirada baja hasta el vendaje, luego aparto rápidamente los ojos y deposito un beso en su frente —. No soporto ni siquiera mirarlo.

—Tore . . .

—Tenía tanto miedo, Milene —susurro de nuevo, trazando la línea de su ceja con la punta de mi dedo—. Creo que nunca antes había experimentado algo así. Es como si hubiera saltado de un acantilado y viera la tierra levantarse a mi encuentro, esperando el impacto. —Mi dedo desciende hasta detenerse en su labio inferior—. Me va a dar un puto aneurisma por tu culpa.

Milene se apoya en mí, me rodea el cuello con la mano y levanta la cabeza.

—Un beso. Luego un abrazo.

Entrecierro los ojos, agarro su cara con mis manos y presiono con fuerza mis labios contra los suyos. La presión aumenta en mi pecho, mi corazón late tan rápido que parece que va a estallar. La aprieto más contra mi cuerpo, con cuidado de no lastimarle el brazo.

—No lo entiendes, Milene —digo en su boca.

—Claro que lo entiendo. —Sonríe y me mira directamente a los ojos—. Yo también te amo, Tore.

Capítulo 25

Milene

Seis semanas después

Una puerta se abre con un clic y se cierra con un golpe seco.

—¡Milene!

Suelto la cortina que estaba colgando y me giro para ver a Salvatore marchando por la sala en dirección hacia mí.

—¿Parada sobre una mesa de centro? ¿En serio? —Me agarra por la cintura y me baja al suelo—. ¡Podrías haberte roto el cuello! Esa cosa tiene doscientos años. Podría haberse derrumbado debajo de ti.

Pongo los ojos en blanco.

—No me pongas los ojos en blanco. Lo digo en serio. Me voy a quedar completamente canoso en un año por tu culpa.

—*Oh*, no te atrevas a culparme de tus canas. —Presiono mis manos contra su cabello, peinando mis dedos a través de él, y saboreando el momento—. Llegaste a mí de esta manera. Muy elegante, debo admitirlo.

—Sabes muy bien que eres responsable de la mitad de las canas. —Me aprieta por la cintura y señala con la cabeza hacia la cortina medio colgada—. ¿Nuevas otra vez?

Me encojo.

—*Síp*. Esperaba que no te dieras cuenta.

—Odio a esos gatos.

—Te vi rascándole a Kurt detrás de la oreja esta mañana. —Me pongo de puntitas y lo beso—. No te preocupes, no se lo diré a nadie. Si encuentras la manera de convencerme de que mantenga la boca cerrada.

—De acuerdo. —Me levanta en brazos y me carga hasta la habitación, donde me tira sobre la cama y se sienta para quitarse la prótesis.

—¿Sabes? Estaba pensando —agrego mientras apoyo la barbilla en su hombro y lo rodeo con los brazos por detrás, desabrochándole la camisa—.

¿Qué te parecería tener un perro?

El cuerpo de Salvatore se queda tan completamente quieto que hago una pausa en mi labor y giro el cuello para encontrarlo mirando fijamente a la pared.

—Si traes otro animal aquí, mataré a alguien, Milene.

—¿Por favor? —Tomo su barbilla entre mis dedos y giro su cabeza hacia la mía—. Puede ser alguna raza pequeña y... ¿Por qué mantienes tus ojos cerrados?

—Por ninguna razón.

—Salvatore Ajello, abre los ojos. *Ahora mismo.*

Suspira. Abre los ojos.

—¿Por favorcito? —pregunto y sonrío de oreja a oreja.

Su mirada viaja hasta mi boca, luego estira la mano para trazar la línea de mis labios con la punta del dedo.

—Quiero una evaluación psicológica por escrito de un psicólogo de animales titulado, antes de que ponga una pata aquí.

Chillo de alegría y beso la punta de su dedo.

—Lo haces a propósito —expresa, sin apartar su mirada de mis labios.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando.

—Sabes muy bien lo que me provoca tu sonrisa, y la estás utilizando descaradamente. —Su dedo se detiene en medio de mi labio inferior—. Me pregunto si eres consciente del arma que tienes entre manos.

—Es solo una sonrisa. No un arma.

—Y una pistola no es más que un pedazo de metal. Aun así, puede quitar una vida en un segundo, si se usa de la manera correcta. —Toma mi barbilla entre sus dedos y se inclina, presionando sus labios en la comisura de mi boca—. Deberías tener mucho cuidado con esa sonrisa, *Vita Mia*. La gente puede acabar muerta por su culpa.

—Las sonrisas no matan, Salvatore.

—La tuya sí. Intenta darle una de las sonrisas que me pertenecen a otra persona y verás el río de sangre que se desata.

—Todo un poeta, mi esposo. —Sonrío contra sus labios—. Tal vez debería dejar de sonreír, entonces. No quiero arriesgarme a matar a alguien por accidente.

La mano que me sujeta la barbilla se tensa.

—Nunca dejarás de sonreír, Milene —revira—. Si algo, o alguien, alguna vez hace que tu sonrisa se desvanezca, aunque sea brevemente, los destruiré.

—Tan despiadado. —Sonríó y me dejó caer en la cama, jalándolo conmigo—. En vez de eso, ¿te gustaría destrozarme el coño?

Las comisuras de los labios de Salvatore se curvan hacia arriba. No es exactamente una sonrisa, pero casi. Sus manos recorren mi cuerpo bajándome los *shorts* y las bragas.

—Eso me gustaría muchísimo.

En cuanto nos quitamos la ropa, se coloca sobre mí y me penetra. Jadeo por la intrusión repentina, aunque me recupero y enrosco mis piernas alrededor de su cintura, abriéndome aún más. Salvatore no se mueve, pero observa mi rostro mientras mi sexo palpita de necesidad. Levanto un poco la pelvis, meneando las caderas, intentando que se mueva, no obstante, él permanece inmóvil, con su enorme miembro dentro de mí, estirándome en éxtasis.

Su mano se desliza entre nuestros cuerpos, baja por mi pecho, luego por mi estómago hasta llegar a mi centro. Un escalofrío me recorre cuando mueve su dedo entre mis pliegues y lo presiona contra mi clítoris hambriento de caricias. Paso mis dedos por su espesa cabellera y le muerdo un lado de la barbilla. La presión entre mis piernas aumenta mientras él sigue provocándome con su dedo, y quiero gritar de la necesidad que tengo de que se mueva dentro de mí. Quieto, el diablo se queda completamente quieto.

—¡Salvatore! —suelto y luego gimo cuando me pellizca el clítoris.

—¿Sí, Milene? —Me muerde el labio.

—Deja de torturarme.

—De acuerdo. —Retira su mano y grito de frustración.

—Eres hombre muerto —amenazo entre dientes.

—Decídete, *Cara*. —Inclina la cabeza para lamerme el cuello y después desliza su longitud dentro de mí—. ¿Es esto lo que quieres?

Aprieto las piernas alrededor de su cintura y agarro con fuerza el cabello de su nuca, luego inclino la cabeza hacia un lado y entierro mis dientes en sus bíceps.

—¡Sí!

Siento cómo se hincha dentro de mí. Enreda sus dedos en mi melena y se desliza hacia afuera para volver a penetrarme con tal fuerza que me empuja hacia la parte superior de la cama y mi cabeza casi choca contra la cabecera. Probablemente lo habría hecho si no tuviera lista una mano para protegerme.

—Siempre planificando con anticipación. —Suspiro, y gimo cuando vuelve a penetrarme.

—Por supuesto. —Otra embestida—. ¿Pensaste que alguna vez dejaría que te lastimaras?

Abro la boca para decir que no, pero su siguiente movimiento fuerza su pene hasta tal punto que me ahogo con mi propio aliento. Mis paredes sufren un espasmo y muevo la mano para colocarla en su garganta, haciendo un poco de presión. Los dedos en mi cabello se cierran en un puño. La mano de Salvatore baja por mi muslo, levanta mi pierna hacia un lado y me penetra más profundamente. Me besa a lo largo de la mandíbula, en dirección a mi boca, hasta que por fin llega a ella. Agarro su labio inferior entre los dientes y lo muerdo. Las embestidas se intensifican. Muerdo un poco más fuerte hasta que noto el sabor metálico de la sangre. Salvatore entra en frenesí.

La cama cruje debajo de mí, la cabecera golpea contra la pared al ritmo de sus embestidas. Es como si estuviéramos en medio de un maldito terremoto y me estuvieran destrozando de forma «—*bang*— cruel —*bang*—, brutal —*bang*—, hermosa —*bang*—, y despiadada».

Grito mientras me corro, estrellas blancas estallando detrás de mis párpados a la par que Salvatore sigue penetrándome. Su enorme polla ataca mi coño hasta que encuentra su propia liberación, y su calor se derrama dentro de mí. Embiste una última vez. El ruido de la madera al romperse llena la habitación.

* * *

Levanto la cabeza del pecho de Salvatore y trazo la línea de su ceja con el meñique, luego lo dejo bajar y recorrer su barbilla.

—No puedo creer que rompieras la maldita cama.

—Era vieja —replica y gira la cabeza hacia un lado para plantarme un beso en la punta de los dedos.

Hay una larga grieta horizontal a lo largo de toda la cabecera. Con las curvas decorativas a los lados, sin duda parece antigua.

—¿Qué tan vieja, exactamente?

—Cien años, o algo así.

Lo miro boquiabierta.

—Destruiste una jodida antigüedad. *Salvaje*.

—Maldices demasiado, Milene.

—¿No me jodas, en serio? —Me río—. Vamos a comprar una cama nueva en Target.

—No vamos a comprar una cama en Target.

Levanto una ceja.

—Eres demasiado esnob.

—Lo soy —dice y toma mi barbilla entre sus dedos—. Pero de todas formas me amas.

Es una afirmación. Con su tono de voz ecuánime, el que utiliza cuando da órdenes a la gente. Sin embargo, hay una pregunta en esos ojos castaño claro que me observan con tanta atención.

—Pero de todas formas te amo, Tore. —Sonrío.

Su mirada se dirige a mis labios y se queda allí.

—Yo también te amo.

Se me corta la respiración. Sus ojos regresan a los míos y su otra mano acaricia mi oreja.

—Lo siento —añade—. Sé que no es fácil. Ser amada por mí.

Me muerdo el labio inferior y respiro profundamente.

—Te equivocas. —Sé que me ama, pero es diferente cuando lo dice. Que haya llegado al punto de pronunciar esas dos palabritas significa más que el sentimiento en sí—. Ser amada por ti es la mejor sensación del mundo, joder.

Sus labios presionan los míos.

—¿Estás adolorida? —susurra.

—Oh, *no* acercarás tu polla salvaje a mi coño en las próximas veinticuatro horas, por lo menos, Salvatore.

—¿Y mi boca?

Sonrío y vuelvo a besarlo.

—Eso podría ser posible.

Nos hace rodar hasta que vuelve a estar encima de mí, y mis ojos lo siguen mientras desciende por mi cuerpo, dejando suaves y ligeros besos por el camino. Cuando llega a mi sexo, lo roza con la punta del dedo y luego lo sustituye por un beso con sus labios.

Suena el teléfono de Salvatore en la mesita de noche. Agarro la sábana con las manos y gimo mientras me chupa el clítoris y desliza un dedo dentro de mí. El teléfono sigue sonando.

—Tore.

—¿Qué? —murmura en mi centro, y luego reanuda la presión de sus labios y su lengua, su ligera barba raspándome y excitándome aún más.

—¿Quieres contestar? Podría ser importante si llaman a las once de la noche.

—Mira quién llama —ordena y me aprieta ligeramente el clítoris entre los labios, haciéndome estremecer.

Me estiro y busco el teléfono en la mesita de noche, lo tomo y miro la pantalla.

—Es Arturo.

—Contesta la llamada y ponlo en altavoz.

Levanto la cabeza de la almohada, entrecierro los ojos y meto mis dedos en su cabello, jalándolo hasta que me devuelve la mirada.

—No vas a atender llamadas de trabajo con tu cara enterrada entre mis piernas, Salvatore.

—Ponlo en el altavoz, Milene. —Desliza otro dedo dentro de mí mientras vuelve a lamerme el coño.

—*Maravilloso* —murmuro y presiono el botón del altavoz para contestar la llamada.

—Jefe. —La voz de Arturo llena la habitación—. Tenemos un problema.

—Sé breve —exige Salvatore entre movimientos de su lengua.

—Rocco mató a otro de sus hombres asignados como guardaespaldas de su esposa. Dijo que el tipo estaba coqueteando con ella.

—Señaló lo mismo del anterior. —Otra lamida—. Y el anterior a ese.

—Sí. No sé qué hacer.

Colocando su mano sobre mi muslo, Salvatore abre más mis piernas y sopla un aliento caliente contra mi humedad. Ahogo un gemido mientras mi cuerpo se estremece.

—¡Dile a Alessandro que lo quiero en mi oficina mañana a las nueve! —brama Salvatore, sacando sus dedos de mi interior y moviendo su cuerpo hacia arriba para poder penetrarme con su polla. Agarro su trasero firme con ambas manos mientras se introduce, disfrutando de cada centímetro de él, como siempre lo hago.

—¿Y qué hay de Rocco? —La voz de Arturo continúa desde el teléfono —. Puedo intentar razonar con él, pero quizá sería mejor que...

Gruño, agarro el teléfono y lo lanzo hacia el otro lado de la habitación, donde se hace añicos contra la pared.

Salvatore se detiene a mitad de una embestida.

—Me gustaba ese teléfono.

—Se acabaron las tareas simultáneas —suspiro, y después meto mi lengua en su boca.

Salvatore

Observo a Alessandro cuando entra a mi oficina y se para al otro lado de mi escritorio, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—¿Eres *gay*? —inquiero.

Parpadea. Creo que es la primera vez que veo a Alessandro Zanetti confundido.

—No.

Me reclino en mi silla.

—Te voy a transferir con uno de mis capos. Trabajarás como guardaespaldas de su esposa. Mientras estés allí, si alguien pregunta, *eres* homosexual.

—¿Por qué?

—Porque es un celoso patológico, y ya ha matado a los tres hombres anteriores asignados a ese puesto. Piensa que eres *gay* de todos modos, así que espero que eso facilite las cosas.

—De acuerdo. —Asiente con la cabeza—. ¿Qué capo?

El teléfono sobre mi escritorio vibra.

—Rocco Pisano —informo y leo el nombre de Nino en la pantalla—. Puedes irte. Arturo te dará los detalles.

—Sí, jefe.

Cuando Alessandro se da la vuelta para marcharse, alcanzo a ver un destello de la expresión en su rostro. Está sonriendo.

—¿Sí? —contesto al teléfono.

—Jefe. La hermana de Arturo está desaparecida. —La voz grave de Nino dice desde el otro lado.

—¿Cuál?

—Asya. Ella y Sienna se escaparon y fueron a un bar anoche. Sienna regresó a casa alrededor de medianoche. Asya nunca volvió.

—¿Su teléfono?

—Encontrado en los arbustos a cierta distancia del bar, junto con su bolso —continúa—. Estoy aquí con Arturo. No hay rastro de su hermana, pero...

—¿Pero?

—Uno de los chicos encontró sangre en la nieve, jefe. Sus gafas estaban al lado.

Mierda.

—Envíame la dirección. Voy en camino.

Tomo las llaves de mi auto del escritorio y salgo de la oficina. Mientras camino hacia el ascensor, paso junto a Alessandro, que está hablando por teléfono con alguien. Su tono es bajo, sin embargo, consigo captar una frase.

—Felix —dice Alessandro al teléfono—, es Az. Necesito que hagas algo por mí.

Epílogo

Milene

Dos años después

No puedo creer que lo haya vuelto a hacer.

Se abre el ascensor. Sin prestar atención a la secretaria de Salvatore, que me mira boquiabierta desde detrás de su escritorio, atravieso el vestíbulo de la oficina hacia la gran puerta con ornamentos de la derecha.

—¿Señora Ajello?

Me detengo y miro por encima de mi hombro.

—¿Sí, Ginger?

—¿Está todo... bien? —pregunta la secretaria, sus ojos van desde mi cabello enmarañado, pasando por la camiseta gris de Salvatore que llevo puesta, hasta mis pies descalzos.

—Por supuesto que sí. —Esbozo una gran sonrisa, tomo la manija y entro a la oficina de mi esposo.

Con ambas manos en la cintura y el ceño fruncido, camino alrededor de su escritorio y me detengo junto a él. Salvatore levanta la vista de su *laptop* y se reclina en su silla.

—¿Dormiste bien, *Vita Mia*?

Entrecierro los ojos hacia él y señalo el pequeño bulto que sostiene sobre su pecho.

—Deja de robarme a mi bebé.

Desde el momento en que volvimos a casa del hospital, hace un mes, Salvatore aprovecha cualquier oportunidad para escabullirse en la habitación de la bebé, sacar a Mia y llevarla con él a todas partes. Su explicación: a ella le gusta más dormir en sus brazos que en la cama. Y por si fuera poco, también es *él* quien la carga en brazos mientras está despierta. Todo. El. Tiempo.

Salvatore ladea la cabeza y hace eso con sus ojos, cuando me clava la mirada y parpadea lentamente. Maldición, aún hace que me tiemblen las rodillas.

—La tuviste para ti sola durante nueve meses, Milene —expresa con ese tono grave que hace que hasta la afirmación más extraña suene absolutamente razonable—. Ahora me toca a mí.

—Ella estaba dentro de mi vientre, Salvatore. Eso no cuenta.

—Para mí, sí.

Suspiro y tomo su cara entre mis manos.

—¿Qué es lo que pasa? Y no me digas “nada”, porque te conozco demasiado bien. Así que, dímelo.

Me sostiene la mirada durante un largo instante y luego cierra los ojos.

—Tengo miedo de que no me quiera.

—¿Qué? —Le aprieto las mejillas y le sacudo ligeramente la cabeza—. Claro que te querrá, amor. Eres su papá. —Salvatore abre los ojos y, aunque no dice nada, veo preocupación en lo más profundo de sus ojos color ámbar—. *Te amaré* —repito y aprieto mis labios contra los suyos—. Te adorará, demonios. Igual que yo.

—¿Me lo prometes? —susurra en mi boca.

—Te lo prometo. —Estiro una mano y la coloco sobre la cabeza de nuestra hija, apartando sus cortos mechones rubios—. Solo mírala. Ya te ama incondicionalmente.

Él baja la mirada hacia la bebé que duerme sobre su pecho. Los ojos de Mia se abren y, un instante después, dos miradas color ámbar se cruzan.

Y entonces, mi esposo sonríe.

FIN

Escena extra #1 – “Kurt”

Desde el punto de vista de Kurt

Para mis lectores que insistieron en leer el punto de vista del gato :D

Kurt

—¡Abajo!

Me encuentro con la mirada del Malvado. El Usurpador. Primero, confiscó a mi humana, proclamándola como suya. Luego, tomó mi lugar en su cama. Y ahora, pretende dictaminarme dónde debo trepar o no. Avanzo a grandes zancadas hacia el extremo opuesto de la mesa del comedor y planto mi trasero sobre los papeles que está leyendo.

—Milene —dice sin romper el contacto visual—. Tu animal está sentado sobre mis contratos. Necesito que lo quites.

—Diriges un imperio criminal, Salvatore. Estoy segura de que tú solo puedes bajar a Kurt.

El Malvado baja la cabeza, acercándose a mi cara.

—Muévete.

Me inclino ligeramente hacia atrás y trato de mantener su mirada. Lo consigo durante cinco segundos antes de ceder. Me quito de encima de sus preciosos contratos y salto al suelo, sin embargo, me aseguro de que mi cola lo golpee en su cara con el ceño fruncido. Puede que haya ganado esta batalla, pero no la guerra. Ya le he echado el ojo al nuevo sofá que compró ayer. Le ordenó a la sirvienta que lo rociara con esencia de *lemongrass*. Alguien ha estado buscando en Google repelentes para gatos. ¡Ja! Como si fuera a servir de algo. Esa mierda se evapora en un día como máximo. La tapicería del nuevo sofá es de primera. Perfecta para afilarse las uñas.

Mientras troto a través de la sala mis ojos se enfocan en el bulto de pelaje anaranjado visible en la cocina. *Oh*, Riggs el Reemplazo. Qué emocionante. Cambio de rumbo y, bajando mi cuerpo hasta el suelo, empiezo a acercarme sigilosamente a él.

Cuando Milene trajo a esa cosa hace un par de meses, me sentí muy traicionado. Se comió mi comida, intentó apoderarse de mi lugar para dormir en el sillón reclinable, ¡e incluso utilizó mi caja de arena! Era como si Milene quisiera reemplazarme. ¡A mí! ¡Nadie puede reemplazarme! Pero entonces, me di cuenta de que Milene probablemente acogió a Riggs porque sentía lástima por el idiota. No sabe jugar, es incapaz de conseguir comida por sí mismo y duerme la mayor parte del tiempo. El pobre bastardo no duraría ni un día en las calles. Así que le permití quedarse. No obstante, hay límites. No voy a hacer mis necesidades en la misma caja de arena en la que orina otro animal, y me aseguré de que Milene lo entendiera. Hice caca en el suelo junto a ella hasta que entendió el mensaje y compró la segunda caja de arena. Era nueva, brillante y grande. La reclamé para mí, por supuesto.

Cuando estoy a pocos pasos detrás de Riggs el Reemplazo, ataco. Ni siquiera se da cuenta de que me aproximo. Me abalanzo sobre él, agarrándome a su cuerpo sarnoso con mis cuatro patas, y le clavo los dientes en el pelaje del cuello. Él chilla y empieza a correr, mas yo no me suelto. No entiendo por qué es tan poco cooperativo, solo intento jugar.

—¡Kurt! —Milene grita detrás de mí.

De mala gana, suelto a Riggs el Reemplazo. No importa. Ese gato es una causa perdida de todos modos. Sigue vomitando pelo una vez a la semana porque no quiere comerse esa pasta pegajosa que Milene sigue intentando darle. Digo, ¿acaso no tiene respeto por sí mismo?

Me subo al mostrador y lo recorro de arriba a abajo, rozando por el camino mi costado con la cafetera. Me hace cosquillas. Lo hago varias veces más. Cuando llego al refrigerador, salto encima y examino mi territorio. El Malvado sigue sentado en la mesa del comedor, hojeando sus papeles. El Reemplazo está escondido debajo del sofá. En el rincón más alejado de la sala Ada, el ama de llaves, está colgando las cortinas nuevas. Esta vez han puesto unas cortas, que llegan justo por debajo de las ventanas, para que sea más difícil trepar por ellas. Debió de ser idea del Malvado. Ese siempre intenta sabotearme.

Mientras me acomodo en mi percha y contemplo la posibilidad de echarme una siesta, el olor a carne chamuscada invade mis fosas nasales. Miro hacia la estufa. Milene puso una sartén en el quemador, pero parece ocupada limpiando los pelos que dejé en la cafetera. ¡Bolas de perro! Pensé que el Malvado le había prohibido acercarse a la estufa. Esa mujer es

incapaz de preparar comida. Hizo galletas el fin de semana pasado. Me robé una y jugué con ella por la cocina. La cosa estaba tan dura que no se rompió ni siquiera cuando la lancé contra la pared. Pensé que tiraría toda la tanda a la basura, pero no. Le llevó el plato al Malvado y le hizo comerse dos de las supuestas galletitas. Casi sentí pena por él. *Casi*.

El olor a comida quemada es demasiado fuerte. Mi nariz es demasiado sensible para esa mierda, así que dejo mi puesto en la torre de vigilancia y me dirijo a la sala rozando con mi costado la pierna del Malvado cuando paso a su lado. Me lanza una mirada asesina, pero no hace ningún comentario. Me tumbo en medio de una gruesa alfombra persa y observo el árbol de Navidad del rincón. Esta mañana intenté treparlo dos veces, no obstante, Milene vio lo que estaba haciendo y me ahuyentó con un trapo de cocina. Gritó mucho, aunque sé que lo hizo por el bien del Malvado. A ella le parecen adorables mis travesuras.

Vuelvo a mirar el árbol de Navidad, me tumbo boca arriba y cierro los ojos. No importa. Como en todo lo demás, se me da muy bien ser paciente.

* * *

Respiraciones agitadas. Un gemido. Alguien grita. Abro los ojos y observo a mi alrededor. Ha oscurecido, pero la luz de la cocina proyecta un resplandor amarillento sobre la escena que se desarrolla en el comedor. Milene está tumbada sobre la mesa. Desnuda. El Malvado está sentado en una silla frente a ella, con la cara hundida entre sus piernas. ¡Oh, por el amor de Dios, no están solos aquí! ¡Exhibicionistas! Tendré que restregarme los ojos después de ver esto.

Ayer, los atrapé haciéndolo en el sofá, y antes de eso, en el mostrador de la cocina. ¡Eso no es higiénico, idiotas! Y no me hagan hablar de lo que pasa durante la noche. Gruñidos. Madera crujiendo. Maullidos. La cabecera golpeando contra la pared. *Bang. Bang. Bang.* Empecé a dormir en el maldito fregadero de la cocina. ¿Qué diablos les pasa? ¿Están tratando de matarse el uno al otro o esta es su idea de apareamiento? Jesucristo.

Me levanto, arqueando mi espalda y estirando el cuerpo antes de alejarme de este festival calenturiento cuando mis ojos vuelven a fijarse en

el árbol de Navidad de la esquina. Llega casi hasta el techo, lleno de grandes objetos redondos y docenas de cositas centelleantes por todas partes. Una mirada hacia el comedor confirma que los dos humanos siguen ocupados. Perfecto. Apunto al árbol, enfocándome en la gran bola brillante que cuelga de la punta, y entonces corro. Me subo a la mesa de centro y salto hacia la rama que está justo debajo de la preciosa bola. ¡Sí!

El árbol empieza a inclinarse hacia un lado. *¡Ups!* Me agarro de las ramas con todas mis fuerzas mientras el árbol sigue cayendo. ¡No! ¡No! ¡No!

¡Crash!

Un silencio absoluto desciende durante unos breves segundos. Me agacho entre la maraña de ramas y adornos rotos. Quizá no se hayan dado cuenta.

—Voy a estrangular a ese gato, Milene.

Mierda.

Escena extra #2 – “Señora Ajello”

Desde el punto de vista de Milene

Milene

¡Heeeey Macarena!

Abro los ojos de golpe. Voy a matar a mi mejor amiga.

Refunfuñando, tomo mi teléfono y lo lanzo al otro lado de la habitación. Aterrizo junto al arbusto de la esquina y sigue emitiendo la espantosa melodía.

Maldigo el día en que le confesé a Pippa lo mucho que odio esa canción, porque aprovecha cualquier oportunidad que tiene para ponerla como mi tono de llamada. Es una venganza por tener que soportar que cuatro guardaespaldas nos sigan a cada paso cada vez que ella y yo vamos a algún lado. No puedo echárselo en cara. Las tendencias protectoras de mi esposo tienden a ser demasiado para otras personas.

Cierro los ojos con la intención de volver a dormirme. Pasé la mayor parte de la noche en vela, mirando al techo mientras me preguntaba cómo darle la *noticia* a Salvatore. Un millón de escenarios diferentes y sus posibles reacciones pasaron por mi cabeza.

Decirle a mi esposo que estoy embarazada debería ser fácil y lo más natural del mundo. No debería implicar cuatro planes estratégicos incluyendo diagramas mentales de “catástrofe” como los que se me han ocurrido durante mi sesión de lluvia de ideas a altas horas de la noche.

Mi esposo no es exactamente lo que algunos llamarían *normal*. Esa es la razón por la que uno de mis diagramas incluye un posible escenario como “matará al noventa por ciento de la población de la ciudad para reducir el riesgo de que alguien golpee accidentalmente a nuestro hijo con el codo mientras cruza la calle”.

¡Heeeey Macarena!

—¡Jesucristo! ¡Maldita sea! —refunfuño y salgo de la cama, casi tropezándome con nuestro gato desparramado en medio de la habitación. El cable del cargador del teléfono sobresale por debajo de él. El extremo ha sido masticado hasta hacerlo trizas—. Maldita sea, Kurt. Salvatore te va a matar.

La estúpida canción sigue sonando en mi teléfono mientras saco el cargador de debajo del gato y lo meto en el cajón más cercano. Con la evidencia bien escondida, me apresuro a cruzar la habitación y tomar el teléfono.

—¡Sí! —grito.

—Milene, *Cara*. —La voz de mi esposo me llega desde el otro lado de la línea—. ¿Dónde estás?

Es una pregunta completamente normal, formulada en un tono tranquilo y despreocupado. Una pregunta cotidiana que un esposo le haría a su esposa cuando la llama por la mañana.

No hay *nada* casual en esa pregunta cuando Salvatore la hace.

—¿Estás en la oficina? —inquiero y me apresuro a entrar al baño para agarrar mi cepillo de dientes y la pasta del vaso que está sobre el lavabo.

—Sí. Estoy en medio de una reunión.

—Bajo en cinco minutos, amor.

Cuelgo la llamada, me meto el cepillo de dientes en la boca y vuelvo corriendo a la habitación.

Cepillarme los dientes mientras busco en el armario algo adecuado para ponerme requiere demasiada concentración, así que simplemente agarro los *shorts* de mezclilla y la primera camiseta que cae en mis manos. Resulta que es la amarilla. Salvatore la odia.

Vuelvo corriendo al baño para enjuagarme la boca, me quito la camiseta de Salvatore con la que suelo dormir y empiezo a ponerme los *shorts* cuando me doy cuenta de que no tengo puesta ropa interior. La que tenía anoche probablemente acabó en uno de los rincones de la habitación cuando Salvatore me la arrancó esta mañana.

—Al diablo —murmuro, me subo los *shorts* y me pongo la camiseta amarilla. Tampoco tengo puesto un sostén, pero qué se le va hacer, se me acaba el tiempo.

Mis ojos saltan hacia el espejo que tengo frente a mí y me sobresalto al ver el nido de ratas que tengo en la cabeza. Mi cabello sobresale en todas

direcciones. Es imposible que pueda arreglar ese desastre a tiempo.

*«Quizá sean solo sus empleados de siempre». Me digo a mí misma.
«Seguro que no les importará verme como una víctima de una
descarga eléctrica. ¿Verdad?».*

Sí, claro. Conociendo mi suerte, serán los directores financieros. Bueno, podrían ser los malditos extraterrestres, por lo que a mí respecta. No voy a arriesgarme a que mi esposo pierda la cabeza.

Miro a mi alrededor, buscando algo para atar mi cabello, y veo una vieja liga roja con la que a Kurt le gusta jugar. Servirá. Me hago un moño alto y salgo corriendo del baño.

El ascensor suena al llegar al décimo piso y atravieso las puertas antes de que se abran del todo. Mis pies descalzos golpean suavemente el costoso mármol mientras me acerco a la recepción.

—Señora Ajello. —Ginger, la secretaria de mi esposo, salta de su asiento.

Tiene puesto un traje de pantalón azul pálido, los pliegues de las piernas están tan marcados que parecen el filo de una cuchilla. Su rostro está completamente inexpresivo, aparte de una pequeña sonrisa amable. No hay ni una pizca de asombro al verme con aspecto como si fuera a un lavado de autos. Supongo que está acostumbrada.

—¿Dónde está? —inquiero.

—El señor Ajello está en la sala de juntas grande.

—Gracias, Ginger. —Giro a la izquierda y camino por el pasillo, luego lanzo por encima de mi hombro—. ¿Podrías ordenar un nuevo cargador de teléfono para Salvatore? O mejor aún, que sean dos.

—Por supuesto, señora Ajello. ¿Fue Kurt, otra vez?

—¿Quién más? —resoplo y toco la gran puerta de cristal escarchado al final del pasillo.

—Adelante. —Me llega la voz de Salvatore desde adentro.

Abro la puerta solo un poco y echo un vistazo al interior. Mi esposo está sentado a la cabeza de la larga mesa de caoba, con una carpeta en las manos. Seis hombres, vestidos con trajes impecables, están sentados alrededor de la mesa, mirándome fijamente. *Sí*, son los ejecutivos.

—¡Hola! —Sonrío, asegurándome de que mis ojos estén fijos en Salvatore para que no piense erróneamente que mi sonrisa iba dirigida a

nadie más que a él. No quiero derramamiento de sangre tan temprano el lunes por la mañana—. ¿Interrumpo?

Mi esposo inclina la cabeza hacia un lado y lentamente deja que sus ojos recorran mi cuerpo hasta la punta de mis pies desnudos, y luego de nuevo hacia arriba. Cuando termina de mirarme y se convence de que no he sufrido ningún daño físico, sus ojos color ámbar vuelven a clavarse en los míos.

A pesar de que nos separan al menos cuatro metros, es como si estuviera frente a mí. Si alguna vez alguien me pregunta qué siento cuando mi esposo me mira, no estoy segura de poder explicarlo. Lo único que sé es que todo lo que nos rodea parece desvanecerse, y yo sigo siendo su único centro de atención. No hay palabras para describir esa sensación, no hay forma de transmitir lo que se siente al ser vista por el amor de mi vida. Porque cuando Salvatore Ajello me mira, nada más importa.

—Creo que no conocen a mi esposa —dice a los caballeros de la sala, pero sus ojos permanecen clavados en los míos—. Esta es Milene.

El silencio en la sala es palpable. Supongo que no soy lo que esperaban como esposa del hombre más temido del mundo de la *Cosa Nostra*. Bueno, ¡sorpresa!

Entro a la sala de juntas y me dirijo hacia la mesa de conferencias, sintiendo las cosquillas de la alfombra gruesa en mis pies descalzos. Al pasar junto a los ventanales con una vista impresionante de New York, siento los ojos de los hombres clavados en mí.

Me detengo frente a mi esposo y le rozo los labios con la punta de mi dedo.

—Lo siento. Me quedé dormida. —Sonrío.

Suelo levantarme a las nueve cada mañana. Si Salvatore ya se ha ido del *penthouse*, lo primero que hago es llamarlo. Son casi las once, lo que significa que probablemente llamó a Ada, nuestra ama de llaves, al menos ocho veces para comprobar si estaba bien. Y estoy segura de que ella le dijo en cada ocasión que yo estaba bien y profundamente dormida. El hecho de que todavía esté en esta reunión y no haya subido a comprobarlo por sí mismo, significa que esta reunión es probablemente algo importante.

Salvatore es muy consciente de que, en la mayoría de los casos, su temor por mi seguridad es infundado, así que hace lo posible por controlarse. Si

recurrió a llamarme, es prueba de que estuvo a un pelo de perder los estribos por completo.

—Está bien —responde y me besa la punta del dedo.

—¿Quieres que me quede?

—Si quieres.

Levanto una ceja.

—¿Será muy aburrido?

—Probablemente. —La comisura de sus labios se levanta un poco.

—Bueno, viviré. —Me encojo de hombros y me siento en su regazo.

Salvatore me rodea la cintura con el brazo y me acerca a su pecho.

—Pueden continuar —señala a los hombres reunidos alrededor mientras toma mi mano entre la suya. Con el pulgar, empieza a hacer pequeños círculos en mi palma.

Nadie dice nada durante unos instantes. Silenciosos como peces, permanecen un poco estupefactos como estaban desde que llegué. Por fin, un hombre al final de la mesa se aclara la garganta y empieza a hablar. Intento seguir el hilo de la discusión, pero el tema trata de asuntos inmobiliarios de los que no sé nada, así que entierro la cara en el pliegue del cuello de Salvatore y cierro los ojos. Una siesta me parece una gran idea en este momento.

Llevo unas semanas sintiéndome constantemente somnolienta, y esa es una de las razones por las que sospechaba que podía estar embarazada, lo que me llevó a hacerme la prueba de embarazo ayer. Tengo que darle la noticia después de esta reunión. Dios mío, va a perder la cabeza.

—¿Milene? —me pregunta Salvatore junto al oído.

—¿*Mmm?*

—¿Pasó algo, *Cara?*

—No. Nada. —Respiro profundamente, inhalando su aroma—. Simplemente me estoy imaginando cómo será esta ciudad sin el noventa por ciento de su población.

—¿Por qué pensarías en eso?

—Por nada.

Salvatore asiente con la cabeza y vuelve a centrar su atención en el hombre que presenta las cifras sobre la fluctuación del mercado inmobiliario. Casi me quedo dormida cuando vuelvo a escuchar la voz de mi esposo.

—¿Preferirías que viviera menos gente en New York, *Cara*?

Suspiro. Para él, vivir significa que estén vivos.

—No, Tore. De verdad que no. ¿Podríamos por favor dejarla como está?

—Sí.

Supongo que esto significa que puedo tachar un posible escenario de mi lista. Faltan tres.

Escena extra #3 – “La Noticia del Embarazo”

Desde el punto de vista de Salvatore

Salvatore

—¿Tore?

Enciendo la cafetera y agarro las tazas.

—¿Sí, *Cara*?

—*Umm*, tengo algo que decirte —agrega Milene.

Mi mano se queda a medio camino del estante. El tono de su voz es una combinación de emoción y nerviosismo, aunque también algo más que no puedo identificar.

Conozco a mi mujer mejor de lo que ella se conoce a sí misma. Cada expresión facial, cada gesto involuntario, el tono de su voz... puedo interpretarlos todos a la perfección. Me tomó algún tiempo llegar a este punto. Manejar emociones no es mi fuerte. Sin embargo, ahora me basta una mirada para saber si está contenta, estresada o preocupada por algo. A veces le molesta que pueda leerla como si fuera un libro abierto, pero así es como funciona. Necesito saber cómo se siente en todo momento, así, si detecto el más mínimo problema, puedo eliminarlo de inmediato.

Me doy la vuelta y fijo mi mirada en Milene. Está de pie junto al sofá, con las manos entrelazadas y mordiéndose el labio inferior. Algo la tiene angustiada. O alguien. Muchísimo.

—¿Qué pasó? —indago, intentando mantener la compostura.

—No es nada malo, te lo prometo. Por favor, no vayas a enloquecer, Salvatore.

Recorro la distancia que nos separa en unos cuantos pasos grandes y la rodeo con el brazo por la cintura, atrayendo a mi mujer hacia mí.

—Habla —ordeno.

—Tal vez deberías sentarte primero. Aquí, el sofá servirá. —Me empuja el pecho.

—No voy a sentarme, Milene. ¿Qué. Pasó?

—Oh, maldita sea —suspira y empieza a morderse la uña.

Mi mujer nunca se muerde las uñas. Esto es más que una simple preocupación. Quienquiera que sea el responsable de angustiarse tanto pagará por ello. Voy a cazarlos y...

—Estoy embarazada.

—...Y a rebanarles... —Mi mente se detiene en seco—. ¿Qué?

—Vamos a tener un bebé, Tore.

Mi corazón. Deja de. Latir. Luego, reanuda su ritmo por triplicado. Doy un paso atrás y bajo lentamente al sofá. ¿Esto es lo que se siente cuando te atropella un tren? No tengo suficiente aire en los pulmones. ¿Estoy respirando a través de una pajita?

—Respira, Tore. —Milene se coloca entre mis piernas y me rodea el cuello con los brazos—. Todo va a salir bien.

Un bebé. Dentro de ella. Pequeño. Frágil. ¿Cómo voy a protegerlo si está dentro de ella? Mi pulso se dispara.

—Salvatore, tienes que calmarte. Te vas a provocar un maldito infarto.

—Estoy bien.

Milene se sube a mi regazo, engancha sus pies a mi espalda y aprieta su pecho contra el mío.

—Ambos sabemos que no estás bien. —Me da un beso en la mejilla—. Vamos, dime qué sientes.

Inclino la cabeza y hundo mi nariz en el pliegue de su cuello, inhalando su aroma. Tenerla tan cerca lo hace más fácil.

—Desesperación —admito.

—¿Desesperación? ¿Estás seguro?

—No.

—*Mm-hmm*, ¿sientes el impulso de tumbarte en el suelo y llorar?

Miro al suelo. No, no siento eso. Siento la necesidad de envolver a mi mujer con mi cuerpo y, con mi pistola en la mano, quedarme así. Indefinidamente. Debo eliminar todas las amenazas posibles para ella, y quiero rugir de la frustración que siento por no saber cómo lograr eso.

Mis ojos se clavan en la alfombra persa que tengo bajo mis pies. Esas cosas pueden ser resbaladizas. Hay que quitar la alfombra. Ahora mismo. Pero entonces, tendremos que lidiar con los pisos de madera descubiertos. A Milene le gusta andar descalza, y ese piso se pone frío.

Sigo rodeando a mi mujer con el brazo izquierdo mientras saco mi teléfono con el otro.

—Consígueme a alguien que instale un sistema de calefacción en el piso —bramo en cuanto mi secretaria contesta la llamada—. Necesito que lo instalen en todo el *penthouse*. Mañana mismo.

—Entonces, ¿supongo que sientes ganas de redecorar? —me pregunta Milene junto al oído.

—Sí.

Bajo el teléfono y dejo que mis ojos examinen a mi alrededor, buscando otras posibles amenazas. Mi mirada se detiene en el borde de la barra del desayunador. Las dos esquinas del mostrador sobresalen y están justo a la altura del estómago de Milene. ¿Y si se golpea accidentalmente con una de ellas? Vuelvo a llamar a mi secretaria.

—Necesito que alguien cambie también la encimera de nuestra barra del desayunador. Hoy mismo, Ginger. —Cuelgo el teléfono y sigo examinando el espacio que nos rodea.

Ese gato demente está acostado en una canasta debajo de la ventana. Lleva semanas dejando pelos por todas partes. Esa mierda es peligrosa.

—¿Aceptan gatos en la estética canina? —inquiero.

—¿Qué? No. ¿Por qué?

—Haré que Ginger encuentre algún lugar que lo haga y enviaré a los engendros a que les corten el pelo.

—¿Qué? —Milene me agarra de la barbilla y se pone justo frente a mi cara—. ¡No tocarás a nuestros gatos, Salvatore!

Entrecierro los ojos. El candelabro del techo baña de luz su rostro, que por alguna razón se ve grisáceo.

—Estás pálida. ¿Por qué estás tan pálida?

—Es el color normal de mi piel. ¿Podrías, por favor...?

Candelabro. Esa cosa pesa por lo menos nueve kilos. ¿Y si uno de los tornillos se suelta y le cae encima? Agarrándola por debajo de los muslos, nos muevo al otro extremo del sofá. Haré que mantenimiento revise todas las lámparas del techo.

—Por el amor de Dios, Salvatore, ¿me vas a decir qué está pasando por esa cabeza tuya?

Tomo la cara de mi mujer entre mis manos, fijando nuestras miradas, con la esperanza de que entienda lo impotente que me hace sentir esta situación.

—El bebé está dentro de ti. No puedo mantenerlo a salvo. No puedo protegerlo. Así que estoy eliminando todas las posibles amenazas externas.

—No le pasará nada a nuestro bebé —susurra Milene—. Está perfectamente a salvo donde está. Tienes que relajarte.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. Me hice un ultrasonido para confirmar que todo está bien antes de darte la noticia porque sabía que entrarías en pánico. Y programé otro ultrasonido para hoy más tarde, para que podamos ir juntos y lo veas por ti mismo.

Se me quita algo de la presión del pecho, no obstante, todavía estoy a punto de volverme loco.

—Haremos lo del ultrasonido todos los días.

—¿Todos los días durante ocho meses? —se queja.

—Sí.

Milene suspira y aprieta su frente contra la mía.

—De acuerdo. Si te resulta más fácil, lo haremos todos los días.

Sí, así será. Mejor aún sería tener un médico residente aquí. En el *penthouse*. 24/7. Mantengo mi mirada clavada en la de Milene mientras vuelvo a sacar mi teléfono y presiono una de las teclas de marcación rápida. Ilaria contesta en el segundo timbrazo.

—Empaca tus cosas. Nino irá a traerte.

—¿Traerme adónde? —cuestiona mi madre.

—Milene está embarazada. Vivirás aquí a partir de hoy.

Los ojos de mi mujer se encienden.

—¿Qué? —Me quita el teléfono de la mano y se lo lleva a la oreja—. Ignóralo, Ilaria. Estamos bien.

Envuelvo mi mano alrededor de la de Milene mientras ella sigue agarrando el teléfono y fuerza nuestras dos extremidades hacia mi oreja.

—¡Tienes tres horas! —exijo y corto la llamada.

Milene niega con la cabeza.

—No vamos a obligar a tu mamá a vivir con nosotros, amor.

Aprieto la mandíbula. Mi esposa se inclina hacia adelante y presiona sus labios contra los míos.

—Y no tocarás a nuestros gatos —me dice en la boca—. Yo estoy bien. Nuestro hijo está bien. Sé que tienes miedo, pero no es necesario.

—No tengo miedo. —Le muerdo el labio inferior—. Estoy jodidamente aterrado, Milene.

—Estás en estado de *shock*. Se te pasará. Podemos dar un paseo en el auto cuando terminemos con el ultrasonido y tal vez paremos en una tienda a ver muebles para bebé. Con suerte, eso te ayudará a relajarte.

Me quedo paralizado, un sudor frío me recorre la espalda. Me alejo y, sin apartar los ojos de los suyos, vuelvo a tomar el teléfono.

—Dios santo, ¿a quién llamas ahora? —se queja Milene.

—Nino —replico cuando contesta mi jefe de seguridad—. Consígueme un vehículo blindado.

Escena extra #4 – “Papi Tore”

Punto de vista doble – Salvatore y Milene

Milene

—Las contracciones siguen siendo cada treinta minutos. Puedo caminar —murmuro mientras Salvatore me carga hacia la entrada principal del pequeño hospital privado del que es dueño.

—No.

—Todo saldrá bien, Tore. Tienes que relajarte.

—Estoy relajado —gruñe apretando los dientes mientras cruza las puertas corredizas.

Las pinturas al óleo con marcos dorados adornan las paredes blancas, haciendo que el espacio parezca más una galería de arte que la sala de espera de un hospital. En la parte izquierda de la sala hay sillas de madera antiguas, todas ellas desocupadas en este momento. A la derecha se encuentra el mostrador de recepción, de sobremesa blanca y decorado en su base con detalles de hojas doradas. Dos enfermeras están sentadas detrás del mostrador, charlando tranquilamente entre ellas. En cuanto nos ven, saltan de sus sillas y abren mucho los ojos, como presas de un pánico repentino.

—Mi esposa tiene contracciones.

Durante una fracción de segundo, ambas mujeres permanecen inmóviles, aunque luego se ponen en acción. Una corre por el pasillo mientras la otra toma el teléfono y marca un número con dedos temblorosos.

—Parecen un poco nerviosas —susurro y le doy un mordisco en la oreja a Salvatore, con la esperanza de aliviar un poco su tensión.

Hace veinte minutos, cuando le dije a mi esposo que nuestro hijo podría estar intentando reunirse con nosotros hoy, Salvatore se puso tan pálido que pensé que iba a desmayarse. Permaneció inmóvil durante casi un minuto, mirándome como si me viera por primera vez. Luego, me tomó en brazos y

salió corriendo del apartamento en dirección al garaje. Ni siquiera tuve la oportunidad de agarrar mi teléfono o la bolsa que había empacado para el hospital.

—El doctor lo está esperando, señor Ajello —informa con voz entrecortada la enfermera de la recepción—. Acompañeme, por favor.

Mientras Salvatore la sigue por el pasillo, me doy cuenta de que no hay ni un alma alrededor. Las puertas de los distintos consultorios y salas de exploración están abiertas y todas están vacías. Es cierto que no es un hospital enorme, pero siempre hay al menos cinco doctores y otro personal médico de guardia, así como un montón de pacientes presentes a cualquier hora. Hasta hace seis meses, yo trabajaba medio tiempo en este hospital, y no recuerdo haber visto nunca el lugar tan desierto.

—¿Por qué no hay nadie por aquí? —pregunto.

—Hice que cerraran el hospital para nuevos ingresos hace dos meses. —Salvatore cruza la puerta que la enfermera nos mantiene abierta—. No quería que el personal se distrajera. Como estabas a punto de dar a luz, quería que todos se concentraran únicamente en ti cuando llegara el momento.

—¿Qué?! —exclamo, pero el sonido se transforma en un gemido cuando me llega otra contracción. Aprieto los brazos alrededor del cuello de Salvatore y entierro la cara contra su hombro. Esta es mucho más fuerte que las anteriores.

Es demasiado pedir que no se dé cuenta. Mi esposo no tolera bien que yo sienta algún tipo de dolor, así que he hecho todo lo posible por ocultar lo mucho que me han dolido las contracciones.

—¿Milene? —Se detiene bruscamente—. ¿Qué ocurre?

—Estoy bien. Es solo un ligero malestar —musito mientras la agobiante opresión de mis entrañas empieza a desvanecerse poco a poco.

—¿Me estás mintiendo, *Cara*?

Sacudo la cabeza y suspiro aliviada cuando pasa la contracción.

—No puedes negarle la atención médica a la gente, Salvatore —digo en su lugar.

—Mi hospital. Mis reglas —replica y mira a la enfermera que está de pie a un lado, apretando nerviosamente sus manos—. ¿Qué?

—*Umm*, tenemos que preparar a su esposa para el parto, señor Ajello —indica la chica.

—Iré con ella. ¿A dónde?

—¡Por supuesto que no vendrás conmigo! —espeto.

La mirada penetrante de Salvatore se mueve hacia mí, sus ojos se clavan en los míos.

—No te perderé de vista.

—Vas a bajarme y te irás a sentar a esa silla que se ve muy cómoda. — Tomo su barbilla entre mis dedos pulgar e índice e inclino su cabeza para que pueda ver el asiento en cuestión—. Y, esperarás allí. Por favor.

Aprieta los dientes y me fulmina con una mirada que a cualquier otra persona le parecería amenazante, pero yo sé que solo la utiliza para ocultar lo asustado que está ahora mismo.

—¡La puerta permanecerá abierta! —brama—. Y estaré contigo en la sala de partos.

Sonríó y aprieto los labios contra los suyos.

—Trato hecho.

Salvatore

—¿Tres doctores? ¿En serio? —se queja Milene, mirando al personal que se apresura a su alrededor—. ¿Y cinco enfermeras? Por el amor de Dios, Salvatore, ¿cuántos bebés crees que voy a tener?

—No arriesgaré tu seguridad ni la del bebé, *Cara*.

Le acaricio su mejilla y luego llevo la mano a mi espalda.

—Si noto siquiera una pizca de incomodidad en mi esposa o en mi hijo —amartillo la pistola y la coloco sobre el mostrador a mi derecha—, todos están muertos.

—¡Jesucristo! —vocifera Milene.

—No pasa nada, *Cara*. Estás a salvo. —Me inclino hacia adelante para besarla, mas ella agarra la parte delantera de la bata de hospital que me pusieron y empieza a sacudirme.

—¡Saca esa maldita cosa de la sala de partos! ¡Ahora mismo! —me grita.

—No. Necesitan un recordatorio de lo que pasará si sientes algún dolor.

—Voy a tener un bebé. *¡Un bebé!* Claro que me va a doler un poco. — Toma mi cara entre sus manos—. Sé cómo funciona tu mente, Tore, pero tú y tu arma no me lo harán más fácil. Lo estás haciendo más difícil. Por favor, saca la pistola de aquí antes de que las personas que están ayudando a nuestro bebé a llegar a este mundo caigan muertas por un maldito infarto.

Cierro los ojos un momento, intentando controlarme. El corazón me late tan rápido que parece que se me va a salir del pecho en cualquier momento. El terror se apodera de mí y se instala en la boca de mi estómago. La última vez que tuve tanto miedo fue cuando le dispararon a Milene, y juré que no volvería a permitir que le hicieran daño, ni siquiera por un simple corte de papel. ¿Esto? No puedo procesar esto. No puedo soportar la idea de que mi esposa sufra y ser incapaz de ayudarla.

Recojo la pistola, le pongo el seguro y le lanzo la Glock a la enfermera que está al otro lado de Milene.

—Saca eso de aquí.

La mujer da un grito, atrapa el arma con torpeza y sale corriendo de la habitación.

—Te amo. —Dejo caer un beso sobre la frente de Milene y tomo su mano entre las mías—. Daría lo que fuera por poder cargar con tu dolor.

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—Lo sé. Pero no es tan malo, te lo prometo.

En cuanto las palabras salen de su boca, su cara se tuerce y me aprieta la mano. Mi hermosa mentirosa. Me pregunto si alguna vez entenderá la magnitud de mi amor por ella.

—Es hora, señora Ajello —dice el doctor sentado a los pies de la mesa—. Necesito que puge cuando yo lo indique.

Le lanzo una rápida mirada al hombre, dejándole ver claramente en lo dolorosa que será su muerte si algo le pasa a mi mujer, y luego vuelvo a dirigir mi mirada a Milene.

—Todo saldrá bien, *Cara Mia*. Te lo juro.

Mi mirada permanece clavada en mi mujer durante lo que parecen horas, pero en realidad no han pasado ni diez minutos. Aun así, cada gemido de dolor, cada respiración entrecortada, me destroza por dentro. ¿Por qué demonios están tardando tanto? Las enfermeras van de un lado para otro mientras los médicos dicen cosas que no soy capaz de comprender en este

momento. El pánico sigue creciendo en mi interior, una explosión a punto de ocurrir.

—Les voy a romper el cuello, *Cara* —murmuro en un tono demasiado bajo para que Milene o cualquier otra persona lo escuche—. Todo saldrá bien, o los mataré a todos con mis propias manos. Empezaré con los doctores y luego seguiré con el resto, incluido el imbécil del estacionamiento que tardó casi cinco segundos en levantar ese maldito brazo de la reja para que pudiéramos entrar.

De repente, el llanto de un bebé llena la habitación, ahogando cualquier otro ruido.

Mi corazón se detiene, luego reanuda su ritmo frenético mientras la ansiedad en mi interior se dispara. Un sudor frío recorre mi piel. Por encima del estruendo de los latidos de mi corazón, poco a poco me doy cuenta de que los doctores y las enfermeras hablan a mi alrededor, aunque no les hago caso. Y tampoco volteo a ver al bebé, ni siquiera cinco minutos después, cuando lo ponen en los brazos de mi esposa. Tengo los ojos clavados en el rostro cansado de Milene, en la gran sonrisa de sus labios mientras mira fijamente al pequeño bulto que tiene sobre el pecho.

—Dios mío. Es tan hermosa —solloza Milene.

No me atrevo a mirar a la bebé. Desde el momento en que mi mujer me dijo que estaba embarazada, he tenido un miedo horrible a que, cuando nazca el bebé, no sienta nada por mi propio hijo. O peor aún, que el amor que siento por mi esposa se rompa en dos. No puedo concebir la idea de querer a Milene menos de lo que la quiero ahora. No dejaré que eso ocurra. Jamás.

—¿Salvatore? —Milene levanta sus ojos brillantes hacia los míos confundida—. ¿No vas a saludar a nuestra hija?

Respiro profundamente y miro hacia abajo. Dos ojos de color ámbar me miran desde debajo de las largas pestañas. Mis ojos. El cabello rubio y corto cubre su cabecita y se levanta en todas direcciones. Es del mismo tono que el de mi esposa. Una extraña sensación se extiende por mi pecho. Una tormenta que crece en mi interior y se extiende por mi cuerpo hasta consumirme por completo. Siento como si todo mi cuerpo estuviera envuelto en fuego líquido.

Me inclino hacia adelante, estiro una mano y toco su mano pequeñita con la punta de mi meñique. Mi bebida rodea mi dedo con los suyos

apretando su pequeño puño. Parpadeo. Ella hace lo mismo.

—Pensé que se rompería —murmuro, incapaz de apartar mi mirada de los pequeños iris de color ámbar, mirándolos con asombro.

—¿Qué se rompería? —pregunta Milene.

—El amor. Pensé que tendría que dividirlo entre las dos. —Me obligo a apartar la mirada de la bebé y dirigirla de nuevo a mi esposa—. Pensé que no podría amar a nadie más como te amo a ti.

—El amor no funciona así. —Sonríe.

—Ahora lo entiendo. Se... duplicó de alguna manera.

—Claro que sí. —Presiona sus labios contra los míos y luego deposita un beso en la cabeza de nuestra hija—. Es la bebé más hermosa que he visto jamás. Estoy segura de que cuando crezca habrá una fila de admiradores en nuestra puerta.

—Estoy seguro de que así será —respondo con una sonrisa burlona—. Y papi los estrangulará a todos.

Estimado lector

Muchas gracias por leer la historia de Milene y Salvatore. Espero que te animes a dejar una reseña para que los demás lectores sepan qué te pareció *Caricas Robadas*. Aunque solo sea una frase, es una gran ayuda. Las reseñas ayudan a los autores a encontrar nuevos lectores y a otros lectores a encontrar nuevos libros que les encanten.

Página Amazon de ***Caricias Robadas***:

Amazon. com – [haz clic aquí](#)

Amazon. es – [haz clic aquí](#)

Amazon. mx – [haz clic aquí](#)

El siguiente libro de la serie es *Almas Destrozadas*, que trata sobre Pavel y Asya. Se trata de una historia con diferencias de edad. Si quieres preordenarlo, aquí están los enlaces:

Página Amazon de ***Caricias Robadas***:

Amazon. com – [haz clic aquí](#)

Amazon. es – [haz clic aquí](#)

Amazon. mx – [haz clic aquí](#)

Si quieres recibir todas las noticias sobre mi serie *Perfecta imperfección*, escenas extra y ofertas, suscríbete a mi ***boletín de noticias*** ([haz clic aquí](#)). Prometo que no recibirás *spam*. O únete a mi grupo de lectores en FB “Neva Altaj’s Perfectly Imperfect Readers” ([haz clic aquí](#)).

Próximo en la serie

Almas Destrozadas

Asya

No puedo volver con mi familia.
No soy digna de ellos,
nunca podría volver a ser uno de ellos.
La hermana que conocen, aman y recuerdan,
no existe.
Ya nunca más.

Hasta él....
El que me acogió,
me rescató de mis demonios,
mis miedos, sanando mis cicatrices.
Reconstruyéndome,
poco a poco.

Pavel

No me acerco a la gente,
y ciertamente no necesito a nadie.

Hasta ella...

Ahora, es todo lo que quiero,
todo lo que necesito.

El imbécil egoísta en mí,
quiere robarla,
tenerla solo para mí.

Sin embargo, ella ya no me necesita.
Tengo que dejarla ir,
dejarla elevarse,
no romper las alas que la ayudan a volar.
Ella no es mía para conservarla.
Para amarla, para tenerla.

¿Puedo enseñar a mi alma destrozada a sobrevivir sin ella?

Sobre la Autora

Neva Altaj escribe apasionante romance de mafia contemporáneo sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene una debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo hasta los cimientos por su mujer. Sus historias están llenas de erotismo y giros inesperados, y un felices para siempre está garantizado en todo momento.

A Neva le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto:

Sitio web: <http://www.neva-altaj.com>

Facebook: <https://www.facebook.com/neva.altaj>

TikTok: https://www.tiktok.com/@author_neva_altaj

Instagram: www.instagram.com/neva_altaj

Goodreads: www.goodreads.com/Neva_Altaj

BookBub: www.bookbub.com/authors/neva-altaj

* * *

FB Reader Group “Neva Altaj’s Perfectly Imperfect Readers” ([click here](#))

Newsletter ([click here](#))

Bonus Scenes ([click here](#))

Book Art ([click here](#))